



ETERNA CADENCIA EDITORA

# LEE CHILD

## MAÑANA NO ESTÁS

UNA NOVELA DE JACK REACHER

TRADUCCIÓN DE ALDO GIACOMETTI

**blatt & ríos**

# MAÑANA NO ESTÁS

LEE CHILD

Traducción de Aldo Giacometti

**blatt & rios**  ETERNA CADENCIA EDITORA

Lee Child  
Mañana no estás. - 1a ed. - Buenos Aires: Blatt & Ríos, Eterna Cadencia, 2020.  
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga  
Traducción de: Aldo Giacometti.  
ISBN 978-987-4941-69-5

1. Novelas. 2. Novelas de Suspense. 3. Novelas de Misterio. I. Giacometti, Aldo, trad. II. Título.  
CDD 863

© 2009, 2020, Lee Child  
© 2020, por esta edición: Blatt & Ríos y Eterna Cadencia  
© 2020, por la traducción: Aldo Giacometti

1ª edición en Blatt & Ríos y Eterna Cadencia: abril de 2020  
1ª edición digital: abril de 2020

Título original: *Gone Tomorrow*  
Diseño de cubierta: Iñaki Jankowski | [www.jij.com.ar](http://www.jij.com.ar)  
Fotografía de cubierta: Magu Directors

Producción de eBook: Libresque

[blatt-rios.com.ar](http://blatt-rios.com.ar)  
[www.eternacadencia.com.ar](http://www.eternacadencia.com.ar)

eISBN: 978-987-4941-69-5

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

“El mejor escritor de thrillers del momento”.

*The New York Times*

“Si eres fanático de los thrillers y no estás leyendo las novelas de Reacher, entonces no eres fanático de los thrillers”.

*Chicago Tribune*

“Jack Reacher es uno de los mejores personajes de thrillers en actividad hoy en día”.

*Newsweek*

“Cada época tiene el héroe que se merece. En un mundo hipercomunicado y vigilado hasta la náusea,

Reacher quiere ser nadie”.

*Los Inrockuptibles*

“Child tiene una imaginación fértil y una responsabilidad que lo lleva a trabajar duramente en el plano informativo de cada título”.

*El País*

“La prosa de Child retrata atmósferas norteamericanas de policías, militares, mafiosos o granujas con la crudeza entrañable de un cuadro de Edward Hopper”.

*La Nación*

“Child combina la sagacidad propia del policial inglés clásico con la podredumbre y la nocturnidad ominosa del policial negro norteamericano”.

*Artezeta*

“Reacher aparece y la trama se gatilla, empiezan a oírse los engranajes de la anécdota, como si el protagonista viniera a instalar el policial donde hasta entonces no había nada”.

*Otra Parte*

“Jack Reacher es el James Bond de la actualidad, un héroe del que nunca tenemos suficiente”.

*Ken Follett*

“Es Lee Child, ¡cómo no habrías de leerlo!”.

*Karin Slaughter*

“Estoy leyendo y disfrutando muchísimo las novelas de Jack Reacher”.

*George Martin*

“Un menú estupendo que además tiene un latido británico, disimulado pero esencial”.

*Elvio E. Gandolfo*

“Reacher es una figura que recuerda a Lucky Luke, que siempre camina hacia un nuevo crepúsculo, a la espera de que surja un nuevo caso”.

*Antonio Lozano*

*Para mis cuñadas Leslie y Sally,  
dos mujeres de inusual encanto y calidad.*

# UNO

Los terroristas suicidas son fáciles de identificar. Emiten señales delatorias de todo tipo. Más que nada porque están nerviosos. Por definición son todos primerizos.

La contrainteligencia israelí redactó el manual de defensa. Nos dijeron qué es lo que tenemos que buscar. Usaron la observación pragmática y el conocimiento psicológico y con eso armaron una lista de indicadores de comportamiento. Yo aprendí la lista de un capitán del Ejército israelí hace veinte años. Él le tenía una confianza plena. Por lo que yo también le tenía una confianza plena, porque en ese momento yo cumplía un período de servicio de tres semanas, mayormente a más o menos un metro de su hombro, en Israel mismo, en Jerusalén, en la Ribera Occidental, en el Líbano, a veces en Siria, a veces en Jordania, en autobuses, en tiendas, en veredas atestadas. Mantenía mis ojos en movimiento y mi mente recorriendo libre los puntos de la lista.

Veinte años después todavía me sé la lista. Y mis ojos todavía se mueven. Pura costumbre. De otro grupo de tipos aprendí otro mantra: Mira, no veas, escucha, no oigas. Mientras más te comprometas más sobrevives.

La lista tiene doce puntos si estás mirando a un sospechoso masculino. Once, si estás mirando a una mujer. La diferencia es una afeitada fresca. Los hombres bomba se sacan la barba. Los ayuda a mezclarse. Los vuelve menos sospechosos. El resultado es una piel más pálida en la mitad de abajo de la cara. Ninguna exposición reciente al sol.

Pero yo no estaba interesado en las afeitadas.

Estaba trabajando con la lista de once puntos.

Estaba mirando a una mujer.

Estaba viajando en metro, en Nueva York. La línea 6, el ramal local de la avenida Lexington, en dirección uptown, a las dos de la mañana. Me había subido en la calle Bleecker por el extremo sur del andén a un vagón que estaba vacío salvo por cinco personas. Los vagones del metro se sienten pequeños e íntimos cuando están llenos. Cuando están vacíos se sienten vastos y cavernosos y solitarios. De noche sus luces se sienten más cálidas y más brillantes, aunque son las mismas luces que usan de día. Son las únicas luces que hay. Yo estaba despatarrado en un asiento para dos personas al norte de las puertas del fondo del lado de las vías. Los otros cinco pasajeros estaban todos al sur con respecto a mí en los asientos largos, de perfil, dándome el costado, lejos unos de otros, con la mirada perdida a través del ancho del vagón, tres a la izquierda y dos a la derecha.

El número del vagón era el 7622. Una vez viajé ocho estaciones en la línea 6 al lado de un loco que hablaba del vagón en el que estábamos con el mismo tipo de entusiasmo que la mayoría de los hombres les dedica a los deportes o a las mujeres. Por eso sabía que el vagón 7622 era un

modelo R142A, el más nuevo del sistema de Nueva York, construido por Kawasaki en Kobe, Japón, traído en barco, transportado en camión hasta los playones de la calle 207, montado a las vías por grúas, remolcado hasta la calle 180 y testeado. Sabía que podía andar trescientos mil kilómetros sin que se le prestara mayor atención. Sabía que el sistema de anuncios automatizado daba instrucciones con voz de hombre e información con voz de mujer, que se decía que era de casualidad pero que en realidad era porque los jefes de transporte creían que esa división del trabajo era psicológicamente persuasiva. Sabía que las voces venían de Bloomberg TV, pero años antes de que Mike fuera alcalde. Sabía que había seiscientos R142A rodando en las vías y que cada uno estaba una fracción por debajo de los dieciséis metros de largo y tenía un poco menos de tres metros de ancho. Sabía que la unidad sin cabina como esa en la que habíamos estado entonces y yo estaba ahora había sido diseñada para transportar un máximo de cuarenta personas sentadas y hasta 148 de pie. El loco había sido claro en toda esa información. Podía ver por mí mismo que los asientos del vagón eran de plástico azul, del mismo tono que un cielo de final de verano o un uniforme de la Fuerza Aérea británica. Podía ver que los paneles de las paredes estaban moldeados en fibra de vidrio antigraffiti. Podía ver las franjas gemelas de anuncios alejándose de mí donde los paneles de las paredes se juntaban con el techo. Podía ver pequeños pósters alegres ofreciendo con descaro programas de televisión y aprendizaje de idiomas y títulos de universidad fácil y oportunidades de obtener grandes ganancias.

Podía ver un aviso policial que me aconsejaba: Si ve algo, diga algo.

La pasajera que estaba más cerca de mí era una mujer hispana. Estaba del otro lado del vagón, a mi izquierda, antes de la primera puerta, sola en una banqueta para ocho personas, lejos del medio. Era menuda, en algún lugar entre los treinta y los cincuenta años, y parecía tener mucho calor y estar muy cansada. Agarrada de la muñeca tenía una bolsa de supermercado gastada y miraba enfrente al lugar vacío del lado opuesto con ojos demasiado agotados como para estar viendo algo.

El que le seguía era un hombre del otro lado, quizás un metro y medio más lejos. Iba solo en su propia banqueta para ocho personas. Podría haber sido de la península balcánica, o del mar Negro. Pelo oscuro, piel arrugada. Era fibroso, estaba desgastado por el trabajo y el clima. Tenía los pies plantados y estaba reclinado hacia delante con los codos en las rodillas. No dormido, pero cerca. Animación suspendida, haciendo tiempo, meciéndose con los movimientos del tren. Tenía alrededor de cincuenta años, estaba vestido con ropa demasiado joven para él. Jeans holgados que le llegaban solo hasta las pantorrillas y una remera enorme de la NBA con el nombre de un jugador que no reconocí.

La tercera era una mujer que podría haber sido de África Occidental. Estaba a la izquierda, al sur de las puertas del centro. Cansada, inerte, con la piel negra desteñida y gris por la fatiga y las luces. Tenía puesto un vestido batik muy colorido en combinación con un cuadrado de tela atado en la cabeza. Iba con los ojos cerrados. Conozco Nueva York razonablemente bien. Me considero a mí mismo como un ciudadano del mundo y a Nueva York como la capital del mundo, por lo que puedo entender la ciudad igual que un británico conoce Londres o un francés París. Estoy familiarizado con sus costumbres pero no las conozco de cerca. Pero era fácil suponer que tres personas cualquiera como esas ya sentadas al sur de Bleecker en un tren de la línea 6 con dirección al norte tarde a la noche eran empleados de limpieza de oficinas yendo a casa después del turno noche en los alrededores de City Hall o trabajadores de restaurantes provenientes de Chinatown o Little Italy. Iban probablemente a Hunts Point en el Bronx, o quizás seguían hasta el

final del recorrido en Pelham Bay, listos para un descanso breve y errático antes de más días largos.

Los pasajeros cuarto y quinto eran diferentes.

El quinto era un hombre. Tenía quizás mi edad, instalado a cuarenta y cinco grados en el asiento para dos personas opuesto al mío en diagonal, bien del otro lado y al fondo del vagón. Estaba vestido de manera casual pero no barata. Pantalones chinos y camisa polo. Estaba despierto. Tenía los ojos fijos en algún lugar enfrente de él. El foco cambiaba y se reducía constantemente, como si estuviera alerta y especulando. Me hicieron pensar en los ojos de un jugador de béisbol. Tenían una cierta sagacidad perspicaz y calculadora.

Pero a la que yo estaba mirando era a la pasajera número cuatro.

*Si ve algo, diga algo.*

Estaba sentada del lado derecho del vagón, sola en el más alejado de los asientos para ocho personas, del otro lado y más o menos a mitad de camino entre la exhausta mujer de África Occidental y el tipo con los ojos de jugador de béisbol. Era blanca y tenía probablemente entre cuarenta y cincuenta años. Era normal. Tenía pelo negro, con un corte prolijo pero no estilizado, y oscuro de una manera demasiado uniforme como para ser real. Estaba vestida toda de negro. La podía ver bastante bien. El tipo que estaba más cerca de mí del lado derecho seguía reclinado hacia delante y el hueco en forma de V entre su espalda inclinada y la pared del vagón hacía que mi línea de visión no estuviera interrumpida salvo por un bosque de barras para agarrarse hechas de acero inoxidable.

No una vista perfecta, pero lo suficientemente buena como para hacer sonar todas las alarmas de la lista de once puntos. Los apartados de la lista se encendieron como cerezas de tragamonedas.

Según la contrainteligencia israelí yo estaba mirando a una terrorista suicida.

## DOS

Descarté el pensamiento de inmediato. No por una cuestión de perfil racial. Las mujeres blancas son tan aptas para la locura como cualquier otra persona. Descarté el pensamiento por una cuestión de implausibilidad táctica. El momento del día estaba mal. El metro de Nueva York podría ser un buen objetivo para un atentado suicida. La línea 6 podría ser tan buena como cualquier otra y mejor que la mayoría. Tiene parada debajo de la terminal Grand Central. A las ocho de la mañana, a las seis de la tarde, un vagón lleno, cuarenta sentados, 148 de pie, esperar hasta que las puertas se abran a andenes repletos, apretar el botón. Cien muertos, un par de cientos de heridos de gravedad, pánico, daño en la infraestructura, posiblemente incendio, un centro de transporte de los más importantes cerrado por días o semanas y en el que quizás ya no se vuelva a confiar nunca más. Una anotación significativa, para gente cuyas cabezas trabajan de maneras que no podemos entender bien.

Pero no a las dos de la mañana.

No en un vagón en el que viajaban apenas seis personas. No cuando los andenes de metro de Grand Central iban a tener solo basura flotando de acá para allá y vasos vacíos y un par de viejos sin hogar recostados en bancos.

El tren se detuvo en Astor Place. Las puertas se abrieron con un siseo. No se subió nadie. No se bajó nadie. Las puertas se cerraron de vuelta con un golpe y los motores chirriaron y el tren siguió.

Los puntos de la lista seguían encendidos.

El primero era uno obvio sin mucha ciencia: vestimenta inapropiada. A esta altura los cinturones con explosivos están tan evolucionados como los guantes de béisbol. Agarra un pedazo de tela resistente de un metro por medio metro, dóblalo una vez longitudinalmente y tienes un bolsillo continuo de veinticinco centímetros de profundidad. Ajústalo alrededor del terrorista y cóselo en la espalda. Los cierres y las hebillas pueden llevar a reconsideraciones. Inserta una estacada de cartuchos de dinamita en el bolsillo todo alrededor, cabléalos, rellena los huecos con clavos o rulemanes, cose la parte de arriba para que quede cerrada, agrega unas correas para que sostengan el peso desde los hombros. Del todo efectivo, pero del todo abultado. La única manera práctica de esconderlo, una prenda de vestir de un talle más grande que el adecuado como una parka de invierno acolchada. Nunca apropiada en Medio Oriente, y plausible en Nueva York quizás tres meses de doce.

Pero era septiembre, y hacía tanto calor como si fuera verano, y bajo tierra diez grados más. Yo estaba en remera. La pasajera número cuatro tenía puesta una campera de plumas North Face, negra, gruesa, brillante, un poco demasiado grande y cerrada hasta el mentón.

*Si ve algo, diga algo.*

Pasé de largo el segundo de los once puntos. No inmediatamente aplicable. El segundo punto es: un andar robótico. Significativo en un puesto de control o en un mercado repleto de gente o afuera de una iglesia o de una mezquita, pero no relevante con un sospechoso sentado en un transporte público. Los terroristas suicidas caminan de manera robótica no porque estén agobiados de éxtasis por pensar en la inminente inmolación sino porque están cargando veinte kilos extra de peso desacostumbrado, que se les está clavando en los hombros a través de las correas, y porque están drogados. El atractivo de la inmolación tiene sus limitaciones. La mayoría de los terroristas suicidas son gente simple intimidada, con una barrita de pasta de opio crudo entre la mejilla y la encía. Esto lo sabemos porque los cinturones de dinamita explotan con una onda de presión característica en forma de dona que enrolla hacia arriba el torso en una fracción de nanosegundo y hace que la cabeza salga volando limpia de los hombros. La cabeza humana no está atornillada. Solo permanece ahí por la gravedad, de alguna manera agarrada por piel y músculos y tendones y ligamentos, pero esos insustanciales sostenes biológicos no hacen mucho contra la fuerza de una violenta explosión química. Mi mentor israelí me dijo que la manera más fácil de determinar si un ataque al aire libre fue llevado a cabo por un hombre bomba y no por un coche bomba o un paquete bomba es registrar en un radio de veinte o treinta metros y buscar una cabeza humana cercenada, que es probable que esté extrañamente intacta e indemne, incluso hasta el pedazo de opio en la mejilla.

El tren se detuvo en Union Square. No se subió nadie. No se bajó nadie. Desde el andén sopló hacia dentro aire caliente y peleó contra el aire acondicionado del interior. Después las puertas se cerraron de vuelta y el tren siguió.

Los puntos tres a seis son variaciones sobre un tema subjetivo: irritabilidad, sudor, tics y comportamiento nervioso. Aunque en mi opinión el sudor puede ser ocasionado tanto por el sobrecalentamiento físico como por los nervios. El vestuario inapropiado, y la dinamita. La dinamita es aserrín empapado con nitroglicerina y moldeado en forma de bastón corto. El aserrín es un buen aislante térmico. Por lo que el sudor viene con el territorio. Pero la irritabilidad y los tics y el comportamiento nervioso son indicadores valiosos. Estas personas están en los últimos y raros momentos de su vida, ansiosas, asustadas por el dolor, atontadas con narcóticos. Son irracionales por definición. Creyendo o creyendo a medias o en verdad no creyendo para nada en el paraíso y ríos de leche y miel y pastura abundante y vírgenes, movidas por presiones ideológicas o por las expectativas de sus pares y sus familias, de repente demasiado metidas y sin la posibilidad de echarse atrás. Hablar de manera valiente en encuentros clandestinos es una cosa. La acción es otra. De ahí el pánico reprimido, con todas sus señales visibles.

La pasajera número cuatro las dejaba ver todas. Tenía el aspecto exacto de una mujer dirigiéndose hacia el final de su vida, de manera tan cierta y segura como que el tren se dirigía hacia el final del recorrido.

Por lo tanto el punto siete: la respiración.

Estaba respirando fuerte, de manera baja y controlada. Adentro, afuera, adentro, afuera. Como una técnica para vencer el dolor del parto, o como el resultado de un shock terrible, o como una última barrera desesperada contra empezar a gritar de espanto y miedo y terror.

*Adentro, afuera, adentro, afuera.*

Punto ocho: los terroristas suicidas que están por entrar en acción tienen la mirada rígidamente clavada hacia el frente. Nadie sabe por qué, pero testigos oculares que han sobrevivido y la

evidencia filmada han sido del todo consistentes en sus testimonios. Los hombres bomba miran derecho hacia el frente. Quizás llevaron su compromiso hasta el punto problemático y temen una intervención. Quizás como los perros y los niños sienten que si no están viendo a nadie entonces nadie los está viendo. Quizás un último remanente de conciencia hace que no puedan mirar a la gente a la que están por destruir. Nadie sabe por qué, pero todos lo hacen.

La pasajera número cuatro lo estaba haciendo. Eso estaba claro. Estaba mirando fijo enfrente a la ventana vacía del lado opuesto de manera tan intensa que estaba casi quemando un agujero en el vidrio.

Puntos uno a ocho, corroborados. Me moví en el asiento pasando mi peso hacia delante.

Luego me detuve. La idea era tácticamente absurda. La hora estaba mal.

Luego volví a mirar. Y me volví a mover. Porque los puntos nueve, diez y once también estaban todos presentes y correctos, y eran los puntos más importantes de todos.

## TRES

Punto nueve: balbuceo de plegarias. Hasta la fecha todos los ataques de los que se tiene noticia han sido inspirados, o motivados, o validados, o supervisados por la religión, casi de manera exclusiva la religión islámica, y la gente islámica está acostumbrada a orar en público. Testigos oculares que han sobrevivido informan largos ensalmos rutinarios repasados y repetidos interminablemente y más o menos inaudibles, pero con los labios visiblemente en movimiento. La pasajera número cuatro estaba haciendo exactamente eso. Sus labios se estaban moviendo por debajo de su mirada fija, en un recitado largo, jadeante, ritualista que parecía repetirse más o menos cada veinte segundos. Quizás ya se estaba presentando a sí misma a la deidad que estuviera esperando encontrar del otro lado de la línea. Quizás se estaba tratando de convencer a sí misma de que de verdad había una deidad, y una línea.

El tren se detuvo en la calle 23. Las puertas se abrieron. No se bajó nadie. No se subió nadie. Vi los carteles rojos de salida por encima del andén: 22 y Park, esquina noreste, o 23 y Park, esquina sudeste. Extensiones comunes de vereda de Manhattan, pero de repente atractivas.

Me quedé en mi asiento. Las puertas se cerraron. El tren siguió.

Punto diez: un bolso grande.

La dinamita es un explosivo estable, siempre y cuando esté fresca. No explota por accidente. Tiene que ser accionada mediante detonadores. Los detonadores están conectados a un suministro de energía y a un interruptor mediante un cable detonante. Los detonadores grandes tipo cajas en las viejas películas del Oeste eran las dos cosas a la vez. La primera parte hacia arriba del movimiento del mango ponía en funcionamiento un dínamo, como un teléfono de campaña, y después se accionaba un interruptor. No práctico para uso portátil. Para uso portátil se necesita una batería, y para un metro lineal de explosivo se necesita cierto voltaje y cierto amperaje. Las pilas pequeñas AA descargan un débil voltio y medio. No alcanza, de acuerdo con las reglas generales prevalecientes. Una batería de nueve voltios es mejor, y para una descarga decente lo que uno quiere es una de las pilas grandes y cuadradas del tamaño de una lata de tomate de las que se venden para linternas importantes. Demasiado grande y demasiado pesada para un bolsillo, de ahí el bolso. La batería va en el fondo del bolso, los cables van de ahí hasta el interruptor, luego salen del bolso por una discreta hendidura en su parte de atrás y luego pasan hacia arriba por debajo del dobladillo de la prenda inadecuada.

La pasajera número cuatro llevaba un bolso de tela negra como de cartero, de estilo urbano, agarrado por delante de uno de los hombros y por detrás del otro, apoyado en la falda. La manera en que la tela dura se abultaba y se hundía hacía que pareciera vacío excepto por una sola cosa pesada.

El tren se detuvo en la calle 28. Las puertas se abrieron. No se subió nadie. No se bajó nadie. Las puertas se cerraron y el tren siguió.

Punto once: las manos en el bolso.

Veinte años atrás el punto once era un agregado reciente. Previamente la lista había terminado en el punto diez. Pero las cosas evolucionan. Acción, y después reacción. Las fuerzas de seguridad israelíes y algunos miembros valientes del público habían adoptado una nueva táctica. Si algo te despertaba sospechas, no corrías. No tiene sentido, en realidad. No puedes correr más rápido que una esquirla. Lo que hacías en cambio era agarrar al sospechoso en un desesperado abrazo de oso. Le inmovilizabas los brazos a los costados. Les impedías que alcanzaran el botón. Se evitaron bastantes ataques de esa manera. Se salvaron muchas vidas. Pero los hombres bomba aprendieron. Ahora se les enseña que mantengan el pulgar en el botón todo el tiempo, para que el abrazo de oso sea irrelevante. El botón está en el bolso, junto a la batería. De ahí las manos en el bolso.

La pasajera número cuatro tenía las manos en el bolso. La solapa estaba plegada y arrugada entre sus muñecas.

El tren se detuvo en la calle 33. Las puertas se abrieron. No se bajó nadie. Una pasajera sola dudó y después avanzó hacia su derecha y se subió al vagón siguiente. Me di vuelta y miré por la ventanita que estaba detrás de mi cabeza y la vi tomar asiento cerca de mí. Dos separaciones inoxidables, y el espacio del enganche. Quería hacerle señas para que se alejara. Podía sobrevivir en el otro extremo del vagón. Pero no le hice señas. No hicimos contacto visual y de todos modos me habría ignorado. Conozco Nueva York. Los gestos de locos en los trenes tarde a la noche no tienen credibilidad.

Las puertas quedaron abiertas un poco más de lo normal. Durante un segundo absurdo pensé en intentar arriar a todos fuera del vagón. Pero no lo hice. Habría sido una comedia. Sorpresa, incompreensión, quizás barreras lingüísticas. No estaba seguro de saber cómo se dice 'bomba' en español. ¿Se dice así, *bomba*? ¿O esa es la palabra que se usa para las lamparitas de luz? Un loco aullando algo acerca de lamparitas de luz no iba a ayudar a nadie.

No, lamparita se decía también *bombilla*, pensé, no bomba.

Quizás.

Posiblemente.

Pero con seguridad yo no sabía ningún idioma balcánico. Y no sabía ningún dialecto de África Occidental. Aunque quizás la mujer del vestido hablaba francés. Parte de África Occidental es francófona. Y yo hablo francés. *Une bombe. La femme là-bas a une bombe sous son manteau. La mujer de allá tiene una bomba debajo del abrigo.* La mujer del vestido podría llegar a entender. O podría captar el mensaje de alguna otra manera y simplemente seguirnos fuera del vagón.

Si se despertaba a tiempo. Si abría los ojos.

Al final solo me quedé en el asiento.

Las puertas se cerraron.

El tren siguió.

Miré a la pasajera número cuatro. Me figuré su pulgar pálido y delgado en el botón escondido. El botón probablemente proviniera de Radio Shack. Una pieza inocente, para un hobby. Probablemente costó un dólar y medio. Me figuré un enredo de cables, rojo y negro, encintados y enrollados y sujetados. Un grueso cable detonante, saliendo del bolso, metido por debajo del

abrigo, conectando doce o veinte detonadores en una escalada paralela larga y letal. La electricidad se mueve casi a la velocidad de la luz. La dinamita es increíblemente poderosa. En un ambiente cerrado como un vagón de metro solo la onda expansiva nos aplastaría a todos hasta volvernos pasta. Los clavos y los rulemanes serían del todo gratuitos. Como balas contra un helado. Muy poco de nosotros sobreviviría. Fragmentos de huesos, quizás, del tamaño de semillas de uvas. Posiblemente el yunque y el estribo de la parte interna del oído podrían sobrevivir intactos. Son los huesos más pequeños del cuerpo humano y por lo tanto estadísticamente los que tienen mayores probabilidades de que la nube de esquirlas no les acierte.

Miré a la mujer. No había manera de acercarse a ella. Yo estaba a diez metros de distancia. Su pulgar estaba ya listo en el botón. Los contactos de lata baratos estaban quizás separados por tres milímetros, y esa separación diminuta quizás se angostaba y se ensanchaba fraccional y rítmicamente con los latidos de su corazón y los temblores de su brazo.

Ella estaba lista para partir, y yo no.

El tren se balanceaba hacia delante, con su característica sinfonía de sonidos. El aullido de las ráfagas de aire en el túnel, el golpeteo y el repiqueteo de las juntas bajo las ruedas de hierro, el raspazo del colector de corriente contra el riel electrificado, el chirrido de los motores, los chillidos secuenciales cuando los vagones se sacudían uno atrás de otro en las curvas y los rebordes de las ruedas mordían.

¿Adónde iba la mujer? ¿Por debajo de qué pasaba la línea 6? ¿Se podía derribar un edificio con una bomba humana? Pensé que no. Por lo que ¿cuáles eran los grandes amontonamientos de gente que todavía seguían reunidos después de las dos de la mañana? No muchos. Clubes nocturnos, quizás, pero a la mayoría ya los habíamos dejado atrás, y de cualquier forma no la dejarían pasar del otro lado de la cuerda de terciopelo.

La seguí mirando.

Fijo.

Lo sintió.

Giró la cabeza, despacio, suave, como un movimiento preprogramado.

Me devolvió la mirada.

Nuestros ojos se encontraron.

La cara de ella cambió.

*Ella sabía que yo sabía.*

## CUATRO

Nos miramos fijo durante casi diez segundos. Entonces me puse de pie. Forcejeé contra el movimiento y di un paso. Iba a morir estando a diez metros de distancia, sin ninguna duda. No iba a terminar más muerto por estar más cerca. Pasé a la mujer hispana a mi izquierda. Al tipo con la remera de la NBA a mi derecha. A la mujer de África Occidental a mi izquierda. Sus ojos seguían cerrados. Iba pasando con las manos de una barra de agarre a la siguiente, izquierda y derecha, bamboleando. La pasajera número cuatro me miró durante todo mi recorrido, asustada, jadeando, murmurando. Las manos dentro del bolso.

Me detuve a dos metros de ella.

—De verdad quiero estar equivocado acerca de esto —dije.

No respondió. Sus labios se movieron. Sus manos se movieron por debajo de la tela gruesa negra. El objeto grande en el bolso cambió un poco de posición.

—Necesito verle las manos —dije.

No respondió.

—Soy policía —mentí—. La puedo ayudar.

No respondió.

—Podemos hablar —dije.

No respondió.

Solté las barras de las que me agarraba y dejé caer mis manos a los costados. Así era más pequeño. Menos amenazador. Tan solo un tipo. Me quedé tan quieto como me lo permitía el tren en movimiento. No hice nada. No tenía opción. Ella necesitaba una fracción de segundo. Yo necesitaba más que eso. Salvo por el hecho de que no había absolutamente nada que yo pudiera hacer. Podría haber agarrado el bolso e intentado sacárselo. Pero lo tenía pasado alrededor de su cuerpo y la correa era una banda ancha de algodón grueso. El mismo tejido que una manguera de incendios. Estaba prelavado y pregastado y preenvejecido como vienen ahora las cosas nuevas pero así y todo iba a ser muy fuerte. Iba a terminar sacándola del asiento y tirándola al piso.

Salvo porque nunca podría haber llegado cerca de ella. Ella habría apretado el botón antes de que mi mano estuviera a mitad de camino.

Podría haber intentado sacar el bolso hacia arriba y barrer por detrás con mi otra mano para arrancar de las terminales el cable detonante. Salvo porque para facilitar el movimiento iba a haber tanto cable de más que yo habría necesitado tirar durante un arco gigante de sesenta centímetros antes de encontrar alguna resistencia. Momento para el cual ella ya habría accionado el botón, aunque más no sea como consecuencia de un shock involuntario.

Podría haber agarrado su campera e intentado desconectar algunos otros cables. Pero entre los cables y yo había unas gruesas acumulaciones de plumas de ganso. Un recubrimiento resbaloso de nylon. Ninguna percepción, ninguna sensación.

Ninguna esperanza.

Podría haber intentado incapacitarla. Pegarle fuerte en la cabeza, noquearla, un golpe, instantáneo. Pero por más veloz que yo siga siendo, un swing decente desde una distancia de sesenta centímetros habría tardado casi medio segundo. Ella tenía que mover el pulgar menos de medio centímetro.

Ella habría llegado primero a su objetivo.

—¿Me puedo sentar? ¿Al lado suyo? —pregunté.

—No, no se acerque —dijo.

Una voz neutral, inexpresiva. Ningún acento obvio. Americano, pero ella podría haber sido de cualquier parte. De cerca no parecía muy perturbada o trastornada. Solo resignada, y seria, y asustada, y cansada. Me miraba con la misma intensidad con la que había estado mirando la ventana de enfrente. Parecía completamente alerta y consciente. Me sentí completamente analizado. No me podía mover. No podía hacer nada.

—Es tarde —dije—. Debería esperar a la hora pico.

No respondió.

—Seis horas más —dije—. Ahí va a funcionar mucho mejor.

Sus manos se movieron, dentro del bolso.

—No ahora —dije.

No dijo nada.

—Solo una —dije—. Muéstreme una mano. No necesita las dos ahí adentro.

El tren frenó fuerte. Me tambaleé hacia atrás y volví a ir hacia delante y me estiré hacia arriba para agarrar la barra cerca del techo. Mis manos estaban húmedas. El acero se sintió caliente. Grand Central, pensé. Pero no. Miré por la ventanilla esperando luces y azulejos blancos y en cambio vi el brillo de una tenue lámpara azul. Nos estábamos deteniendo en el túnel. Mantenimiento, o señalización.

Me di vuelta.

—Muéstreme una mano —volví a decir.

La mujer no respondió. Me estaba mirando la cintura. Con mis manos en alto se me había levantado la remera y la cicatriz en la parte baja de la panza quedaba a la vista por encima del pantalón. Piel blanca en relieve, dura y rugosa. Puntos grandes y crudos, como un dibujo animado. Esquirlas, de un coche—bomba en Beirut, mucho tiempo atrás. Yo estaba a cien metros de la explosión.

Estaba noventa y nueve metros más cerca de la mujer en el asiento.

Miraba fijo. La mayoría de la gente pregunta cómo me hice la cicatriz. No quería que ella me preguntara. No quería hablar de bombas. No con ella.

—Muéstreme una mano —dije.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—No necesita tener dos ahí adentro.

—¿Entonces a usted para qué le sirve?

—No lo sé —dije. No sabía exactamente qué era lo que estaba haciendo. No soy un

negociador de rehenes. Solo estaba hablando por hablar. Lo cual no es característico. Por lo general soy una persona callada. Habría sido estadísticamente muy poco probable para mí morir en medio de una frase.

Quizás por eso estaba hablando.

La mujer movió las manos. La vi pasar dentro del bolso a un agarre de una sola mano con la derecha y sacó la izquierda despacio. Pequeña, pálida, débilmente recorrida por venas y tendones. Piel de mediana edad. Uñas sin pintar, cortas. Ningún anillo. No casada, no comprometida. Dio vuelta la mano, para mostrarme el otro lado. La palma vacía, roja porque tenía calor.

—Gracias —dije.

Apoyó la mano con la palma hacia abajo en el asiento de al lado de ella y la dejó ahí, como si no tuviera nada que ver con el resto de su persona. Lo cual era así, a esa altura. El tren se detuvo en la oscuridad. Bajé mis manos. El dobladillo de mi remera volvió a donde le correspondía.

—Ahora muéstreme qué hay en el bolso —dije.

—¿Por qué?

—Solo lo quiero ver. Sea lo que sea.

No respondió.

No se movió.

—No voy a tratar de sacárselo —dije—. Se lo prometo. Solo lo quiero ver. Estoy seguro de que lo puede entender.

El tren volvió a arrancar. Aceleración lenta, sin sacudidas, velocidad baja. Una entrada suave a la estación. Un deslizamiento lento. Quizás doscientos metros, pensé.

—Creo que al menos tengo el derecho de verla —dije—. ¿No lo cree?

Hizo un gesto con la cara, como si no entendiera.

—No veo por qué usted tiene derecho a verla —dijo.

—¿No?

—No.

—Porque soy parte de esto. Y quizás puedo ver si está bien preparada. Para después. Porque esto lo tiene que hacer después. No ahora.

—Usted dijo que era policía.

—Esto lo podemos solucionar —dije—. La puedo ayudar. —Miré por encima de mi hombro. El tren avanzaba lentamente. Luz blanca más adelante. Me di vuelta. La mano derecha de la mujer se estaba moviendo. La estaba acomodando en un agarre más firme y la estaba sacando despacio del bolso, todo a la vez.

Miré. El bolso se le enganchó en la muñeca y usó su mano izquierda para correrlo. Apareció la mano derecha.

No una batería. No cables. No un interruptor, no un botón, no un detonador.

Algo totalmente distinto.

## CINCO

La mujer tenía un arma en la mano. Me estaba apuntando directo a mí. Bajo, al medio, en una línea entre mis ingles y mi ombligo. Todo tipo de cosas necesarias en esa región. Órganos, columna, intestinos, arterias y venas varias. El arma era un Ruger Speed-Six. Un revólver .357 Magnum grande y viejo con un cañón corto de diez centímetros, capaz de hacerme un agujero lo suficientemente grande como para ver la luz del otro lado.

Pero con todo yo estaba mucho más contento de lo que había estado un segundo antes. Muchas razones. Las bombas matan a las personas todas al mismo tiempo, las armas matan de a una por vez. Las bombas no necesitan puntería, y las armas sí. El Speed-Six pesa alrededor de un kilo totalmente cargado. Mucha masa por controlar para una muñeca delgada. Y los disparos de Magnum sacan por el caño un fognazo fuerte y dan una patada rigurosa. Si ella hubiera usado antes el arma lo sabría. Tendría lo que entre tiradores se conoce como el sobresalto del Magnum. Un instante antes de apretar el gatillo el brazo se le contraería y los ojos se le cerrarían y giraría la cabeza. Tenía una chance decente de errar el disparo, incluso a dos metros. La mayoría de las armas cortas erran el disparo. Quizás no en el polígono, con protector auditivo y protector visual y tiempo y calma y nada en juego. Pero en el mundo real, con pánico y estrés y temblando y con el corazón acelerado, las armas cortas son una cuestión de suerte, buena o mala. La mía y la de ella.

Si erraba no iba a tener un segundo tiro.

—Tranquila —dije. Solo para emitir algún sonido. El dedo estaba blanco hueso en el gatillo, pero todavía no lo había movido. El Speed-Six es un revólver de doble acción, lo que significa que la primera mitad del movimiento del gatillo tira el martillo hacia atrás y hace girar el tambor. La segunda mitad suelta el martillo y dispara el arma. Mecánica compleja, que lleva tiempo. No mucho, pero un poco. Me quedé mirando el dedo de ella. Sentí al tipo con los ojos de jugador de béisbol, mirando. Supuse que mi espalda bloqueaba la vista en la parte de más allá del vagón.

—Usted no tiene ningún problema conmigo, señora —dije—. Ni siquiera me conoce. Baje el arma y hablemos.

No respondió. Quizás algo le cruzó la cara, pero yo no estaba mirando la cara de ella. Yo estaba mirando su dedo. Era la única parte de ella que me interesaba. Y estaba concentrado en las vibraciones que venían del piso. Esperando que el vagón se detuviera. El pasajero loco ese con el que viajé una vez me había dicho que los R142A pesan treinta y cinco toneladas cada uno. Pueden andar a cien kilómetros por hora. Por lo que los frenos son muy poderosos. Demasiado poderosos para sutilezas a bajas velocidades. No es posible estabilizar de a poco. Se clavan y se sacuden y rechinan. Los trenes a menudo patinan el último metro con las ruedas bloqueadas. De ahí el chillido característico mientras frenan.

Supuse que lo mismo aplicaría incluso después del andar lento con el que veníamos. Quizás más aún, relativamente hablando. El arma era esencialmente un peso en el extremo de un péndulo. Un brazo largo y delgado, un kilo de acero. Cuando los frenos mordieran, el impulso se iba a llevar el arma hacia delante. Uptown. Las leyes de Newton. Yo estaba preparado para ir contra mi propio impulso y empujarme de las barras para el otro lado y saltar en dirección downtown. Conque el arma se moviera solo quince centímetros al norte y yo me moviera solo quince centímetros al sur yo estaría a salvo.

Quizás con diez centímetros ya estaría bien.

O doce y medio, para estar seguro.

La mujer preguntó:

—¿Dónde se hizo la cicatriz?

No respondí.

—¿Un disparo?

—Una bomba.

Movió la boca de fuego, hacia su izquierda y mi derecha. Apuntó a donde el dobladillo de mi remera escondía la cicatriz.

El tren siguió avanzando. Ya en la estación. Infinitamente lento. Apenas a paso de hombre. Los andenes de Grand Central son largos. El vagón de adelante estaba haciendo todo el recorrido hasta el final. Esperé que los frenos mordieran. Supuse que iba a haber un buen sacudoncito.

Nunca pasó.

El cañón volvió a mi centro de masa. Después se puso vertical. Por un instante creí que la mujer se estaba rindiendo. Pero el cañón siguió su viaje. La mujer levantó alto el mentón, como un gesto orgulloso y obstinado. Apoyó la boca de fuego en la carne blanda que está por debajo. Oprimió el gatillo hasta la mitad. El tambor giró y el martillo al moverse hacia atrás raspó el nylon de su abrigo.

Después terminó de apretar el gatillo y se voló la cabeza.

## SEIS

Las puertas no se abrieron por un largo rato. Quizás alguien había usado el intercomunicador de emergencia o el conductor había oído el disparo. Pero lo que fuera, el sistema pasó a modo de bloqueo completo. Era indudablemente algo ensayado. Y el procedimiento tenía mucho sentido. Mejor que una persona armada enloquecida quedara contenida en un solo vagón, en vez de que se le permitiera andar corriendo por toda la ciudad.

Pero la espera no fue agradable. Los cartuchos del .357 Magnum se inventaron en 1935. ‘Magnum’ es grande en latín. Una munición más pesada, y mucha más carga propulsora. Técnicamente la carga propulsora no explota. Deflagra, que es un proceso químico a medio camino entre arder y explotar. La idea es crear una burbuja enorme de gas caliente que acelera la bala a lo largo del cañón, como una primavera reprimida. Normalmente el gas sale por la boca del arma detrás de la bala y se prende fuego con el oxígeno del aire alrededor. De ahí el fogonazo. Pero con un disparo a la cabeza haciendo pleno contacto como el que había elegido la pasajera número cuatro, la bala hace un agujero en la piel y el gas a continuación bombea hacia dentro. Se expande violentamente debajo de la piel y o bien se abre paso y desgarrar una herida de salida enorme y con forma de estrella o hace volar del mismo hueso toda la carne y toda la piel y desenvuelve el cráneo completamente, como al pelar una banana de arriba abajo.

Eso fue lo que pasó en este caso. La cara de la mujer quedó reducida a jirones y andrajos de carne sanguinolenta colgando de hueso destrozado. La bala había viajado verticalmente a través de la boca y había vertido su enorme energía cinética en el cráneo de la mujer, y la gran presión repentina había buscado un desahogo y lo había encontrado donde las placas del cráneo se habían sellado allá lejos en la infancia. De golpe se habían abierto de vuelta y la presión había pegado tres o cuatro fragmentos grandes de hueso en la pared todo por encima y detrás de la mujer. De una u otra manera su cabeza básicamente había desaparecido. Pero la fibra de vidrio antigraffiti estaba cumpliendo su función. Hueso blanco y sangre oscura y tejido gris se estaban chorreando por la superficie resbaladiza, sin pegarse, dejando a medida que caían un rastro de caracol. El cuerpo de la mujer había colapsado y había quedado derrumbado sobre el asiento. El dedo índice derecho estaba todavía enganchado en el guardamonte. El arma había rebotado en el muslo y había quedado en el asiento de al lado de ella.

El sonido del disparo todavía me sonaba en los oídos. Podía escuchar detrás de mí ruidos apagados. Podía oler la sangre de la mujer. Me incliné hacia delante y revisé el bolso. Vacío. Bajé el cierre de la campera y la abrí. No había nada. Solo una blusa blanca de algodón y el hedor de haber vaciado intestino y vejiga.

Busqué el tablero de emergencia y llamé yo mismo al conductor. Dije: “Suicidio por disparo

de arma de fuego. Anteúltimo vagón. Ya terminó. Estamos seguros. No hay más amenazas”. No quería esperar hasta que el Departamento de Policía de Nueva York juntara escuadrones de SWAT y chalecos antibala y fusiles y llegaran con el mayor sigilo. Eso podía llevar mucho tiempo.

No recibí respuesta del conductor. Pero un minuto después se oyó su voz a través del altoparlante. Dijo: “Se les informa a los pasajeros que las puertas permanecerán cerradas por unos minutos debido a un incidente en curso”. Hablaba despacio. Probablemente leía de una tarjeta. Su voz era temblorosa. Nada que ver con los tonos tersos de los presentadores de Bloomberg.

Recorrí por última vez el vagón con la mirada y me senté a un metro del cadáver sin cabeza y esperé.

Podrían haber pasado episodios enteros de programas de televisión de policías antes incluso de que llegaran los policías de verdad. Se podría haber extraído y analizado el ADN, se podrían haber encontrado coincidencias, se podría haber salido en busca de criminales y se los podría haber atrapado y juzgado y sentenciado. Pero finalmente seis oficiales aparecieron bajando las escaleras. Estaban con chalecos y gorras y habían desenfundado sus armas. Agentes del Departamento de Policía de Nueva York del servicio nocturno, probablemente la estación de policía del distrito 14 sobre la calle 35 Oeste, el famoso Midtown Sur. Avanzaron por el andén y empezaron revisando el tren desde adelante. Me volví a poner de pie y miré por las ventanillas por encima de los enganches, todo el tren a lo largo, como atisbando por un túnel de acero inoxidable largo e iluminado. A lo lejos la vista se ponía borrosa, debido a la suciedad y a las impurezas verdes en las capas de vidrio. Pero podía ver a los policías abriendo las puertas vagón por vagón, revisando, despejando, sacando a los pasajeros y apurándolos para que subieran y salieran a la calle. Era un tren nocturno poco cargado y no les llevó tanto tiempo llegar a nosotros. Miraron por las ventanillas y vieron el cadáver y el arma y se pusieron tensos. Las puertas se abrieron con un siseo y subieron todos juntos, dos por cada par de puertas. Todos nosotros levantamos las manos, como un reflejo.

Cada una de las entradas quedó bloqueada por un policía y los otros tres fueron directo hacia la mujer muerta. Se detuvieron y se quedaron a más o menos dos metros. No revisaron si tenía pulso o ningún otro signo de vida. No pusieron un espejo debajo de la nariz, para corroborar si respiraba. En parte porque era obvio que no respiraba, y en parte porque no tenía nariz. El cartílago había salido volando, dejando pedazos de hueso astillado entremedio donde la presión interna le había hecho saltar los globos oculares.

Un policía grandote con tiras de sargento se giró. Se había puesto un poco pálido pero por lo demás estaba llevando a cabo una buena interpretación de una noche de trabajo más. Preguntó:

—¿Quién vio lo que pasó acá?

Hubo silencio en la parte de adelante del vagón. La mujer hispana, el hombre con la remera de la NBA y la señora africana. Todos estaban sentados sin moverse y no decían nada. Punto ocho: una mirada rígida hacia el frente. Era lo que estaban haciendo todos ellos. *Si yo no te puedo ver, tú no me puedes ver.* El hombre de camisa polo no dijo nada. Así que yo dije:

—Sacó el arma del bolso y se disparó.

—¿Así como así?

—Más o menos.

—¿Por qué?

—¿Cómo lo podría saber yo?

—¿Dónde y cuándo?

—Entrando a la estación. Cuando eso haya sido.

El tipo procesó la información. Suicidio por disparo de arma. El metro era responsabilidad del Departamento de Policía de Nueva York. La zona de desaceleración entre la calle 41 y la 42 era territorio del distrito 14. Su caso. Sin dudas. Asintió. Dijo:

—OK, por favor todos ustedes salgan del vagón y esperen en el andén. Vamos a necesitar sus nombres y direcciones y declaraciones.

Entonces accionó el micrófono del cuello y recibió la respuesta de un fuerte estallido de estática. Él respondió a eso con una larga serie de códigos y números. Supuse que estaba llamando paramédicos y una ambulancia. Después de eso desenganchar el vagón y limpiarlo y normalizar el servicio iba a quedar en manos de la gente de transporte. No era difícil, pensé. Había mucho tiempo antes de la hora pico de la mañana.

Bajamos y nos encontramos en el andén con un grupo de gente que se iba reuniendo. Policías de transporte, más policías patrulleros llegando, trabajadores del metro amontonándose alrededor, personal de Grand Central apareciendo. Cinco minutos más tarde un equipo de paramédicos del Departamento de Bomberos de Nueva York bajó las escaleras haciendo ruido con una camilla. Pasaron la barrera y subieron al tren y los policías que habían llegado primero se bajaron. No vi lo que pasó después de eso porque los policías se empezaron a mover entre la gente, mirando alrededor, preparándose para buscar cada uno un pasajero y llevárselos para más indagaciones. El sargento grandote me buscó a mí. Yo había respondido sus preguntas en el tren. Por lo que me hizo estar primero en la fila. Me llevó bien adentro de la estación y me metió en una sala de azulejos blancos y con el aire caliente y viciado que podría haber sido parte de las instalaciones de la policía de transporte. Me hizo sentar solo en una silla de madera y me preguntó mi nombre.

—Jack Reacher —dije.

Lo anotó y no volvió a hablar. Solo se quedó de pie en la entrada y me miró. Y esperó. Que apareciera un detective, supuse.

## SIETE

El detective que apareció era una mujer y vino sola. Tenía puesto un pantalón y una camisa gris de manga corta. Quizás seda, quizás sintética. Brillante, de todos modos. La llevaba fuera del pantalón y supuse que los faldones le tapaban el arma y las esposas y cualquier otra cosa que estuviera llevando. Dentro de la camisa era menuda y esbelta. Arriba de la camisa tenía pelo negro atado hacia atrás y una cara pequeña y ovalada. No llevaba joyas. Ni siquiera un anillo de boda. Debía tener treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve años. Quizás cuarenta. Una mujer atractiva. Me gustó de inmediato. Se la veía relajada y amigable. Me mostró su placa dorada y me dio su tarjeta. La tarjeta tenía el número de su oficina y el del celular. Tenía una dirección de e-mail del Departamento de Policía de Nueva York. Dijo para mí en voz alta el nombre que estaba ahí escrito. El nombre era Theresa Lee, con la T y la h pronunciadas juntas, como *theme* o *therapy*. *Theresa*. No era asiática. Quizás el Lee venía de un viejo matrimonio o era la versión Ellis Island de Leigh, o algún otro apellido más largo y complicado. O quizás era descendiente de Robert E.

Dijo:

—¿Puede decirme exactamente qué sucedió?

Habló con suavidad, con las cejas levantadas y una voz susurrante llena de cuidado y consideración, como si lo que más le preocupara fuera mi propio estrés postraumático. *¿Puede decirme? ¿Puede? Como: ¿puede soportar evocarlo?* Yo sonreí, brevemente. Midtown Sur estaba en una cantidad de homicidios por año baja y de un solo dígito, e incluso si ella misma se hubiera encargado de todos desde su primer día de trabajo igualmente yo habría visto más cadáveres que ella. Por un múltiplo alto. La mujer del tren no había sido el más agradable, pero había estado muy lejos del peor.

Así que le dije exactamente lo que había pasado, todo remontándome hasta la calle Bleecker, todo a través de la lista de once puntos, mi acercamiento tentativo, la conversación quebrada, el arma, el suicidio.

Theresa Lee quiso hablar de la lista.

—Tenemos una copia —dijo—. Se supone que es confidencial.

—Hace veinte años que está dando vueltas —dije—. Todos tienen una copia. Difícilmente sea confidencial.

—¿Dónde la vio?

—En Israel —dije—. Apenas después de que la escribieron.

—¿Cómo?

Así que le conté mi currículum. La versión abreviada. El Ejército de Estados Unidos, trece años como policía militar, la unidad de investigación 110 de elite, de servicio en todas partes del mundo, más períodos acá y allá, cuándo y cómo ordenaran. Después el colapso soviético, el dividendo de paz, la reducción en el presupuesto de defensa, de repente yéndome por mi cuenta.

—¿Oficial o soldado? —preguntó.

—Jerarquía final mayor —dije.

—¿Y ahora?

—Retirado.

—Es joven para estar retirado.

—Me dije que tenía que disfrutarlo mientras pudiera.

—¿Y está disfrutando?

—Como nunca.

—¿Qué estaba haciendo esta noche? ¿Ahí en el Village?

—Música —dije—. Los clubs de blues en Bleecker.

—¿Y hacia dónde se dirigía con la línea 6?

—Estaba yendo a buscar una habitación en algún lado o ir directo a Port Authority a tomar un autobús.

—¿Hacia dónde?

—A donde fuera.

—¿Una visita breve?

—Son las mejores.

—¿Dónde vive?

—En ningún lado. Mi año es una visita breve atrás de otra.

—¿Dónde está su equipaje?

—No tengo.

La mayoría de la gente hace más preguntas después de esa, pero Theresa Lee no hizo ninguna otra. En vez de eso sus ojos volvieron a cambiar el foco y dijo:

—No me deja contenta que la lista estuviera mal. Pensé que se suponía que era definitiva. —Habló de manera inclusiva, de policía a policía, como si mi viejo trabajo para ella hiciera una diferencia.

—Estaba mal solo a medias —dije—. La parte del suicidio estaba bien.

—Supongo —dijo—. Las señales serían las mismas, imagino. Pero así y todo fue un falso positivo.

—Mejor que un falso negativo.

—Supongo —volvió a decir.

Pregunté:

—¿Sabemos quién era?

—Todavía no. Pero lo vamos a averiguar. Me dicen que encontraron llaves y una billetera en la escena. Probablemente sean definitivas. ¿Pero qué había con la campera de invierno?

—No tengo idea —dije.

Se quedó en silencio, como si estuviera profundamente desilusionada. Dije:

—Estas son cosas que están siempre en elaboración. En lo personal creo que deberíamos

agregar además un punto doce a la lista de las mujeres. Si una mujer bomba se saca el velo de la cabeza, va a haber una pista por el bronceado, igual que en los hombres.

—Buen punto —dijo.

—Y leí un libro que decía que la parte sobre las vírgenes era una mala traducción. La palabra es ambigua. Es de un pasaje que está lleno de imaginería de comida. Leche y miel. Probablemente significa pasas de uva. Grandes, y posiblemente acarameladas o azucaradas.

—¿Se matan por pasas de uva?

—Me encantaría verles la cara.

—¿Es lingüista usted?

—Hablo inglés —dijo—. Y francés. ¿Y por qué además una mujer bomba querría vírgenes? Muchos textos sagrados están mal traducidos. Especialmente cuando tienen que ver con vírgenes. Incluso el Nuevo Testamento, probablemente. Hay gente que dice que María era una madre primeriza, eso es todo. De la palabra hebrea. No una virgen. Los escritores originales se reirían, si vieran lo que hicimos con todo eso.

Theresa Lee no hizo ningún comentario al respecto. En cambio preguntó:

—¿Está usted bien?

Me lo tomé como una indagación acerca de si había quedado conmocionado. Acerca de si me deberían ofrecer algún tipo de asistencia. Quizás porque me tomó por un hombre taciturno que estaba hablando mucho. Pero me equivoqué. Dije: “Estoy bien”, y ella pareció un poco sorprendida y dijo:

—Yo estaría lamentando haberme acercado. En el tren. Yo creo que usted la llevó al límite. Un par de estaciones más y podría haber superado lo que fuera que la estuviese haciendo sentir mal.

Después de eso nos quedamos ahí sentados en silencio por un minuto y entonces el sargento grandote metió la cabeza y con un gesto le dijo a Lee que saliera al pasillo. Escuché una conversación breve y en voz muy baja y después Lee volvió a entrar y me pidió que fuera con ella a la calle 35 Oeste. A la estación de policía del distrito.

—¿Por qué? —pregunté.

Dudó.

—Formalismos —dijo—. Para que se tipee su declaración, para cerrar el expediente.

—¿Tengo alguna opción en el asunto?

—No vaya para ese lado —dijo—. La lista israelí tiene algo que ver. Podríamos llamarle a todo esto un asunto de seguridad nacional. Usted es un testigo material, lo podríamos demorar hasta que se haga viejo y se muera. Mejor simplemente cooperar como un buen ciudadano.

Así que me encogí de hombros y la seguí mientras salíamos del laberinto de Grand Central a la avenida Vanderbilt, donde tenía estacionado su auto. Era un Ford Crown Victoria no identificable, maltratado y sucio, pero andaba OK. Nos llevó hasta la 35 Oeste sin problemas. Entramos por el portal viejo y grande y me llevó escaleras arriba hasta un cuarto de interrogación. Dio un paso hacia atrás y esperó en el pasillo y me dejó pasar primero. Después se quedó en el corredor y cerró la puerta detrás de mí y le puso la traba desde afuera.

## OCHO

Theresa Lee volvió veinte minutos más tarde con las plantillas de un expediente oficial y con otro tipo. Puso el expediente en la mesa y presentó al otro tipo como su compañero. Dijo que el nombre de él era Docherty. Dijo que había venido con unas cuantas cuestiones que quizás deberían haber sido preguntadas y respondidas al principio.

—¿Qué cuestiones? —pregunté.

Primero me ofreció café e ir al baño. Dije que sí a las dos. Docherty me escoltó por el pasillo y cuando volvimos había tres vasos descartables sobre la mesa, al lado del expediente. Dos cafés, un té. Docherty agarró el segundo café y dijo:

—Repase todo de vuelta.

Y eso hice, de manera concisa, básica, y Docherty se escandalizó un poco por el tema de que la lista israelí había dado un falso positivo, lo mismo que le había pasado a Lee. Le respondí de la misma manera que le había respondido a ella, diciendo que un falso positivo era mejor que un falso negativo, y que mirándolo desde el punto de vista de la mujer muerta, que estuviese dirigiéndose hacia una salida para ella sola o planeando llevarse gente con ella podía no alterar los síntomas personales que estaba desplegando. Por cinco minutos estuvimos inmersos en una atmósfera catedrática, tres personas razonables discutiendo acerca de un fenómeno interesante.

Después el tono cambió.

Docherty preguntó:

—¿Cómo se sintió usted?

—¿Con qué? —pregunté.

—Cuando ella se estaba matando.

—Contento de que no me estuviera matando a mí.

—Somos detectives de homicidios —dijo Docherty—. Tenemos que revisar todas las muertes violentas. Entiende eso, ¿no? Por si acaso.

—¿Por si acaso de qué? —dije.

—Por si acaso hay más de lo que parece.

—No hay. Se disparó a sí misma.

—Dice usted.

—Nadie puede decir lo contrario. Porque eso fue lo que sucedió.

—Siempre hay escenarios alternativos —dijo Docherty.

—¿Usted cree?

—Quizás le disparó *usted*.

Theresa Lee me miró de manera solidaria.

—No le disparé yo —dije.

—Quizás el arma era de usted —dijo Docherty.

—No era mía —dije—. Era una pieza de un kilo. No tengo bolso.

—Es grandote. Pantalones grandes. Bolsillos grandes.

Theresa Lee me volvió a mirar de manera solidaria. Como si me estuviera diciendo: *Lo lamento*.

—¿Qué es esto? —dije—. ¿Policía bueno, policía bobo?

—¿Cree que soy bobo? —dijo Docherty.

—Lo acaba de demostrar. Si yo le hubiese disparado con un .357 Magnum tendría residuos en mí hasta el codo. Pero usted recién estuvo parado afuera del baño de hombres mientras yo me lavaba las manos. Está diciendo tonterías. No me tomaron las huellas digitales y no me leyeron mis derechos. Está tratando de confundir las cosas.

—Estamos obligados a asegurarnos.

—¿Qué dice el médico forense?

—Todavía no lo sabemos.

—Hubo testigos.

Lee negó con la cabeza:

—No sirven. No vieron nada.

—Tienen que haber visto.

—Su espalda les bloqueaba la visión. Además de que no estaban mirando, además de que estaban medio dormidos, y además de que no hablan mucho inglés. No tienen nada que ofrecer. Básicamente creo que querían irse antes de que empezáramos a pedir las *green cards*.

—¿Y qué hay con el otro tipo? Estaba enfrente mío. Estaba completamente despierto. Y parecía un ciudadano y que hablaba inglés.

—¿Qué otro tipo?

—El quinto pasajero. Chinos y camisa polo.

Lee abrió el expediente. Negó con la cabeza:

—Había solo cuatro pasajeros, más la mujer.

## NUEVE

Lee separó una hoja del expediente y la giró hacia mí y la deslizó sobre la mesa hasta mitad de camino. Era una lista manuscrita de testigos. Cuatro nombres. El mío, más un Rodriguez, un Frlujlov y un Mbele.

—Cuatro pasajeros —dijo de vuelta.

—Yo estaba en el tren —dije yo—. Sé contar. Sé cuántos pasajeros había. —Después repasé la escena en mi cabeza. Bajando del tren, esperando en medio de la pequeña multitud en movimiento. La llegada del equipo de paramédicos. Los policías, bajándose de a uno del tren, moviéndose entre la gente, agarrando cada uno un codo, llevándose a los testigos a salas separadas. A mí me habían agarrado primero, el sargento grandote. Imposible saber si detrás de nosotros habían seguido cuatro policías, o solo tres.

—Se debe haber escabullido —dije.

—¿Quién era? —dijo Docherty.

—Un tipo. Alerta, pero no tenía nada especial. Mi edad, no pobre.

—¿Interactuó de alguna manera con la mujer?

—No que yo viera.

—¿Le disparó él?

—Se disparó ella misma.

Docherty se encogió de hombros:

—Por lo que no es más que un testigo reticente. No quiere papeleo que demuestre que andaba por ahí a las dos de la mañana. Quizás estaba engañando a su mujer. Pasa todo el tiempo.

—Se escapó. ¿Y usted le está dando a él vía libre y me está investigando a mí?

—Usted acaba de declarar que no estuvo implicado.

—Yo tampoco estuve implicado.

—Dice usted.

—¿Me cree acerca del otro tipo pero no me cree acerca de mí?

—¿Por qué mentiría acerca del otro tipo?

—Esto es una pérdida de tiempo —dije. Y lo era. Era una pérdida de tiempo tan extrema y burda que de repente me di cuenta de que no era en serio. Estaba orquestada. Me di cuenta de que de hecho, a su modo, Lee y Docherty me estaban haciendo un pequeño favor.

*Hay más de lo que parece.*

—¿Quién era ella? —dije.

—¿Por qué iba a ser alguien? —dijo Docherty.

—Porque hicieron una identificación por sistema y las computadoras se encendieron como arbolitos de Navidad. Alguien los llamó y les dijo que me retuvieran hasta que ellos llegaran. No querían dejarme registrado con un arresto y por eso me están demorando con toda esta basura.

—No nos preocupó particularmente cómo lo dejábamos registrado a usted. Simplemente no queríamos hacer todo el papeleo.

—¿Así que quién era?

—Aparentemente trabajaba para el gobierno. Están viniendo de una agencia federal para interrogarlo. No estamos autorizados a decirle cuál.

Me dejaron encerrado en la sala. El espacio estaba OK. Sucio, caluroso, maltrecho, sin ventanas, en las paredes pósters viejos de prevención del delito y en el aire olor a transpiración y ansiedad y café quemado. La mesa, y tres sillas. Dos para los detectives, una para el sospechoso. En aquellos tiempos al prisionero quizás le pegaban y lo tiraban de la silla. Quizás todavía le pasaba. Es difícil saber exactamente qué pasa en una sala sin ventanas.

Conté en mi cabeza el tiempo de la espera. El reloj ya había estado andando una hora, desde la conversación en voz baja de Theresa Lee en el pasillo de Grand Central. Así que sabía que no era el FBI el que me venía a buscar. Sus oficinas locales de Nueva York son las más grandes de la nación, ubicadas en Federal Plaza, cerca del City Hall. Diez minutos para reaccionar, diez minutos para reunir un equipo, diez minutos para conducir con luces y sirenas hasta donde estábamos nosotros. El FBI habría llegado hace mucho. Pero eso dejaba muchas otras agencias de tres letras. Me aposté a mí mismo que quien fuera que estuviese viniendo iba a tener IA como dos últimas letras de la placa. CIA, DIA. Agencia Central de Inteligencia, Agencia de Inteligencia de la Defensa. Quizás otras inventadas recientemente y por el momento sin publicitar. Pánicos en medio de la noche eran bien de su estilo.

Después de que una segunda hora se sumó a la primera supuse que debían estar viniendo directamente desde el DC, lo que implicaba un pequeño grupo especializado. Cualquier otro habría tenido oficinas locales más a mano. Abandoné la especulación y recliné mi silla hacia atrás y puse mis pies arriba de la mesa y me fui a dormir.

No me enteré exactamente de quiénes eran. No en ese momento. No me lo dijeron. A las cinco de la mañana tres hombres de traje entraron y me despertaron. Eran amables y formales. Sus trajes eran de precios moderados y estaban limpios y planchados. Sus zapatos estaban lustrados. Sus ojos brillaban. Sus cortes de pelo eran recientes y al ras. Sus caras eran rosadas y rubicundas. Sus cuerpos eran compactos pero tonificados. Tenían el aspecto de que podían correr medias maratonés sin muchos problemas, pero sin mucho disfrute, tampoco. Mi primera impresión fue ex militares recientes. Oficiales de carrera entusiastas, reclutados a algún edificio de piedra caliza dentro de la Circunvalación. Creyentes verdaderos, haciendo trabajo importante. Pedí ver identificaciones y placas y credenciales, pero me citaron la Ley Patriótica y me dijeron que no estaban obligados a identificarse. Probablemente cierto, y ciertamente disfrutaban diciéndolo. Consideré no decir nada en represalia, pero me vieron considerando, y me citaron un poco más de la Ley, lo que me dejó sin ninguna duda de que al final de ese camino en particular me esperaba un mundo de problemas. Les tengo miedo a muy pocas cosas, pero lidiar con los actuales aparatos de seguridad es siempre mejor si se lo evita. Franz Kafka y George Orwell me habrían dado el mismo consejo. Así que me encogí de hombros y les dije que siguieran adelante e hicieran sus

preguntas.

Empezaron diciendo que estaban al tanto de mi servicio militar y que lo respetaban mucho, lo que era una frase trillada, lugar común de mierda o significaba que habían sido reclutados de la Policía Militar ellos mismos. Nadie respeta a un policía militar salvo otro policía militar. Después dijeron que me iban a observar muy atentamente e iban a saber si yo estaba diciendo la verdad o mentía. Lo que eran puras estupideces, porque solo los mejores de nosotros pueden hacer eso, y estos tipos no eran los mejores de nosotros, de lo contrario habrían estado en cargos de rango muy superior, lo que significa que en ese mismo momento habrían estado en casa y dormidos en algún vecindario residencial de Virginia, en vez de estar yendo de acá para allá por la I-95 en medio de la noche.

Pero yo no tenía nada que esconder, así que les volví a decir que siguieran adelante.

Tenían tres áreas que les preocupaban. La primera: ¿Conocía yo a la mujer que se había matado en el tren? ¿La había visto antes?

Dije: “No”. Breve y afable, tranquilo pero firme.

No siguieron con cuestiones suplementarias. Lo que me indicó de manera brusca quiénes eran y qué estaban haciendo exactamente. Eran el equipo B de alguien, enviados al norte para ponerle un fin a una investigación en curso. La estaban aislando, enterrando, marcando una línea debajo de algo por lo que alguien había sospechado solo a medias para empezar. Querían una respuesta negativa a cada pregunta, para que el expediente se pudiera cerrar y se finalizara el asunto. Querían una ausencia positiva de cabos sueltos, y no querían llamar la atención sobre el tema volviéndolo un gran drama. Querían volver a la ruta con todo olvidado.

La segunda pregunta fue: ¿Conocía yo a una mujer llamada Lila Hoth?

Dije: “No”, porque no la conocía. No en ese momento.

La tercera pregunta fue más bien un diálogo sostenido. Lo abrió el agente que lideraba. El hombre principal. Era un poco más viejo y un poco más pequeño que los otros dos. Quizás también un poco más inteligente. Dijo:

—Usted abordó a la mujer en el tren.

No respondí. Estaba ahí para contestar preguntas, no para comentar afirmaciones.

El tipo preguntó:

—¿Cuán cerca llegó?

—Dos metros —dije—. Poco más o menos.

—¿Lo suficientemente cerca como para tocarla?

—No.

—Si usted hubiera estirado el brazo, y ella hubiera estirado el de ella, ¿se podrían haber tocado las manos?

—Quizás —dije.

—¿Eso es un sí o un no?

—Es un quizás. Sé cuán largos son mis brazos. No sé cuán largos eran los de ella.

—¿Ella le dio algo a usted?

—No.

—¿Tomó alguna cosa de ella después de que estuviera muerta?

—No.

—¿Alguna otra persona?

—No que yo viera.

—¿Vio que se le cayera algo de la mano, o del bolso, o de la ropa?

—No.

—¿Ella le dijo algo?

—Nada importante.

—¿Habló con alguien más?

—No.

El tipo preguntó:

—¿Podría vaciar sus bolsillos?

Me encogí de hombros. No tenía nada que esconder. Fui a un bolsillo por vez y puse los contenidos sobre la mesa maltrecha. Un fajo doblado de dinero en efectivo, y algunas monedas. Mi viejo pasaporte. Mi tarjeta de débito. Mi cepillo de dientes plegable. La Metrocard que me había permitido subir al metro para empezar. Y la tarjeta de presentación de Theresa Lee.

El tipo revolvió un poco mis cosas con un solo dedo estirado y le hizo un gesto con la cabeza a uno de sus subordinados, que se acercó para palparme. Ejecutó un trabajo semiexperto y no encontró nada más y negó con la cabeza.

El tipo principal dijo:

—Gracias, señor Reacher.

Y después se fueron, los tres, tan deprisa como habían entrado. Yo estaba un poco sorprendido, pero lo suficientemente contento. Me volví a poner mis cosas en mis bolsillos y esperé que ya no estuvieran en el pasillo y después salí. El lugar estaba tranquilo. Vi a Theresa Lee sin hacer nada en un escritorio y a su compañero Docherty cruzando a un tipo por el sector de la brigada hasta un cubículo al fondo. El tipo era de cuarenta y algo estatura media y estaba agotado. Tenía puesta una remera gris arrugada y un pantalón deportivo rojo. Había salido de su casa sin peinarse el pelo. Eso estaba claro. Era canoso y le salía para todos lados. Theresa Lee me vio mirando y dijo:

—Miembro de la familia.

—¿De la mujer?

Lee asintió:

—Tenía información de contacto en la billetera. Es el hermano. Es policía. De un pueblo en Nueva Jersey. Se subió al auto y vino directo.

—Pobre tipo.

—Lo sé. No le pedimos que hiciera la identificación formal. Está demasiado destrozada. Le dijimos que a cajón cerrado era lo que había que hacer. Entendió.

—¿Así que están seguros de que es ella?

Lee asintió de vuelta:

—Huellas digitales.

—¿Quién era ella?

—No estoy autorizada a decirlo.

—¿Yo ya terminé acá?

—¿Los federales terminaron con usted?

—Aparentemente.

—Entonces váyase. Ya terminó.

Llegué a lo alto de la escalera y ella me llamó. Dijo:

—No lo dije en serio lo de que la llevó al límite.

—Sí lo dije en serio —dije—. Y puede que haya tenido razón.

Salí al fresco del amanecer y doblé a la izquierda en la calle 35 y fui hacia el este. *Ya terminó.* Pero no había terminado. Ahí mismo en la esquina había otros cuatro tipos esperando para hablar conmigo. Aspecto similar a los de antes, pero no agentes federales. Sus trajes eran demasiado caros.

## DIEZ

El mundo es la misma jungla en todas partes, pero Nueva York es su destilado más puro. Lo que es útil en cualquier otro lado es vital en la gran ciudad. Ves a cuatro tipos agrupados en una esquina esperándote, o bien corres como el demonio en la dirección opuesta sin dudarlo o sigues caminando sin reducir la marcha o acelerarla o romper el paso. Miras al frente con una neutralidad estudiada, inspeccionas sus caras, miras para otro lado, como si estuvieras diciendo *¿eso es todo lo que tienen?*

Lo cierto es que es más inteligente correr. La mejor pelea es la pelea a la que no le das lugar. Pero nunca dije que yo fuera inteligente. Solo obstinado, y ocasionalmente de mal carácter. Algunos matan gatos a patadas. Yo sigo caminando.

Los trajes eran todos azul nocturno y parecían provenir del tipo de tienda que tiene encima de la entrada el nombre de una persona extranjera. Los hombres dentro de los trajes parecían competentes. Como suboficiales. Muy al tanto de cómo son las cosas, orgullosos de su habilidad para cumplir con su trabajo. Eran ciertamente ex militares, o ex fuerzas de seguridad, o ex ambas cosas. Eran la clase de tipos que habían dado un paso hacia arriba en lo que respecta al salario y un paso al costado en lo que respecta a las reglas y las regulaciones, y consideraban ambas movidas igual de valiosas.

Se separaron en dos pares cuando yo estaba todavía a cuatro pasos de distancia. Dejaron lugar para pasar si yo quería, pero el tipo de adelante a la izquierda levantó un poco ambas palmas y palmeó el aire, en una especie de gesto doble propósito *por favor pare y no somos una amenaza*. El paso siguiente lo usé para decidir. No puedes permitirte quedar atrapado en medio de cuatro tipos. O te detienes antes o te abres paso entremedio. A esa altura mis opciones estaban todavía abiertas. Fácil detenerse, fácil seguir adelante. Si cerraban filas mientras yo estaba todavía en movimiento iban a caer como bolos. Peso ciento quince y me estaba moviendo a seis kilómetros por hora. Ellos no, y no se movían.

A dos pasos, el que estaba al mando dijo:

—¿Podemos hablar?

Me detuve. Dije:

—¿De qué?

—Usted es el testigo, ¿no es así?

—¿Pero quién eres tú?

El tipo contestó llevando hacia atrás la solapa del saco del traje, de manera lenta y no amenazante, haciéndome ver no más que el forro de raso rojo y una camisa. Ningún arma, ninguna funda, ningún cinturón. Puso los dedos de su mano derecha en el bolsillo interno izquierdo y los

sacó con su tarjeta de presentación. Se inclinó hacia delante y me la alcanzó. Era un producto barato. La primera línea decía: Cierto y Seguro, Inc. La segunda línea decía: Protección, Investigación, Intervención. La tercera línea tenía un número de teléfono, con un código de área 212. Manhattan.

—Kinko es un lugar maravilloso —dije—. ¿No? Quizás me haga unas tarjetas que digan John Smith, Rey del Mundo.

—La tarjeta es legítima —dijo el tipo—. Y nosotros somos legítimos.

—¿Para quién trabajan?

—No lo podemos decir.

—Entonces no los puedo ayudar.

—Mejor que hable con nosotros antes que con nuestro jefe. Podemos mantener las cosas civilizadas.

—Ahora de verdad tengo miedo.

—Solo un par de preguntas. Eso es todo. Ayúdenos. Somos simples trabajadores, intentando que nos paguen. Como usted.

—Yo no soy un trabajador, soy un caballero del ocio.

—Entonces mírenos desde las alturas de su elevada posición y ténganos piedad.

—¿Qué preguntas?

—¿Ella le dio algo a usted?

—¿Quién?

—Usted sabe quién. ¿Agarró usted algo de ella?

—¿Y? ¿Cuál es la siguiente pregunta?

—¿Ella dijo algo?

—Dijo de todo. Estuvo hablando todo el viaje de Bleecker a Grand Central.

—¿Diciendo qué?

—No escuché mucho de lo que decía.

—¿Información?

—No escuché.

—¿Mencionó nombres?

—Puede que sí.

—¿Dijo el nombre Lila Hoth?

—No que yo escuchara.

—¿Dijo John Sansom?

No respondí. El tipo preguntó:

—¿Qué?

—Escuché ese nombre en algún lugar —dije.

—¿De ella?

—No.

—¿Ella le dio algo?

—¿Un algo de qué tipo?

—Lo que fuera.

—Dígame cuál sería la diferencia.

—Nuestro jefe quiere saber.

—Dígale que venga a preguntarme en persona.

—Mejor hablar con nosotros.

Sonreí y seguí caminando, por el callejón que habían formado. Pero uno de los tipos de la derecha dio un paso al costado e intentó hacerme retroceder. Le di con el hombro en el pecho y lo saqué girando de mi camino. Me vino a buscar de vuelta y me detuve y seguí y amagué izquierda y derecha y me puse atrás de él y lo empujé fuerte en la espalda para que trastabillara delante mío. Su saco tenía una sola abertura central. Sastrería francesa. Los trajes británicos se inclinan por las aberturas laterales y los trajes italianos se inclinan en el no uso de aberturas traseras. Me incliné y agarré un faldón en cada mano y tiré y rompí la costura de abajo arriba todo a lo largo de la espalda. Después lo volví a empujar. Trastabilló hacia delante y giró brusco a la derecha. El saco le había quedado colgando agarrado del cuello. Desabotonado adelante, abierto atrás, como una bata de hospital.

Después corrí tres pasos y me detuve y me di vuelta. Habría tenido mucho más estilo simplemente seguir caminando despacio, pero habría sido también mucho más tonto. La despreocupación es buena, pero estar preparado es mejor. Los cuatro quedaron atrapados en un momento de verdadera indecisión. Querían venir a buscarme. Eso estaba claro. Pero estaban en la calle 35 Oeste al amanecer. A esa hora prácticamente todo el tráfico serían policías. Así que al final simplemente me miraron mal y se fueron. Cruzaron la 35 en fila india y se dirigieron hacia el sur en la esquina.

*Ya terminó.*

Pero no había terminado. Me di vuelta para irme y un tipo salió de la estación de policía del distrito y corrió hacia mí. Remera gris arrugada, pantalón deportivo rojo, pelo canoso saliéndole para todos lados. El miembro de la familia. El hermano. El policía de un pueblo chico de Jersey. Llegó hasta donde estaba yo y me agarró fuerte del codo y dijo que me había visto adentro y que había imaginado que yo era el testigo. Después me dijo que su hermana no se había suicidado.

## ONCE

Llevé al tipo a una cafetería en la Octava Avenida. Hace mucho tiempo me mandaron a un seminario de la Policía Militar de un día en Fort Rucker, para aprender sensibilidad en torno a quienes acaban de perder a un ser querido. A veces los policías militares tienen que llevarles malas noticias a los parientes. Los llamamos mensajes de la muerte. Se admitía ampliamente que mis capacidades eran deficientes. Yo solía entrar y simplemente decirles. Pensaba que eso era lo natural de un mensaje. Pero aparentemente estaba equivocado. Así que me mandaron a Rucker. Aprendí buenas cosas ahí. Aprendí a tomarme las emociones en serio. Por sobre todas las cosas aprendí que los *cafés* y los *diners* y las cafeterías eran buenos ambientes para las malas noticias. La atmósfera pública limita las probabilidades de que alguien se desmorone, y el proceso de pedir y esperar y beber puntúa el flujo de información de un modo que lo vuelve más fácil de asimilar.

Nos ubicamos en un box al lado de un espejo. Eso también ayuda. Uno se puede mirar con el otro en el reflejo. Cara a cara, pero no realmente. El lugar estaba casi mitad lleno. Policías de la estación del distrito, taxistas camino a los garajes del West Side. Pedimos café. Yo quería comida también, pero no iba a comer si él no comía. No es respetuoso. Dijo que no tenía hambre. Me quedé sentado en silencio y esperé. Déjalos que hablen primero, habían dicho los psicólogos de Rucker.

Me dijo que se llamaba Jacob Mark. Originalmente Markakis en los tiempos de su abuelo, en aquel entonces cuando un apellido griego no era bueno para nadie, salvo si estabas en el negocio de los delis, lo que no era el caso de su abuelo. Su abuelo estaba en el negocio de la construcción. De ahí el cambio. Dijo que le podía decir Jake. Yo le dije que me podía decir Reacher. Me dijo que era policía. Le dije que yo también lo había sido en algún momento, militar. Me dijo que no estaba casado y que vivía solo. Le dije que yo igual. Establece intereses comunes, habían dicho los profesores en Rucker. De cerca y mirando más allá de su desaliño físico era un tipo normal que estaba bien. Tenía el lustre cansado de cualquier policía, pero por debajo de eso había un hombre suburbano normal. Con un asesor vocacional distinto podría haber sido profesor de ciencias o dentista o gerente de un negocio de repuestos para autos. Tenía entre cuarenta y cincuenta años, estaba ya muy canoso, pero su rostro era juvenil y sin arrugas. Sus ojos estaban oscuros y grandes y fijos, pero era temporario. Unas horas antes, cuando se había ido a acostar, debió haber sido un hombre apuesto. Me agradó al verlo, y su situación me apenaba.

Tomó aire y me dijo que su hermana se llamaba Susan Mark. En algún momento Susan Molina, pero divorciada hacía muchos años y desde entonces Mark de vuelta. Ahora viviendo sola. Hablaba de ella en presente. Estaba muy lejos de la aceptación.

Dijo:

—No se puede haber matado. Simplemente no es posible.

—Jake, yo estuve ahí —dije.

La camarera nos trajo el café y por un momento lo bebimos en silencio. Pasando el tiempo, dejando que la realidad decante un poco más. Los psicólogos de Rucker habían sido explícitos: las personas que acaban de perder a un ser querido de manera repentina tienen el coeficiente intelectual de un perro labrador. Poco delicados, porque eran del Ejército, pero precisos, porque eran psicólogos.

—Cuéntame entonces qué fue lo que pasó —dijo Jake.

—¿De dónde eres? —le pregunté.

Mencionó un pueblo pequeño en el norte de Nueva Jersey, bien en el área metropolitana de Nueva York, lleno de personas que hacen el viaje de ida y vuelta a diario y de mamás de barrio cerrado, gente próspera, segura, contenta. Dijo que el departamento de policía tenía un buen presupuesto, estaba bien equipado y era por lo general tranquilo. Le pregunté si su departamento tenía una copia de la lista israelí. Dijo que después de lo de las Torres Gemelas a todos los departamentos de policía del país los habían tapado de papel, y que a todos los oficiales los habían obligado a aprenderse todos los puntos de todas las listas.

—Tu hermana se estaba comportando de manera extraña, Jake —dije—. Coincidió punto por punto. Parecía una terrorista suicida.

—Mentira —dijo, tal como debería un buen hermano.

—Obviamente no lo era —dije—. Pero habrías pensado lo mismo. Tendrías que haberlo hecho, con tu entrenamiento.

—Entonces la lista tiene más que ver con el suicidio que con las bombas.

—Aparentemente.

—Ella no era una persona triste.

—Debe haberlo sido.

No respondió. Bebimos un poco más. La gente iba y venía. Pagaban la cuenta, dejaban propina. En la Octava empezó a armarse el tráfico.

—Cuéntame de ella —dije.

—¿Qué arma usó? —preguntó.

—Un viejo Ruger Speed-Six.

—El revólver de papá. Ella lo heredó.

—¿Dónde vivía? ¿Acá, en la ciudad?

Negó con la cabeza:

—Annandale, Virginia.

—¿Sabías que ella estaba acá?

Volvió a negar con la cabeza.

—¿Por qué podría haber venido?

—No sé.

—¿Por qué puede haber tenido puesta una campera de invierno?

—No sé.

—Unos agentes federales vinieron y me hicieron preguntas —dije—. Después me encontraron

unos tipos que trabajan por su cuenta, justo antes que tú. Todos hablaron de una mujer que se llama Lila Hoth. ¿Escuchaste alguna vez que tu hermana mencionara ese nombre?

—No.

—¿Y John Sansom?

—Es un congresista de Carolina del Norte. Quiere ser senador. Un hueso duro de roer.

Asentí. Me acordé, vagamente. La temporada electoral se estaba poniendo en marcha. Había visto notas en los diarios y en la televisión. Sansom había entrado tarde en la política y era una estrella en ascenso. Se lo veía como alguien duro e intransigente. Y ambicioso. Le había ido bien con los negocios por un rato y antes de eso le había ido bien en el Ejército. Hacía pensar en una carrera glamorosa en las Fuerzas Especiales, sin proporcionar detalles suplementarios. Las carreras en las Fuerzas Especiales son buenas para ese tipo de cosas. La mayor parte de lo que hacen es secreto, o se puede decir que lo es.

—¿Pero mencionó tu hermana alguna vez a Sansom? —pregunté.

—No creo —dijo.

—¿Lo conocía?

—No veo cómo.

—¿De qué trabajaba? —pregunté.

No me lo dijo.

## DOCE

No necesitaba decírmelo. Yo ya sabía lo suficiente como para hacer una estimación aproximada. Sus huellas digitales estaban en los expedientes y tres ex oficiales de carrera rosados relucientes se habían apurado a venir por la autopista pero se habían vuelto a ir en pocos minutos. Lo que ponía a Susan Mark en algún lugar en el negocio de defensa, pero no en una posición elevada. Y vivía en Annandale, Virginia. Al sudoeste de Arlington, según recordaba. Probablemente cambiado desde la última vez que estuve ahí. Pero probablemente todavía un lugar decente para vivir, y todavía a una distancia fácil de recorrer hasta el edificio de oficinas más grande del mundo. Ruta 244, de una punta a la otra.

—Trabajaba en el Pentágono —dije.

—Se suponía que ella no tenía que hablar de su trabajo —dijo Jake.

Negué con la cabeza:

—Si hubiera sido de verdad un secreto, te habría dicho que trabajaba en Walmart.

No respondió. Dije:

—En algún momento tuve una oficina en el Pentágono. Estoy familiarizado con el lugar. Ponme a prueba.

Hizo una pausa y luego se encogió de hombros y dijo:

—Era una empleada civil. Pero ella hacía que sonara interesante. Trabajaba para un equipo que se llamaba CGUSAHRC. Nunca me dijo demasiado al respecto. Hacía que sonara como algo confidencial. La gente no puede hablar mucho ahora, después de lo de las Torres Gemelas.

—No es un equipo —dije—. Es una persona. CGUSAHRC significa Comandante General, Ejército de los Estados Unidos, Comando de Recursos Humanos. Y no es muy interesante. Es un departamento de personal. Papeleo y documentación.

Jake no respondió. Pensé que lo había ofendido, por minimizar la carrera de su hermana. Quizás el seminario en Rucker no me había enseñado lo suficiente. Quizás debería haber prestado más atención. El silencio se extendió un poco de más y se puso incómodo. Pregunté:

—¿Te contó aunque sea alguna cosa de todo esto?

—No realmente. Quizás no había mucho para contar. —Lo dijo con un dejo de amargura, como si su hermana hubiera sido descubierta en una mentira.

—Las personas adornan las cosas, Jake —dije—. Es la naturaleza humana. Y por lo general eso no hace ningún daño. Quizás solo quería competir, con el hecho de que tú fueras policía.

—No teníamos una relación cercana.

—Igual eran familia.

—Supongo.

—¿Disfrutaba su trabajo?

—Parecía que sí. Y debe haber sido el indicado para ella. Tenía las capacidades adecuadas, para un departamento de documentación. Buena memoria, meticulosa, muy organizada. Era buena con las computadoras.

Volvió el silencio. Yo empecé a pensar de vuelta en Annandale. Una comunidad agradable pero sin nada especial. Bajo las circunstancias presentes tenía solo una característica significativa.

Estaba muy lejos de la ciudad de Nueva York.

*No era una persona triste.*

—¿Qué? —dijo Jake.

—Nada —dije—. No es mi problema.

—¿Pero qué?

—Solo estoy pensando.

—¿En qué?

*Hay más de lo que parece.*

—¿Hace cuánto que eres policía? —pregunté.

—Dieciocho años.

—¿Siempre en el mismo lugar?

—Me formé con la policía estatal. Después pasé a otro lado. Como un semillero.

—¿Has visto muchos suicidios en Jersey?

—Uno o dos por año, quizás.

—¿Alguien vio alguno de esos venir?

—No realmente. Por lo general son una gran sorpresa.

—Como este.

—Así es.

—Pero detrás de cada uno tiene que haber un motivo.

—Siempre. Financiero, sexual, algo que está a punto de volverse un escándalo.

—Por lo que tu hermana tiene que haber tenido un motivo.

—No sé cuál.

Me quedé callado de vuelta. Jake dijo:

—Solo dilo. Cuéntame.

—No me toca a mí.

—Fuiste policía —dijo—. Estás viendo algo.

Asentí. Dije:

—Mi suposición es que de los suicidios que viste, quizás siete de cada diez fueron en la casa, y tres de cada diez, iban manejando hasta alguna calle de la localidad y conectaban una goma al caño de escape y la metían por la ventanilla.

—Más o menos.

—Pero siempre en algún lugar conocido. Algún lugar apartado y tranquilo. Siempre en alguna especie de destino. Llegas ahí, te tranquilizas, lo haces.

—¿Qué estás queriendo decir?

—Estoy queriendo decir que nunca escuché de un suicidio en el que una persona viaje a cientos de kilómetros de su casa y lo haga cuando el viaje está todavía en curso.

—Te dije.

—Me dijiste que ella no se mató. Pero sí lo hizo. Yo la vi hacerlo. Pero yo estoy queriendo decir que lo hizo de una manera muy poco convencional. De hecho no creo haber escuchado nunca antes de un suicidio dentro de un vagón de metro. Abajo del metro, quizás, pero no adentro. ¿Escuchaste alguna vez de un suicidio arriba de un transporte público, durante el viaje?

—¿Entonces?

—Entonces nada. Solo estoy preguntando, eso es todo.

—¿Por qué?

—Porque sí. Piensa como un policía, Jake. No como un hermano. ¿Qué haces cuando algo está muy fuera de su lugar?

—Vas más a fondo.

—Pues hazlo.

—No va a hacer que reviva.

—Pero entender algo ayuda mucho. —Que era también un concepto que enseñaban en Fort Rucker. Pero no en la clase de psicología.

Hice que me volvieran a servir café y Jacob Mark agarró un sobre de azúcar y lo hizo girar una y otra vez en sus manos de manera tal que el polvo cayera de un extremo al otro del rectángulo de papel, repetidamente, como un reloj de arena. Podía ver su cabeza trabajando como un policía y su corazón trabajando como un hermano. Estaba todo ahí en su rostro. *Más a fondo. No va a hacer que reviva.*

—¿Qué más? —preguntó.

—Había un pasajero que se fue antes de que la policía hablara con él.

—¿Quién?

—Un tipo. Los agentes dijeron que seguro no quería que su nombre quedara asentado. Dijeron que quizás estaba engañando a la esposa.

—Es posible.

—Sí —dije—. Es posible.

—¿Y?

—Tanto los federales como los que trabajaban por su cuenta me preguntaron si tu hermana me había dado algo.

—¿Un algo de qué tipo?

—No especificaron. Imagino que algo pequeño.

—¿Quiénes eran los federales?

—No lo dijeron.

—¿Quiénes eran los que trabajaban por su cuenta?

Me separé un poco de la banqueta y saqué del bolsillo de atrás la tarjeta de presentación. Cartulina barata, ya arrugada, y ya un poco azul por mis pantalones. Pantalones nuevos, tintura fresca. La apoyé y la puse en dirección a él y la deslicé sobre la mesa. Jake la leyó despacio, quizás dos veces. *Cierto y Seguro, Inc. Protección, Investigación, Intervención.* El número de

teléfono. Sacó un celular y marcó. Escuché un retraso y un animado ding-dong de tres notas y un mensaje grabado. Jake cerró el teléfono y dijo:

—Fuera de servicio. Número falso.

## TRECE

Hice que me volvieran a servir café una vez más. Jake miraba a la camarera como si nunca hubiera oído una cosa tal. Finalmente ella perdió el interés y se fue. Jake deslizó la tarjeta de presentación hacia mí. La agarré y la guardé en mi bolsillo y dijo:

—No me gusta esto.

—A mí tampoco me gustaría —dijo.

—Deberíamos volver y hablar con la policía.

—Se suicidó, Jake. Esa es la conclusión. Eso es todo lo que necesitan saber. No les importa cómo o dónde o por qué.

—Debería.

—Tal vez. Pero no les importa. ¿A ti te importaría?

—Probablemente no —dijo. Vi cómo sus ojos se quedaban sin expresión. Quizás estaba repasando en su mente casos viejos. Casas grandes, calles arboladas, abogados viviendo la gran vida a costa del dinero del fideicomiso de sus clientes, incapaces de resarcirse, escabulléndose por anticipado de la vergüenza y el escándalo y la inhabilitación. O maestros, con alumnas embarazadas. U hombres de familia, con novios en Chelsea o en el West Village. Policías locales, llenos de tacto y de una áspera simpatía, grandes e intrusivos en las viviendas prolijas y tranquilas, revisando la escena, estableciendo hechos, tipeando informes, cerrando expedientes, olvidando, pasando a lo que viniera después, sin que les importe cómo y dónde y por qué.

—¿Tienes una teoría? —dijo.

—Es demasiado pronto para una teoría —dijo—. Por el momento lo único que tenemos son hechos.

—¿Qué hechos?

—El Pentágono no confiaba del todo en tu hermana.

—Eso es duro.

—La estaban vigilando, Jake. Tiene que haber sido así. Apenas se mencionó su nombre en las comunicaciones, esos federales ensillaron. Tres. Eso era un procedimiento.

—No se quedaron mucho.

Asentí:

—Lo que significa que no desconfiaban tanto. Estaban siendo precavidos, eso es todo. Quizás tenían alguna cosita en sus mentes, pero no la creían en serio. Vinieron hasta acá para descartarla.

—¿Qué tipo de cosa?

—Información —dijo—. Eso es todo lo que tiene el Comando de Recursos Humanos.

—¿Creyeron que estaba pasando información?

—Querían descartar la posibilidad.

—Lo que significa que en algún momento esa posibilidad existió.

Asentí de vuelta:

—Quizás la vieron en la oficina equivocada, abriendo el cajón de expedientes equivocado. Quizás supusieron que había una explicación inocente, pero querían estar seguros. O quizás se perdió algo y no sabían a quién vigilar, así que los estaban vigilando a todos.

—¿Qué tipo de información?

—No tengo idea.

—¿Como la copia de un expediente?

—Más pequeño —dije—. Un papel doblado, una memoria de ordenador. Algo que podía pasar de una mano a otra en un vagón de metro.

—Ella era una patriota. Amaba su país. No haría eso.

—Y no lo hizo. No le dio nada a nadie.

—Entonces no tenemos nada.

—Tenemos a tu hermana a cientos de kilómetros de su casa con un arma cargada.

—Y asustada —dijo Jake.

—Usando una campera de invierno con treinta grados de calor.

—Con dos nombres dando vueltas —dijo—. John Sansom y Lila Hoth, sea quien sea. Y Hoth suena extranjero.

—Igual que Markakis, érase una vez.

Se volvió a quedar callado y bebió un poco de café. En la Octava el tráfico se estaba volviendo más lento. Se estaba armando la hora pico de la mañana. Había salido el sol, un poco al sur del este. Sus rayos no estaban alineados con la cuadrícula de las calles. Llegaban con un ángulo bajo y proyectaban sombras diagonales y largas.

Jake dijo:

—Dame algo por dónde empezar.

—No sabemos lo suficiente —dije yo.

—Conjetura.

—No puedo. Podría inventar una historia, pero estaría llena de huecos. Y para empezar podría ser la historia del todo equivocada.

—Inténtalo. Dame algo. Como un *brainstorming*.

Me encogí de hombros:

—¿Has conocido alguna vez algunos tipos que sean ex Fuerzas Especiales?

—Dos o tres. Quizás cuatro o cinco, contando los policías estatales que conocí.

—Probablemente no conociste a ninguno. La mayoría de las carreras en Fuerzas Especiales no existieron nunca. Es como la gente que dice que estuvo en Woodstock. Si les crees a todos, la multitud debe haber alcanzado los diez millones de personas. O como los neoyorquinos que vieron los aviones cuando impactaban las torres. Todos los vieron, si los escuchas. En ese momento nadie estaba mirando para otro lado. Los que dicen que fueron Fuerzas Especiales por lo general están mintiendo. La mayoría no pasaron de la infantería. Algunos ni siquiera estuvieron nunca en el Ejército. La gente adorna las cosas.

—Como mi hermana.

—Es la naturaleza humana.

—¿Cuál es tu punto?

—Estoy trabajando con lo que tenemos. Tenemos dos nombres aleatorios, una época de elecciones que empieza y tu hermana en el Comando de Recursos Humanos.

—¿Crees que John Sansom miente acerca de su pasado?

—Probablemente no —dije—. Pero es un área común de exageraciones. Y la política es un negocio sucio. Puedes apostar a que ahora mismo alguien está investigando al tipo que le hizo el servicio de tintorería hace veinte años, queriendo saber si tenía la *green card*. Así que es algo obvio asumir que la gente está verificando su verdadera biografía. Es un deporte nacional.

—Por lo que Lila Hoth quizás es una periodista. O una investigadora. Noticias de cable, o algo. O de la radio.

—Quizás es la rival de Sansom.

—No con ese nombre. No en Carolina del Norte.

—OK, digamos que es una periodista o una investigadora. Quizás le puso un poco de presión a un empleado del Comando de Recursos Humanos por el legajo personal de Sansom. Quizás eligió a tu hermana.

—¿Con qué la podía presionar?

—Ese es el primer gran hueco de la historia —dije. Lo cual era cierto. Susan Mark estaba desesperada y aterrorizada. Era difícil imaginar a una periodista encontrando algo para ejercer una presión de ese tipo. Los periodistas pueden ser manipuladores y persuasivos, pero nadie les tiene particularmente miedo.

—¿Susan se interesaba por la política? —pregunté.

—¿Por qué?

—Quizás no le gustaba Sansom. No le gustaba lo que representaba. Quizás estaba cooperando. O actuando como voluntaria.

—¿Entonces por qué iba a estar tan asustada?

—Porque estaba infringiendo la ley —dije—. Debe haber tenido el corazón en la boca.

—¿Y por qué tenía el revólver?

—¿Normalmente no lo llevaba?

—Nunca. Era una reliquia familiar. Lo guardaba en el cajón de las medias, como se suele hacer.

Me encogí de hombros. El arma era el segundo gran hueco en la historia. La gente saca las armas de los cajones de las medias por distintos motivos. Protección, agresión. Pero nunca por si en una de esas llegan a sentir de repente el impulso de matarse lejos de casa.

—Susan no se interesaba por la política —dijo Jake.

—OK.

—Por lo que no puede haber una conexión con Sansom.

—¿Entonces por qué surgió el nombre de él?

—No sé.

—Susan debe haber venido conduciendo —dije—. No se puede subir un arma a un avión. Probablemente a su auto en este momento se lo esté llevando la grúa. Debe haber venido por el

Túnel Holland y debe haber estacionado bien en downtown.

Jake no respondió. Mi café estaba frío. La camarera ya no iba a volver a llenar la taza. Éramos una mesa no rentable. El resto de la clientela ya había cambiado dos veces. Trabajadores, moviéndose deprisa, metiéndose comida, preparándose para un día ajetreado. Me imaginé a Susan Mark doce horas más temprano, preparándose para una noche ajetreada. Vistiéndose. Agarrando el revólver del padre, cargándolo, metiéndolo en el bolso negro. Subiéndose al auto, tomando la 236 hasta la Circunvalación, yendo en el sentido de las agujas del reloj, quizás cargando gasolina, alcanzando los 150, dirigiéndose hacia el norte, los ojos grandes y desesperados, perforando al frente la oscuridad.

*Conjetura*, había dicho Jake. Pero de repente yo no quería. Porque podía escuchar en mi cabeza a Theresa Lee. La detective. *Usted la llevó al límite*. Jake me vio pensando y preguntó:

—¿Qué?

—Asumamos que tenían algo con qué presionarla —dije—. Asumamos que era totalmente convincente. Así que asumamos que Susan iba camino a entregar la información que le hubieran dicho que consiguiera. Y asumamos que esta era gente mala. Ella no confiaba en que dejaran ir aquello con lo que la estuvieran apretando. Probablemente ella pensaba que iban a subir las apuestas y pedir más. Estaba adentro, y no veía ninguna manera de salir. Y por encima de todo, les tenía mucho miedo. Así que estaba desesperada. Así que agarró el arma. Posiblemente pensó que podía pelear para salir del lugar, pero no era optimista en cuanto a sus posibilidades. En conjunto, no pensaba que las cosas fueran a terminar bien.

—¿Entonces?

—Tenía que ir a algún lado a concretar algo. Casi había llegado. Nunca tuvo la intención de dispararse.

—¿Pero qué hay de la lista? ¿Los comportamientos?

—La misma diferencia —dije—. Iba camino a algún lugar en el que esperaba que algún otro acabara con su vida, quizás de alguna otra manera, literal o figuradamente.

## CATORCE

Jacob Mark dijo: “Eso no explica el abrigo”. Pero yo pensaba que estaba equivocado. Yo pensaba que explicaba el abrigo bastante bien. Y explicaba el hecho de que hubiera estacionado en el centro y hubiera viajado hacia el norte de la ciudad en metro. Me figuré que estaba buscando llegar a la persona con la que se tuviera que encontrar desde un ángulo inesperado, saliendo de un agujero en el piso, armada, vestida toda de negro, lista para algún enfrentamiento en la oscuridad. Quizás la parka de invierno era el único abrigo negro que tenía.

Y explicaba también todo lo demás. El terror, la sensación de fatalidad. Quizás el balbuceo había sido su manera de ensayar súplicas, o justificaciones, o argumentos, o quizás incluso amenazas. Quizás repetirlas una y otra vez las volvía para ella más convincentes. Más plausibles. Más tranquilizadoras.

Jake dijo:

—No puede haber estado de camino a entregar algo, porque no llevaba nada encima.

—Puede haber tenido algo —dijo—. En la cabeza. Me dijiste que tenía una muy buena memoria. Unidades, fechas, recorridos, lo que necesitaran.

Hizo una pausa, e intentó encontrar una razón para estar en desacuerdo.

No lo logró.

—Información clasificada —dijo—. Secretos del Ejército. Dios, no lo puedo creer.

—Estaba bajo presión, Jake.

—¿Pero qué clase de secretos tiene una oficina de personal, que valgan como para que te maten?

No respondí. Porque no tenía idea. En mi época el Comando de Recursos Humanos se llamaba PERSCOM. Comando de Personal, no Comando de Recursos Humanos. Había estado en servicio durante trece años sin haberle dedicado ni un pensamiento. En ningún momento. Papeleo y documentación. Toda la información interesante había estado en otro lado.

Jake se movió en su asiento. Se pasó los dedos por su pelo sin lavar y sujetó sus manos sobre las orejas y movió la cabeza hasta completar todo un óvalo, como si estuviera sacándose un poco la rigidez del cuello, o interpretando algún tipo de agitación interna que lo estaba haciendo girar en círculos, de vuelta a la cuestión más básica.

—¿Entonces por qué? —dijo—. ¿Por qué de golpe se disparó antes de llegar adonde estaba yendo?

Hice una pausa. Todo a nuestro alrededor se oían los ruidos típicos de un café. El chillido de zapatillas sobre el linóleo, el tintineo y los raspones de vajilla, el sonido de las noticias de la

televisión de equipos colgados alto en las paredes, el ding de la campanita de la comanda.

—Estaba infringiendo la ley —dije—. Estaba violando todo tipo de acuerdos y obligaciones profesionales. Y debe haber sospechado algún tipo de vigilancia. Quizás incluso le habían avisado. Así que estaba tensa, desde el mismo momento en que se subió al auto. Durante todo el viaje había estado mirando si aparecían luces rojas en el espejo. Cada policía en cada peaje era un peligro potencial. Cada tipo de traje que veía podría haber sido un agente federal. Y en el metro, cualquiera de nosotros podría haber estado preparándose para detenerla.

Jake no respondió.

—Y después yo me le aproximé —dije.

—¿Y?

—Se trastornó. Pensó que yo estaba por arrestarla. Ahí mismo, el juego había terminado. Estaba al final del camino. Estaba condenada si lo hacía y estaba condenada si no lo hacía. No podía avanzar, no podía retroceder. Estaba atrapada. Fuera lo que fuera aquello con lo que la estaban amenazando iba a suceder, y ella iba a ir a la cárcel.

—¿Por qué ella iba a pensar que la ibas a arrestar?

—Debe haber pensado que yo era policía.

—¿Por qué iba a pensar que eras policía?

*Soy policía, había dicho yo. La puedo ayudar. Podemos hablar.*

—Estaba paranoica —dije—. Entendiblemente.

—No pareces un policía. Pareces un vago. Es más probable que pensara que estabas tratando de que te diera unas monedas.

—Quizás pensó que yo estaba de encubierto.

—Era una empleada de documentación, de acuerdo con lo que tú dices. No podría haber sabido qué aspecto tienen los policías de encubierto.

—Jake, lo siento, pero yo le dije que era policía.

—¿Por qué?

—Pensé que era una terrorista suicida con una bomba. Simplemente estaba intentando que no apretara el botón en los siguientes tres segundos. Estaba listo para decir lo que fuera.

—¿Qué fue lo que dijiste exactamente? —preguntó. Así que le conté, y él dijo—: Dios, eso incluso suena a alguna estupidez de asuntos internos.

*Yo creo que usted la llevó al límite.*

—Lo siento —volví a decir.

En los minutos que le siguieron a eso yo la estaba recibiendo de todos lados. Jacob Mark me miraba enfurecido porque yo había matado a su hermana. La camarera estaba enojada porque podría haber vendido más o menos ocho desayunos en el tiempo que nos habíamos pasado dando vueltas alrededor de dos tazas de café. Saqué un billete de veinte dólares y lo aseguré con el platillo de mi taza. Me vio hacerlo. Las propinas de ocho desayunos, ahí mismo. Eso solucionó el problema de la camarera. El problema de Jacob Mark era más difícil. Estaba irritado y quieto y callado. Lo vi mirar para otro lado, dos veces. Preparándose para irse. Finalmente dijo:

—Me tengo que ir. Tengo cosas que hacer. Tengo que encontrar una manera de contárselo a su familia.

—¿Familia? —dije.

—Molina, el ex marido. Y tienen un hijo, Peter. Mi sobrino.

—¿Susan tenía un hijo?

—¿Y eso a ti qué te importa?

*El coeficiente intelectual de un perro labrador.*

—Jake —dije—, estuvimos sentados acá hablando de algo con que presionarla, ¿y no se te ocurrió mencionar que Susan tenía un hijo?

Por un segundo no tuvo ninguna expresión. Dijo:

—No es un niño. Tiene veintidós años. Está cursando el último año en la USC. Juega al fútbol americano. Es más grandote que tú. Y no tiene una relación cercana con su madre. Vivió con su padre desde el divorcio.

—Llámalo —dije.

—Son las cuatro de la mañana en California.

—Llámalo ahora.

—Lo voy a despertar.

—Espero que así sea.

—Tiene que estar preparado para esto.

—Primero tiene que atender el teléfono.

Así que Jake volvió a sacar su celular y recorrió los contactos y apretó el botón verde en un nombre bastante abajo en la lista. Orden alfabético, supuse. P de Peter. Jake sostuvo el teléfono contra su oreja y expresó un tipo de preocupación durante los primeros cinco tonos de llamada y otro tipo de preocupación después del sexto. Mantuvo el teléfono levantado un poco más y después lo bajó despacio y dijo:

—Contestador.

## QUINCE

Dije:

—Ve a trabajar. Llama al Departamento de Policía de Los Ángeles o a la policía del campus de la USC y pide algunos favores, de policía a policía. Consigue a alguien que vaya hasta allí y chequee si está en su casa.

—Se me van a reír. Es un deportista universitario que no contesta el teléfono a las cuatro de la mañana.

—Solo hazlo —dije.

—Ven conmigo —dijo Jake.

Negué con la cabeza:

—Yo me quedo aquí. Quiero volver a hablar con esos que trabajan por su propia cuenta.

—Nunca los encontrarás.

—Ellos me encontrarán a mí. Nunca contesté su pregunta, sobre si Susan me dio algo. Creo que la van a querer volver a preguntar.

Arreglamos para encontrarnos en cinco horas, en la misma cafetería. Miré cómo volvía hasta su auto y después caminé al sur por la Octava, despacio, como si no tuviera ningún lugar especial a donde ir, lo cual era así. Estaba cansado por no haber dormido mucho pero encendido por todo el café, así que en total supuse que era un empate en términos de lucidez y energía. Y supuse que los tipos que trabajaban por su cuenta estarían en el mismo barco. Todos habíamos estado despiertos toda la noche. Lo que me dejó pensando en la hora. De la misma manera que las dos de la mañana era la hora equivocada para un atentado suicida, también era una hora rara para que Susan Mark estuviera yendo a encontrarse con alguien y entregarle información. Así que me detuve un rato en los expendedores de diarios en la puerta de un deli y hojeé los tabloides. Encontré bien al fondo del *Daily News* lo que estaba esperando a medias. La noche anterior el peaje de Nueva Jersey dirección norte había estado cerrado por cuatro horas. Un accidente con un camión cisterna, con neblina. Un derrame de ácido. Múltiples víctimas.

Me imaginé a Susan Mark atrapada en la ruta entre salidas. Un atasco de cuatro horas. Una demora de cuatro horas. Desconfianza. Tensión creciente. Ninguna manera de ir hacia delante, ninguna manera de ir hacia atrás. La espada y la pared. El reloj, haciendo tictac. El tiempo límite, acercándose. El tiempo límite, ya excedido. Amenazas y sanciones y penalidades, ahora creyéndolas en marcha y operativas. La línea 6 a mí me había parecido rápida. Ella la debe haber sentido horriblemente lenta. *Usted la llevó al límite*. Quizás fuera así, pero no había necesitado

que la llevaran tanto.

Acomodé un poco los diarios para que estuvieran de vuelta en una condición vendible y retomé mi paseo. Supuse que el tipo con el saco roto habría ido a casa a cambiarse, pero los otros tres estarían cerca. Me habrían visto entrar a la cafetería y me habrían ido a buscar cuando salí. No los podía ver en la calle, pero realmente no los estaba buscando. No tiene sentido buscar algo cuando estás seguro de que está ahí.

En otros tiempos la Octava Avenida había sido una calle peligrosa. Las luces de la calle rotas, terrenos baldíos, locales con las persianas bajas, crack, prostitutas, ladrones. Yo había visto ahí todo tipo de cosas. Personalmente nunca me habían atacado. Lo que no era muy sorprendente. Para hacer de mí una víctima potencial, la población mundial tendría que reducirse hasta que queden solo dos. Yo y el ladrón, y habría ganado yo. Ahora la Octava era tan segura como cualquier otro lado. Vibraba de actividad comercial y había gente por todas partes. Así que no me importaba exactamente dónde me abordaran los tres tipos. No hice ningún intento de llevarlos a un lugar de mi elección. Solo caminé. Su decisión. El día iba camino de estar tibio a estar caluroso y los olores de las veredas se estaban alzando todo a mi alrededor, como un calendario toscó: la basura hiede en verano y en invierno no.

Me abordaron una cuadra al sur del Madison Square Garden y del edificio grande del viejo correo. Una construcción en un lote de una esquina desviaba a los peatones por un estrecho carril vallado junto a la vereda. Avancé un metro por esa pasarela y uno se puso adelante mío y uno atrás y el líder se puso a mi lado. Movimientos limpios. El líder dijo:

- Estamos preparados para olvidar lo del saco.
- Está muy bien —dije—. Porque yo ya lo olvidé.
- Pero necesitamos saber si tienes algo que nos pertenece.
- ¿Que les pertenece?
- Que le pertenece a nuestro jefe.
- ¿Quiénes son ustedes?
- Te di nuestra tarjeta.

—Y al principio me impresionó mucho. Parecía una obra de arte, aritméticamente. Hay más de tres millones de combinaciones posibles para un número de teléfono de siete dígitos. Pero no eligieron al azar. Eligieron uno que sabían que no estaba en servicio. Imagino que eso no es fácil de hacer. Así que me impresionó. Pero después pensé que de hecho eso es imposible de hacer, dada la población de Manhattan. Alguien muere o se muda, su número se recicla muy rápido. Así que entonces supuse que tenían acceso a una lista de números que nunca funcionan. Las compañías telefónicas tienen algunos, para cuando un número aparece en el cine o en la televisión. No se pueden usar números de verdad para eso, porque podrían empezar a molestar a los clientes. Así que después supuse que conocen gente en el negocio del cine y la televisión. Probablemente porque la mayor parte de la semana los contratan como guardias de seguridad privada para trabajar en la puerta de algún lado cuando hay un show en la ciudad. Por lo que lo más cerca que están de la acción es cuando tienen que espantar a algún cazador de autógrafos. Lo que debe ser una decepción para tipos como ustedes. Estoy seguro de que tenían algo mejor en mente cuando se metieron en el negocio. Y peor, eso implica una cierta erosión de las capacidades, por falta de práctica. Así que ahora ustedes me preocupan todavía menos de lo que me preocupaban antes. Así que en conjunto diría que la tarjeta fue un error, en términos de gestión de imagen.

—¿Te podemos invitar un café? —dijo el tipo.

Nunca digo que no a un café, pero ya tenía suficiente de estar sentado, así que acepté solo café para llevar. Podíamos beber el café y hablar mientras caminábamos. Paramos en el siguiente Starbucks que vimos, que como en la mayoría de las ciudades estaba a media cuadra de distancia. Pasé por alto los brews sofisticados y pedí un house blend alto, negro, sin margen para crema. Mi pedido estándar, en Starbucks. Un buen grano, en mi opinión. No es que me importe realmente. Para mí lo único que importa es la cafeína, no el sabor.

Salimos y seguimos por la Octava. Pero cuatro personas formaban un grupo incómodo para una conversación móvil y el tráfico era ruidoso, así que terminamos diez metros adentro de una calle transversal, estáticos, conmigo en la sombra, apoyado en una baranda, y los otros tres al sol enfrente de mí e inclinados hacia mí como si tuviesen que marcar algunos puntos. A nuestros pies de una bolsa de basura rota brotaban sobre la vereda animadas secciones del diario del domingo. El tipo que hablaba dijo:

—Nos estás subestimando seriamente, no es que queramos empezar a ver quién mea más lejos.

—OK —dije.

—Eres ex militar, ¿no?

—Ejército —dije.

—Todavía tienes el tipo.

—Ustedes también. ¿Fuerzas Especiales?

—No. No llegamos hasta ahí.

Sonreí. Un hombre honesto.

El tipo dijo:

—Nos contrataron como sección local para una operación temporaria. La mujer muerta llevaba algo de valor. Está en nuestras manos recuperarlo.

—¿Qué es lo que llevaba? ¿Qué valor?

—Información.

—No los puedo ayudar —dije.

—Nuestro jefe estaba esperando datos en soporte digital, en un chip de computadora, como una memoria externa USB. Nosotros dijimos que no, que eso es demasiado difícil de sacar del Pentágono. Dijimos que iba a ser verbal. Como leer y memorizar.

No dije nada. Volví a pensar en Susan Mark en el metro. El balbuceo. Quizás no estaba ensayando súplicas o justificaciones o amenazas o argumentos. Quizás estaba repasando los detalles que se suponía que tenía que entregar, una y otra vez, así no se los olvidaba o los confundía a causa de su estrés y su pánico. Aprendiendo por repetición. Y diciéndose a sí misma: *estoy obedeciendo, estoy obedeciendo, estoy obedeciendo*. Tranquilizándose a sí misma. Esperando que todo terminara bien.

—¿Quién es su jefe? —pregunté.

—No lo podemos decir.

—¿Con qué la presionaba?

—No sabemos. No queremos saber.

Bebí un poco de café. No dije nada.

El tipo dijo:

—La mujer habló contigo en el metro.

—Sí —dije—. Así es.

—Por lo que ahora la presunción operativa es que lo que fuera que ella sabía tú lo sabes.

—Es posible —dije.

—Nuestro jefe está convencido de eso. Lo que para ti representa un problema. Datos en un chip de computadora, no es un gran problema. Podíamos darte un golpe en la cabeza y vaciarte los bolsillos. Pero algo en tu cabeza habría que extraerlo de alguna otra manera.

No dije nada.

El tipo dijo:

—Así que de verdad nos tienes que decir lo que sabes.

—¿Para que ustedes parezcan competentes?

El tipo asintió con la cabeza:

—Para que tú sigas de una sola pieza.

Tomé un poco más de café y el tipo dijo:

—Te lo estoy pidiendo de hombre a hombre. De soldado a soldado. No se trata de nosotros. Volvemos sin nada, seguro, nos despiden. Pero el lunes a la mañana vamos a estar trabajando de vuelta, para alguna otra gente. Pero si nosotros quedamos afuera, tú quedas expuesto. Nuestro jefe trajo un equipo completo. Ahora mismo están atados, porque no encajan acá. Pero si nosotros desaparecemos, ellos pasan a estar sueltos. No hay alternativa. Y de veras no los quieres hablando contigo.

—No quiero a nadie hablando conmigo. No a ellos, no a ustedes. No me gusta hablar.

—Esto no es una broma.

—Exactamente. Murió una mujer.

—El suicidio no es un crimen.

—Pero lo que sea que la haya llevado a hacerlo lo podría ser. La mujer trabajaba en el Pentágono. Eso es seguridad nacional, ahí mismo. Se tienen que correr de esto. Deberían hablar con el Departamento de Policía de Nueva York.

El tipo asintió con la cabeza:

—Iría a la cárcel antes que interferir con esta gente. ¿Escuchas lo que estoy diciendo?

—Te escucho —dije—. Están cómodos con sus cazadores de autógrafos.

—Nosotros somos los guantes de seda acá. Deberías aprovechar.

—Ustedes no son guantes de ningún tipo.

—¿Qué fuiste, cuando prestabas servicio?

—Policía militar —dije.

—Entonces eres hombre muerto. Nunca viste nada como esto.

—¿Quién es?

El tipo simplemente negó con la cabeza.

—¿Cuántos son?

El tipo volvió a negar con la cabeza.

—Dame algo.

—No estás escuchando. Si no voy a hablar con la policía, ¿por qué demonios hablaría

contigo?

Me encogí de hombros y me terminé el vaso y con un empujón me separé de la baranda. Di tres pasos y arrojé el vaso en un cesto de basura. Dije:

—Llama a tu jefe y dile que él tenía razón y que ustedes estaban equivocados. Dile que la información de la mujer estaba toda en un USB, que ahora mismo lo tengo en el bolsillo. Después renuncien por teléfono y vayan a casa y aléjense de mi camino.

Crucé la calle entre dos autos en movimiento y me dirigí hacia la Octava. El líder me llamó, con un grito. Dijo mi nombre. Me di vuelta y lo vi sosteniendo el teléfono con el brazo extendido. El teléfono apuntaba hacia mí y él estaba mirando la pantalla. Después lo bajó y los tres tipos se alejaron y una camioneta blanca pasó entre nosotros y se perdieron de vista antes de que me diera cuenta de que me habían fotografiado.

## DIECISÉIS

Los locales de Radio Shack tienen un décimo de la presencia que tienen los Starbucks, pero nunca están a más de unas cuadras de distancia. Y abren temprano. Entré en el primero que vi y un tipo del subcontinente indio se acercó a atenderme. Parecía entusiasmado. Quizás yo era el primer cliente del día. Le pregunté por celulares con cámara. Me dijo que prácticamente todos tenían cámara. Algunos incluso tenían video. Le dije que quería ver cuán bien salían las fotos. Agarró un teléfono cualquiera y yo me paré al fondo del local y él me sacó desde la caja. La imagen resultante era pequeña y le faltaba definición. Mis rasgos estaban borrosos. Pero mi tamaño y mi silueta y mi postura en conjunto estaban captados bastante bien. Lo suficientemente bien como para ser un problema, en todo caso. Lo cierto es que mi cara es común y corriente. Muy olvidable. Mi suposición es que la mayoría de la gente me reconoce por mi silueta, que no es común.

Le dije que no quería el teléfono. Intentó venderme en lugar de eso una cámara digital. Estaba llena de megapíxeles. Iba a sacar fotos mejores. Le dije que tampoco quería una cámara. Pero le compré una memoria extraíble. Un USB, para datos de computadora. De la menor capacidad que tenía, el precio más bajo. Era solo para aparentar, y no quería gastar una fortuna. Era una cosa diminuta, en un paquete grande de plástico duro. Hice que el tipo me lo abriera con una tijera. Con cosas como esa te puedes romper los dientes. El dispositivo venía con dos fundas distintas de neoprene suave para elegir, azul o rosa. Usé la rosa. Susan Mark no había tenido particularmente el aspecto de una mujer de las que usan rosa, pero la gente ve lo que quiere ver. Una funda rosa equivale a una propiedad de mujer. Me guardé el USB en el bolsillo junto a mi cepillo de dientes y le agradecí al tipo por su ayuda y lo dejé a él que se deshiciera de la basura.

Caminé dos cuadras y media por la calle 28. Durante todo el recorrido estuvo lleno de gente detrás de mí, pero yo no conocía a nadie, y nadie parecía conocerme. Bajé al metro en Broadway y pasé mi tarjeta. Después me perdí los siguientes nueve trenes que pasaron en dirección downtown. Simplemente me quedé sentado al calor sobre un banco de madera y los dejé pasar. En parte para hacer una pausa, en parte para matar el tiempo hasta que abriera el resto de los negocios de la ciudad, y en parte para chequear que no me habían seguido. Nueve grupos de pasajeros fueron y vinieron, y nueve veces estuve solo en el andén por uno o dos segundos. Nadie demostró el más mínimo interés en mí. Cuando me cansé de buscar gente empecé a buscar ratas. Me gustan las ratas. Circulan muchos mitos sobre el tema. Los avistajes son menos frecuentes de lo que la gente cree. Las ratas son tímidas. Las ratas que se ven por lo general son jóvenes o están enfermas o muertas de hambre. No mordisquean las caras de bebés dormidos solo para divertirse. Les tientan los rastros de comida, eso es todo. Lava la boca de tu bebé antes de acostarlo y todo

estará bien. Y no hay ratas gigantes grandes como gatos. Todas las ratas son del mismo tamaño.

No vi ninguna rata, y finalmente me puse inquieto. Me paré y le di la espalda a las vías y miré los pósters en la pared. Uno era un mapa de toda la red de metro. Dos eran publicidades de musicales de Broadway. Uno era una nota oficial en la que se prohibía algo que llamaban surfear metros. Había una ilustración en blanco y negro de un tipo agarrado como una estrella de mar en la parte de afuera de la puerta del metro. Aparentemente las formaciones viejas de la red de Nueva York tenían zócalos debajo de las puertas, diseñados para reducir parte del espacio entre el vagón y el andén, y pequeños aleros para la lluvia por encima de las puertas, diseñados para evitar que entrara el agua. Yo sabía que los nuevos R142A no tenían ninguna de esas dos piezas. Mi compañero loco de viaje me lo había dicho. Pero con los vagones viejos se podía esperar en el andén hasta que se cerraran las puertas, y entonces clavar la punta de los pies en el zócalo, y presionar con la punta de los dedos en los aleros para la lluvia, y abrazar el vagón, y ser transportado por los túneles en la parte de afuera. Surfear de metros. Muy divertido para algunos, quizás, pero ahora ilegal.

Me giré hacia las vías y me subí al décimo tren que pasó. Era uno de la línea R. Tenía zócalos y aleros para la lluvia. Pero yo viajé adentro, dos paradas hasta la estación grande de Union Square.

Salí a la calle en la esquina noroeste de Union Square y me dirigí hacia una librería gigante que recordaba en la calle 17. Los políticos que están en campaña suelen publicar biografías antes de la época de elecciones, y las revistas de noticias están siempre llenas de cobertura del tema. En vez de eso podría haber buscado un cibercafé, pero no soy diestro con la tecnología y además los cibercafé ya no son tan comunes como antes. Ahora toda la gente anda con pequeños dispositivos electrónicos con nombres de frutas o árboles. Los cibercafé van en la misma dirección que las cabinas de teléfono, eliminados por nuevas invenciones inalámbricas.

La librería tenía mesas en la parte de adelante de la planta baja. Tenían encima pilas de títulos nuevos. Busqué los lanzamientos de no ficción y no encontré nada. Historia, biografía, economía, pero no política. Fui un poco más allá y encontré lo que quería en la parte de atrás de la segunda mesa. Comentario y opinión de la izquierda y de la derecha, más autobiografías de candidatos escritas por escritores fantasma y con sobrecubiertas relucientes y fotos brillantes y retocadas. El libro de John Sansom tenía más o menos un centímetro y medio de espesor y se llamaba *Siempre en una misión*. Lo agarré y subí en escalera mecánica hasta el tercer piso, donde el directorio del negocio me dijo que estaban las revistas. Elegí todos los semanarios de noticias y los llevé con el libro a los estantes de historia militar. Me quedé ahí un rato con algunas publicaciones de no ficción y confirmé lo que había sospechado, que era que el Comando de Recursos Humanos del Ejército no hacía nada que no hiciera antes el Comando de Personal. Era solo un cambio de nombre. Un cambio de imagen. Nada de funciones nuevas. Papeleo y documentación, como siempre.

Entonces me senté en el antepecho de una ventana y me acomodé para leer el material que había agarrado. La parte de atrás de mi cuerpo estaba caliente por el sol que llegaba a través del vidrio, y la parte de adelante estaba fría por el conducto de un aire acondicionado que estaba justo arriba mío. Solía sentirme mal por leer cosas en las tiendas, sin intención de comprar. Pero las mismas tiendas parecen estar lo suficientemente contentas al respecto. Incluso lo incentivan. Algunas ponen sillones con ese objetivo. Un nuevo modelo de negocios, aparentemente. Y todo el

mundo lo hace. La tienda había recién abierto, y ya todo el lugar parecía un centro de refugiados. Había gente por todos lados, sentados o echados en el piso, rodeados por pilas de mercadería mucho más grandes que la mía.

Los semanarios de noticias todos tenían informes sobre las campañas, metidos entre publicidades e historias sobre avances médicos y novedades tecnológicas. La mayor parte de la cobertura era sobre los candidatos más importantes de cada boleta, pero a la competencia por la Casa Blanca y por el Senado les dedicaban algunas líneas a cada una. Faltaban cuatro meses para las primeras primarias y catorce para las elecciones mismas, y algunos candidatos ya eran un fracaso, pero Sansom todavía estaba firmemente en carrera. Estaba dando bien en las encuestas en todo su estado, estaba recaudando mucho dinero, su estilo directo era visto como refrescante, y se decía que sus antecedentes militares lo calificaban prácticamente para todo. Aunque en mi opinión eso es como decir que un recolector de residuos podría ser alcalde. Quizás sea así, quizás no. Esa suposición no tiene lógica. Pero claramente a la mayoría de los periodistas el tipo les gustaba. Y claramente lo tenían marcado para cosas más grandes. Se lo veía como candidato presidencial en potencia para dentro de cuatro u ocho años. Un escritor incluso daba a entender que lo podían sacar de su carrera al Senado para postularlo como candidato a vicepresidente en estas mismas elecciones. Ya era una especie de celebridad.

La tapa de su libro era como las que están de moda. Una composición con su nombre, el título y dos fotos. La más grande era una foto borrosa y de mucha granulosidad que lo mostraba a él en acción y había sido ampliada lo suficiente para conformar el fondo de toda la tapa. Mostraba a un hombre joven con uniforme de combate desabrochado y gastado y la cara toda pintada con camuflaje y gorro de lana. Encima había un retrato de estudio más nuevo del mismo tipo, muchos años después en el tiempo, de traje. Sansom, obviamente, entonces y ahora. Todo su arco, en una sola gráfica.

La foto reciente estaba bien iluminada y perfectamente enfocada y en una pose ingeniosa y dejaba ver que era un tipo bajo y esbelto, quizás uno setenta y cinco y setenta kilos. Un whippet o un terrier más que un pit bull, lleno de resistencia y fuerza fibrosa, como siempre lo son los mejores soldados de las Fuerzas Especiales. Aunque la foto más vieja probablemente era de algún momento anterior en una unidad regular. Los Ranger, quizás. En mi experiencia los Delta de su cosecha se inclinaban por las barbas y los anteojos de sol y pañuelos kufiyya bajados hasta el cuello. En parte por donde era probable que estuvieran de servicio, y en parte porque les gustaba parecer disfrazados y anónimos, que en sí mismo era un poco necesidad y un poco fantasía dramática. Pero probablemente la foto la había elegido su director de campaña, aceptando la unidad anterior a cambio de una foto que fuera reconocible, y reconociblemente americana. Quizás las personas que parecían unos hippies palestinos raros no iban a caer bien en Carolina del Norte.

La información en la solapa incluía su nombre completo y su rango militar, escrito con un grado de formalidad: Mayor John T. Sansom, Ejército de los Estados Unidos, Retirado. Después decía que había recibido la Cruz por Servicio Distinguido, la Medalla por Servicio Distinguido y dos Estrellas de Plata. Después decía que había sido un CEO exitoso, de algo llamado Sansom Consulting. Otra vez, todo el arco, ahí mismo. Me pregunté para qué era el resto del libro.

Lo miré por arriba y vi que estaba dividido en cinco secciones principales: su infancia, sus años de servicio, su posterior matrimonio y familia, sus años en los negocios, y su visión política para el futuro. La parte de la infancia era convencional para el género. Joven pobre de barrio, sin dinero, sin lujos, su mamá un gran apoyo, su padre con dos trabajos para llegar a fin de mes. Casi

con seguridad exagerado. Si se toman a los candidatos políticos como muestra de la población, Estados Unidos es un país del Tercer Mundo. Todos crecen pobres, el agua corriente es un lujo, el calzado escasea, una comida completa es motivo de celebración.

Pasé hasta donde conocía a su mujer y me encontré con más de los mismos lugares comunes. Ella era maravillosa, sus hijos eran geniales. Fin. No entendí mucho de la parte de los negocios. Sansom Consulting era un grupo de consultores, lo que tenía sentido, pero no pude descubrir qué era exactamente lo que habían hecho. Habían dado recomendaciones, básicamente, y después habían invertido en las corporaciones que estaban asesorando, y después habían vendido sus acciones y se habían hecho ricos. El mismo Sansom había hecho lo que describía como una fortuna. Yo no estaba seguro de a cuánto se refería. Yo me siento bastante bien con un par de cientos de dólares en el bolsillo. Tuve la sospecha de que Sansom se refería a mucho más que eso, pero no especificaba cuánto más. ¿Otros cuatro ceros? ¿Cinco? ¿Seis?

Miré la parte acerca de su visión política para el futuro y no encontré mucho que ya no hubiera averiguado en las revistas de noticias. Se reducía a darles a los votantes todo lo que quisieran. Bajos impuestos, hecho. Servicios públicos, adelante. Para mí no tenía sentido. Pero en conjunto Sansom dejaba la impresión de un tipo decente. Yo sentía que él iba a intentar hacer lo correcto, tanto como es posible para cualquiera de ellos. Sentí que se había metido por todas las razones correctas.

Había fotos en el medio del libro. Todas menos una eran instantáneas predecibles que recorrían la vida de Sansom desde los tres meses de vida hasta el presente. Eran el tipo de cosas que imagino la mayoría de la gente puede sacar de una caja de zapatos en el fondo del placard. Padres, infancia, colegio, sus años de servicio, su prometida, sus hijos, retratos de negocios. Cosas normales, probablemente intercambiables con las fotos en todas las biografías de los otros candidatos.

Pero la foto que era diferente era extraña.

## DIECISIETE

La foto que era diferente era una imagen periodística que yo ya había visto antes. Era de un político americano llamado Donald Rumsfeld, en Bagdad, dándose la mano con Saddam Hussein, el dictador iraquí, allá en 1983. Donald Rumsfeld había sido dos veces secretario de Defensa, pero en el momento de la foto había sido un enviado especial de la presidencia de Ronald Reagan. Había ido a chuparle el culo a Saddam y darle palmaditas en la espalda y también un par de espuelas de oro puro como regalo y símbolo de la eterna gratitud de América. Ocho años después estábamos pateándole el culo a Saddam, no chupádoselo. Quince después de eso, lo matamos. Sansom a la foto le había puesto como epígrafe *A veces nuestros amigos se convierten en nuestros enemigos, y a veces nuestros enemigos se convierten en nuestros amigos*. Un comentario político, supuse. O un sermón comercial, aunque no pude encontrar ninguna mención de ese episodio en el texto mismo.

Volví a su carrera de servicio, y me preparé para leer atentamente acerca de ella. Esa era el área en la que yo era experto, después de todo. Sansom se incorporó al Ejército en 1975 y lo dejó en 1992. Una ventana de diecisiete años, cuatro años más larga que la mía, por haber empezado nueve años antes y haber renunciado cinco años antes. Una buena época, básicamente, comparada con la mayoría. El paroxismo de Vietnam había terminado, y el nuevo Ejército profesional compuesto únicamente de voluntarios estaba bien establecido y todavía bien financiado. Parecía que Sansom lo había disfrutado. Su narrativa era coherente. Describía con precisión el entrenamiento básico, describía bien la Escuela de Candidatos a Oficiales, era entretenido acerca de su primer servicio de infantería. Era abierto en cuanto a ser ambicioso. Obtuvo todas las calificaciones disponibles para él y se fue a los Rangers y después a la naciente Fuerza Delta. Como de costumbre, dramatizó el proceso de ingreso a la Fuerza Delta, las semanas infernales, el arrepentimiento, la resistencia, el agotamiento. Como de costumbre, no criticaba sus defectos. La Fuerza Delta está llena de tipos que pueden permanecer despiertos por una semana y caminar ciento cincuenta kilómetros y hacerle volar de un disparo las pelotas a una mosca tse-tsé, pero está relativamente vacía de tipos que pueden hacer todo eso y después decirte cuál es la diferencia entre un chiita e ir al baño.

Pero en general sentí que Sansom era bastante honesto. La verdad es que la mayor parte de las misiones Delta se abortan incluso antes de que empiecen, y la mayor parte de las que empiezan fracasan. Algunos nunca llegan a entrar en acción. Sansom no lo adornaba. Era sincero acerca del entusiasmo inestable, y franco acerca de los fracasos. Sobre todo no mencionaba pastores de cabras, ni siquiera una vez. La mayoría de los partes operativos les echan la culpa del fracaso de las misiones a arrieros itinerantes de cabras. Los tipos se infiltran en lo que ellos describen como

regiones inhóspitas y prácticamente deshabitadas, e inmediatamente los descubren campesinos locales con grandes rebaños de cabras. Estadísticamente improbable. Nutricionalmente improbable, dado el terreno árido. Las cabras algo tienen que comer. Quizás fue cierto en algún momento, pero desde entonces se ha vuelto un código. Mucho más paliativo decir *Estábamos escondidos y nos delató un rebaño de cabras* que decir *La cagamos*. Pero Sansom nunca mencionaba ni a los animales rumiantes ni a su personal asistente agrícola, lo que era un buen punto a su favor.

De hecho, no mencionaba mucho de nada. Ciertamente no un montón en la columna de éxitos. Ahí estaba lo que debía haber sido más o menos algo de rutina en África Occidental, más Panamá, más alguna búsqueda de SCUD en Irak durante la primera Guerra del Golfo en 1991. Aparte de eso, nada. Solo mucho entrenamiento y despliegue, al que siempre le seguía un repliegue y después más entrenamiento. Las de él eran quizás las primeras memorias no exageradas de las Fuerzas Especiales que yo hubiera visto. Más que eso, incluso. No solo no estaban exageradas. Se les restaba importancia. Estaban minimizadas, desenfáticas. Desprovistas de adornos, en vez de adornadas.

Lo cual era interesante.

## DIECIOCHO

Tomé muchas precauciones volviendo a la cafetería de la Octava. *Nuestro jefe trajo un equipo completo*. Y para entonces ya todos ellos conocían más o menos mi aspecto. El tipo del Radio Shack me había contado cómo las fotos y los videos se podían pasar por teléfono de una persona a otra. Por mi parte yo no tenía idea de qué aspecto tenían los oponentes, pero si su jefe se había visto forzado a contratar tipos con buenos trajes como camuflaje local, entonces su propio equipo probablemente tuviera algún otro tipo de aspecto. Si no, no tenía sentido. Veía muchas personas con otro tipo de aspecto. Quizás unos cientos de miles. Siempre las ves, en Nueva York. Pero ninguna mostraba ningún interés en mí. Ninguna se quedaba conmigo. No es que yo la hiciera fácil. Tomé la línea 4 hasta Grand Central, caminé dos vueltas en medio de toda la gente, tomé el metro que va directo a Times Square, caminé dando una vuelta larga e ilógica de ahí hasta la Novena Avenida, y llegué al *diner* desde el oeste, derecho pasando por la estación de policía del distrito 14.

Jacob Mark ya estaba adentro.

Estaba en un box de atrás, limpio, peinado, con pantalones oscuros y una camisa blanca y un rompevientos azul marino. Podría haber tenido *policía franco de servicio* tatuado en la frente. No se lo veía contento pero tampoco asustado. Me metí en la banqueta enfrente de él y me senté de costado, para poder ver la calle por la vidriera.

—¿Hablaste con Peter? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—¿Pero?

—Creo que está bien.

—¿Crees o sabes?

No respondió, porque se acercó la camarera. La misma mujer de la mañana. Yo tenía demasiada hambre como para mostrarme sensible acerca de si Jake comía o no. Pedí un plato grande, ensalada de atún con huevos y otras cosas. Más café. Jake me siguió y pidió un tostado de queso, y agua.

Dije:

—Cuéntame qué sucedió.

—Los policías del campus me dieron una mano —dijo—. Lo hicieron con ganas. Peter es una estrella del fútbol americano. No estaba en su casa. Así que hicieron hablar a sus amigos y se enteraron de la historia. Resulta que Peter está en algún otro lugar con una mujer.

—¿Dónde?

—No sabemos.

—¿Qué mujer?

—Una chica de un bar. Peter y los muchachos salieron hace cuatro noches. La chica estaba ahí. Peter se fue con ella.

No dije nada.

—¿Qué? —dijo Jacob.

—¿Quién se levantó a quién? —pregunté.

Él asintió con la cabeza:

—Eso es lo que me hace sentir OK. Él hizo todo el trabajo. Sus amigos dijeron que fue un proyecto de cuatro horas. Tuvo que dejar todo. Como un partido por el campeonato, dijeron los muchachos. Así que no era Mata Hari ni nada.

—¿Descripción?

—Una bebé total. Y son deportistas universitarios los que lo dicen, así que hablan en serio. Un poco más grande, pero no mucho. Quizás veinticinco o seis. Estás en el último año de la universidad, ese es un desafío irresistible, enfrente tuyo.

—¿Nombre?

Jake negó con la cabeza:

—Los otros mantuvieron distancia. Es una cuestión de etiqueta.

—¿El lugar al que suelen ir?

—Del circuito.

—¿Putas? ¿Carnada?

—No hay manera. Estos andan mucho por ahí. No son tontos. Se dan cuenta. Y Peter fue el que hizo todo el trabajo, además. Cuatro horas, todo lo que había aprendido en su vida.

—Habría terminado en cuatro minutos si ella hubiese querido.

Jake asintió de vuelta:

—Créeme, ya lo repasé cien veces. Nada divertido, una hora habría sido suficiente para hacerlo que pareciera kosher. Dos, máximo. Nadie lo habría llevado hasta cuatro. Así que está bien. Más que bien, del punto de vista de Peter. ¿Cuatro días con una bebé total? ¿Qué hacías cuando tenías veintidós?

—Te entiendo —dije. Cuando tenía veintidós tenía el mismo tipo de prioridades. Aunque una relación de cuatro días a mí me habría parecido larga. Prácticamente como estar comprometido, o casado.

—¿Pero? —dijo Jake.

—Susan estuvo demorada cuatro horas en el peaje. Me pregunto qué tipo de momento límite se puede haber cruzado, para hacer que una madre se quisiera suicidar.

—Peter está bien. No te preocupes. Va a volver a su casa pronto, con las rodillas flojas pero feliz.

No dije más nada. La camarera se acercó con la comida. Tenía muy buen aspecto, y era una porción grande. Jake preguntó:

—¿Te encontraron los que trabajan por su cuenta?

Asentí y le conté la historia entre bocados de atún.

—¿Sabían tu nombre? —dijo—. Eso no es bueno.

—No es ideal, no. Y sabían que hablé con Susan en el metro.

—¿Cómo?

—Son ex policías. Todavía tienen amigos ahí. No hay otra explicación.

—¿Lee y Docherty?

—Quizás. O quizás alguien de la mañana que entró y leyó el expediente.

—¿Y te sacaron una foto? Eso tampoco es bueno.

—No es ideal —dije de vuelta.

—¿Alguna señal de este otro equipo del que hablaron? —preguntó.

Miré hacia la vidriera y dije:

—Hasta acá, nada.

—¿Qué más?

—John Sansom no está exagerando con su carrera. Parece que no hizo nada muy especial. Y ese tipo de constatación realmente no vale la pena refutarla.

—Callejón sin salida, entonces.

—Quizás no —dije—. Era mayor. Eso es un ascenso más dos extraordinarios por mérito. Debe haber hecho algo que les gustó. Yo también era mayor. Sé cómo funciona.

—¿Qué hiciste que les gustó?

—Algo de lo que después se arrepintieron, probablemente.

—Trayectoria de servicio —dijo Jake—. Te quedas, te ascienden.

Negué con la cabeza:

—No funciona así. Además de que el tipo ganó tres de las cuatro medallas más importantes que estaban a su alcance, una dos veces. Así que debe haber hecho algo especial. Cuatro algos, de hecho.

—A todos les dan medallas.

—No esas medallas. También yo recibí una Estrella de Plata, que para este tipo son monedas, y sé de primera mano que no vienen con la caja de cereales. Y recibí un Corazón Púrpura, también, que Sansom aparentemente no. No menciona uno en su libro. Y ningún político se olvidaría de una herida en combate. Ni en un millón de años. Pero es relativamente poco común recibir una medalla al valor sin ninguna herida. Normalmente las dos cosas van de la mano.

—Por lo que quizás esté mintiendo con las medallas.

Volví a negar con la cabeza:

—No es posible. Quizás con una lesión de combate en una condecoración por servicio en Vietnam, algo de ese estilo, pero estos son premios grandes. Este tipo recibió todo menos la Medalla de Honor.

—¿Entonces?

—Entonces yo creo que *sí* está mintiendo acerca de su carrera, pero en el sentido contrario. Está sacando cosas, no agregando.

—¿Por qué lo haría?

—Porque estuvo en al menos cuatro misiones secretas, y todavía no puede hablar del tema. Lo que las vuelve muy secretas de verdad, porque el tipo está en medio de una campaña electoral, y las ganas de hablar deben ser enormes.

—¿Qué tipo de misiones secretas?

—Podría ser cualquier cosa. Operaciones clandestinas, acciones de encubierto, contra cualquiera.

—Por lo que quizás a Susan le pidieron detalles.

—Imposible —dije—. Las órdenes para la Fuerza Delta y los diarios de operaciones y los partes operativos no están en ningún lugar cerca del Comando de Recursos Humanos. O se los destruye o se los guarda bajo llave en Fort Bragg. Sin faltar el respeto, pero tu hermana no podría haber llegado a estar ni a un millón de kilómetros de esa información.

—¿Y cómo nos ayuda esto entonces?

—Elimina la carrera de combate de Sansom. Si Sansom tiene algo que ver, es en calidad de alguna otra cosa.

—¿Tiene algo que ver?

—¿Por qué otro motivo pueden haber mencionado su nombre?

—¿En calidad de qué?

Apoyé el tenedor y vacié mi taza y dije:

—No me quiero quedar acá. Es el punto de partida para este otro equipo. Va a ser el primer lugar en el que busquen.

Dejé una propina en la mesa y me dirigí hacia la caja. Esta vez la camarera estaba contenta. Habíamos entrado y salido en tiempo récord.

Manhattan es tanto el mejor como el peor lugar para que te estén persiguiendo. El mejor, porque está repleto de gente, y cada metro cuadrado tiene literalmente cientos de testigos alrededor. El peor, porque está repleto de gente, y tienes que chequear a todos y cada uno de ellos, por si acaso, lo que es cansador, y frustrante, y agotador, y finalmente te vuelve loco, o perezoso. Así que por un tema de conveniencia volvimos a la 35 Oeste y caminamos por la vereda de la sombra, de un lado al otro enfrente de la hilera de patrulleros estacionados, lo que parecía el tramo de acera más seguro de la ciudad.

—¿En calidad de qué? —volvió a preguntar Jake.

—¿Cuáles me dijiste que eran las razones de los suicidios que viste en Jersey?

—Monetarias o sexuales.

—Y Sansom no hizo la plata en el Ejército.

—¿Crees que estaba teniendo un *affaire* con Susan?

—Es posible —dije—. Podría haberla conocido en el trabajo. Es el tipo de persona que está siempre entrando y saliendo. Ocasiones para fotos, cosas así.

—Está casado.

—Exacto. Y es temporada electoral.

—No lo veo. Susan no era así. Así que supón que no estaba teniendo un *affaire* con ella.

—Entonces quizás estaba teniendo uno con alguna otra persona del Comando de Recursos Humanos, y Susan era una testigo.

—Sigo sin verlo.

—Yo tampoco —dije—. Porque no veo de qué manera eso tendría algo que ver con información. Información es una palabra larga y complicada. Un *affaire* es una respuesta de sí o no.

—Quizás Susan estaba trabajando con Sansom. No contra él. Quizás Sansom quería ensuciar a alguien.

—¿Entonces para qué iba a venir Susan a Nueva York, en vez de ir al DC o a Carolina del Norte?

—No sé —dijo Jake.

—¿Y para qué Sansom le iba a pedir algo a Susan, además? Tiene cien fuentes mejores que una empleada del Comando de Recursos Humanos a la que no conocía.

—¿Entonces dónde está la conexión?

—Quizás Sansom tuvo un *affaire* hace mucho tiempo, con alguna otra persona, cuando todavía estaba en el Ejército.

—En esa época no estaba casado.

—Pero había reglas. Quizás se estaba tirando a una subordinada. Eso resuena ahora, en la política.

—¿Pasaba?

—Todo el tiempo —dijo.

—¿A ti?

—Tanto como se pudiera. En ambas direcciones. A veces el subordinado era yo.

—¿Te metiste en problemas?

—No entonces. Pero ahora habría preguntas, si estuviese postulándome para algún cargo.

—¿Entonces crees que se dicen cosas de Sansom, y que le pidieron a Susan que las confirmara?

—Ella no podía confirmar el comportamiento. Ese tipo de cosas están en un conjunto de expedientes distinto. Pero quizás podía confirmar que la persona A y la persona B estuvieron de servicio en el mismo lugar en el mismo momento. Eso es exactamente para lo que es bueno el Comando de Recursos Humanos.

—Por lo que quizás Lila Hoth estuvo en el Ejército con él. Quizás alguien está tratando de relacionar los dos nombres, para un gran escándalo.

—No lo sé —dijo—. Suena todo muy bien. Pero yo tengo a un tipo duro de acá lo suficientemente asustado como para no hablar con la policía, y tengo todo tipo de amenazas graves, y tengo una historia acerca de algún equipo bárbaro listo para andar suelto. La política es un negocio sucio, ¿pero es para tanto?

Jake no respondió.

—Y no sabemos dónde está Peter —dijo yo.

—No te preocupes por Peter. Es un adulto. Es un defensa. Va directo a la NFL. Es ciento cuarenta kilos de músculo. Se puede cuidar solo. Recuerda el nombre. Peter Molina. Un día vas a leer de él en los diarios.

—Pero no pronto, espero.

—Tranquilo.

—¿Así que qué quieres hacer ahora? —dijo.

Jake se encogió de hombros y caminó dando pisotones, a un lado y otro de la vereda, un hombre inarticulado más limitado aún por la complejidad de sus emociones. Se detuvo, y se apoyó en una pared, justo del otro lado de la calle enfrente de la puerta de la estación de policía del distrito 14. Miró todos los autos estacionados, de izquierda a derecha, los Impala y los Crown

Vic, identificados y sin identificar, y los extraños carritos para el tráfico.

—Está muerta —dijo—. Nada la va a resucitar.

Yo no hablé.

—Así que voy a llamar al gerente de servicios funerarios —dijo.

—¿Y después?

—Nada. Se suicidó. Saber por qué no va a ayudar. La mayoría de las veces nunca se sabe el verdadero motivo, además. Incluso cuando crees que sí.

—Yo quiero saber el motivo —dije.

—¿Por qué? Era mi hermana, no la tuya.

—Tú no lo has visto en persona.

No dijo nada. Solo se quedó mirando a los autos estacionados enfrente. Vi el vehículo que había usado Theresa Lee. Estaba cuarto desde la izquierda. Uno de los Crown Vic no identificados más allá en la fila era más nuevo que los otros. Más brillante. Parpadeaba al sol. Era negro, con dos antenas cortas y delgadas en la tapa del baúl, como agujas. Federal, pensé. Alguna agencia con mucho presupuesto y lo mejor a su disposición en lo concerniente a opciones de transporte. Y dispositivos de comunicaciones.

Jake dijo:

—Le voy a decir a su familia, y la vamos a enterrar, y vamos a seguir adelante. La vida es una mierda y encima te mueres. Quizás haya un motivo para que no nos importe cómo o dónde o por qué. Mejor no saber. No puede salir nada bueno de ahí. Solo más dolor. Solo algo malo a punto de estallar.

—Tu decisión —dije.

Asintió y no dijo nada más. Solo me dio la mano y se fue. Lo vi entrar a un garaje en la cuadra al oeste de la Novena, y cuatro minutos más tarde vi salir un pequeño SUV Toyota verde. Fue hacia el oeste con el tráfico. Imaginé que iba en dirección al Túnel Lincoln, y a casa. Me pregunté cuándo lo volvería a ver. Entre tres días y una semana, pensé.

Estaba equivocado.

## DIECINUEVE

Todavía estaba justo del otro lado de la calle enfrente de la puerta de la estación de policía del distrito 14 cuando Theresa Lee salió con dos tipos de traje azul y camisas blancas con botones en el cuello. Ella parecía cansada. Había recibido la llamada a las dos de la mañana, de lo que se deducía que la de ella era la guardia nocturna, por lo que se debería haber ido alrededor de las siete y estado en casa acostada a las ocho. Ya llevaba seis horas extra. Bueno para su cuenta bancaria, no tan bueno para ninguna otra cosa. Se paró al sol y pestañeó y se estiró y entonces me vio en la otra vereda e hizo un doble movimiento clásico. Le dio un golpe en el codo al tipo que tenía al lado y dijo algo y me señaló. Estaba demasiado lejos como para oír sus palabras, pero su lenguaje corporal gritó *Ey, es ese que está ahí*, con un gran signo de exclamación en la vehemencia de su gesto físico.

Los tipos de traje automáticamente miraron a la izquierda para ver si venía algún auto, lo que me hizo saber que tenían base en la ciudad. Las calles impares corren de este a oeste, los números pares corren de oeste a este. Lo sabían, lo tenían grabado. Por lo tanto eran de la ciudad. Pero estaban más acostumbrados a manejar que a caminar, porque no miraron si venían de contramano mensajeros en bicicleta. Simplemente se lanzaron a cruzar la calle, esquivando autos, mezclándose, separándose y viniendo hacia mí por la izquierda y por la derecha simultáneamente, lo que me hizo saber que tenían entrenamiento de campo hasta cierto grado, y que tenían prisa. Supuse que el Crown Vic con las antenas tipo aguja era de ellos. Me quedé a la sombra y los esperé. Tenían zapatos negros y corbatas azules y a la altura del cuello se les transparentaban las camisetas que tenían abajo, blanco debajo de blanco. El lado izquierdo de sus sacos estaba más abultado que el derecho. Agentes diestros con sobaqueras. Tenían alrededor de cuarenta años, poco más poco menos. En su mejor momento. No principiantes, no para el retiro.

Vieron que no me iba a ningún lado, así que redujeron un poco la marcha y se me acercaron a paso rápido. FBI, pensé, más cerca de policías que de paramilitares. No me mostraron identificación. Simplemente asumieron que yo sabía qué eran.

—Necesitamos hablar con usted —dijo el de la izquierda.

—Ya lo sé —dije.

—¿Cómo?

—Porque acaban de cruzar corriendo entre los autos para llegar hasta acá.

—¿Sabe por qué?

—Ni idea. A no ser que sea para darme consejos por la experiencia traumática que acabo de vivir.

La boca del tipo se quedó fija en un gesto impaciente, como si él estuviera listo para

increparme por mi sarcasmo. Después su expresión cambió un poco a una sonrisa irónica, y dijo:

—OK, este es mi consejo. Responda algunas preguntas y después olvídense de que estuvo en ese tren.

—¿Qué tren?

El tipo empezó a responder, y luego se detuvo, tarde en darse cuenta de que le estaba tomando el pelo, y avergonzado por parecer lento.

—¿Qué preguntas? —dije.

—¿Cuál es su número de teléfono? —preguntó.

—No tengo número de teléfono —dije.

—¿Ni siquiera celular?

—Especialmente, no ni siquiera —dije.

—¿En serio?

—Soy esa persona —dije—. Felicidades. Me encontraron.

—¿Qué persona?

—La única persona del mundo que no tiene un teléfono celular.

—¿Es canadiense?

—¿Por qué sería canadiense?

—La detective nos dijo que usted hablaba francés.

—Hay mucha gente que habla francés. En Europa hay un país entero.

—¿Es francés?

—Mi madre era francesa.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en Canadá?

—No lo recuerdo. Hace años, probablemente.

—¿Está seguro?

—Muy seguro.

—¿Tiene amigos canadienses o socios?

—No.

El tipo se quedó en silencio. Theresa Lee estaba todavía en la vereda en la puerta de la estación de policía del distrito 14. Estaba parada al sol y nos miraba desde el otro lado de la calle. El otro tipo dijo:

—Fue solo un suicidio en un metro. Lamentable, pero nada importante. Cosas que pasan. ¿Está claro?

—¿Terminamos? —dije.

—¿Ella le dio algo?

—No.

—¿Está seguro?

—Totalmente. ¿Terminamos?

—¿Tiene planes? —preguntó el tipo.

—Me estoy yendo de la ciudad.

—¿A dónde?

—Algún otro lugar.

El tipo asintió:

—OK, terminamos. Ahora váyase.

Me quedé donde estaba. Los dejé alejarse, de vuelta a su auto. Se subieron y esperaron que se hiciera un hueco en el tráfico y salieron y se fueron. Imaginé que tomarían la autopista del West Side todo hasta el centro, de vuelta a sus escritorios.

Theresa Lee estaba todavía en la vereda.

Crucé la calle y pasé entre dos patrulleros azul y blanco estacionados y subí el cordón y me paré cerca de ella, lo suficientemente apartado como para ser respetuoso, lo suficientemente cerca como para que me oyera, de cara al edificio para no tener el sol en los ojos. Pregunté:

—¿Qué fue todo eso?

—Encontraron el auto de Susan Mark —dijo—. Estaba estacionado en el medio del SoHo. Lo acarrearán esta mañana.

—¿Y?

—Lo revisaron, obviamente.

—¿Por qué obviamente? Están haciendo un escándalo por algo que aseguran que no es nada importante.

—No explican su manera de pensar. No a nosotros, en todo caso.

—¿Qué encontraron?

—Un pedazo de papel, con lo que creen que es un número de teléfono. Como una nota escrita garabateada. Toda hecha un bollo, como basura.

—¿Cuál era el número?

—El código de área era 600, que ellos dicen que es un servicio de celular canadiense. Una red especial. Después un número, después la letra D, como una inicial.

—No me dice nada —dije.

—A mí tampoco. Salvo que no creo que sea un número de teléfono. No tiene prefijo de intercambio y tiene un dígito de más.

—Si es una red especial quizás no necesita tener prefijo de intercambio.

—Algo en el número no cierra.

—¿Entonces qué es?

Me respondió llevando la mano a sus espaldas y sacando una libretita del bolsillo de atrás. No un artículo oficial de la policía. Tenía tapa dura negra y un elástico que la mantenía cerrada. La forma de la libreta estaba un poco curvada, como si pasara mucho tiempo en el bolsillo. Corrió el elástico y la abrió y me mostró una hoja ahuesada en la que aparecía 600-82219-D escrito con letra prolija. La letra de ella, supuse. Solo información, no un facsímil. No una reproducción exacta de una nota garabateada.

*600-82219-D.*

—¿Ve algo? —preguntó.

Dije:

—Quizás los teléfonos celulares canadienses tienen más números. —Sabía que a las compañías telefónicas de todo el mundo les preocupa que se les agoten. Agregar un dígito extra aumentaría la capacidad de un código de área por un factor de diez. Treinta millones, no tres. Aunque Canadá no tenía mucha población. Una gran masa de tierra, pero en su mayor parte estaba vacía. Alrededor de treinta y tres millones de personas, pensé. Menos que California. Y California se las arreglaba con números de teléfono normales.

—No es un número de teléfono —dijo Lee—. Es otra cosa. Como un código o un número de serie. O un número de expediente. Esos tipos están perdiendo el tiempo.

—Quizás no está conectado. Basura en un auto, podría ser cualquier cosa.

—No es mi problema.

—¿Había algo de equipaje en el auto? —pregunté.

—No. Nada salvo el tipo de porquerías normales que se acumulan en un auto.

—Por lo que se suponía que fuera un viaje rápido. Ir y venir.

Lee no respondió. Bostezó y no dijo nada. Estaba cansada.

—¿Hablaron esos tipos con el hermano de Susan? —pregunté.

—No sé.

—Parece querer barrer todo debajo de la alfombra.

—Es entendible —dijo Lee—. Siempre hay una razón, y nunca es muy atractiva. Esa ha sido mi experiencia, en todo caso.

—¿Van a cerrar el expediente?

—Ya está cerrado.

—¿Está contenta con eso?

—¿Por qué no debería estarlo?

—Estadísticas —dije—. El ochenta por ciento de los suicidios son hombres. El suicidio es mucho menos común en el este que en el oeste. Y el lugar en el que lo hizo fue raro.

—Pero lo hizo. Usted la vio. No hay ninguna duda al respecto. No está en discusión. No fue un homicidio ingeniosamente disfrazado.

—Quizás la llevaron a hacerlo. Quizás fue un homicidio indirecto.

—Entonces todos los suicidios lo son.

Miró a uno y otro lado de la calle, con ganas de irse, demasiado amable para decirlo. Dije:

—Bueno, fue un placer conocerla.

—¿Se va de la ciudad?

Asentí:

—Me voy a Washington DC.

## VEINTE

Tomé el tren en Penn Station. Más transporte público. Llegar hasta ahí fue tenso. Solo una caminata de tres cuadras entre la gente, pero yo buscaba personas que estuvieran chequeando caras en la pantalla del celular, y parecía como si el mundo entero tuviese algún tipo de dispositivo electrónico disponible y abierto. Pero llegué intacto y compré un pasaje en efectivo.

El tren mismo estaba lleno y era muy diferente del metro. Los asientos hacían que todos los pasajeros fueran mirando hacia delante, y que todos quedaran escondidos detrás de respaldos altos. Las únicas personas a las que podía ver eran las que estaban a mis costados. Una mujer en el asiento de al lado, y dos tipos del otro lado del pasillo. Pensé que los tres eran abogados. No de las grandes ligas. Jugadores doble o triple A, probablemente, socios importantes con vidas atareadas. No terroristas suicidas, de todos modos. Los dos hombres estaban recién afeitados y los tres eran irritables, pero aparte de eso nada despertaba sospechas. Igual no es que el Amtrak del DC fuera atractivo para terroristas suicidas. Más bien estaba hecho a medida para bombas en valijas. En Penn al andén se lo anuncia a último minuto. La gente se queda dando vueltas en el vestíbulo y después se abalanza y queda amontonada. No hay seguridad. Valijas negras con rueditas todas idénticas viajan acomodadas en los portavalijas. Lo suficientemente fácil para alguien bajarse en Filadelfia y dejar la valija arriba, y después hacerla estallar un poco más tarde, con el teléfono celular, cuando el tren llega a Union Station sin él, justo en el centro de la ciudad.

Pero llegamos bien y logré salir indemne a la avenida Delaware. En el DC hacía tanto calor como el que había hecho en Nueva York, y estaba más húmedo. Las veredas frente a mí estaban punteadas con nudos de turistas. Grupos familiares, en su mayoría, de todas partes. Padres responsables, hijos retraídos, todos vestidos con remeras y pantalones cortos llamativos, mapas en las manos, cámaras listas. No es que yo estuviera bien vestido o fuera un visitante regular. Había trabajado en la zona de vez en cuando, pero siempre a la izquierda del río. Pero sabía a dónde estaba yendo. Mi destino era inconfundible y estaba justo frente a mí. El Capitolio de Estados Unidos. Había sido construido para impresionar. Se suponía que vinieran de visita diplomáticos extranjeros durante los primeros tiempos de la República y que se fueran convencidos de que la nueva nación era un jugador de peso. El diseño había tenido éxito. Más allá del otro lado de la avenida Independence estaban las Oficinas de los Representantes. En una época tuve un conocimiento rudimentario de la política congresal. Las investigaciones a veces llevaban hasta los comités. Sabía que el Edificio Rayburn estaba lleno de viejos funcionarios anquilosados en Washington de toda la vida. Supuse que en cambio a alguien relativamente nuevo como Sansom le habrían dado un lugar en el Edificio Cannon. Prestigioso, pero no lo máximo.

El Edificio Cannon estaba en Independence y la Primera, agazapado enfrente de la esquina más alejada del Capitolio como si estuviera rindiendo homenaje o preparando una amenaza. Tenía en la puerta todo tipo de seguridad. Le pregunté a un tipo de uniforme si el señor Sansom de Carolina del Norte estaba adentro. El tipo revisó una lista y dijo que sí, que estaba. Le pregunté si podía hacer que le hicieran llegar una nota a su oficina. Dijo que sí, que podía. Me dio un lápiz y papel de un anotador especial de la Oficina y un sobre. Dirigí el sobre al *Mayor John T. Sansom, Ejército de los Estados Unidos, Retirado*, y agregué la fecha y la hora. En el papel escribí: *Esta mañana temprano vi morir a una mujer con el nombre de usted en la boca*. No era cierto, pero estaba cerca. Agregué: *Escalinatas de la Biblioteca del Congreso en una hora*. Firmé *Mayor Jack-nada-Reacher, Ejército de los Estados Unidos, Retirado*. Había una casilla para marcar en la parte de abajo de la hoja: *¿Es usted uno de mis votantes?* Marqué la casilla. No estrictamente cierto. Yo no vivía en el distrito de Sansom, pero de la misma manera tampoco vivía en ninguno de los 434 distritos restantes. Y había estado de servicio en Carolina del Norte, tres veces distintas. Así que sentí que tenía derecho. Cerré el sobre y lo entregué y volví a salir a esperar.

## VEINTIUNO

Caminé en el calor de Independence hasta el Museo del Aire y del Espacio y después di la vuelta y me dirigí hacia la biblioteca. Me senté en los escalones transcurridos cincuenta minutos de la hora. La piedra estaba tibia. Había hombres de uniforme detrás de las puertas arriba mío, pero no salió ninguno. Los ejercicios de evaluación de riesgos deben haber ubicado a la biblioteca en la parte de abajo de la lista.

Esperé.

No esperaba que apareciera Sansom en persona. Supuse que en cambio me iban a mandar administrativos. Quizás personal de la campaña. De qué edad y cuántos no lo podía imaginar. Entre uno y cuatro, quizás, entre posgraduados y profesionales. Me interesaba saberlo. Uno joven demostraría que Sansom no se estaba tomando mi nota muy seriamente. Cuatro experimentados sugeriría que el tema era sensible. Y quizás algo para mantener en secreto.

El plazo de sesenta minutos fue y vino y no llegaron ni administrativos ni personal de la campaña, ni jóvenes ni viejos. En vez de eso vino la esposa de Sansom, y su jefe de seguridad. Diez minutos después de que se cumpliera la hora vi que una pareja dispar se bajaba de un Town Car y hacía una pausa al pie de la escalinata y miraba alrededor. Reconocí a la mujer de las fotos del libro de Sansom. En persona tenía exactamente el mismo aspecto que debe tener la esposa de un millonario. Tenía un peinado de salón de belleza caro y buenos huesos y mucho estilo y era probablemente cinco centímetros más alta que su marido. Diez, con tacos. El tipo que estaba con ella parecía un veterano Delta de traje. Era bajo, pero duro y fibroso y fuerte. El mismo tipo físico que Sansom, pero más recio de lo que Sansom había parecido en las fotos. Su traje estaba conservadoramente confeccionado de buen material, pero lo tenía todo doblado y arrugado como un uniforme de combate con mucho uso.

Los dos se quedaron juntos y miraron alrededor a la gente que estaba cerca y eliminaron una posibilidad tras otra. Cuando yo era lo único que quedaba levanté una mano como saludo. No me puse de pie. Supuse que iban a subir y se iban a detener más abajo que yo, así que si me ponía de pie iba a quedar mirando un metro por encima de sus cabezas. Menos amenazador quedarme sentado. Más propicio para conversar. Y más práctico, en términos de gastos de energía. Estaba cansado.

Subieron hacia donde estaba yo, la señora Sansom con buenos zapatos, avanzando con pasos delicados y precisos, y el tipo Delta a su lado siguiéndole el paso. Se detuvieron dos escalones por debajo de mí y se presentaron. La señora Sansom se llamó a sí misma Elspeth, y el tipo se llamó a sí mismo Browning, y dijo que se deletreaba como el fusil automático, lo que imaginé que se suponía que lo pusiera en alguna clase de contexto amenazador. Él era nuevo para mí. No

aparecía en el libro de Sansom. Siguió enumerando su pedigrí completo, que empezaba con la carrera militar junto a Sansom, y seguía incluyendo la carrera civil como jefe de seguridad durante los años empresariales de Sansom, y después jefe de seguridad durante los mandatos de Sansom en Diputados, y estaba proyectada para incluir el mismo tipo de deber durante los mandatos de Sansom en Senadores y más allá. Toda la presentación era una cuestión de lealtad. La esposa, y el fiel sirviente. Imaginé que se suponía que yo no tuviera ninguna duda acerca de dónde estaban depositados sus intereses. Una exageración, posiblemente. Aunque sentí que mandar a la esposa desde el vamos era una movida inteligente, políticamente hablando. La mayoría de los escándalos se complican cuando el tipo está lidiando con algo de lo que su mujer no está al tanto. Incluirla a ella desde el principio era una declaración.

Ella dijo:

—Ganamos muchas elecciones hasta el momento y vamos a ganar muchas más. Lo que usted está intentando ya lo intentaron decenas de veces. No lo lograron y usted tampoco lo va a lograr.

—No estoy intentando nada —dije—. Y no me interesa quién gana las elecciones. Una mujer murió, eso es todo, y quiero saber por qué.

—¿Qué mujer?

—Una empleada del Pentágono. Se disparó en la cabeza, anoche, en un metro en Nueva York.

Elspeth Sansom miró a Browning y Browning asintió y dijo:

—Lo vi en internet. El *New York Times* y el *Washington Post*. Sucedió demasiado tarde como para las ediciones impresas.

—Un poco después de las dos de la mañana —dije.

Elspeth Sansom me volvió a mirar a mí y preguntó:

—¿Qué implicación tuvo usted?

—Testigo —dije.

—¿Y ella mencionó el nombre de mi marido?

—Eso es algo de lo que tengo que hablar con él. O con el *New York Times* o con el *Washington Post*.

—¿Es una amenaza? —preguntó Browning.

—Supongo que sí —dije—. ¿Qué van a hacer al respecto?

—No olvidarlo nunca —dijo—. No haces lo que John Sansom hizo en su vida si eres blando. Y yo tampoco soy blando. Y tampoco lo es la señora Sansom.

—Grandioso —dije—. Acabamos de establecer que ninguno de nosotros es blando. De hecho, somos todos duros como piedras. Ahora sigamos. ¿Cuándo veo a su jefe?

—¿Qué era usted cuando prestaba servicio?

—El tipo de persona a la que incluso ustedes le habrían tenido miedo. Aunque probablemente no tenían miedo. No es que importe. No estoy buscando lastimar a nadie. A no ser que alguien necesite ser lastimado, o sea.

Elspeth Sansom dijo:

—Siete en punto, esta tarde. —Mencionó lo que supuse era un restaurante, en la rotonda Dupont—. Mi marido le va a dar cinco minutos. —Luego me volvió a mirar y dijo—: No venga vestido así o no lo van a dejar entrar.

Volvieron al Town Car y se fueron. Tenía que matar tres horas. Tomé un taxi en la esquina de la

calle 18 y la avenida Mass y encontré una tienda y compré un pantalón liso azul y una camisa azul a cuadros. Después caminé hasta un hotel que había visto dos cuadras al sur sobre la 18. Era un lugar grande, y bastante de lujo, pero los lugares grandes de lujo por lo general son los mejores para conseguir un pequeño aseo por fuera de los registros. Hice un gesto con la cabeza al pasar frente a los empleados del lobby y tomé un ascensor a un piso cualquiera y caminé por el pasillo hasta que encontré a una empleada de limpieza haciendo el servicio en una habitación vacía. Eran más de las cuatro de la tarde. La hora del check-in era a las dos. Por lo tanto la habitación iba a permanecer vacía esa noche. Quizás también la noche siguiente. Los hoteles grandes raramente están cien por cien llenos. Y los hoteles grandes nunca tratan muy bien a sus empleadas de limpieza. Por lo tanto a la mujer le alegró recibir treinta dólares en efectivo y tomarse una pausa de treinta minutos. Supuse que iría a la siguiente habitación de su lista y volvería después.

Todavía ella no había llegado al baño, pero igual había dos toallas limpias en el estante. Posiblemente nadie podría usar todas las toallas que provee un hotel grande. Había un jabón todavía en su envoltorio junto al lavabo y media botella de shampoo en una repisa. Me lavé los dientes y me di una ducha larga. Me sequé y me puse mi pantalón y mi camisa nuevos. Pasé de uno a otro los contenidos de los bolsillos y dejé las prendas viejas en el cesto del baño. Treinta dólares por la habitación. Más barato que un spa. Y más rápido. Estaba de vuelta en la calle dentro de los veintiocho minutos.

Caminé hasta Dupont y espí el restaurante. Cocina afgana, mesas afuera en un patio al frente, mesas adentro detrás de una puerta de madera. Parecía ser el tipo de lugar que se iba a llenar con jugadores poderosos con ganas de gastar veinte dólares por un aperitivo que cuesta veinte centavos en las calles de Kabul. Yo no tenía problema con la comida pero sí con los precios. Imaginé que hablaría con Sansom y después me iría a comer a algún otro lugar.

Caminé por la calle P hacia el oeste hasta el Rock Creek Park, bajé hasta quedar cerca del agua. Me senté en una piedra grande y plana y escuché la corriente abajo de donde yo estaba y el tráfico arriba. Al pasar el tiempo el tráfico se escuchó más alto y el agua más baja. Cuando en el reloj en mi cabeza faltaban cinco para las siete trepé de vuelta hacia arriba y me dirigí al restaurante.

## VEINTIDÓS

A las siete de la tarde el DC se estaba poniendo oscuro y todos los establecimientos de Dupont tenían las luces encendidas. El lugar afgano tenía lámparas de papel colgadas a intervalos por todo el patio. El frente del local estaba tapado de limusinas. La mayoría de las mesas del patio ya estaban llenas. Pero no con Sansom y su gente. Lo único que veía eran hombres jóvenes de traje y mujeres de falda. Estaban en pares y tríos y cuartetos, hablando, haciendo llamadas desde sus celulares, leyendo e-mails en dispositivos de mano, sacando papeles de maletines y volviéndolos a guardar. Supuse que Sansom estaba adentro, detrás de la puerta de madera.

Había un atril de recepcionista cerca de la vereda pero antes de llegar ahí Browning apareció de entre un grupo de gente y se paró delante de mí. Hizo un gesto con la cabeza hacia un Town Car negro que estaba a veinte metros de distancia y dijo:

—Vamos.

—¿Adónde? —dije—. Pensé que Sansom estaba acá.

—Piensa de vuelta. No comería en un lugar como este. Y no lo dejaríamos incluso si quisiera. Demografía equivocada, demasiado inseguro.

—¿Entonces por qué me hicieron venir acá?

—A algún lado te teníamos que hacer ir.

Se quedó ahí como si para él no hiciera absolutamente ninguna diferencia que fuera con él o que me fuera solo. Dije:

—¿Entonces dónde está?

—Cerca. Tiene una reunión. Te puede conceder cinco minutos antes de que empiece.

—OK —dije—. Vamos.

Había un chofer sentado en el Town Car. El motor estaba en marcha. Browning y yo nos subimos atrás y el chofer arrancó y dio casi toda la vuelta a la rotonda y después salió hacia el sur y al oeste por la avenida New Hampshire. Pasamos por la Sociedad Histórica. Por lo que recordaba de la avenida New Hampshire no había mucho delante de nosotros salvo una sucesión de hoteles y después la Universidad George Washington.

No nos detuvimos en ninguno de los hoteles. No nos detuvimos en la Universidad George Washington. En vez de eso hicimos un giro rápido a la derecha en la avenida Virginia y avanzamos un par de cientos de metros y entramos al Watergate. El viejo y famoso complejo. La escena del crimen. Cuartos de hotel, departamentos, oficinas, y más allá el Potomac oscuro y lento. El chofer se detuvo fuera de un edificio de oficinas. Browning se quedó en su sitio. Dijo:

—Estas son las reglas. Te llevo hasta arriba. Entrás solo. Pero yo voy a estar del otro lado de

la puerta. ¿Está claro?

Asentí. Estaba claro. Bajamos. Había un tipo de seguridad de uniforme en un escritorio del otro lado de la puerta, pero no nos prestó atención. Nos subimos al ascensor. Browning marcó el cuarto. Viajamos en silencio. Bajamos del ascensor y caminamos seis metros por una alfombra gris hasta una puerta que decía *Investigación Universal*. Un título insustancial y un pedazo de madera normal. Browning la abrió y me hizo pasar. Vi una sala de espera, de presupuesto mediano. Un escritorio de recepción sin nadie, cuatro sillas bajas de cuero, oficinas internas a izquierda y derecha. Browning señaló hacia la izquierda y dijo:

—Golpea y entra. Yo te espero aquí.

Avancé hacia la puerta de la izquierda y golpeé y entré.

Había tres hombres esperándome en la oficina de adentro.

Ninguno de los tres era Sansom.

## VEINTITRÉS

La sala era un espacio sencillo y sobrio mayormente sin muebles. Los tres tipos eran los tres agentes federales que habían viajado hasta la estación de policía del distrito 14 en Nueva York. No parecían contentos de volver a verme. Al principio no hablaron. En vez de eso el líder sacó del bolsillo un pequeño objeto plateado. Un grabador. Digital. Equipo de oficina, fabricado por Olympus. Apretó un botón y hubo una pequeña pausa y después oí su voz que preguntaba: “¿Ella le dijo algo?”. Las palabras se oían raras por la distorsión y confusas por el eco, pero las reconocí. De la entrevista, a las cinco de esa misma mañana, yo en la silla, adormilado, ellos despiertos y de pie, olor a transpiración y ansiedad y café quemado en el aire.

Me escuché a mí mismo respondiendo: “Nada importante”.

El tipo apretó otro botón y el sonido grabado desapareció. Se volvió a guardar el dispositivo en el bolsillo y sacó de otro una hoja de papel doblada. La reconocí. El papel de las Oficinas que el guardia del Capitolio me había dado en la puerta del Edificio Cannon. El tipo lo desdobló y leyó en voz alta: “Esta mañana temprano vi morir a una mujer con el nombre de usted en la boca”. Levantó el papel hacia mí para que yo pudiera ver mi propia letra.

Dijo:

—Le dijo algo importante. Les mintió a investigadores federales. Hay gente que va a la cárcel por eso.

—Pero no yo —dije.

—¿Usted cree? ¿Qué lo hace especial?

—Nada me hace especial. ¿Pero qué los hace a ustedes investigadores federales?

El tipo no respondió.

—No pueden hacer que sea de las dos maneras —dije—. Quieren comportarse de manera misteriosa y negarse a mostrar su identificación, ¿entonces cómo puedo saber quiénes son? Quizás eran oficinistas del Departamento de Policía de Nueva York, llegando temprano al trabajo, intentando pasar el tiempo. Y no hay ninguna ley acerca de mentirles a civiles. O los jefes de ustedes estarían todos en la cárcel.

—Le dijimos quiénes éramos.

—La gente dice todo tipo de cosas.

—¿Parecemos oficinistas?

—Bastante. Y quizás no les mentí, de todos modos. Quizás le mentí a Sansom.

—¿Cuál de las dos?

—Eso es tema mío. Todavía no vi identificaciones.

—¿Qué está haciendo exactamente acá en Washington? ¿Con Sansom?

—Eso también es tema mío.

—¿Quiere hacerle preguntas?

—¿Tienen una ley en contra de hacerle preguntas a la gente?

—Usted fue un testigo. ¿Ahora está investigando?

—País libre —dije.

—Sansom no se puede permitir decirle nada.

—Quizás sea así —dije—. Quizás no.

El tipo hizo una pausa y dijo:

—¿Le gusta el tenis?

—No —dije.

—¿Escuchó hablar de Jimmy Connors? ¿Björn Borg? ¿John McEnroe?

—Tenistas —dije—. De hace mucho.

—¿Qué pasaría si jugasen el US Open el año que viene?

—No tengo idea.

—Les patearían el trasero por toda la cancha. Les entregarían sus cabezas en bandejas. Incluso las mujeres les ganarían. Grandes campeones en su época, pero ahora son viejos y vienen de una era totalmente distinta. El tiempo sigue adelante. El juego cambia. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

—No —dije.

—Hemos visto su legajo. Fue la gran cosa allá en la prehistoria. Pero este ahora es un mundo nuevo. Esto lo supera.

Me di vuelta y miré hacia la puerta:

—¿Browning sigue ahí afuera? ¿O me plantó?

—¿Quién es Browning?

—El tipo que me trajo hasta acá. El que está con Sansom.

—Se fue. Y no se llama Browning. Y usted es un bebé perdido en un bosque.

No dije nada. Solo oí la palabra *bebé* y pensé en Jacob Mark, y en su sobrino Peter. *Una chica en un bar. Una bebé total. Peter se fue con ella.*

Uno de los otros tipos que estaban ahí dijo:

—Necesitamos que se olvide todo lo que tenga que ver con ser un investigador, ¿OK? Necesitamos que no se salga del papel de testigo. Necesitamos saber de qué manera el nombre de Sansom está relacionado con la mujer muerta. No se va a ir de acá hasta que no lo averigüemos.

Dije:

—Me voy a ir de acá exactamente cuando yo lo decida. Se necesitan más de tres oficinistas para hacerme quedar en un lugar en el que no quiero estar.

—Fanfarrón.

—De cualquier manera el nombre de Sansom ya está en todos lados. Lo escuché de boca de cuatro investigadores privados en Nueva York.

—¿Quiénes eran?

—Cuatro tipos de traje con una tarjeta de presentación falsa.

—¿Eso es lo mejor que tiene? Esa es una historia bastante flaca. Creo que la escuchó de Susan

Mark.

—¿Y a ustedes por qué les importa? ¿Qué podría saber una empleada del Comando de Recursos Humanos que pudiese lastimar a un tipo como Sansom?

Nadie habló, pero el silencio fue muy extraño. Parecía contener una respuesta tácita que daba vueltas y viajaba locamente hacia arriba y hacia fuera, como: *No es solo Sansom lo que nos preocupa, es el ejército, las fuerzas armadas, el pasado, el futuro, el gobierno, el país, el mundo entero, todo el maldito universo.*

—¿Quiénes son ustedes? —pregunté.

No hubo respuesta.

—¿Qué demonios hizo Sansom en aquella época? —dije.

—¿En qué época?

—Durante sus diecisiete años.

—¿Usted qué cree que hizo?

—Cuatro misiones secretas.

La sala se quedó en silencio.

El agente líder preguntó:

—¿Cómo sabe de las misiones de Sansom?

—Leí su libro —dije.

—No están en el libro.

—Pero sus ascensos y sus medallas sí. Sin ninguna explicación clara acerca de qué otra forma llegaron.

Nadie habló.

Dije:

—Susan Mark no sabía nada. No tenía cómo. Simplemente no es posible. Podría haberse pasado un año revolviendo todo el Comando de Recursos Humanos sin encontrar ni la más mínima mención.

—Pero alguien le preguntó.

—¿Y qué? Sin daño no hay falta.

—Queremos saber quién fue, eso es todo. Nos gusta seguirles el rastro a cosas como esa.

—Yo no sé quién fue.

—Pero claramente lo quiere saber. ¿Por qué otro motivo estaría acá?

—La vi dispararse. No fue lindo.

—Nunca lo es. Pero esa no es una razón para ponerse sentimental. O para meterse en problemas.

—¿Les preocupo?

Nadie respondió.

—¿O les preocupa que descubra algo?

El tercer tipo dijo:

—¿Qué le hace pensar que las dos preocupaciones son distintas? Quizás son lo mismo. Si descubre algo, se pasa el resto de la vida encerrado. O lo agarra el fuego cruzado.

No dije nada. La sala se volvió a quedar en silencio.

El agente líder dijo:

—Última oportunidad. No se salga del papel de testigo. ¿Mencionó a Sansom la mujer o no?

—No —dije—. No lo mencionó.

—Pero su nombre igual está dando vueltas.

—Sí —dije—. Así es.

—Y usted no sabe quién es el que está preguntando.

—No —dije—. No lo sé.

—OK —dijo el tipo—. Ahora olvídense de nosotros y siga su camino. No tenemos ningunas ganas de complicarle la vida.

—¿Pero?

—Lo haremos si tenemos que hacerlo. ¿Recuerda los problemas que le podía causar a la gente, cuando estaba en el 110? Ahora es mucho peor. Cien veces peor. Así que tome la decisión inteligente. Si quiere jugar, juegue en el circuito de personas mayores. Manténgase lejos de esto. El juego cambió.

Me dejaron ir. Bajé en el ascensor y pasé junto al tipo que estaba en la puerta y me quedé de pie en una amplia zona pavimentada y miré cómo el río fluía lento. Luces reflejadas se movían con la corriente. Pensé en Elspeth Sansom. Me había impresionado. *No venga vestido así o no lo van a dejar entrar.* Una distracción perfecta. Me había embaucado completamente. Me había comprado una camisa que ni necesitaba ni quería.

*No blandos.*

No cabía ninguna duda.

La noche estaba calurosa. El aire estaba pesado y lleno de olores que surgían del agua. Me dirigí de vuelta hacia la rotonda Dupont. Dos kilómetros, me figuré. Veinte minutos caminando, quizás menos.

## VEINTICUATRO

Las comidas en restaurantes en el DC raramente duran menos de una hora o más de dos. Esa había sido mi experiencia. Así que esperaba encontrar a Sansom terminando la entrada o pidiendo el postre. Quizás ya bebiendo café y pensando en un cigarro.

De vuelta en el restaurante alrededor de la mitad de las mesas del patio del frente habían cambiado su clientela. Había nuevos muchachos de traje, y nuevas chicas de falda. Más pares ahora que tríos o cuartetos, y más romance que trabajo. Más charla brillante diseñada para impresionar, y menos miradas a dispositivos electrónicos. Pasé caminando junto al atril de recepción y la mujer que estaba ahí me llamó y yo dije: “Estoy con el congresista”. Entré empujando la puerta de madera y recorrí con la mirada el salón de adentro. Era un espacio bajo y rectangular lleno de luz tenue y olores especiados y conversación fuerte y risas ocasionales.

Sansom no estaba ahí.

Ninguna señal de él, ninguna señal de su esposa, ninguna señal del tipo que se había llamado a sí mismo Browning, ningún grupo de administrativos ansiosos o de voluntarios para la campaña.

Volví afuera y la mujer en el atril de recepción me miró inquisitivamente y preguntó:

—¿Con quién se iba a reunir?

—Con John Sansom —dije.

—No está aquí.

—Evidentemente.

Un chico en una mesa junto a mi codo dijo: “¿El decimocuarto de Carolina del Norte? No está en la ciudad. Tiene un desayuno para recaudar fondos mañana en Greensboro. Bancos y aseguradoras, no tabaco. Lo escuché contarle todo al que está conmigo”. La última frase iba dirigida a la mujer que tenía enfrente, no a mí. Quizás todo el discurso también. *El que está conmigo*. Claramente el chico era un tremendo jugador importante, o lo quería ser.

Volví a la vereda y me quedé quieto por un segundo y después partí hacia Greensboro, Carolina del Norte.

Llegué ahí en un autobús nocturno que estaba programado para parar primero en Richmond, Virginia, y después en Raleigh, y después en Durham, y después en Burlington. No noté el itinerario. Dormí todo el viaje. Llegamos a Greensboro cerca de las cuatro de la mañana. Pasé caminando junto a agencias de fianzas y casas de empeño cerradas e ignoré un par de comederos baratos hasta que encontré el tipo de *diner* que yo buscaba. No estaba eligiendo en base a la comida. Toda la comida de *diner* para mí tiene el mismo gusto. Estaba buscando guías telefónicas

y exhibidores con diarios locales gratis y encontrarlos me llevó una larga caminata. El lugar que elegí estaba recién abriendo. Un tipo en camiseta estaba engrasando una plancha. Había café preparándose en la cafetera. Me llevé las Páginas Amarillas a un box y miré la H de hoteles. Greensboro tenía muchos. Era un lugar de un tamaño decente. Quizás un cuarto de millón de personas.

Supuse que un desayuno para recaudar fondos tendría lugar en un sitio más bien lujoso. Los donantes son ricos, y no van a un Red Roof Inn a pagar quinientos dólares por cubierto. No si trabajan en bancos y aseguradoras. Supuse que el Hyatt o el Sheraton. Greensboro tenía los dos. Cincuenta y cincuenta. Cerré las Páginas Amarillas y empecé a hojear los diarios gratis, en busca de confirmación. Los diarios gratis tienen todo tipo de cobertura local.

Encontré un artículo sobre el desayuno en el segundo diario que abrí. Pero estaba equivocado con los hoteles. No el Hyatt, no el Sheraton. En vez de eso Sansom estaba agendado en un lugar llamado O. Henry Hotel, que supuse se llamaba así por el famoso escritor de Carolina del Norte. Había una dirección. El evento estaba planeado para que empezara a las siete de la mañana. Arranqué el artículo y lo doblé pequeño y me lo guardé en el bolsillo. El tipo detrás del mostrador terminó con sus preparativos y me trajo una taza de café sin preguntarme. Bebí un sorbo. Nada mejor que un café recién hecho en su primer minuto de vida. Después pedí el combo más grande del menú y me relajé y miré cómo el tipo lo preparaba.

Me tomé un taxi hasta el O. Henry Hotel. Podría haber caminado, y me llevó más tiempo encontrar el taxi que llegar hasta el hotel, pero quería llegar con estilo. Llegué ahí a las seis y cuarto. El hotel era un facsímil moderno de un lugar antiguo elegante. Parecía un establecimiento independiente, pero probablemente no lo era. Pocos hoteles lo son. El lobby era rico y tenue y estaba lleno de sillones de cuero de los que hay en los sitios donde solo se aceptan miembros. Les pasé por al lado camino a la recepción con toda la gracia y confianza posibles para un tipo con una camisa de diecinueve dólares y arrugada. Detrás del mostrador había una mujer joven. Parecía vacilante, como si estuviera recién llegada y todavía no se hubiese acomodado. Me miró y dije:

—Vengo al desayuno de Sansom.

La joven no respondió. Hacía el esfuerzo de encontrar una reacción, como si yo la estuviese avergonzando con tanta información. Dije:

—Se suponía que me dejaran mi entrada acá.

—¿Su entrada?

—Mi invitación.

—¿Quién?

—Elspeth —dije—. La señora Sansom, quiero decir. O el hombre que los acompaña.

—¿Qué hombre?

—El encargado de seguridad.

—¿El señor Springfield?

Me sonreí a mí mismo. Springfield era un fabricante de fusiles de carga automática, igual que Browning. Le gustaban los juegos de palabras, lo cual era divertido, pero tonto. Los nombres falsos funcionan mejor si están del todo desconectados de la realidad.

Pregunté: “¿Ya los vio esta mañana?”. Era un intento de delicadeza. Estaba suponiendo que Greensboro no estaba en el distrito congresal de Sansom. Una campaña para el Senado necesitaba

fondos de todas partes del estado y exposición. Imaginé que el territorio de Sansom ya estaba bien cerrado, y que para entonces ya estaría echando la red más lejos. Por lo que probablemente había pasado la noche en el hotel, para estar listo para empezar temprano. Pero no podía estar seguro. Preguntar si ya había bajado de la habitación me haría quedar como un idiota si él vivía a cinco minutos de distancia. Preguntar si ya había llegado me haría quedar igual de mal si él vivía a trescientos kilómetros de distancia. Así que apunté a la neutralidad.

La mujer dijo:

—Siguen arriba, por lo que sé.

Yo dije: “Gracias”, y volví al lobby, lejos de los ascensores, para que no tuviera nada de que preocuparse. Esperé hasta que el teléfono empezó a sonar y ella empezó a golpetear en el teclado y a concentrarse en la pantalla del ordenador, y después como paseando di la vuelta por el borde del salón y apreté el botón para subir.

Supuse que Sansom estaría en una suite grande, y que las suites grandes estarían todas en el piso más alto, así que apreté el número más alto que ofrecía el ascensor. Un largo rato después bajé a un pasillo alfombrado y silencioso y vi a un policía uniformado en posición de descanso fuera de una puerta doble de caoba. Un agente, del Departamento de Policía de Greensboro. No joven. Un veterano, con la posibilidad de elegir primero ante unas fáciles horas extra. Una presencia simbólica. Caminé hacia él con una sonrisa apenada, como *Ey, estás trabajando, yo estoy trabajando, ¿qué se le va hacer?* Supuse que ya habría tenido que recibir a algunos visitantes. El café del servicio de habitación, administrativos con razones legítimas para estar ahí, quizás periodistas. Le hice un gesto de asentimiento y dije: “Jack Reacher para el señor Sansom”, y me incliné más allá de él y llamé a la puerta. No reaccionó. No se quejó. Solo se quedó ahí, como el decorado que era. Fuera lo que fuese a ser Sansom a continuación, ahí todavía era solo un congresista del interior, y estaba todavía muy lejos de recibir protección de verdad.

Hubo una breve demora, y luego la puerta de la suite se abrió. La esposa de Sansom estaba ahí con la mano en el picaporte de adentro. Estaba vestida, peinada, maquillada y lista para empezar el día.

—Hola, Elspeth —dije—. ¿Puedo pasar?

## VEINTICINCO

Detrás de los ojos de Elspeth Sansom vi pasar un cálculo rápido, experto, de esposa de político. Primer instinto: echar al vago ese. Pero: había un policía en el pasillo, y probablemente medios en el edificio, y casi seguramente empleados del hotel dentro del alcance del oído. Y la gente del lugar habla. Así que tragó una vez y dijo: “Mayor Reacher, qué agradable volver a verlo”, y se movió hacia atrás para permitirme el paso.

La suite era grande y estaba oscura por las cortinas en las ventanas y llena de mobiliario pesado de colores intensos y apagados. Había un living con una barra desayunadora y una puerta abierta que debía llevar al dormitorio. Elspeth Sansom me guio hacia el medio del ambiente y se detuvo, como si no supiera qué hacer conmigo a continuación. Entonces John Sansom salió del dormitorio para ver a qué se debía todo ese barullo.

Estaba en pantalones y camisa y corbata y medias. Sin zapatos. Parecía pequeño, como un hombre en miniatura. De contextura fibrosa, estrecho de hombros. Tenía la cabeza un poco grande en comparación con el resto de su cuerpo. Tenía el pelo cortado corto y prolijamente peinado. Tenía la piel bronceada, pero de una manera arrugada, activa, de aire libre. Áspera. Nada de camas solares para él. Brillaba de riqueza, y poder, y energía, y carisma. Era fácil ver cómo había ganado muchas elecciones. Fácil ver por qué los semanarios de noticias estaban enamorados de él. Me miró a mí y después miró a su esposa y preguntó:

—¿Dónde está Springfield?

—Bajó para chequear todo —dijo Elspeth—. Se deben haber cruzado en los ascensores.

Sansom asintió, no mucho más que un veloz subir y bajar los párpados. Un experto en tomar decisiones, y un hombre pragmático, no muy dado a llorar sobre leche derramada. Me dirigió la mirada y dijo:

—No se da por vencido.

—Nunca lo he hecho —dije.

—¿No escuchó a esos muchachos federales en Washington?

—¿Quiénes eran, exactamente?

—¿Esos tipos? Usted sabe cómo es. Podría decirle, pero después lo tendría que matar. Pero como sea, se suponía que le advertieran que se mantuviera a distancia.

—No resonó.

—Me mandaron en copia su legajo. Les dije que no iban a tener éxito.

—Me hablaron como si yo fuera un tarado. Y me dijeron que yo era muy viejo. Lo que lo hace a usted demasiado viejo.

—Yo soy demasiado viejo. Para la mayoría de estas cosas, en todo caso.

—¿Tiene diez minutos?

—Le puedo conceder cinco.

—¿Tiene café?

—Pierde el tiempo.

—Tenemos mucho tiempo. Más de cinco minutos, en todo caso. Más de diez, incluso. Tiene que atarse los zapatos y ponerse un saco. ¿Cuánto puede tardar?

Sansom se encogió de hombros y se acercó a la barra desayunadora y me sirvió una taza de café. La trajo y me la dio y dijo:

—Ahora vayamos al grano. Sé quién es usted y por qué está acá.

—¿Conocía usted a Susan Mark? —le pregunté.

Negó con la cabeza:

—Nunca la conocí, nunca ni siquiera oí hablar de ella antes de anoche.

Yo le miraba los ojos, y le creí. Pregunté:

—¿Por qué forzarían a una empleada del Comando de Recursos Humanos a buscar información suya?

—¿Era eso lo que estaba pasando?

—Es una suposición.

—Entonces no tengo idea. El Comando de Recursos Humanos es el nuevo Comando de Personal, ¿no es así? ¿Qué recibió usted alguna vez del Comando de Personal? ¿Qué recibió quien sea? ¿Qué tienen ahí? Fechas y unidades, eso es todo. Y mi vida es de dominio público de todas formas. Aparecí en CNN cientos de veces. Me uní al Ejército, fui a la Escuela de Candidatos a Oficiales, estuve destinado en comisión, me ascendieron tres veces y me fui. No hay ningún secreto.

—Sus misiones Delta fueron secretas.

La habitación se quedó un poco más silenciosa. Sansom preguntó:

—¿Cómo lo sabe?

—Recibió cuatro buenas medallas. No explica por qué.

Sansom asintió.

—Ese maldito libro —dijo—. Las medallas están en el legajo, también. No podía no reconocerlas. No habría sido respetuoso. La política es un campo minado. Condenado si lo haces, condenado si no lo haces. Por cualquiera de los dos lados, siempre te pueden agarrar.

No dije nada. Me miró y preguntó:

—¿Cuántas personas van a hacer la conexión? Además de usted, quiero decir.

—Alrededor de tres millones —dijo—. Quizás más. Todos en el Ejército, y todos los veteranos con vista suficiente como para poder leer. Saben cómo funcionan las cosas.

Negó con la cabeza:

—No tantos. La mayoría de la gente no tiene una mente inquisitiva. E incluso si es así, la mayoría de la gente respeta la reserva en cuestiones como esa. No creo que haya un problema.

—En algún lado hay un problema. ¿Si no por qué le estaban haciendo preguntas a Susan Mark?

—¿De verdad mencionó mi nombre?

Negué con la cabeza:

—Eso fue para que me prestara atención. Escuché su nombre de un grupo de tipos que asumo fueron contratados por la persona que está haciendo las preguntas.

—¿Y qué hay en esto para usted?

—Nada. Pero ella parecía una buena persona, atrapada entre la espada y la pared.

—¿Y a usted le importa?

—A usted también, aunque más no sea un poco. No se metió en política solo por lo que puede sacar de ahí para usted. Al menos espero sinceramente que no sea así.

—¿Es de verdad usted uno de mis votantes?

—No hasta que lo elijan para presidente.

Sansom se quedó en silencio un momento y después dijo:

—El FBI también me informó. Estoy en una posición en la que les puedo hacer favores, por lo que insisten en mantenerme al tanto. Dicen que el Departamento de Policía de Nueva York siente que usted está reaccionando a todo esto con algo de culpa. Como si usted lo hubiera llevado demasiado lejos en el metro. Y la culpa nunca es una base sólida para las buenas decisiones.

—Esa es la opinión de una sola mujer —dije.

—¿Estaba equivocada?

No dije nada.

Sansom dijo:

—No pienso decirle una maldita cosa acerca de las misiones.

—No espero que lo haga —dije.

—¿Pero?

—¿Cuánto de eso podría volver y jugarle en contra?

—Nada en esta vida es totalmente blanco o negro. Usted lo sabe. Pero no se cometió ningún delito. Y nadie podría llegar a la verdad por medio de una empleada del Comando de Recursos Humanos, de todas formas. Están saliendo a pescar. Esto es periodismo amarillista amateur de la peor calaña a medio cocinar.

—No creo que lo sea —dije—. Susan Mark estaba aterrada y su hijo está desaparecido.

Sansom le dirigió la mirada a su esposa. Luego a mí. Dijo:

—Eso no lo sabíamos.

—No fue reportado. Es un deportista en la USC. Se fue de un bar con una chica hace cinco días. Nadie lo ve desde entonces. Se presume que está ausente sin permiso, pasando el mejor momento de su vida.

—¿Y usted sabe esto cómo?

—Por el hermano de Susan Mark. El tío del muchacho.

—¿Y usted no cree el cuento?

—Demasiada coincidencia.

—No necesariamente. Los muchachos se van de bares con chicas todo el tiempo.

—Usted es un padre —dije—. ¿Qué lo haría darse un tiro, y qué lo haría no dárselo?

La habitación se quedó todavía un poco más silenciosa. Elspeth Sansom dijo: “Mierda”. Los ojos de John Sansom adoptaron ese tipo de mirada a lo lejos que yo había visto antes en buenos oficiales superiores reaccionando a un contratiempo táctico. Repensar, redespigar, reorganizar, todo en uno o dos segundos rápidos. Lo vi repasar hacia atrás la historia y llegar a una firme

conclusión. Dijo:

—Lamento la situación de la familia Mark. Realmente. Y ayudaría si pudiese, pero no puedo. No hay nada en mi carrera Delta a lo que se podría acceder desde el Comando de Recursos Humanos. Nada de nada. O esto tiene que ver con algo totalmente distinto o alguien está buscando en el lugar equivocado.

—¿En qué otro lugar buscarían?

—Usted sabe dónde. Y sabe que no llegarían ni siquiera cerca. Y alguien que supiera lo suficiente como para querer informes de la Fuerza Delta sabría dónde buscarlos y dónde no, seguro. Por lo que esto no tiene que ver con las Fuerzas Especiales. No puede ser.

—¿Entonces con qué otra cosa puede tener que ver?

—Con nada. Soy intachable.

—¿De verdad?

—Completamente. Cien por cien. No soy idiota. No me habría metido en política si tuviese la más mínima cosa que esconder. No como ahora son las cosas. Nunca ni siquiera me hicieron una multa.

—OK —dije.

—Lamento lo de la mujer en el metro.

—OK —volví a decir.

—Pero ahora de verdad nos tenemos que ir. Nos toca pedir plata de manera seria.

Pregunté:

—¿Escuchó alguna vez el nombre Lila Hoth?

—¿Lila Hoth? —dijo Sansom—. No, nunca escuché ese nombre.

Yo le miraba los ojos, y sentí que estaba diciendo la más pura verdad. Y mintiendo descaradamente. Las dos cosas a la vez.

## VEINTISÉIS

Me crucé con Springfield en mi viaje de regreso al lobby del hotel. Yo estaba yendo hacia la puerta de calle, él estaba saliendo de un comedor. Más allá de él vi mesas redondas con manteles blanco nieve y grandes arreglos florales en los centros. Springfield me miró sin sorpresa en el rostro. Era como si estuviera juzgando mi performance, y encontrándola satisfactoria. Como si yo hubiera llegado a sus jefes en más o menos el período de tiempo que él había esperado. No rápido, no lento, sino ahí mismo en el medio de la ventana que él había permitido. Me dirigió una mirada de aprobación profesional y siguió caminando sin pronunciar una sola palabra.

Volví a Nueva York de la misma manera en que me había ido, pero en sentido contrario. Taxi hasta la terminal de Greensboro, autobús hasta el DC, y después el tren. El viaje ocupó todo el día y parte de la noche. El horario del autobús y el horario del tren no estaban bien compaginados, y para los dos primeros trenes desde el DC no había más pasajes. Dediqué el tiempo de viaje a pensar, primeramente en lo que Sansom había dicho. *Nada en esta vida es totalmente blanco o negro. Usted lo sabe. Pero no se cometió ningún delito. Y nadie podría llegar a la verdad por medio de una empleada del Comando de Recursos Humanos, de todas formas.* No había negación de actividad cuestionable. Casi lo contrario. Prácticamente una confesión. Pero él sentía que no se había extralimitado. Ningún delito. Y tenía una confianza absoluta en que los detalles estaban guardados bajo llave para siempre. En total una postura común, entre ex militares de primera línea de combate. *Cuestionable* era una palabra larga y complicada para todos nosotros. Doce letras, e implicaciones que podrían llenar todo un manual. Ciertamente mi propia carrera no resistiría un escrutinio exhaustivo. No me quita el sueño. Pero en general me pone contento que los detalles estén bajo llave. Y lo mismo le pasaba a Sansom, claramente. Yo conozco mis detalles. ¿Pero cuáles eran los de él? Algo perjudicial para él, obviamente. Ya fuera a nivel personal o para su postulación electoral. O ambas, inevitablemente. Los federales lo habían dejado perfectamente claro. *Sansom no se puede permitir decirle nada.* Pero perjudicial en un contexto más amplio también, ¿o si no por qué otro motivo se iban a implicar los federales?

¿Y quién demonios era Lila Hoth?

Me hice estas preguntas todo a lo largo del zarandeado viaje en autobús, y todo a lo largo de la extensa espera en Union Station, y después las abandoné cuando el tren al que me subí pasó por Baltimore camino al norte. No había llegado a ningún lado con esas preguntas, y para entonces ya estaba pensando en otras cosas, de todos modos. Estaba pensando a qué parte de Nueva York se había estado dirigiendo exactamente Susan Mark. Había llegado conduciendo por el sur y había planeado deshacerse del auto y llegar a su destino en metro. Tácticamente inteligente, y ninguna

otra opción, probablemente. No debía haber tenido puesto el abrigo en el auto. Demasiado calor. Posiblemente lo llevaba en el asiento de atrás, o más probable en el baúl, con el bolso y el arma, donde el arma estaría a salvo de miradas indiscretas. Por lo tanto decidió estacionar, y bajarse, y prepararse para la batalla a distancia y en relativa privacidad.

Pero no a demasiada distancia. No demasiado lejos de su destino final. Porque había sufrido una demora. Estaba seriamente retrasada. Por lo tanto si tenía que ir muy al norte de la ciudad, al uptown, hubiera estacionado en el medio, en midtown. Pero había estacionado al sur, en el centro, en el downtown. En SoHo. Probablemente se había subido al metro en la calle Spring, una estación antes que yo. Seguía sentada inmóvil pasando la calle 33. Entonces las cosas se habían desmarñado. Si no lo hubieran hecho, supuse que ella se habría quedado en el metro pasando Grand Central y se habría bajado en la calle 51. Quizás en la 59. Pero no más lejos, seguro. La sesenta y ocho era una parada demasiado lejos. Muy en el Upper East Side. Un barrio del todo distinto. Si se hubiese estado dirigiendo hacia allí, habría usado el Túnel Lincoln, no el Holland, y habría manejado más al norte antes de estacionar. Porque tenía el tiempo ajustado. Así que la estación de la calle 59 era su límite superior. Pero habiendo llegado a donde estuviera yendo, sentí que habría apuntado a volver hacia atrás, aunque más no sea un poco. Psicología amateur. Acercarse por el sur, pasarse, llegar desde el norte. Y esperar que sus oponentes estuviesen mirando para el lado equivocado.

Así que dibujé una caja en mi cabeza, de la calle 42 a la 59, y de la Quinta Avenida a la Tercera. Sesenta y ocho manzanas. ¿Que contienen qué?

Alrededor de ocho millones de cosas distintas.

Dejé de contarlas mucho antes de que llegáramos a Filadelfia. Para entonces estaba distraído con la chica del otro lado del pasillo. Tenía alrededor de veinticinco años, y estaba espectacular. Quizás una modelo, quizás una actriz, quizás solo una abogada o lobbyista muy linda. Una bebé total, como diría un deportista de la USC. Lo que me llevó a pensar de vuelta en Peter Molina, y la aparente contradicción en alguien lo suficientemente experto como para usarlo como manera de ejercer presión contra una fuente que no tenía ningún valor.

*Nuestro jefe trajo un equipo completo.* La ciudad de Nueva York tiene seis accesos principales de transporte público: los aeropuertos de Newark, LaGuardia y el JFK, más Penn Station y Grand Central, más la terminal de autobús de Port Authority. Newark tiene tres terminales, LaGuardia tiene tres más la de los servicios de enlace, JFK tiene ocho, Penn Station es grande, Grand Central es enorme, y Port Authority es un laberinto. La cantidad de hombres requerida para llevar a cabo un intento de vigilancia adecuado estaría cerca de cuarenta. Ochenta o más, para realizar una cobertura de veinticuatro horas. Y ochenta personas era un ejército, no un equipo. Así que me bajé del tren con una cautela no mayor de la habitual.

Que, afortunadamente, fue suficiente.

## VEINTISIETE

Ví inmediatamente al que estaba vigilando. Estaba apoyado contra una columna en el centro del vestíbulo de Penn Station, inerte, con el tipo de completa inmovilidad física que se produce por estar acomodado ejerciendo una responsabilidad durante un largo período. Estaba fijo, y el mundo pasaba atareadamente por al lado de él, como un río corre alrededor de una roca. Tenía en la mano un teléfono con tapa, abierto, y lo sostenía bajo contra el muslo. Era alto, pero flaco. Joven, quizás treinta. A primera vista, no impresionante. Tenía piel pálida con la cabeza afeitada y barba incipiente rojiza. No un gran aspecto. Más intimidante que un cazador de autógrafos, quizás, pero no por mucho. Tenía puesta una camisa con un estampado de flores y arriba una campera de cuero corta y ajustada que probablemente era marrón, pero que parecía naranja brillante bajo las luces. Estaba mirando la multitud de gente que llegaba con ojos que se habían cansado hacía rato, y que después se habían aburrido.

El vestíbulo estaba repleto. Me moví con el flujo de gente, despacio, encerrado. La corriente me llevaba. El que vigilaba estaba a alrededor de diez metros de distancia, adelante y a mi izquierda. Sus ojos no se movían. Dejaba que la gente pasara por un campo de visión fijo. Yo estaba a más o menos tres metros de ahí. Iba a ser como pasar por un detector de metales en el aeropuerto.

Disminuí un poco la marcha, y alguien me empujó desde atrás. Me di vuelta por un segundo, para chequear que no me estuvieran marcando. No lo hacían. La persona detrás de mí era una mujer con un cochecito del tamaño de un SUV, en el que llevaba dos bebés, quizás mellizos. Hay muchos mellizos en Nueva York. Muchas madres grandes, por lo tanto mucha fertilidad asistida. Los mellizos en el cochecito detrás de mí estaban los dos llorando, quizás porque era tarde y estaban cansados, o quizás solo estaban confundidos y desconcertados por la selva de piernas todo alrededor. El ruido que hacían se mezclaba con el barullo general. El vestíbulo estaba embaldosado y lleno de ecos.

Me fui moviendo hacia la izquierda, apuntando a moverme dos metros al costado en los siguientes tres hacia adelante. Llegué casi al borde de la gente y pasé por el punto de foco del que estaba vigilando. Sus ojos eran azul brillante, pero estaban nublados con una capa de cansancio. No reaccionó. No al principio. Entonces después de un largo segundo de demora sus ojos se abrieron más grandes y levantó el teléfono y lo tocó para activar la pantalla. La miró. Me volvió a mirar a mí. La boca se le abrió con un gesto de sorpresa. A esa altura yo estaba a poco más de un metro de él.

Después se desmayó. Yo me lancé hacia delante y lo agarré y lo bajé con cuidado hasta el piso. Un buen samaritano, ayudando en una repentina emergencia médica. Eso fue lo que vio la

gente, en todo caso. Pero solo porque la gente ve lo que quiere ver. Si hubiesen vuelto a pasar la breve secuencia en sus cabezas y la hubiesen analizado con detenimiento podrían haber notado que yo me había lanzado apenas antes de que el tipo se hubiera empezado a caer. Podrían haber notado que mientras que mi mano derecha ciertamente se estaba moviendo para agarrarlo del cuello de la chaqueta, solo se estaba moviendo una décima de segundo después de que mi mano izquierda ya había impactado en el plexo solar, muy fuerte, pero cerca entre nuestros cuerpos, de manera escondida y subrepticia.

Pero la gente ve lo que quiere ver. Siempre ha sido así, y siempre así será. Me agaché cerca del tipo como el miembro responsable del público que estaba pretendiendo ser, y la mujer del cochecito siguió adelante por detrás de mí. Después de eso, se juntó una pequeña multitud, llena de preocupación. La reputación de hostilidad que tiene Nueva York es innmerecida. La gente por lo general es muy servicial. Una mujer se agachó junto a mí. Otras personas se quedaron cerca de pie y miraban hacia nosotros. Podía ver sus piernas y sus zapatos. El tipo de la chaqueta de cuero estaba boca arriba en el piso, sacudiéndose con espasmos de pecho y dando bocanadas de aire para no ahogarse. Un golpe duro en el plexo solar le puede provocar eso a una persona. Pero también se lo puede provocar un ataque al corazón y otra buena cantidad de afecciones.

La mujer que estaba al lado mío preguntó:

—¿Qué pasó?

—No lo sé —dije—. Se desmayó de repente. Se le pusieron blancos los ojos.

—Deberíamos llamar a la ambulancia.

—Se me cayó el teléfono —dije.

La mujer empezó a revolver en su cartera. Yo dije:

—Espera. Puede haber tenido un episodio. Tenemos que chequear si tiene una tarjeta.

—¿Un episodio?

—Un ataque. Como una convulsión. Como epilepsia, o algo.

—¿Qué tipo de tarjeta?

—La gente tiene. Con instrucciones. Tal vez tenemos que hacer que no se siga mordiendo la lengua. Y quizás tiene medicamentos. Revísale los bolsillos.

La mujer se estiró y palpó los bolsillos de la chaqueta del tipo, por afuera. Tenía manos pequeñas, dedos largos, muchos anillos. Los bolsillos de afuera del tipo estaban vacíos. Ahí no había nada. La mujer abrió la chaqueta y chequeó adentro. Yo observaba, atentamente. La camisa no era como nada que yo hubiera visto. Acrílico, floreada, un caos de colores pastel. La chaqueta era barata y dura. Con forro de nylon. Tenía una etiqueta interior, bastante ornamentada, con escritura cirílica.

Los bolsillos internos del tipo también estaban vacíos.

—Prueba en sus pantalones —dije—. Rápido.

—No puedo hacer eso —dijo la mujer.

Así que un ejecutivo expeditivo se agachó rápido junto a nosotros y metió los dedos en los bolsillos de adelante del pantalón del tipo. Tampoco había nada ahí.

Nada en ningún lado. Nada de billetera, nada de documento, nada de nada.

—OK, mejor que llamemos a la ambulancia —dije—. ¿Ven mi teléfono?

La mujer miró alrededor y metió la mano por debajo del brazo del tipo y la sacó con el celular con tapa. Algo se movió en el trayecto y la pantalla se encendió. Mi foto estaba ahí mismo, grande

y obvia. Mejor calidad de lo que pensé que tendría. Mejor que el intento del tipo del Radio Shack. La mujer la miró. Yo sabía que había gente que tenía fotos en los teléfonos. Las había visto. Sus parejas, sus perros, sus gatos, sus hijos. Como una página de inicio, o un fondo de pantalla. Quizás la mujer pensó que yo era un ególatra terrible que tenía una foto de sí mismo. En cualquier caso igual me pasó el teléfono. Para entonces el ejecutivo expeditivo ya estaba marcando el número de emergencias. Así que yo retrocedí y dije:

—Voy a ir a buscar a un policía.

Me volví a abrir paso entre la marea de gente y dejé que me llevara hacia delante, afuera, a la vereda, a la oscuridad, y a otra parte.

## VEINTIOCHO

Ahora yo ya no era más esa persona. Ya no era la única persona del mundo sin un celular. Me detuve en la calurosa oscuridad tres cuadras más lejos sobre la Séptima Avenida e inspeccioné mi premio. Estaba fabricado por Motorola. Plástico gris, de alguna manera tratado y pulido como para que pareciera metal. Me fui abriendo camino entre los menús y no encontré ninguna otra foto más allá de la mía. Había salido bastante bien. La calle perpendicular al oeste de la Octava, el sol brillante de la mañana, yo capturado en el acto de darme vuelta en respuesta a que habían gritado mi nombre. Tenía mucho detalle, de pies a cabeza. Claramente había participado una cantidad enorme de megapíxeles. Y me pareció que yo tenía bastante buen aspecto, considerando que apenas si había dormido. Había cerca autos y una docena de transeúntes, para dar una idea de la escala, como cinta métrica pintada en la pared detrás de las fotos de prontuario. Mi porte se veía exactamente igual que lo que veo en el espejo. Muy característico.

Me habían atrapado, fotográficamente hablando.

No cabía ninguna duda.

Volví al menú de registro de llamadas y busqué llamadas salientes. No había ninguna registrada. Busqué llamadas entrantes, y encontré solo tres, todas en las tres últimas horas, todas del mismo número. Imaginé que se suponía que el que estaba vigilando borraría la información de manera regular, quizás incluso después de cada llamada, pero hacía tres horas se había dejado estar, lo que era definitivamente consistente con su comportamiento y su tiempo de reacción. Imaginé que el número del que habían salido las llamadas era alguna especie de organizador u operador. Quizás incluso el gran jefe en persona. Si hubiese sido un número de celular, no me habría servido. Para nada. Los celulares pueden estar en cualquier parte. Esa es la gracia de los celulares.

Pero no era un número de celular. Era un número 212.

Una línea fija de Manhattan.

Que no cambiaría de lugar. Eso es lo natural de las líneas fijas.

La mejor manera de rastrear un número de teléfono depende de cuán arriba estés en la cadena alimenticia. Los policías y los detectives tienen guías de teléfono inversas. Buscan el número, consiguen un nombre, consiguen una dirección. El FBI tiene bases de datos sofisticadas de todo tipo. La CIA probablemente es la dueña de las compañías telefónicas.

Yo no tengo ninguna de esas cosas. Así que uso la estrategia low-tech.

Marco el número y veo quién contesta.

Apreté el botón verde y el teléfono me trajo el número. Volví a apretar el botón verde y el teléfono empezó a marcar. Hubo un sonido de llamada. Se cortó más bien rápido y una voz de

mujer dijo:

—Four Seasons, ¿en qué lo puedo ayudar?

—¿El hotel? —dije yo.

—Sí, ¿con quién quiere que lo comunique?

—Disculpe —dije—. Tengo mal el número.

Corté.

El Hotel Four Seasons. Lo había visto. Nunca había entrado. Estaba un poco por encima de mi remuneración actual. Estaba en la calle 57 entre la avenida Madison y la avenida Park. Adentro de mi caja de sesenta y ocho manzanas, un poco al oeste y muy al norte de su centro geográfico. Pero una caminata corta para alguien que se baja de la línea 6 en la calle 59. Cientos de habitaciones, cientos de extensiones telefónicas, todas conectadas a la central principal, todas con la identificación de llamada de la central principal.

Útil, pero no tanto.

Pensé un momento y miré atentamente a mi alrededor y después di marcha atrás y me dirigí hacia la estación de policía del distrito 14.

No tenía idea de a qué hora llegaría un detective del Departamento de Policía de Nueva York para la guardia nocturna, pero esperaba que Theresa Lee estuviera ahí en el transcurso de una hora. Esperaba tener que esperarla en la recepción de abajo. Lo que no esperaba era encontrarme con Jacob Mark ya ahí antes que yo. Estaba sentado en una silla recta contra una pared y tamborileando los dedos en las rodillas. Me miró sin ningún tipo de sorpresa y dijo:

—Peter no fue a entrenar.

## VEINTINUEVE

Ahí mismo en la recepción de la estación de policía Jacob Mark habló sin parar durante cinco minutos seguidos, con el tipo de fluidez típica de alguien realmente ansioso. Dijo que los de fútbol americano de la USC habían esperado cuatro horas y después habían llamado al padre de Peter, que lo había llamado a él. Dijo que para un jugador estrella y en último año de la facultad con una beca completa faltar a un entrenamiento era algo del todo impensable. De hecho entrenar sin que importara nada de lo que estuviera pasando era una parte importante de la cultura. Terremotos, revueltas, guerras, muertes familiares, enfermedades mortales, todos siempre iban. Le enfatizaba al mundo cuán importante era el fútbol americano, y en consecuencia cuán importantes eran los jugadores para la universidad. Porque a los deportistas la mayoría los respetaba, pero algunos no los respetaban. Y había un mandato tácito de realzar los ideales de la mayoría y cambiar las mentes de la minoría. Después estaban las claras cuestiones machistas. Faltar al entrenamiento era como un bombero diciendo que no a un incendio, o como un bateador al que le pega la pelota cuando se la lanza el pitcher frotándose el brazo, o como un pistolero que se queda adentro del *saloon*. Impensable. Inaudito. No pasa. Resacas, huesos rotos, desgarros musculares, lastimaduras, no importa. Vas a entrenar. Además Peter iba directo a la NFL, y cada vez más los equipos profesionales buscan carácter. Ya les salió mal muchas veces. Por lo que faltar al entrenamiento era lo mismo que tirar a la basura el vale de la comida. Inexplicable. Incomprensible.

Escuché sin prestar mucha atención. En vez de eso estaba contando horas. Cerca de cuarenta y ocho desde que Susan Mark no había cumplido con el plazo. ¿Por qué no había sido hallado el cadáver de Peter?

Entonces apareció Theresa Lee con novedades.

Pero primero Lee se tenía que encargar de la situación de Jacob Mark. Nos llevó hasta el segundo piso al sector de la brigada y lo escuchó y preguntó:

—¿Se lo reportó a Peter oficialmente como desaparecido?

—Quiero hacer eso ahora mismo —dijo Jake.

—No puede —dijo Lee—. Al menos, no conmigo. Está desaparecido en Los Ángeles, no en Nueva York.

—A Susan la mataron acá.

—Se suicidó acá.

—La gente de la USC no recibe denuncias sobre personas desaparecidas. Y el Departamento de Policía de Los Ángeles no se lo va a tomar en serio. No entienden.

—Peter tiene veintidós años. No es como si fuera un nene.

—Desapareció hace más de cinco días.

—La duración no es significativa. No vive en el hogar familiar. ¿Y quién va a decir que está desaparecido? ¿Quién va a decir cuál podría ser su comportamiento habitual? Presumiblemente pasa largos períodos sin ponerse en contacto con su familia.

—Esto es distinto.

—¿Cuál es la política de ustedes allá en Jersey?

Jake no respondió.

—Es un adulto independiente —dijo Lee—. Es como si se hubiera tomado un avión y se hubiese ido de vacaciones. Es como si sus amigos hubieran estado en el aeropuerto y lo habrían visto irse. Puedo ver por dónde viene el Departamento de Policía de Los Ángeles en este caso.

—Pero faltó al entrenamiento. Eso no pasa.

—Aparentemente acaba de pasar.

—A Susan la estaban amenazando —dijo Jake.

—¿Quién?

Jake me miró a mí:

—Dile, Reacher.

—Algo que tiene que ver con su trabajo —dije yo—. Había mucha presión. Tuvo que ser así. Yo creo que algo que tuviera amenazado al hijo sería consistente.

—OK —dijo Lee. Recorrió con la mirada el sector de la brigada y encontró a su compañero, Docherty. Estaba trabajando en uno de dos escritorios gemelos en la parte más alejada del recinto. Volvió a mirar a Jake y dijo—: Vaya y haga una declaración completa. Todo lo que sabe, y todo lo que cree que sabe.

Jake asintió agradecidamente y se dirigió hacia donde estaba Docherty. Esperé hasta que se hubiera ido y pregunté:

—¿Van a reabrir el expediente ahora?

—No —dijo Lee—. El expediente está cerrado y se va a quedar cerrado. Porque tal como están las cosas no hay nada de que preocuparse. Pero él es policía y tenemos que ser corteses. Y lo quiero lejos por una hora.

—¿Por qué no hay nada de que preocuparse?

Entonces me contó sus novedades.

Dijo:

—Sabemos por qué Susan Mark vino para acá.

—¿Cómo?

—*Nosotros* tenemos una denuncia de persona desaparecida —dijo—. Aparentemente Susan estaba ayudando a alguien con una investigación, y cuando no apareció, el individuo implicado se preocupó y vino a denunciarla como desaparecida.

—¿Qué tipo de investigación?

—Algo personal, creo. Yo no estaba. Los de la mañana dijeron que todo sonó lo suficientemente inocente. Y así debe haber sido, de verdad, ¿sí no para qué venir a una comisaría?

—Y Jacob Mark no debería saber esto por qué.

—Necesitamos mucho más detalle. Y conseguirlo va a ser más fácil sin que él esté ahí. Está

demasiado implicado. Es un miembro de la familia. Va a gritar y chillar. Ya lo he visto antes.

—¿Quién era el individuo implicado?

—Un ciudadano extranjero que está por poco tiempo en la ciudad con el objetivo de llevar a cabo la investigación en la que estaba ayudando Susan.

—Espere —dije—. ¿Por poco tiempo en la ciudad? ¿Quedándose en un hotel?

—Sí —dijo Lee.

—¿El Four Seasons?

—Sí —dijo Lee.

—¿Cómo se llama el ciudadano extranjero?

—Es una ciudadana, en verdad, no un ciudadano —dijo Lee—. Se llama Lila Hoth.

## TREINTA

Era ya casi de noche pero Lee de todas formas llamó y Lila Hoth estuvo de acuerdo en reunirse con nosotros en el Four Seasons, en ese mismo momento, sin dudarle. Fuimos hasta allá en el auto no identificable de Lee y estacionamos en la zona de carga y descarga frente al hotel. El lobby era magnífico. Todo piedra arenisca color claro y latón y pintura beige y mármol dorado, suspendido a medio camino entre una intimidad tenue y un modernismo radiante. Lee mostró su placa en la recepción y el recepcionista hizo una llamada y después nos señaló los ascensores. Íbamos hacia otro piso alto y la manera en que el recepcionista había hablado me hizo sentir que la habitación de Lila Hoth no iba a ser la más pequeña o la más económica del lugar.

De hecho la habitación de Lila Hoth era otra suite. Tenía una puerta doble, como la de Sansom en Carolina del Norte, pero sin policía afuera. Solo un pasillo vacío y silencioso. Había acá y allá bandejas usadas de servicio de habitación, y algunos de los pomos de las puertas tenían colgando el cartel de “No Molestar” o pedidos para el desayuno. Theresa Lee hizo una pausa y volvió a chequear el número y golpeó. No pasó nada por un minuto. Luego el panel de la derecha se abrió y vimos a una mujer parada del lado de adentro, con una luz amarilla suave directamente detrás de ella. Tenía fácil sesenta años, quizás más, era baja y robusta y pesada, con pelo gris acero cortado de manera simple y recto. Ojos oscuros, delineados y con los párpados caídos. Una cara que parecía un bloque blanco, voluminosa, inmóvil y desolada. Una expresión cauta e ilegible. Tenía puesto un vestido de entrecasa marrón y feo de material sintético y grueso.

—¿Señora Hoth? —preguntó Lee.

La mujer agachó la cabeza y pestañeó y movió las manos y emitió un sonido apenado y multipropósito. La boba demostración universal para significar que no se entiende.

—No habla inglés —dije yo.

—Habló inglés hace quince minutos —dijo Lee.

La luz detrás de la mujer llegaba de un velador ubicado bien adentro de la habitación. El brillo se atenuó brevemente cuando una segunda figura se paró frente al mismo y se dirigió hacia nosotros. Otra mujer. Pero mucho más joven. Quizás veinticinco o veintiséis. Muy elegante. Y muy, muy hermosa. Especial, y exótica. Como una modelo. Sonrió de manera un poco tímida y dijo:

—Fui yo la que habló inglés hace quince minutos. Soy Lila Hoth. Ella es mi madre.

Se inclinó y habló de prisa en una lengua extranjera, de Europa del Este, en voz baja, más o menos directo al oído de la mujer. Explicación, contexto, inclusión. La mujer mayor brilló y sonrió. Nos presentamos por nuestros nombres. Lila Hoth habló por su madre. Dijo que se llamaba

Svetlana Hoth. Todos nos dimos la mano, de acá y de allá, de manera bastante formal, cruzando las muñecas, dos personas de nuestro lado y dos del de ellas. Lila Hoth era deslumbrante. Y muy natural. Hacía que la chica que había visto en el tren en comparación pareciera artificiosa. Era alta pero no demasiado alta, y era delgada pero no demasiado delgada. Tenía piel oscura, como un bronceado perfecto. Tenía pelo largo y oscuro. Nada de maquillaje. Ojos enormes e hipnóticos, el azul más brillante que jamás hubiera visto. Como si estuvieran iluminados desde adentro. Se movía con una suerte de economía flexible. La mitad del tiempo parecía joven y de piernas largas y *gamine*, y la mitad del tiempo parecía adulta y dueña de sí. La mitad del tiempo parecía no ser consciente de lo bien que se veía, y la mitad del tiempo parecía que le avergonzara. Tenía puesto un vestido de noche negro y simple que probablemente viniera de París y costara más que un auto. Pero no lo necesitaba. Podría haber tenido puesto algo hecho de bolsas de papa cosidas que no habría disminuido el efecto.

La seguimos adentro y su madre nos siguió a nosotros. La suite tenía tres ambientes. Un living en el centro y dos dormitorios uno a cada lado. El living tenía un juego de mobiliario completo, incluyendo una mesa de comedor. Sobre la cual estaban los restos de una cena liviana traída por el servicio de habitación. Había bolsas de compras en las esquinas de la sala. Dos de Bergdorf Goodman, y dos de Tiffany. Theresa Lee sacó su placa y Lila Hoth fue hasta una credenza que tenía encima un espejo y volvió con dos delgadas libretas y se las alcanzó. Los pasaportes. Pensó que los visitantes oficiales en Nueva York necesitaban ver papeles. Los pasaportes eran granates y cada uno tenía un gráfico de un águila impreso en dorado en el centro de la tapa y palabras en cirílico por encima y por debajo que parecían algo así como *NACNOPT YKPAIHA* en inglés. Lee los hojeó y se alejó y los dejó sobre la credenza.

Después todos nos sentamos. Svetlana Hoth miraba al frente, sin expresión, excluida por el lenguaje. Lila Hoth nos miraba a los dos, con atención, estableciendo nuestras identidades en su mente. Un policía del distrito y un testigo del metro. Terminó mirándome directo a mí, quizás porque pensaba que yo había sido el más seriamente afectado por los acontecimientos. No me quejaba. Yo no le podía sacar los ojos de encima.

Dijo:

—Lamento tanto lo que le sucedió a Susan Mark.

Su voz era baja. Su dicción era precisa. Hablaba inglés muy bien. Con un poco de acento, un poco formal. Como si hubiera aprendido el lenguaje de películas blanco y negro, tanto americanas como británicas.

Theresa Lee no habló. Yo dije:

—No sabemos qué le pasó a Susan Mark. No realmente. Más allá de los hechos obvios, quiero decir.

Lila Hoth asintió, cortésmente, delicadamente, y con un poco de contricción. Dijo:

—Quieren entender mi implicación.

—Sí, eso es.

—Es una larga historia. Pero déjenme decirles desde el inicio que ninguna parte de ella podría explicar los eventos del metro.

—Escuchemos la historia, entonces —dijo Theresa Lee.

Y la escuchamos. La primera parte era información de contexto. Puramente biográfica. Lila Hoth tenía veintiséis años. Era ucraniana. Se había casado a los dieciocho con un ruso. El ruso

había estado muy metido en emprendimientos moscovitas estilo años noventa. Había conseguido contratos de petróleo y derechos de carbón y de uranio del Estado desmoronado. Se había convertido en un billonario de una sola cifra. El paso siguiente era convertirse en billonario de dos cifras. No lo logró. El cuello de botella era muy estrecho. Todos querían meterse por ahí, y no había lugar para todos. Un adversario lo había matado de un tiro en la cabeza hacía un año, afuera de un club nocturno. El cuerpo había quedado en la nieve sobre la vereda todo el día siguiente. Un mensaje, estilo Moscú. La recién enviada Lila Hoth había entendido la indirecta y había juntado el dinero y se había mudado a Londres con su madre. Le gustaba Londres y planeaba vivir ahí para siempre, tapada de dinero pero sin mucho para hacer. Dijo:

—Hay una presunción de que la gente joven que se hace rica hará cosas por sus padres. Se lo puede ver todo el tiempo en pop stars y estrellas de cine y atletas. Y eso mismo es un sentimiento muy ucraniano. Mi padre murió antes de que yo naciera. Mi madre es lo único que me queda. Así que por supuesto, le ofrecí todo lo que quisiera. Casas, autos, vacaciones, cruceros. Lo rechazó todo. Lo único que quería era un favor. Quería que yo la ayudara a tratar de encontrar a un hombre de su pasado. Era como si las aguas se hubieran quietado después de una vida larga y turbulenta, y finalmente fuera libre para concentrarse en lo que más le importaba.

—¿Quién era el hombre? —pregunté.

—Un soldado americano llamado John. Eso es todo lo que sabíamos. Al principio mi madre dijo que era solo un conocido. Pero después surgió que él había sido muy amable con ella, en un lugar y en un momento particulares.

—¿Cuándo y dónde?

—En Berlín, por un breve período a principios de los años ochenta.

—Eso es muy poco específico.

—Fue antes de que yo naciera. Fue en 1983. En lo personal yo pensaba que intentar encontrar al hombre era una tarea imposible. Pensaba que mi madre se estaba convirtiendo en una vieja tonta. Y a mí no me molestaba seguirle la corriente. Y no se preocupen, no entiende lo que estamos diciendo.

Svetlana Hoth sonrió y asintió a nada en particular.

—¿Por qué estaba en Berlín su madre? —pregunté.

—Estaba con el Ejército Rojo —respondió la hija.

—¿Haciendo qué?

—Estaba en un regimiento de infantería.

—¿Como qué?

—Era comisaria política. Todos los regimientos tenían una. De hecho, todos los regimientos tenían varias.

—¿Entonces qué fue lo que hizo para tratar de encontrar al americano? —pregunté.

—Mi madre era clara en el hecho de que su amigo John había estado en el Ejército, no con los Marines. Ese fue mi punto de partida. Así que llamé por teléfono desde Londres a su Departamento de Defensa y pregunté qué es lo que debería hacer. Después de muchas explicaciones me transfirieron al Comando de Recursos Humanos. Tienen una oficina de prensa. El hombre con el que hablé se sintió conmovido. Pensaba que era una historia linda. Posiblemente vio un aspecto de relaciones públicas, no sé. Una buena noticia finalmente, quizás, en lugar de todas las malas. Dijo que consultaría. Personalmente pensé que estaba perdiendo el tiempo. John

es un nombre muy común. Y según entiendo, la mayoría de los soldados americanos rotan por Alemania, y la mayoría visita Berlín. Así que pensé que el pozo de posibilidades se volvería enorme. Lo que aparentemente fue así. Lo siguiente que supe fue semanas más tarde cuando una empleada llamada Susan Mark me llamó por teléfono. Yo no estaba en casa. Dejó un mensaje. Dijo que le habían asignado la tarea. Me dijo que algunos nombres que suenan como John son de hecho contracciones de Jonathan, sin la letra H. Quería saber si mi madre había visto alguna vez el nombre escrito, quizás en alguna nota. Le pregunté a mi madre y llamé a Susan Mark y le dije que estábamos seguras de que era John con la letra H. La conversación con Susan resultó ser muy agradable, y tuvimos muchas más. Casi llegamos a ser amigas, creo, del modo en que algunas veces eso resulta posible por teléfono. Como amigos por correspondencia, pero hablando en vez de escribiendo. Me contó muchas cosas acerca de sí misma. Era una mujer muy solitaria, y yo creo que nuestras conversaciones le alegraban los días.

—¿Y después qué? —preguntó Lee.

—Con el tiempo recibí novedades de Susan. Dijo que había llegado a algunas conclusiones preliminares. Sugerí que nos encontráramos acá en Nueva York, casi como una manera de consumir nuestra amistad. Ya saben, cena y quizás un espectáculo. Como un modo de agradecerle sus esfuerzos, definitivamente. Pero nunca llegó.

—¿A qué hora la esperaba? —pregunté.

—Alrededor de las diez en punto. Dijo que saldría después del trabajo.

—Demasiado tarde para cena y un espectáculo.

—Planeaba quedarse a dormir. Reservé una habitación para ella.

—¿Cuándo llegaron ustedes acá?

—Hace tres días.

—¿Cómo?

—British Airways desde Londres.

—Contrató a un equipo local —dije.

Lila Hoth asintió.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Apenas antes de llegar acá.

—¿Por qué?

—Es lo que se espera —dijo—. Y a veces útil.

—¿Dónde los encontró?

—Anuncian. En los diarios de Moscú, y en los diarios de expatriados en Londres. Es un buen negocio para ellos, y para nosotros es una especie de muestra de estatus. Si uno viaja al exterior sin contratar a alguien, uno parece débil. Y es mejor no hacer eso.

—Me dijeron que trajo un equipo propio.

Pareció sorprendida.

—No tengo un equipo propio —dijo—. ¿Por qué razón podrían haber dicho eso? No lo entiendo.

—Dijeron que trajo un grupo de tipos que daban miedo.

Por un segundo pareció desconcertada y un poco molesta. Después alguna clase de comprensión le iluminó el rostro. Parecía ser una analista veloz. Dijo:

—Quizás se mostraron creativos, estratégicamente. Cuando Susan no apareció, los mandé a

que buscaran. Pensé: les estoy pagando, podrían trabajar un poco. Y mi madre tiene mucha esperanza depositada en esto. Por lo que no quería hacer todo este recorrido y fracasar en el último minuto. Por lo que les ofrecí una bonificación. Crecimos creyendo que en América el dinero es el que habla más fuerte. Por lo que quizás esos hombres estuvieran inventando una historia para usted. Quizás estaban inventando una alternativa que daba miedo. Para asegurarse de conseguir el dinero extra. Para que usted se sintiera tentado a hablar con ellos.

No dije nada.

Después algo más le iluminó el rostro. Alguna nueva revelación. Dijo:

—No tengo un equipo, como usted le llamó. Solo un hombre. Leonid, uno que solía trabajar con mi marido. No podía conseguir trabajo. Es un poco un fracasado, me temo. Así que decidí quedármelo. Ahora mismo está en Penn Station. Lo está esperando a usted. La policía me dijo que el testigo se había ido a Washington. Asumí que tomaría el tren, y que volvería de la misma manera. ¿No fue así?

—Sí —dije—, volví en tren.

—Entonces Leonid no lo debe haber visto. Tenía su foto. Se suponía que le pidiera a usted que me llamara. Pobre hombre, todavía debe estar allí.

Se puso de pie y se dirigió hacia la credenza. Para usar el teléfono de la habitación. Lo que me provocó un problema táctico temporario. Porque el celular de Leonid estaba en mi bolsillo.

## TREINTA Y UNO

En principio sé cómo apagar un celular. Lo vi hacer, y lo hice yo mismo en más de una ocasión. En la mayoría de los modelos uno mantiene apretado el botón rojo por dos segundos. Pero el teléfono estaba en mi bolsillo. No tenía espacio para abrirlo, y no tenía chances de encontrar el botón rojo solo mediante el tacto. Demasiado sospechoso sacarlo y apagarlo a la vista de todos.

Lila Hoth tocó el nueve para obtener línea y marcó.

Puse mi mano en el bolsillo y con la uña del pulgar encontré la traba y desconecté la batería. La separé del teléfono y la giré de costado para evitar cualquier posibilidad de contacto eléctrico.

Lila Hoth esperó, y después suspiró y colgó.

—Es incompetente —dijo—. Pero muy leal.

Intenté seguir en mi mente el recorrido de Leonid. Policías, paramédicos, probablemente un viaje obligatorio a la sala de emergencias del St. Vincent's, ningún documento, posiblemente nada de inglés, quizás preocupaciones y preguntas y detención. Después el viaje de vuelta en dirección uptown.

Cuán larga la detención, no lo sabía.

Cuán rápido el viaje, no lo podía predecir.

—El equipo local mencionó el nombre John Sansom —dije.

Lila Hoth volvió a suspirar y negó con la cabeza en una pequeñísima muestra de exasperación. Dijo:

—Les pasé la información cuando llegamos, obviamente. Les conté la historia. Y nos entendimos bastante bien. Creo que todos sentimos que estábamos perdiendo el tiempo, siguiéndole el juego a mi madre. Intercambiamos algunas bromas al respecto, francamente. Uno de los hombres estaba leyendo en el diario acerca de Sansom. Dijo: acá hay un soldado americano que se llama John, de más o menos la misma generación. Dijo: quizás Sansom es el tipo que está buscando. Por uno o dos días se convirtió en una especie de latiguillo. Un chiste interno, supongo. Decíamos: llamemos a John Sansom y terminemos con todo esto. Yo estaba solo bromeando, por supuesto, porque ¿qué probabilidades hay? Una en un millón, tal vez. Y ellos también estaban bromeando, realmente, pero después se pusieron un poco serios al respecto. Quizás por el impacto que tendría, porque es un político tan famoso.

—¿Qué impacto? ¿Qué fue lo que hizo su madre con este tipo llamado John?

Svetlana Hoth miraba al espacio, sin entender. Lila Hoth se volvió a sentar. Dijo:

—Mi madre nunca contó detalles al respecto. Definitivamente no puede haber sido espionaje. Mi madre no era una traidora. No lo digo como una hija leal, sino como alguien realista. Sigue

viva. Por lo tanto nunca sospecharon de ella. Y su amigo americano tampoco era un traidor. Generar enlaces con traidores extranjeros era una función de la KGB, no del Ejército. Y personalmente dudo de que su interés haya sido romántico. Es más probable que haya sido algún tipo de apoyo, ayuda personal, financiera o política. Posiblemente encubierta. Era una mala época para la Unión Soviética. Pero posiblemente fuera romántico. Lo único que dijo hasta acá es que el hombre fue muy amable con ella. Juega sin mostrarle las cartas a nadie.

—Pregúntele de nuevo, ahora.

—Ya le pregunté muchas veces, como se pueden imaginar. Se niega a decir algo.

—¿Pero usted cree que no está de verdad implicado?

—No, para nada. Eso fue una broma que se fue de las manos. Nada más. A no ser que, claro está, sea una cuestión de una en un millón. Lo cual sería extraordinario, ¿no les parece? Bromear con algo y que termine siendo cierto.

No dije nada.

Lila Hoth dijo:

—¿Ahora le podría hacer una pregunta? ¿Le dio Susan Mark la información que estaba destinada a mi madre?

Svetlana Hoth sonrió y asintió de vuelta. Empecé a sospechar que reconocía las palabras *mi madre*. Como un perro que mueve la cola cuando escucha su nombre. Dije:

—¿Por qué piensa que Susan Mark me dio información?

—Porque la gente que contraté acá me dijo que usted les dijo que había sido así. Computarizada, en una memoria USB. Me pasaron ese mensaje, y me transmitieron su fotografía, y renunciaron a su encargo. No estoy segura por qué. Les estaba pagando muy bien.

Me moví en la silla y metí la mano en el bolsillo. Escarbé más allá del teléfono desensamblado y encontré el USB de Radio Shack. Sentí la funda suave de neoprene rosa con la punta de mis dedos. Lo saqué y lo sostuve en alto y miré muy atentamente los ojos de Lila Hoth.

Miró el USB de la misma manera en que un gato mira un pajarito.

—¿Es eso de verdad? —preguntó.

Theresa Lee se movió en la silla y me miró. Como si estuviera preguntando: *¿Lo vas a decir, o lo digo yo?* Lila Hoth vio la mirada y preguntó:

—¿Qué?

—Me temo que desde mi perspectiva todo se vio muy distinto —dije—. Susan Mark estaba aterrada en el metro. Estaba en un gran aprieto. No tenía el aspecto de alguien que viene a la ciudad para encontrarse con una amiga para una cena y un espectáculo.

—Se lo dije al principio, no tengo una explicación para eso —dijo Lila Hoth.

Me volví a guardar el USB en el bolsillo. Dije:

—Susan no traía un bolso para pasar la noche.

—No tengo una explicación.

—Y se deshizo del auto y se acercó en metro. Lo cual es raro. Si usted estaba dispuesta a reservarle una habitación, estoy seguro le habría arreglado un valet parking.

—¿Arreglado?

—Pagado.

—Por supuesto.

—Y ella llevaba un arma cargada.

—Vivía en Virginia. He oído que ahí es obligatorio.

—Ahí es legal —dije—. No obligatorio.

—No tengo una explicación. Lo lamento.

—Y el hijo está extraviado. Se lo vio por última vez saliendo de un bar, con una mujer de la edad de usted y más o menos su misma descripción.

—¿Extraviado?

—Desaparecido.

—¿Una mujer con mi descripción?

—Una bebé total.

—¿Eso qué significa?

—Una mujer joven y atractiva.

—¿Qué bar?

—Uno en Los Ángeles.

—¿Los Ángeles?

—En California.

—No estuve en Los Ángeles. Nunca en mi vida. Solo he estado en Nueva York.

No dije nada.

Ella dijo:

—Mire a su alrededor. He estado aquí en Nueva York por tres días con una visa de turista y ocupé tres habitaciones en un hotel comercial. No tengo un equipo, como usted le dice. Nunca estuve en California.

No dije nada.

Ella dijo:

—El aspecto de las personas es subjetivo. Y no soy la única mujer de mi edad. Hay seis mil millones de personas en el mundo. Tendiendo a jóvenes, seguro. La mitad tienen quince o menos. Lo que significa que hay otros tres mil millones de personas de dieciséis o más. Siguiendo la curva, quizás el doce por ciento están a mitad de camino entre los veinte y los treinta. Eso da trescientos sesenta millones de personas. Incluso si solo una de cada diez pudiese ser considerada atractiva, en un bar en California, así y todo sigue siendo diez veces más probable que John Sansom fuera el amigo de mi madre que el hecho de que yo tuviera algo que ver con el hijo de Susan Mark.

Asentí. Matemáticamente, Lila Hoth estaba en lo cierto. Dijo:

—Y probablemente sea cierto que Peter está en algún lugar con una chica, de todas formas. Sí, sé su nombre. De hecho sé todo acerca de él. Susan me lo contó. Por teléfono. Hablamos de todos nuestros problemas. Odiaba a su hijo. Despreciaba lo que es. Es todo lo que a ella no le gustaba. Es solo un superficial muchacho de fraternidad con actitudes inmaduras. La rechazó a ella y eligió al padre. ¿Y saben por qué? Porque estaba obsesionado con su linaje. Y Susan era adoptada. ¿Eso lo sabían? Su hijo solo la veía como una persona concebida extramatrimonialmente. La odiaba por eso. Sé más de Susan que cualquiera. Hablé con ella muchas veces. Era una mujer que estaba sola y aislada. Yo era su amiga. Ella estaba entusiasmada de venir acá y conocerme.

A esa altura sentí que Theresa Lee necesitaba irse y yo ciertamente quería irme de ahí antes de que el joven Leonid apareciera de vuelta. Así que asentí y me encogí de hombros como si no tuviera más nada para decir ni más temas que averiguar. Lila Hoth preguntó si le iba a dar el USB que Susan Mark me había dado. No dije que sí y no dije que no. No respondí nada. Solo nos dimos la mano todos una vez más y después nos retiramos. La puerta se cerró detrás de nosotros y caminamos por el silencioso pasillo y el ascensor se abrió con una señal sonora. Subimos y nos miramos en las paredes espejadas y Lee dijo:

—Bueno, ¿qué piensas?

—Pienso que era hermosa —dije—. Una de las mujeres más hermosas que vi en mi vida.

—Aparte de eso.

—Ojos increíbles.

—Aparte de los ojos.

—Yo pensé que ella también estaba sola. Sola y aislada. Hablaba de Susan, pero podría haber estado hablando de sí misma.

—¿Qué hay con su historia?

—¿La gente atractiva se vuelve automáticamente más creíble?

—No para mí, amigo. Y además olvídale. De acá a treinta años va a ser igual a su madre. ¿Le creíste?

—¿Tú?

Lee asintió:

—Yo le creí. Porque una historia como esa es ridículamente fácil de verificar. Solo un idiota nos daría tantas posibilidades de demostrar que no dice la verdad. Estilo: ¿el Ejército realmente tiene oficiales de prensa?

—Centenares.

—Así que lo único que tenemos que hacer es encontrar al que habló con ella, y preguntarle. Incluso podríamos rastrear las llamadas desde Londres. Podría trabajar en colaboración con Scotland Yard. Me encantaría. ¿Te lo imaginas? Docherty me interrumpe, yo digo: ocúpate de tus cosas, amigo, acá estoy hablando con Scotland Yard. Es el sueño de cualquier detective.

—La Agencia Nacional de Seguridad va a tener las llamadas —dije—. ¿Un número extranjero en el Departamento de Defensa? Ya son parte de un análisis de inteligencia en algún lugar.

—Y podríamos rastrear las llamadas de Susan desde el Pentágono. Si hablaban tan seguido como dijo Lila, las veríamos fácil. Internacionales al Reino Unido, probablemente las marcan por separado.

—Entonces hazlo. Chequea.

—Supongo que lo haré —dijo—. Ella debió saber que yo podía hacerlo. Me dio la impresión de una mujer inteligente. Sabe que British Airways y Seguridad Nacional pueden rastrear sus entradas y salidas del país. Sabe que podemos saber si voló alguna vez a Los Ángeles. Sabe que simplemente podemos ir y preguntarle a Jacob Mark si su hermana era adoptada. Es todo muy fácil de confirmar. Sería una locura mentir en cosas como esas. Además de que fue a la estación de policía del distrito y se involucró voluntariamente. Y recién me mostró su pasaporte. Que es exactamente lo opuesto de comportamiento sospechoso. Esos son muchos puntos a favor para ella.

Yo saqué el teléfono del bolsillo y le volví a poner la batería. Apreté el botón de encendido y la pantalla se iluminó. Tenía una llamada perdida. Lila Hoth, presumiblemente, de su habitación,

hacía diez minutos. Vi que Lee miraba el teléfono y dije:

—Es de Leonid. Se lo saqué a él.

—¿Te encontró?

—Yo lo encontré a él. Que es la razón por la cual yo pude llegar hasta este hotel.

—¿Dónde está él ahora?

—Caminando a casa desde el Hospital St. Vincent's, probablemente.

—¿Esto es algo que realmente le quieres contar a una detective del Departamento de Policía de Nueva York?

—Se desmayó. Yo ayudé. Eso es todo. Pregúntales a los testigos.

—Como sea, en lo que respecta a Lila eso va a armar un revuelo.

—Cree que tener armas es obligatorio en Virginia. Probablemente cree que es obligatorio que te roben en Nueva York. Creció con propaganda.

Nos bajamos del ascensor en el lobby y nos dirigimos hacia la puerta de calle. Lee preguntó:

—Pero si todo esto es tan inocente, ¿por qué están involucrados los federales?

—Si la historia es cierta, entonces un soldado americano conoció a una comisaria política del Ejército Rojo durante la Guerra Fría. Los federales quieren estar totalmente seguros de que es inocente. Esa es la razón por la cual el Comando de Recursos Humanos se demoró durante semanas. Estaban tomando decisiones de políticas y poniendo vigilancia en el lugar.

Nos subimos al auto de Lee. Dijo:

—No estás de acuerdo conmigo en todo, ¿no?

—Si el asunto familiar de las Hoth es inocente, entonces sí. Pero algo no fue inocente. No cabe ninguna duda. Y estamos diciendo que algún otro algo trajo a Susan Mark exactamente al mismo lugar exactamente a la misma hora. Lo que es una coincidencia demasiado grande.

—¿Y?

—¿Cuántas veces viste que sucediera algo con probabilidades de una en un millón?

—Nunca.

—Yo tampoco. Pero yo creo que acá está pasando. John Sansom es una en un millón en contra, pero yo creo que está implicado.

—¿Por qué?

—Hablé con él.

—¿En Washington?

—De hecho lo tuve que seguir hasta Carolina del Norte.

—No te das por vencido, ¿no?

—Eso fue lo que él dijo. Después le pregunté si había oído el nombre Lila Hoth. Dijo que no. Le estaba mirando la cara. Le creí, y también pensé que mentía. Las dos cosas a la vez. Y quizás era así.

—¿Cómo?

—Quizás había oído el apellido Hoth, pero no el nombre Lila. Así que técnicamente no, no había oído el nombre Lila Hoth. Pero quizás había oído el nombre Svetlana Hoth. Quizás con ese nombre estaba muy familiarizado.

—¿Eso qué significaría?

—Quizás más de lo que creemos. Porque si Lila Hoth está diciendo la verdad, entonces acá

está operando algún tipo de lógica rara. ¿Por qué razón Susan Mark se desviviría por un caso como este?

—Sentía alguna afinidad.

—¿Por qué en particular?

—No sé.

—Porque era adoptada. Nacida extramatrimonialmente, y es posible que se preguntara por sus verdaderos padres de vez en cuando. Con afinidad hacia otra gente en la misma situación. Como Lila Hoth, quizás. ¿Un tipo fue muy amable con su madre antes de que ella naciera? Hay muchas maneras de interpretar una frase como esa.

—¿Por ejemplo?

—El mejor de los casos, le dio una campera abrigada en invierno.

—¿Y el peor?

—Quizás John Sansom es el padre de Lila Hoth.

## TREINTA Y DOS

Lee y yo volvimos directo a la estación de policía del distrito. Jacob Mark había terminado su asunto con Docherty. Y algo había cambiado. Eso también estaba claro. Estaban sentados uno frente al otro en el escritorio de Docherty. Ya no hablaban. Jake parecía más contento. Docherty tenía una expresión paciente en la cara, como si no hubiese hecho más que perder una hora. No parecía ofendido por eso. Los policías están acostumbrados a perder el tiempo. Estadísticamente la mayor parte de lo que hacen no conduce a nada. Lee y yo caminamos hacia ellos y Jake dijo:

—Peter llamó a su entrenador.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Hace dos horas. El entrenador llamó a Molina y Molina me llamó a mí.

—¿Y dónde está?

—No dijo. Tuvo que dejar un mensaje. Su entrenador nunca atiende el teléfono cuando está cenando. Momento familiar.

—¿Pero Peter está bien?

—Dijo que no iba a volver pronto. Quizás nunca. Está pensando en dejar el fútbol americano. Se oía una chica riéndose al fondo.

—Tremenda chica debe ser —dijo Docherty.

Yo le pregunté a Jake:

—¿Estás de acuerdo con eso?

—En lo más mínimo —dijo Jake—. Pero es su vida. Y va a cambiar de opinión, de todos modos. La única pregunta es cuán rápido.

—Me refería a si estás tranquilo con que el mensaje fue real.

—El entrenador le conoce la voz. Mejor que yo, probablemente.

—¿Alguien intentó volver a comunicarse con él?

—Todos. Pero su teléfono está otra vez desconectado.

—¿Entonces estamos satisfechos? —dijo Theresa Lee.

—Supongo.

—¿Te sientes mejor?

—Aliviado.

—¿Te podría hacer una pregunta sobre otro tema?

—Pregunta.

—¿Tu hermana era adoptada?

Jake hizo una pausa. Cambió de actitud. Asintió:

—Ella y yo, los dos. De bebés. Separados, con tres años de diferencia. Susan primero. —  
Después preguntó—: ¿Por qué?

—Estoy corroborando nueva información recibida —dijo Lee.

—¿Qué nueva información?

—Parece ser que Susan vino acá a encontrarse con una amiga.

—¿Qué amiga?

—Una mujer ucraniana que se llama Lila Hoth.

Jake me miró a mí:

—Ya lo aclaramos eso. Nunca escuché a Susan mencionar ese nombre.

Lee le preguntó:

—¿Y eso sería raro? ¿Cuán cercana era la relación de ustedes? Parece ser una amistad bastante reciente.

—No era muy cercana la relación.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaron?

—Hace unos meses, supongo.

—Por lo que no estás totalmente al día con la vida social de ella.

—Supongo que no —dijo Jake.

—¿Cuántas personas sabían que Susan era adoptada? —preguntó Lee.

—Supongo que no era algo que anduviera diciendo. Pero no era un secreto.

—¿Cuán rápido se enteraría una amiga nueva?

—Bastante rápido, probablemente. Los amigos hablan de cosas como esas.

—¿Cómo describirías la relación de Susan con su hijo?

—¿Esa qué clase de pregunta es?

—Una importante.

Jake dudó. Se calló y se dio vuelta hacia otro lado, físicamente, como si estuviera literalmente esquivando el tema. Como si estuviese echándose hacia atrás alejándose de un golpe. Quizás porque no le gustaba lavar ropa sucia en público, en cuyo caso su lenguaje corporal era en realidad la única respuesta que necesitábamos. Pero Theresa Lee la quería con lujo de detalles. Dijo:

—Cuéntame, Jake. De policía a policía. Esto es algo que necesito saber.

Jake se quedó callado un momento. Luego se encogió de hombros y dijo:

—Supongo que se la podría llamar una relación de amor-odio.

—¿En qué sentido exactamente?

—Susan amaba a Peter, Peter la odiaba.

—¿Por qué?

Volvió a dudar. Se volvió a encoger de hombros:

—Es complicado.

—¿Cómo?

—Peter pasó por una etapa, como la mayoría de los niños. Como las chicas quieren ser princesas perdidas, o los chicos quieren que sus abuelos hayan sido almirantes o generales o exploradores famosos. En algún momento todos quieren ser algo que no son. Peter quería vivir en

una publicidad de Ralph Lauren, básicamente. Quería ser Peter Molina el Cuarto, o al menos el Tercero. Quería que su padre tuviera una propiedad en Kennebunkport, y que su madre tuviera los restos de una antigua fortuna. Susan no lo manejó bien. Era la hija de una prostituta adolescente drogadicta de Baltimore, y no lo mantenía en secreto. Pensaba que la honestidad era la mejor política. Peter se lo tomó mal. Nunca se arreglaron realmente, y después vino el divorcio, y Peter eligió lado, y nunca lo pudieron superar.

—¿Cómo te sentiste tú al respecto?

—Podía ver los dos puntos de vista. Nunca hice averiguaciones sobre mi verdadera madre. No quise saber. Pero pasé por un momento en el que quería que ella fuera una elegante anciana con diamantes. Lo superé. Pero Peter no, lo cual es estúpido, lo sé, pero entendible.

—¿A Susan le gustaba Peter como persona, como algo opuesto a quererlo como hijo?

Jake negó con la cabeza:

—No. Lo que volvía todo incluso peor. Susan no sentía ninguna simpatía por deportistas y chaquetas con letras de equipos y esas cosas. Imagino que en la escuela y en la universidad tuvo malas experiencias con gente así. No le gustaba que su hijo se estuviera convirtiendo en una de esas personas. Pero todo eso era importante para Peter, por derecho propio al principio, y después más adelante como arma contra ella. Era una familia disfuncional, sin dudas.

—¿Quién sabe esta historia?

—¿Te refieres a si una amiga lo sabría?

Lee asintió.

—Una amiga cercana podría ser —dijo Jake.

—¿Una amiga cercana que conoció hace bastante poco?

—No hay agenda. Es una cuestión de confianza, ¿no?

—Me dijiste que Susan no era una persona triste —dije yo.

—Y no lo era —dijo Jake—. Sé que suena raro. Pero la gente adoptada tiene una visión distinta de la familia. Tienen expectativas distintas. Créanme, lo sé. Susan estaba tranquila con eso. Era un hecho de la vida, nada más.

—¿Era solitaria?

—Estoy seguro de que lo era.

—¿Se sentía aislada?

—Estoy seguro de que sí.

—¿Le gustaba hablar por teléfono?

—A la mayoría de las mujeres les gusta.

—¿Tienes hijos? —le preguntó Lee.

—No —dijo él—. No tengo hijos. Ni siquiera estoy casado. Traté de aprender de la experiencia de mi hermana mayor.

Lee se quedó callada por un momento y después dijo:

—Gracias, Jake. Me alegra que Peter esté bien. Y lamento haber tenido que hablar de todo esto. —Después se alejó caminando y yo la seguí y dijo—: Voy a chequear otras cosas también, pero va a llevar tiempo, porque esos canales siempre son lentos, pero ahora mismo pienso que Lila Hoth va a salir bien parada. Por ahora va dos de dos, en lo de la adopción y en lo de la relación madre-hijo. Sabe cosas que solo podría saber una amiga de verdad.

Asentí de acuerdo:

—¿Estás interesada en lo otro? ¿Lo que fuera que hizo que Susan estuviese tan asustada?

—No hasta que vea evidencia concreta de un delito cometido en Nueva York, en algún lugar entre la Novena Avenida y Park, y la calle 30 y la 45.

—¿Eso es este distrito?

Asintió:

—Todo lo demás sería trabajo voluntario.

—¿Estás interesada en Sansom?

—Ni siquiera un poco. ¿Tú?

—Siento que debería avisarle, quizás.

—¿Qué cosa? ¿Una posibilidad de uno en un millón?

—De hecho las probabilidades son mucho menores que uno en un millón. Hay cinco millones de hombres que se llaman John en Estados Unidos. En segundo lugar por detrás de James, en cuanto a popularidad. Eso es uno de cada treinta tipos. Lo que quiere decir que en 1983 puede haber habido alrededor de treinta y tres mil John en el Ejército. Descuenta quizás un diez por ciento por una cuestión de demografía militar, las probabilidades son de uno en treinta mil.

—Siguen siendo probabilidades muy en contra.

—Creo que Sansom lo debería saber, eso es todo.

—¿Por qué?

—Llámalo una cuestión de camaradería entre oficiales hermanos. Quizás voy a encarar de vuelta para el DC.

—No es necesario. Ahórrate el viaje. Viene para acá. Mañana al mediodía, para un almuerzo en el Sheraton para recolectar fondos. Con todos los pesos pesados de Wall Street. En la Séptima Avenida y la calle 52. Recibimos una circular.

—¿Por qué? No le pusieron mucha vigilancia en Greensboro.

—Tampoco le van a poner mucha vigilancia acá. De hecho no le van a poner ninguna. Pero recibimos circulares de todo lo que pasa. Así son ahora las cosas. Es el nuevo Departamento de Policía de Nueva York. —Después se fue, dejándome solo en el medio del sector de la brigada vacío. Y dejándome un poco con una sensación de intranquilidad. Quizás Lila Hoth era tan pura como la nieve, pero no me podía sacar de encima la sensación de que Sansom iba derecho a una trampa, solo por venir a la ciudad.

## TREINTA Y TRES

Pasó mucho tiempo desde la época en la que podías dormir bien en Nueva York por cinco dólares la noche, pero todavía puedes dormir por cincuenta, si sabes cómo. La clave es empezar tarde. Bajé caminando hasta un hotel que ya había usado antes, cerca del Madison Square Garden. Era un lugar grande, elegante en algún momento, ahora solo un bloque viejo y desteñido, constantemente cerca de la renovación o la demolición pero sin terminar nunca de llegar ahí. Después de medianoche el personal de atención al público se reduce a un único sereno responsable de todo incluyendo la recepción. Me le acerqué y le pregunté si tenía una habitación disponible. Hizo el show de golpetear en el teclado y mirar la pantalla y después dijo que sí, que tenía una habitación disponible. Mencionó el precio de ciento ochenta y cinco dólares, más impuestos. Le pregunté si podía ver la habitación antes de aceptar. Era la clase de hotel en el que ese tipo de pedido parecía razonable. Y sensato. Obligatorio, incluso. El tipo salió de atrás de la recepción y me llevó arriba en el ascensor y a lo largo de un pasillo. Abrió una puerta con una tarjeta de pase agarrada a su cinturón mediante un cable de plástico enrollado y dio un paso hacia atrás para dejarme entrar.

La habitación estaba bien. Tenía una cama, y un baño. Todo lo que necesitaba, y nada que no necesitara. Saqué del bolsillo dos billetes de veinte y dije:

—Supongamos que no nos preocupamos por todo el tema del registro en la recepción.

El tipo no dijo nada. Nunca dicen nada, a esa altura. Saqué uno más de diez y dije:

—Para la empleada de limpieza, mañana.

El tipo se movió un poco como si yo lo estuviese poniendo en un apuro, pero después estiró el brazo y agarró el dinero. Dijo: “Esté afuera a las ocho”, y se fue. La puerta se cerró detrás de él. Quizás una computadora central mostraría que su tarjeta de pase había abierto la habitación, y cuándo, pero él diría que me había mostrado las instalaciones, y que a mí no me había interesado su atractivo, y que me había vuelto a ir inmediatamente. Era probablemente algo que afirmaba con regularidad. Yo era probablemente el cuarto tipo que dejaba dormir de contrabando esa semana. Quizás el quinto, o el sexto. Todo tipo de cosas suceden en los hoteles de las ciudades, después de que se fue el personal diurno.

Dormí bien y me desperté sintiéndome bien y estaba afuera cinco minutos antes de las ocho. Me abrí paso entre las multitudes que entraban y salían de Penn Station y desayuné en el box del fondo de un lugar en la calle 33. Café, huevos, panceta, *pancakes* y más café, todo por seis dólares, más impuestos, más propina. Más caro que Carolina del Norte, pero solo un poco. Al celular de Leonid le quedaba todavía la mitad de la batería. Un icono mostraba algunas barras vacías y otras barras rellenas. Supuse que tenía carga suficiente como para unas cuantas llamadas.

Marqué 600 y después intenté marcar 82219 pero antes de llegar a la mitad de la secuencia el auricular empezó a emitir un tresillo rápido con un tono que estaba en algún lugar entre una sirena y un xilofón. Apareció una voz y me dijo que mi llamada no se podía realizar como la había marcado. Me pedía que chequeara y volviera a intentar. Probé 1-600 y obtuve exactamente el mismo resultado. Probé con 011 para una línea internacional, y después 1 para América del Norte, y después 600. Una ruta enrevesada, pero el resultado no fue mejor. Probé 001 como código internacional por si el teléfono creía que estaba todavía en Londres. Ningún resultado. Probé 8\*\*101, que era el código internacional de Europa del Este para Estados Unidos, por si al teléfono lo habían acarreado todo el tiempo desde Moscú hacía un año. Ningún resultado. Miré el teclado del teléfono y pensé en usar un 3 en vez de la D, pero el sistema ya me estaba haciendo bip bastante antes de que pudiera llegar ahí.

Así que 600-82219-D no era un número de teléfono, ni de Canadá ni de otra parte. Algo que el FBI debe haber sabido. Quizás habían considerado la posibilidad por alrededor de un minuto, y después la desecharon sin más. El FBI es muchas cosas, pero tonto no es una de ellas. Así que allá en la calle 35 las verdaderas preguntas para mí las habían tapado con una cortina de humo.

¿Qué otra cosa me habían preguntado?

Habían evaluado mi nivel de interés, habían vuelto a preguntar si Susan me había dado algo, y habían confirmado que me estaba yendo de la ciudad. Habían querido que yo estuviera desinteresado, y que no tuviera nada, y que me fuera de ahí.

¿Por qué?

No tenía idea.

¿Y qué era exactamente 600-82219-D si no era un número de teléfono?

Me quedé sentado otros diez minutos con una última taza de café, bebiéndolo despacio, con los ojos abiertos pero sin ver mucho, intentando acercarme sigilosamente a la respuesta desde abajo. Como Susan Mark había planeado acercarse sigilosamente viajando en metro. Visualicé los números en mi mente, los puse a intervalos, separados, juntos, distintas combinaciones, espacios, guiones, grupos.

La parte del 600 algo me decía.

*Susan Mark.*

*600.*

Pero no lo pude resolver.

Terminé el café y volví a guardar el celular de Leonid en el bolsillo y me dirigí al norte hacia el Sheraton.

El hotel era una columna enorme de vidrio con una pantalla de plasma en el lobby que mostraba una lista de todos los eventos del día. El salón de baile principal estaba reservado para el almuerzo por un grupo que se autodenominaba FT. Fair Tax, o Free Trade, o quizás incluso el mismo *Financial Times*. Una identidad falsa plausible para unos cuantos peces gordos de Wall Street queriendo comprar todavía más influencia. Su asunto estaba programado para empezar al mediodía. Supuse que Sansom intentaría estar ahí a las once. Iba a querer tener antes un poco de tiempo y espacio y tranquilidad, para prepararse. Esta era para él una reunión importante. Esta era su gente, y tenían los bolsillos llenos. Iba a necesitar sesenta minutos, mínimo. Lo que me dio dos horas de tiempo muerto. Fui caminando hasta Broadway y encontré una tienda de ropa dos cuadras

al norte. Quería otra camisa nueva. No me gustaba la que tenía puesta. Era un símbolo de derrota. *No venga vestido así o no lo van a dejar entrar.* Si iba a ver de vuelta a Elspeth Sansom no quería estar usando una insignia de mi fracaso y de su éxito.

Elegí una cosa insustancial de popelina fina caqui y la pagué once dólares. Barata, y así tenía que ser. No tenía bolsillos y las mangas me llegaban solo hasta la mitad del antebrazo. Con los puños doblados hacia atrás me tocaban el codo. Pero me gustaba lo suficiente. Era una prenda satisfactoria. Y comprada voluntariamente, al menos.

Para las diez y media estaba de vuelta en el lobby del Sheraton. Me senté en una silla con gente alrededor. Tenían valijas. La mitad se iba, esperando autos. La mitad llegaba, esperando habitaciones.

Para las diez y cuarenta ya había descubierto qué significaba 600-82219-D.

## TREINTA Y CUATRO

Me levanté de la silla y seguí carteles de latón grabado hasta el centro de negocios del Sheraton. No pude entrar. Se necesitaba una llave de habitación. Me quedé ahí en la puerta unos tres minutos y entonces apareció otro tipo. Iba de traje y parecía impaciente. Puse en marcha una gran demostración de estar buscando en los bolsillos del pantalón y después me hice a un lado pidiendo disculpas. El otro tipo pasó adelante y usó su llave y abrió la puerta y yo entré detrás de él.

En la sala había cuatro estaciones de trabajo idénticas. Cada una tenía un escritorio, una silla, un ordenador y una impresora. Me senté lejos del otro tipo e hice que desapareciera el salvapantallas tocando la barra espaciadora del teclado. Hasta ahí todo bien. Chequeé los iconos de la pantalla y no los pude entender muy bien. Pero descubrí que si dejaba el cursor del mouse sobre los iconos, como si estuviera dudando o reflexionando, entonces les aparecía un cartel al lado. Identifiqué de esa manera la aplicación Internet Explorer e hice doble clic. El disco duro hizo unos ruidos y el navegador se abrió. Mucho más rápido que la última vez que había usado un ordenador. Quizás la tecnología estaba de verdad avanzando. Ahí mismo en la página de inicio había un acceso directo a Google. Le di clic y apareció la página de búsqueda de Google. De vuelta, muy rápido. Tipeé *Resoluciones del Ejército* en la caja de diálogo y apreté enter. La página se rearmó en un instante y me dio un montón de páginas de opciones.

Durante los siguientes cinco minutos cliqueé y leí y subí y bajé por la pantalla.

A las once menos diez estaba otra vez en el lobby. Mi silla la habían ocupado. Salí a la vereda y me quedé de pie al sol. Supuse que Sansom iba a llegar en un Town Car e iba a entrar por la puerta del frente. No era una estrella de rock. No era el Presidente. No iba a entrar por la cocina o el sector de carga. Lo importante para él era que lo vieran. La necesidad de entrar a lugares sin ser visto era un premio que todavía no había ganado.

Hacía calor. Pero la calle estaba limpia. No había olor. Había un par de policías en la esquina al sur de donde estaba yo, y otro par en la esquina hacia el norte. Un despliegue estándar del Departamento de Policía de Nueva York, en el midtown. Proactivo, y tranquilizador. Pero no necesariamente útil, dado el rango de amenazas potenciales. Junto a mí se subían a taxis clientes que dejaban el hotel. El ritmo de la ciudad seguía su camino implacablemente. El tránsito de la Séptima Avenida avanzaba, y se detenía en el semáforo, y volvía a avanzar. El tránsito de las calles transversales avanzaba, y se detenía, y seguía. Los peatones se amontonaban en las esquinas y arrancaban hacia la vereda de enfrente. Sonaban bocinas, rugían camiones, el sol rebotaba en vidrios altos y golpeaba fuerte abajo.

Sansom llegó en un Town Car a las once y cinco. Matrícula local, lo cual quería decir que había remontado la mayor parte del camino en el tren. Menos conveniente para él, pero un impacto ambiental menor que hacer todo el viaje manejando, o volando. Cada detalle importaba, en una campaña. *La política es un campo minado*. Springfield se bajó del asiento del acompañante incluso antes de que el auto se hubiera detenido, y después Sansom y su esposa bajaron de la parte de atrás. Se quedaron de pie un segundo en la vereda, listos para mostrarse atentos si había gente para recibirlos, listos para no decepcionarse si no había. Examinaron caras y vieron la mía y Sansom pareció un poco perplejo y su mujer pareció un poco preocupada. Springfield se movió en dirección a mí pero Elspeth le dijo que no con un pequeño gesto. Supuse que ella se había nombrado encargada de control de daños con respecto a todo lo que tuviera que ver conmigo. Me dio la mano como si yo fuera un viejo amigo. No hizo ningún comentario acerca de mi camisa. En vez de eso se inclinó hacia mí para quedar más cerca y preguntó:

—¿Necesita hablar con nosotros?

Fue una perfecta indagación de esposa de político. Cargó la palabra *necesita* con toda clase de significados. Su énfasis me llegó de las dos maneras, como adversario y como colaborador. Estaba diciendo: *Sabemos que tiene información que nos puede hacer daño, y lo odiamos por eso, pero estaríamos verdaderamente agradecidos si fuera lo suficientemente amable como para discutirla con nosotros primero, antes de hacerla pública*.

Prácticamente un ensayo completo, todo en cuatro sílabas.

—Sí, necesitamos hablar —dije yo.

Springfield puso mala cara pero Elspeth sonrió como si yo le acabara de prometer cien mil votos y me tomó del brazo y me llevó hacia dentro. El personal del hotel no sabía ni le importaba quién era Sansom, salvo por que era el orador del grupo que estaba pagando una suma importante por el salón de baile, así que juntaron una buena cantidad de entusiasmo artificial y nos acompañaron a una sala privada y dieron vueltas a nuestro alrededor con botellas de agua con gas tibia y jarras de café liviano. Elspeth ocupó el rol de anfitriona. Springfield no habló. Sansom atendió una llamada en el celular de su jefe de campaña en el DC. Hablaron durante cuatro minutos de política económica y después por otros dos de la agenda de la tarde. Quedaba claro por el contexto que Sansom iba a volver a la oficina directo después del almuerzo, para una larga jornada de trabajo vespertino. El evento de Nueva York era un rápido toco y me voy, nada más. Como un robo desde un vehículo en movimiento.

La gente del hotel terminó y se fue y Sansom cortó la llamada y la sala quedó silenciosa. Entraba aire acondicionado por la ventilación y mantenía la temperatura más baja de lo que a mí me habría gustado. Durante un momento bebimos agua y café en silencio. Después Elspeth Sansom hizo la primera movida. Preguntó:

—¿Hay alguna noticia del muchacho desaparecido?

—Una no muy grande. Faltó a un entrenamiento, algo que aparentemente es raro.

—¿En la USC? —dijo Sansom. Tenía buena memoria. Yo había mencionado la USC una sola vez, y al pasar—. Sí, eso es raro.

—Pero después llamó al entrenador y dejó un mensaje.

—¿Cuándo?

—Anoche. A la hora de la cena en la Costa.

—¿Y?

—Aparentemente está con una mujer.

—Está bien, entonces —dijo Elspeth.

—Yo habría preferido una conversación en vivo en tiempo real. O un encuentro cara a cara.

—¿Un mensaje no alcanza para usted?

—Soy una persona desconfiada.

—¿Y de qué es de lo que necesita hablar?

Me giré hacia Sansom y le pregunté:

—¿Dónde estaba en 1983?

Hizo una pausa, apenas una fracción de segundo, y algo titiló detrás de sus ojos. No shock, pensé. No sorpresa. Resignación, probablemente. Dijo:

—Era capitán en 1983.

—Eso no es lo que le pregunté. Le pregunté dónde estaba.

—No se lo puedo decir.

—¿Estuvo en Berlín?

—No se lo puedo decir.

—Me dijo que era intachable. ¿Lo sigue sosteniendo?

—Completamente.

—¿Hay algo acerca de usted que su esposa no sepa?

—Muchas cosas. Pero nada personal.

—¿Está seguro?

—Afirmativo.

—¿Escuchó alguna vez el nombre Lila Hoth?

—Nunca —dijo Sansom. Lo estaba mirando a la cara. Estaba muy sosegada. Él parecía un poco incómodo, pero más allá de eso no transmitía nada.

Le pregunté:

—¿Sabía algo de Susan Mark antes de esta semana?

—Ya le dije que no.

—¿Ganó una medalla en 1983?

No respondió. La sala se volvió a quedar en silencio. Entonces el celular de Leonid me sonó en el bolsillo. Sentí una vibración y oí una tonada electrónica fuerte. Lo saqué un poco como pude y miré la pequeña ventana de la parte de arriba. Un número 212. El mismo número que ya estaba en el registro de llamadas. El hotel Four Seasons. Lila Hoth, presumiblemente. Me pregunté si Leonid todavía no habría aparecido, o si ya había vuelto y había contado su historia y ahora Lila me estaba llamando específicamente.

Apreté botones al azar hasta que el teléfono dejó de sonar y lo volví a guardar en el bolsillo. Miré a Sansom y dije:

—Lo lamento.

Se encogió de hombros, como si las disculpas fueran innecesarias.

Pregunté:

—¿Ganó una medalla en 1983?

—¿Por qué es importante? —dijo.

—¿Sabe lo que es 600-8-22?

—Una resolución del Ejército, probablemente. No las sé todas palabra por palabra.

—Supusimos todo este tiempo que solo alguien tonto esperaría que el Comando de Recursos Humanos tuviera información importante acerca de operaciones Delta. Y creo que estuvimos mayormente en lo cierto. Pero un poco equivocados, también. Creo que alguien muy inteligente podría haberlo esperado de manera legítima, con un poco de pensamiento lateral.

—¿En qué sentido?

—Suponga que alguien supiera con seguridad que hubo una operación Delta. Suponga que supieran con seguridad que tuvo éxito.

—Entonces no necesitarían información, porque ya la tienen.

—Suponga que quisieran confirmar la identidad del oficial que dirigió la operación.

—No podrían sacar eso del Comando de Recursos Humanos. Simplemente no es posible. Las órdenes y los archivos de despliegue y los partes operativos están clasificados y retenidos en Fort Bragg encerrados y bajo llave.

—¿Pero qué les pasa a los oficiales que dirigen misiones exitosas?

—Dígame usted.

—Reciben medallas —dije—. Mientras más importante es la misión, más importante es la medalla. Y la resolución del Ejército 600-8-22, artículo uno, inciso nueve, apartado D, ordena que el Comando de Recursos Humanos mantenga un preciso registro histórico de todas y cada una de las recomendaciones, y la decisión resultante.

—Quizás sea así —dijo Sansom—. Pero si fue una misión Delta, se omitirían todos los detalles. La distinción estaría eliminada, la locación estaría eliminada, y la conducta meritoria no estaría descrita.

Asentí:

—Lo único que aparecería en el legajo sería un nombre, una fecha y un premio. Nada más.

—Exactamente.

—Que es lo único que necesita una persona inteligente que lo está pensando de manera lateral, ¿no? Un premio confirma que una misión fue exitosa, la ausencia de la distinción confirma que era una misión encubierta. Elija cualquier mes al azar, digamos a principios de 1983. ¿Cuántas medallas se entregaron?

—Miles. Solo medallas de Buena Conducta cientos y cientos.

—¿Cuántas Estrellas de Plata?

—No tantas.

—Si es que se entregó alguna —dije—. No estaba pasando gran cosa a principios de 1983. ¿Cuántas medallas por Servicio Distinguido se repartieron? ¿Cuántas cruces por Servicio Distinguido? Apuesto a que a principios de 1983 no eran imposibles pero eran raras.

Elsbeth Sansom se movió en la silla y me miró y dijo:

—No entiendo.

Me giré hacia ella pero Sansom levantó la mano y me detuvo. Contestó por mí. No había secretos entre ellos. Ninguna desconfianza. Dijo:

—Es una especie de puerta trasera. La información directa está totalmente no disponible, pero la información indirecta está ahí. Si alguien supiera que hubo una misión Delta y que fue exitosa, y cuándo fue, entonces quienquiera que sea que haya recibido ese mes la medalla más importante sin

explicación probablemente fue el que la dirigió. No funcionaría en tiempos de guerra, porque las medallas importantes serían muy comunes. Pero en tiempos de paz, cuando no está pasando ninguna otra cosa, un premio importante llamaría demasiado la atención.

—En 1983 invadimos Granada —dijo Elspeth—. Los Delta estaban ahí.

—En octubre —dijo Sansom—. Lo que agregaría un poco de ruido de fondo más entrado el año. Pero los primeros nueve meses fueron bastante tranquilos.

Elspeth Sansom miró para otro lado. No sabía qué era lo que había estado haciendo su marido durante los primeros nueve meses de 1983. Tal vez nunca lo iba a saber. Dijo:

—¿Y quién es el que está preguntando?

—Una vieja bruja que se llama Svetlana Hoth —dije—, que asegura haber sido una comisaria política del Ejército Rojo. No hay detalles específicos, pero dice que conoció a un soldado americano que se llamaba John en Berlín en 1983. Dice que fue muy amable con ella. Y la única manera que investigar al respecto a través de Susan Mark tenga algún sentido es si hubo una misión y el tipo que se llamaba John la dirigió y recibió una medalla por eso. El FBI encontró una nota en el auto de Susan. Alguien le había pasado la resolución y el artículo y el inciso para decirle exactamente dónde buscar.

Elspeth le dirigió la mirada a Sansom, involuntariamente, con una pregunta en la cara que sabía que nunca le sería respondida: *¿Recibiste una medalla por algo que hiciste en Berlín en 1983?* Sansom no contestó. Así que intenté. Le pregunté directo:

—¿Estuvo de misión en Berlín en 1983?

—Sabe que no se lo puedo decir —dijo Sansom. Después pareció perder la paciencia conmigo, y dijo—: Parece un tipo inteligente. Piénselo. ¿Qué clase de operación posible podría haber estado llevando a cabo la Fuerza Delta en Berlín, en 1983, por el amor de Dios?

—No lo sé —dije—. Según recuerdo ustedes se esforzaban mucho para que gente como yo no se enterara de lo que estaban haciendo. Y en realidad no me importa, de todos modos. Estoy intentando hacerle un favor. Eso es todo. De un oficial hermano a otro. Porque mi suposición es que algo va a volver y lo va a lastimar y pensé que podría apreciar un aviso.

Sansom se tranquilizó rápido. Inhaló y exhaló un par de veces y dijo:

—Aprecio el aviso. Y estoy seguro de que entiende que no tengo permitido negar nada. Porque lógicamente, negar algo es lo mismo que confirmar alguna otra cosa. Si niego Berlín y todos los demás lugares en los que no estuve, entonces al final por un proceso de eliminación podría deducir dónde estuve. Pero voy a arriesgar un poco, porque pienso que acá estamos todos del mismo lado. Así que preste atención, soldado. No estuve en Berlín en ningún momento en 1983. No conocí a ninguna mujer rusa en 1983. No creo haber sido muy amable con nadie, durante todo ese año. Había muchos tipos en el Ejército que se llamaban John. Berlín era un destino popular para ir de paseo. Esta persona con la que estuvo hablando está buscando a alguien que no soy yo. Tan simple como eso.

El discursito de Sansom quedó suspendido en el aire durante un momento. Todos bebimos de nuestras bebidas y nos quedamos sentados quietos. Entonces Elspeth Sansom miró su reloj y su esposo la vio hacerlo y dijo: “Ahora nos va a tener que disculpar. Hoy nos toca pedir plata de manera seria. Para Springfield será un placer acompañarlo”. Lo cual me pareció una propuesta extraña. Era un hotel público. Era un espacio tan mío como de Sansom. Podía salir solo, y tenía

derecho a hacerlo. No iba a robar las cucharas, e incluso si lo hacía, no eran las cucharas de Sansom. Pero después imaginé que quería arreglar para que Springfield y yo tuviéramos un poco de tiempo a solas, en algún corredor solitario en algún lugar. Para ahondar un poco en el tema, tal vez, o para un mensaje. Así que me puse de pie y fui hacia la puerta. No les di la mano ni dije adiós. No parecía ser ese tipo de despedida.

Springfield me siguió al lobby. No habló. Parecía estar ensayando algo. Me detuve y esperé y él me alcanzó y dijo:

—Tienes que olvidarte de todo esto.

—¿Por qué, si ni siquiera estuvo ahí? —pregunté.

—Porque para demostrar que no estuvo ahí vas a empezar a preguntar en qué otro lugar estuvo. Mejor que nunca lo sepas.

Asentí:

—Esto es personal para ti, ¿no? Porque estuviste ahí mismo con él. Tú ibas adonde él fuera.

Él asintió a su vez:

—Simplemente olvídate. De verdad no te puedes permitir buscar donde no debes.

—¿Por qué no?

—Porque si lo haces te van a borrar. Vas a dejar de existir. Simplemente vas a desaparecer, física y burocráticamente. Eso puede pasar ahora, lo sabes. Este es un mundo completamente nuevo. Me gustaría decir que yo ayudaría con el proceso, pero no me darían la posibilidad. Ni siquiera cerca. Porque muchas otras personas te saldrían a buscar antes. Yo estaría tan atrás en la fila que incluso tu certificado de nacimiento estaría en blanco antes de que yo llegara más o menos cerca tuyo.

—¿Qué otras personas?

No respondió.

—¿Del Gobierno?

No respondió.

—¿Los federales esos?

No respondió. Simplemente se dio vuelta y se dirigió hacia los ascensores. Yo salí a la vereda de la Séptima Avenida y el teléfono de Leonid me empezó a sonar de vuelta en el bolsillo.

## TREINTA Y CINCO

Me quedé de pie sobre la Séptima Avenida dándole la espalda al tránsito y atendí el teléfono de Leonid. Oí la voz de Lila Hoth, suave en mi oído. Dicción precisa, fraseo singular. Dijo:

—¿Reacher?

—Sí —dije.

—Necesito verlo, con bastante urgencia —dijo.

—¿Por qué motivo?

—Creo que mi madre podría estar en peligro. También yo, posiblemente.

—¿Peligro de qué?

—Hubo tres hombres abajo, haciendo preguntas en la recepción. Mientras nosotras no estábamos. Creo que revisaron nuestras habitaciones, también.

—¿Qué tres hombres?

—No sé quiénes eran. Aparentemente no dijeron.

—¿Por qué hablar conmigo de eso?

—Porque también estuvieron preguntando por usted. Por favor venga y véanos.

—¿No está molesta por lo de Leonid? —pregunté.

—Dadas las circunstancias, no —dijo—. Creo que eso solo fue un malentendido poco afortunado. Por favor venga.

No respondí.

Dijo: “Apreciaría mucho su ayuda”. Habló amable, implorante, un poco sumisamente, incluso reservadamente, como una suplicante. Pero no obstante todo eso algo extra en su voz me hizo plenamente consciente de que era tan hermosa que la última vez que un tipo le había dicho que no probablemente hubiera sido una década atrás. Sonaba vagamente a estar dando una orden, como si todo fuese ya un trato hecho, como si pedir fuera obtener. *Simplemente olvídense*, había dicho Springfield, y por supuesto yo lo debería haber escuchado. Pero en cambio le dije a Lila Hoth: “La veo en el lobby de su hotel, dentro de quince minutos”. Pensé que evitar su suite sería una protección suficiente, contra cualquier complicación que pudiera llegar a surgir. Después cerré el teléfono y me dirigí directo a la fila de taxis del Sheraton.

El lobby del Four Seasons estaba separado en una cierta cantidad de áreas distintas en dos niveles distintos. Encontré a Lila Hoth y a su madre en una mesa en un rincón en un espacio de luz tenue y dividido por paneles que parecía ser un salón de té durante el día y podría haber sido de noche un bar. Estaban solas. Leonid no estaba. Revisé cuidadosamente todo alrededor y no vi

ninguna persona por la cual me tuviese que preocupar. Ningún hombre inexplicable en traje de precio medio, nadie demorándose con el diario de la mañana. Ningún tipo de vigilancia aparente. Así que me senté en una silla, al lado de Lila, frente a su madre. Lila tenía puesta una falda negra y una camisa blanca. Como una camarera en un bar de tragos, salvo que las telas y el corte y el calce no tenían nada que ver con algo que una camarera de un bar de tragos se pudiese haber pagado. Sus ojos eran dos puntos de luz gemelos en la penumbra, tan azules como un mar tropical. Svetlana tenía otro vestido sin forma, de entrecasa, esta vez granate apagado. Sus ojos eran opacos. Asintió de manera incomprensiva mientras yo me sentaba. Lila extendió el brazo y me dio la mano bastante formalmente. El contraste entre las dos mujeres era enorme, en todo sentido. En términos de edad y aspecto, obviamente, pero también en términos de energía, vivacidad, maneras y disposición.

Me acomodé y Lila fue directamente al grano. Preguntó:

—¿Trajo el USB?

—No —dije, aunque sí lo había traído. Lo tenía en el bolsillo, con mi cepillo de dientes y el teléfono de Leonid.

—¿Dónde está?

—En otro lugar.

—¿Otro lugar seguro?

—Completamente.

—¿Por qué vinieron esos hombres acá? —preguntó.

—Porque usted está husmeando en algo que todavía es un secreto —dije.

—Pero el oficial de prensa en el Comando de Recursos Humanos se mostró entusiasmado al respecto.

—Eso es porque usted le mintió.

—¿Disculpe?

—Le dijo que tenía que ver con Berlín. Pero no era así. Berlín en 1983 no era divertido, pero estaba estable. Era un cuadro de la Guerra Fría, congelado en el tiempo. Quizás había algunas idas y vueltas entre la CIA y la KGB y los británicos y la Stasi, pero no había nada en lo que el Ejército de Estados Unidos estuviera de verdad implicado. Para los nuestros era solo un destino turístico. Tómame el tren, mira el Muro. Muy buenos bares, y muy buenas prostitutas. Probablemente pasaron por ahí diez mil tipos que se llamaban John, pero no hacían nada salvo gastar dinero y agarrarse gonorrea. Con seguridad no estaban en el frente y no ganaban medallas. Por lo que rastrear a alguno de ellos sería casi imposible. Quizás el Comando de Recursos Humanos estaba preparado como para perder un poco de tiempo, por si pudiese llegar a salir de ahí algo bueno. Pero desde el principio fue una tarea ridícula. Por lo que no puede haber obtenido un resultado positivo de Susan Mark. No le puede haber dicho nada sobre Berlín que hiciera que valiera la pena venir hasta acá. Simplemente no es posible.

—¿Entonces por qué vinimos?

—Porque durante esas primeras pocas llamadas usted la ablandó e hizo que se hicieran amigas y después cuando consideró que era el momento correcto le dijo lo que quería realmente. Y exactamente cómo encontrarlo. Solo a ella. No Berlín. Algo completamente distinto.

Una persona que no estuviera en guardia ni tuviera nada que ocultar habría respondido de manera instantánea y abierta. Posiblemente indignada, probablemente con resentimiento. Un

embustero amateur lo habría actuado, en voz alta y ruidosa. Lila Hoth simplemente se quedó sentada en silencio por un momento. Sus ojos mostraban el mismo tipo de respuesta rápida que habían mostrado los de Sansom, allá en su habitación del Hotel O. Henry. Repensar, redespigar, reorganizar, todo en un breve par de segundos.

—Es muy complicado —dijo.

No respondí.

—Pero es del todo inocente —dijo.

—Dígale eso a Susan Mark —dije.

Inclinó la cabeza. El mismo gesto que había visto antes. Cortés, delicado y un poco apenado. Dijo:

—Le pedí ayuda a Susan. Ella aceptó, de manera voluntaria. Claramente sus acciones le crearon conflictos con otras partes. Así que sí, supongo que yo fui la causa indirecta de sus problemas. Pero no la causa directa. Y lamento lo que sucedió, mucho, mucho de veras. Por favor créame, si lo hubiese sabido de antemano, le habría dicho a mi madre que no.

Svetlana Hoth asintió y sonrió.

—¿Qué otras partes? —dije.

—El Gobierno de ella, creo —dijo Lila Hoth—. El de usted.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que realmente quiere su madre?

Lila dijo que primero tenía que explicar el contexto.

## TREINTA Y SEIS

Lila Hoth había tenido tan solo siete años cuando había caído la Unión Soviética, por lo que habló con una suerte de desapego histórico. Tenía el mismo tipo de distancia de realidades anteriores del que yo tenía de los años de las leyes Jim Crow en Estados Unidos. Me dijo que el Ejército Rojo había desplegado comisarios políticos de manera muy extensa. Todas las compañías de infantería tenían uno. Dijo que el mando y la disciplina los compartían no de la mejor manera el comisario y un oficial superior. Dijo que la rivalidad era común y amarga, no necesariamente entre los dos como individuos, sino entre el sentido común táctico y la pureza ideológica. Se aseguró de que yo entendiera el contexto, y después pasó a las cuestiones específicas.

Svetlana Hoth había sido una comisaria política asignada a una compañía de infantería. Su compañía había ido a Afganistán apenas después de la invasión soviética de 1979. Las primeras operaciones de combate habían sido satisfactorias para la infantería. Después se habían vuelto desastrosas. Las bajas por desertión se habían vuelto pesadas y constantes. Al principio había habido negación. Después Moscú había reaccionado, con demora. El orden de batalla había sido reorganizado. Las compañías se habían fusionado. El sentido común táctico había sugerido recortes. La ideología había requerido ofensivas renovadas. La moral había requerido unidad de origen étnico y geográfico. Las compañías se habían reconstituido para incluir equipos de francotiradores. Se trajeron tiradores expertos, con acompañantes vigías. Así habían llegado parejas de hombres harapientos acostumbrados a vivir de la tierra.

El francotirador de Svetlana era su marido.

El vigía de él era el hermano menor de Svetlana.

La situación había mejorado, tanto en términos militares como personales. El de Svetlana y otros agrupamientos familiares y regionales habían pasado tiempo juntos de manera muy feliz. Algunas compañías se habían instalado y se habían acomodado y conseguido una tranquilidad y una seguridad aceptables. Los requerimientos ofensivos se lograban con operaciones nocturnas regulares de francotiradores. Los resultados eran excelentes. Los francotiradores soviéticos hacía mucho que eran los mejores del mundo. Los muyahidines afganos no tenían cómo responderles. Bien avanzado el año 1981 Moscú había reforzado una mano ganadora con el envío de armas nuevas. Se había fabricado un nuevo modelo de fusil. Estaba recientemente desarrollado y era todavía ultrasecreto. Se llamaba VAL Silent Sniper.

Asentí. Dije:

—Una vez vi uno.

Lila Hoth sonrió, brevemente, con un dejo de timidez. Y con un dejo de orgullo nacional, tal vez, por un país que ya no existía. Probablemente una sombra del orgullo que había sentido su

madre, en aquel entonces. Porque el VAL era una gran arma. Era un fusil semiautomático silenciado de alta precisión. Disparaba una pesada bala nueve milímetros a una velocidad subsónica, y podía vencer a cualquier tipo de armadura corporal contemporánea y vehículos militares de piel fina a distancias de más de alrededor de cuatrocientos metros. Venía con una opción de potentes telescopios diurnos y miras nocturnas electrónicas. Era una pesadilla, del punto de vista del contrario. Podías ser asesinado sin ningún tipo de advertencia, de manera silenciosa, repentina y azarosa, dormido en la cama en una carpa, en la letrina, comiendo, vistiéndote, caminando por ahí, a la luz, en la oscuridad.

—Era una buena pieza.

Lila Hoth volvió a sonreír. Pero después la sonrisa se le fue. Empezaron las malas noticias. La situación estable duró un año, y después terminó. La recompensa militar inevitable de la infantería soviética por buen desempeño era que te asignaran tareas cada vez más peligrosas. Lo mismo en todo el mundo, lo mismo todo a lo largo de la historia. No te dan unas palmaditas en la espalda y te llevan a tu casa. En vez de eso te dan un mapa. La compañía de Svetlana fue una de muchas a las que les ordenaron ir más al norte y al este por el Valle de Korangal. El valle tenía diez kilómetros de largo. Era la única ruta practicable para salir de Pakistán. El macizo montañoso del Hindukush se erguía atrás a la izquierda, imposiblemente árido y elevado, y la cordillera del Abas Ghar bloqueaba el flanco derecho. El camino de diez kilómetros que los recorría por entremedio era una importante línea de aprovisionamiento muyahidín por la frontera noroeste, y había que cortarla.

—Los británicos escribieron el libro hace más de cien años, sobre operaciones en Afganistán —dijo—. Por su imperio. Dijeron que cuando se está contemplando una ofensiva lo primero que uno tiene que planear es la retirada inevitable. Y dijeron que la última bala hay que guardársela para uno mismo, porque uno no quiere caer con vida en manos enemigas, especialmente si es en manos de mujeres. Los comandantes de las compañías habían leído ese libro. A los comisarios políticos se les había dicho que no lo hicieran. Se les había dicho que los británicos habían fracasado solo por su deficiencia política. La ideología soviética era pura, y por lo tanto el éxito estaba garantizado. Con esa fantasía empezó nuestro propio Vietnam.

La avanzada por el Valle de Korangal había sido acompañada con refuerzos aéreos y artillería pesada y había tenido éxito durante los primeros cinco kilómetros. Los kilómetros sexto y séptimo se ganaron metro a metro contra un enemigo que le había parecido feroz a los soldados pero extrañamente débil a los oficiales.

Los oficiales tenían razón.

Era una trampa.

Los muyahidines esperaron hasta que las líneas de abastecimiento soviéticas se extendieran entre seis y siete kilómetros y ahí dejaron caer el martillo. El reabastecimiento por helicóptero estaba ampliamente prohibido por una constante barrera de misiles tierra-aire portátiles provistos por Estados Unidos. Ataques coordinados cortaron la saliente en el lugar en que comenzaba. A fines de 1982 miles de soldados del Ejército Rojo estaban esencialmente abandonados en una larga y delgada cadena de campamentos inadecuados e improvisados. El clima invernal fue terrible. Heladas ráfagas de viento aullaban constantemente a lo largo del paso entre las cadenas montañosas. Y había arbustos de acebos perennes por todos lados. Lindos y pintorescos en el contexto adecuado, pero no para soldados que estaban forzados a trabajar ahí. Eran insoportablemente ruidosos al viento y limitaban la movilidad y lastimaban la piel y rompían los

uniformes.

Entonces empezaron las incursiones de hostigamiento.

Se capturaron prisioneros, los llevaban de a uno o de dos.

Su destino era espantoso.

Lila citó versos que el viejo escritor británico Rudyard Kipling había puesto en un poema aciago sobre ofensivas fallidas y heridos gimientes abandonados en el campo de batalla y crueles mujeres de tribus afganas con cuchillos: *Cuando estés herido y solo en las llanuras afganas, / Y las mujeres salgan a trocear lo que queda, / Rueda hacia tu fusil y vuélate la cabeza / Y ve hacia tu Dios como un soldado.* Después dijo que lo que había sido cierto incluso en la cumbre del poderío del Imperio británico seguía siendo cierto, y peor. Desaparecían soldados de infantería soviéticos y algunas horas más tarde el viento invernal transportaba el sonido de sus gritos, desde campamentos enemigos instalados en las proximidades y que nadie veía. Los gritos empezaban en un tono desesperado e iban subiendo despacio y seguros hasta parecer demenciales gemidos de banshees. A veces duraban diez o doce horas. A la mayoría de los cadáveres no se los recuperaba nunca. Pero a veces los cuerpos eran devueltos, sin manos ni pies, o sin miembros enteros, o sin cabeza, u orejas, u ojos, o narices, o penes.

O sin piel.

—A algunos los desollaban vivos —dijo Lila—. Les sacaban los párpados con un cuchillo, y les ponían la cabeza de manera tal que quedaran mirando hacia abajo y estuviesen obligados a ver cómo les iban sacando la piel, primero la de la cara, y después la del cuerpo. El frío hasta cierto punto les anesthesiaba las heridas e impedía que se murieran de un shock demasiado rápido. A veces el proceso duraba mucho tiempo. O a veces los asaban vivos sobre el fuego. Aparecían pedazos de carne cocida cerca de nuestros emplazamientos. Al principio los hombres pensaban que eran regalos de comida, quizás de nativos solidarios. Pero después se dieron cuenta.

Svetlana Hoth miraba fijo hacia el salón, sin ver nada, con un aspecto aún más desolador que antes. Quizás el tono de la voz de su hija le traía recuerdos. Era definitivamente muy elocuente. Lila no había vivido o presenciado los acontecimientos que describía, pero sonaba como si lo hubiera hecho. Sonaba como si los hubiera presenciado el día anterior. Había dejado atrás el desapego histórico. Me pareció que podía ser una buena contadora de historias. Tenía el don de la narración.

—Lo que más les gustaba era capturar a nuestros francotiradores —dijo—. Odiaban a nuestros francotiradores. Creo que a los francotiradores siempre se los odia, tal vez por la manera en la que matan. Mi madre estaba muy preocupada por mi padre, obviamente. Y su hermanito. Salían la mayoría de las noches, a las colinas bajas, con la mira electrónica. No muy lejos. Quizás a poco menos de un kilómetro, para encontrar un ángulo. Quizás un poco más. Lo suficientemente lejos como para ser efectivos, pero lo suficientemente cerca como para sentirse seguros. Pero ningún lugar era en realidad seguro. Todos los lugares eran vulnerables. Y tenían que ir. Sus órdenes eran matar al enemigo. Su intención era matar a los prisioneros. Pensaban que sería apiadarse de ellos. Fue una época horrible. Y mi madre para entonces estaba embarazada. De mí. Fui concebida en una trinchera de piedras abierta a golpes en el suelo del Korangal, debajo de un gabán de la Segunda Guerra Mundial, y encima de otros dos que probablemente eran incluso más viejos. Mi madre decía que tenían agujeros de bala, quizás de Stalingrado.

No dije nada. Svetlana seguía con la mirada fija. Lila apoyó las manos sobre la mesa y entrecruzó los dedos dejándolos sueltos. Dijo:

—Durante el primer mes más o menos mi padre y mi tío volvieron cada mañana, a salvo. Eran un buen equipo. Quizás el mejor.

Svetlana seguía mirando fijo. Lila retiró las manos de la mesa e hizo una pequeña pausa. Después se sentó derecha y cuadró los hombros. Un cambio de ritmo. Un cambio de tema. Dijo:

—En esa época en Afganistán había americanos.

—¿Había americanos? —dije.

Ella asintió.

—¿Qué americanos? —dije.

—Soldados. No muchos, unos cuantos. No siempre, a veces.

—¿Usted cree?

Asintió de vuelta:

—El Ejército de los Estados Unidos definitivamente estaba ahí. La Unión Soviética era su enemigo, y los muyahidines eran sus aliados. Era la Guerra Fría indirectamente. Al presidente Reagan le venía muy bien que el Ejército Rojo se desgastara. Era parte de su estrategia anticomunista. Y disfrutaba la posibilidad de obtener algunas de nuestras nuevas armas para fines de inteligencia. Por lo que se enviaron equipos. Fuerzas Especiales. Entraban y salían con regularidad. Y una noche en marzo de 1983, uno de esos equipos encontró a mi padre y a mi tío y les robaron el fusil VAL.

No dije nada.

Lila dijo:

—La pérdida del fusil era una derrota, por supuesto. Pero lo peor fue que los americanos entregaron a mi padre y a mi tío a las mujeres de las tribus. Eso no era necesario. Obviamente los tenían que silenciar, porque la presencia americana era totalmente de encubierto y no se tenía que conocer. Pero los americanos podrían haber matado ellos mismos a mi padre y a mi tío, de manera fácil y rápida y silenciosa. Decidieron no hacerlo. Mi madre oyó sus gritos a lo largo de todo el día siguiente y bien entrada la noche. Su marido, y su hermano. Dieciséis, dieciocho horas. Dijo que incluso gritando de esa manera los podía diferenciar, por el sonido de sus voces.

## TREINTA Y SIETE

Recorrí con la mirada la luz tenue del salón de té del Four Seasons y me acomodé en la silla y dije:

—Lo lamento, pero no le creo.

—Le estoy diciendo la verdad —dijo Lila Hoth.

Negué con la cabeza:

—Formé parte del Ejército de los Estados Unidos. Fui policía militar. Hablando de manera general sabía a dónde iba la gente, y a dónde no iba. Y no había soldados americanos en el campo de batalla en Afganistán. No en ese entonces. No durante ese conflicto. Era exclusivamente un asunto local.

—Pero tenían intereses ahí.

—Por supuesto que sí. Como ustedes cuando nosotros estábamos en Vietnam. ¿Estuvo el Ejército Rojo ahí en el país?

Era una pregunta retórica, con el objetivo de dejar algo en claro, pero Lila Hoth se la tomó en serio. Se inclinó por encima de la mesa y le habló a su madre, rápido y en voz baja, en una lengua extranjera que yo asumí era ucraniano. Los ojos de Svetlana se abrieron un poco y ladeó la cabeza como si estuviera recordando algún pequeño asunto de detalle histórico arcano. Le respondió a su hija, rápido y en voz baja, y de manera extensa, y después Lila hizo una pausa para organizar su respuesta y dijo:

—No, no mandamos tropas a Vietnam, porque confiábamos en que nuestros hermanos socialistas de la República Popular podían completar su tarea sin ayuda. Lo cual, dice mi madre, aparentemente hicieron, de manera bastante espléndida. Unos hombrecitos en pijama derrotaron a la gran maquinaria verde.

Svetlana Hoth sonrió y asintió.

—De la misma manera que unos cuantos pastores de cabras le patearon a ella el trasero —dije.

—Indiscutiblemente. Pero con mucha ayuda.

—No pasó.

—Pero usted admite que se les brindó ayuda material, ciertamente. A los muyahidines. Dinero, y armas. En particular misiles tierra-aire, y cosas como esas.

—Igual que en Vietnam, solo que en el otro sentido.

—Y Vietnam es un ejemplo excelente. Porque, como usted seguro sabe, ¿cuándo aportó Estados Unidos ayuda militar en el lugar que fuera del mundo sin enviar además lo que ellos

llamaron asesores militares?

No respondí.

Ella preguntó:

—Por ejemplo, ¿en cuántos países estuvo usted de servicio?

No dije nada.

Ella preguntó:

—¿Cuándo se unió al Ejército?

—En 1984 —dije.

—Entonces estos acontecimientos de 1982 y 1983 fueron todos antes de su tiempo.

—Solo apenas —dije—. Y existe algo que se llama memoria institucional.

—Falso —dijo—. Hubo secretos y los hechos concernientes que habrían aportado a esa memoria institucional fueron convenientemente borrados. Hay una larga historia de participaciones militares americanas ilegales alrededor de todo el mundo. Especialmente durante la presidencia del señor Reagan.

—¿Aprenden eso en la secundaria?

—Sí, yo sí. Y recuerde, los comunistas ya se habían ido hacia un largo rato antes de que yo estuviera en la secundaria. Gracias, en parte, al mismo Reagan.

—Incluso si está en lo cierto —dije—, ¿por qué asumir que hubo americanos implicados esa noche en particular? Presumiblemente su madre no lo vio en persona. ¿Por qué no asumir que su padre y su tío fueron capturados directamente por muyahidines?

—Porque el fusil nunca lo encontraron. Y a la posición de mi madre nunca le disparó de noche un francotirador. Mi padre tenía veinte balas en el cargador, y llevaba veinte más. Si los muyahidines lo hubiesen capturado directamente, entonces habrían usado el fusil de él en contra de nosotros. Habrían matado a cuarenta de los nuestros, o lo habrían intentado, y después se habrían quedado sin municiones y habrían abandonado el arma. La compañía de mi madre en algún momento la habría encontrado. Había muchas escaramuzas de una y otra parte. Nuestro lado invadía las posiciones de ellos, y viceversa. Era como una loca cacería circular. Los muyahidines eran inteligentes. Tenían la costumbre de volver a posiciones que nosotros previamente ya habíamos descartado como abandonadas. Pero después de un cierto período de tiempo los nuestros vieron todos sus lugares. Habrían encontrado el VAL, vacío y oxidándose, quizás en uso como poste de cerca. Todas las otras armas capturadas las reportaron así. Pero no ese VAL. La única conclusión lógica es que se lo llevaron directo a Estados Unidos, estadounidenses.

No dije nada.

Lila Hoth dijo:

—Le estoy diciendo la verdad.

—Una vez vi un VAL Silent Sniper —dije.

—Ya me lo dijo.

—Lo vi en 1994 —dije—. Nos dijeron que recién lo habían capturado. Once años enteros después de lo que usted dice que fue. Hubo un gran pánico, y urgente, por las capacidades que tenía. El Ejército no esperaría once años para entrar en pánico.

—Sí, sí lo haría —dijo—. Mostrar el fusil inmediatamente después de su captura podría haber empezado la Tercera Guerra Mundial. Habría sido un reconocimiento directo de que sus soldados estuvieron en un contacto cara a cara directo con los nuestros, sin ninguna declaración de

hostilidades. Ilegal como mínimo, y completamente desastroso en términos geopolíticos. Estados Unidos habría perdido la superioridad moral. El apoyo dentro de la Unión Soviética se habría fortalecido. La caída del comunismo se habría retrasado, quizás años.

No dije nada.

Ella dijo:

—Cuénteme, ¿qué pasó en su ejército, en 1994, después del gran pánico urgente?

Hice una pausa, del mismo modo en que la había hecho Svetlana Hoth. Recordé los detalles históricos. Eran sorprendentes. Revisé y volví a revisar. Después dije:

—No pasó mucho, de hecho.

—¿Ningún nuevo chaleco antibalas? ¿Ningún camuflaje nuevo? ¿Ninguna reacción táctica de ningún tipo?

—No.

—¿Es lógico eso, incluso para un ejército?

—No particularmente.

—¿Cuándo fue la última mejora de equipo antes de eso?

Volví a hacer una pausa. Busqué más detalles históricos. Recordé el PASGT, presentado con mucho entusiasmo y fanfarria y aclamación durante mis primeros años de uniforme. El Sistema de Armadura Personal para Tropas Terrestres. Un flamante casco de kevlar, calificado de resistir todo tipo de asalto con armas cortas. Un chaleco antibalas nuevo y grueso, para ser usado ya sea por encima o por debajo de la chaqueta del uniforme de combate, calificado de seguro incluso contra armas largas. Específicamente, según recuerdo, calificado de seguro contra disparos de nueve milímetros. Más nuevos patrones de camuflaje, diseñados minuciosamente para funcionar mejor, y disponibles en dos sabores, bosque y desierto. Los Marines tenían una tercera opción, azul y gris, para espacios urbanos.

No dije nada.

—¿Cuándo fue la mejora? —preguntó Lila Hoth.

—A fines de los ochenta —dije yo.

—Incluso con un gran pánico urgente, ¿cuánto se tarda en diseñar y fabricar una mejora como esa?

—Un par de años —dije.

—Entonces repasemos lo que sabemos. A fines de los ochenta recibieron un equipo mejorado, explícitamente diseñado para una mejor protección personal. ¿Cree usted que es posible que ese haya sido el resultado de un estímulo directo derivado de una fuente no revelada en 1983?

No respondí.

Nos quedamos sentados callados por un momento. Un camarero silencioso y discreto se acercó y nos ofreció té. Recitó una larga lista de blends exóticos. Lila pidió un sabor que yo nunca había sentido nombrar, y después tradujo para su madre, que pidió lo mismo. Yo pedí café normal, negro. El camarero inclinó la cabeza más o menos medio centímetro, como si el Four Seasons estuviera dispuesto a admitir todas y cada una de las peticiones, por más espantosamente proletarias que fueran. Esperé hasta que el tipo se hubiera ido y pregunté:

—¿Cómo descubrieron a quién están buscando?

—La generación de mi madre esperaba pelear una guerra por tierra con ustedes en Europa, y

esperaban ganar —dijo Lila—. La ideología de ellos era pura, y la de ustedes no. Después de una victoria veloz e indiscutible, esperaban hacer prisioneros a muchos de ustedes, tal vez millones de ustedes. En esa fase, parte de los deberes de un comisario político habría sido clasificar a los combatientes enemigos, separar de la manada a los ideológicamente irrecuperables. Para ayudarlos con esa tarea, se los familiarizaba con la estructura militar de ustedes.

—¿Quién los familiarizaba?

—La KGB. Era un programa en curso. Había mucha información disponible. Sabían quién hacía qué. En el caso de las unidades de elite, incluso sabían nombres. No solo los oficiales, sino también los de los soldados. Como un verdadero fanático de fútbol conoce a todo el plantel y las fuerzas y las debilidades de todos los demás equipos de la liga, jugadores suplentes incluidos. Para incursiones en el Valle de Korangal, mi madre dedujo que solo había tres opciones realistas. O los SEAL de la Armada, o los marines de la Fuerza de Reconocimiento del Cuerpo, o la Fuerza Delta del Ejército. La inteligencia de entonces argumentó en contra de los SEAL o los Marines. No había evidencia circunstancial de que estuvieran implicados. Ninguna información específica. La KGB tenía gente por todos lados en las organizaciones de ustedes, y no informaron nada. Pero había un tráfico de radio significativo desde las bases Delta en Turquía, y desde los puestos de avanzada en Omán. Nuestro radar capturaba vuelos que no tenían explicación. Era una conclusión lógica que la Delta estaba conduciendo las operaciones.

El camarero volvió con una bandeja. Era un tipo alto y oscuro, bastante viejo, probablemente extranjero. Tenía algo. El Four Seasons probablemente lo había puesto en un lugar destacado por eso. Su porte sugería que en algún momento podía haber sido un experto en té en algún lugar de paneles oscuros en Viena o Salzburgo. En realidad probablemente había estado desempleado en Estonia. Quizás había sido reclutado con el resto de la generación de Svetlana. Quizás había soportado los inviernos del Korangal junto a ella, en algún lugar más al sur de la línea en un agrupamiento étnico propio. Hizo un gran show de servir el té y acomodar los limones en un plato. Mi café vino en una taza bonita. La apoyó enfrente de mí con una desaprobación elegantemente disimulada. Cuando se volvió a ir, Lila dijo:

—Mi madre estimó que la incursión habría estado dirigida por un capitán. Un teniente habría sido demasiado moderno y un mayor habría sido demasiado antiguo. La KGB tenía listas de personal. Había muchos capitanes asignados a la Fuerza Delta en ese entonces. Pero había habido algunos análisis de radio. Alguien había oído el nombre John. Eso disminuía el campo.

Asentí. Imaginé una antena parabólica enorme en algún lugar, quizás en Armenia o Azerbaiyán, un tipo en una choza, auriculares puestos, unidades de goma bien ajustadas en las orejas, recorriendo las frecuencias, escuchando el chirrido y el crujido de canales cifrados, dando con un fragmento de discurso claro, escribiendo la palabra John en un bloc de papel marrón grueso. Son muchas las cosas que se arrebatan del éter. La mayoría no sirve. Una palabra que se entiende es como una pepita de oro en un plato, o como un diamante en una piedra. Y una palabra que *ellosentienden* es como una bala por la espalda.

—Mi madre lo sabía todo sobre las condecoraciones del Ejército de ustedes —dijo Lila—. Se las consideraba importantes, como criterio para clasificar prisioneros. Insignias de honor, que se volverían insignias de deshonor inmediatamente después de la captura. Sabía que el fusil VAL valdría un premio importante. ¿Pero qué premio? Recuerde, no había habido declaración de hostilidades. Y la mayoría de sus premios importantes especifican valor o heroísmo en combate contra un enemigo armado de los Estados Unidos. Técnicamente quien le hubiera robado el VAL a

mi padre no cumplía los requisitos para esos premios, porque técnicamente la Unión Soviética no era un enemigo de los Estados Unidos. No en el sentido militar. No de manera política formal. No había habido declaración de guerra.

Asentí de vuelta. Nunca habíamos estado en guerra con la Unión Soviética. Al contrario, por cuatro largos años habíamos sido aliados en una lucha desesperada contra un enemigo común. Habíamos cooperado, ampliamente. El gabán del Ejército Rojo de la Segunda Guerra Mundial bajo el cual Lila Hoth decía haber sido concebida casi con seguridad había sido fabricado en América, como parte del programa de Préstamo y Arriendo. Les habíamos despachado a los rusos cien millones de toneladas de productos de lana y de algodón. Más quince millones de pares de botas de cuero, cuatro millones de neumáticos de goma, dos mil locomotoras y once mil vagones de carga, así como también todo el metal pesado obvio, como quince mil aviones, siete mil tanques y 375 000 camiones de guerra. Todo sin costo, gratis, y a cambio de nada. Winston Churchill llamó al programa el menos sórdido de toda la historia. Surgieron leyendas alrededor de este programa. Se decía que los soviéticos habían pedido preservativos, y con la intención de impresionar e intimidar habían especificado que tenían que ser de cuarenta y cinco centímetros de largo. Los Estados Unidos los habían despachado puntualmente, en cajas que indicaban *Tamaño: Medio*.

Eso decía el cuento.

—¿Está escuchando? —preguntó Lila.

Asentí:

—La Medalla del Servicio Superior habría sido adecuada. O la Legión al Mérito, o la Medalla del Soldado.

—No lo suficientemente importantes.

—Gracias. Gané las tres.

—Capturar el VAL fue realmente un gran golpe. Una sensación. Era un arma completamente desconocida. Conseguirla habría sido recompensado con una medalla importante de verdad.

—¿Pero cuál?

—Mi madre llegó a la conclusión de que sería la Medalla por Servicio Distinguido. Esa es importante, pero distinta. El estándar aplicable es servicio excepcionalmente meritorio al Gobierno de los Estados Unidos en un deber de gran responsabilidad. Es totalmente independiente de actividades de combate declaradas de manera formal. Normalmente se la entregan a brigadieres generales políticamente maleables y de ahí en adelante. Mi madre tenía la orden de ejecutar inmediatamente a todos los que tuvieran la Medalla por Servicio Distinguido. Por debajo del rango de brigadier general la entregan solo muy de vez en cuando. Pero es la única medalla significativa que podría haber ganado un capitán Delta esa noche en el Valle de Korangal.

Asentí. Estuve de acuerdo. Me figuré que Svetlana Hoth era una analista bastante buena. Claramente había sido bien entrenada, y bien informada. La KGB había hecho un trabajo decente. Dije:

—Así que fueron a buscar a alguien que se llamara John que hubiera sido un capitán Delta y ganado una Medalla por Servicio Distinguido, las dos cosas en 1983.

Lila asintió:

—Y para estar seguros, la medalla no tenía que tener ninguna aclaración.

—E hizo que Susan Mark ayudara.

—Yo no la *hice* ayudar. A ella le alegraba poder ayudar.

—¿Por qué?

—Porque la historia de mi madre la hizo sentir mal.

Svetlana Hoth sonrió y asintió.

Lila dijo:

—Y mi historia también la hacía sentir un poco mal. No tuve padre, igual que ella.

—¿Cómo surgió el nombre de John Sansom incluso antes de que Susan se reportara? — pregunté—. No creo que fue por un grupo de detectives privados de Nueva York sentados leyendo el diario y haciendo chistes.

—Es una combinación muy rara —dijo Lila—. John, Delta, Medalla por Servicio Distinguido, pero nunca general de una estrella. Lo notamos en el *Herald Tribune*, cuando se anunció su ambición por llegar al Senado. Estábamos en Londres. Se puede comprar ese diario en cualquier parte del mundo. Es una versión del *New York Times*. John Sansom bien podría ser el único hombre en la historia del Ejército de ustedes que coincide exactamente con esas características. Pero queríamos estar absolutamente seguras. Necesitábamos una confirmación final.

—¿Antes de qué? ¿Qué le quieren hacer?

Lila Hoth pareció sorprendida.

—¿Hacer? —dijo—. No queremos *hacer* nada. Solo queremos hablar con él, eso es todo. Le queremos preguntar por qué. Por qué le hizo eso a otros dos seres humanos.

## TREINTA Y OCHO

Lila Hoth terminó su té y apoyó la taza en el platillo. La porcelana fina tintineó sobre porcelana fina. Preguntó:

—¿Iría a buscar la información de Susan para mí?

No respondí.

—Mi madre ha esperado durante mucho tiempo —dijo.

—¿Por qué lo hizo? —pregunté.

—Tiempo, suerte, medios, oportunidad. Dinero, mayormente, supongo. Sus horizontes han sido muy estrechos, hasta hace muy poco.

—¿Por qué lo mataron a su marido? —pregunté.

—¿*Mi* marido?

—Allá en Moscú.

Lila hizo una pausa, y dijo:

—Era la época.

—Lo mismo para el marido de su madre.

—No. Ya le dije, si Sansom le hubiera disparado en la cabeza, como lo que le pasó a mi marido, o lo hubiera apuñalado en el cráneo, o le hubiera roto el cuello, o cualquier otra cosa que les enseñaran a hacer a los soldados Delta, habría sido distinto. Pero no lo hizo. En vez de eso fue cruel. Inhumano. Mi padre ni siquiera pudo rodar hacia su fusil, porque su fusil se lo habían robado.

No dije nada.

Ella dijo:

—¿Quiere a un hombre como ese en su Senado?

—¿Como lo contrario de qué?

—¿Me va a dar la confirmación de Susan?

—No sirve —dije.

—¿Por qué?

—Porque no llegaría ni siquiera cerca de John Sansom. Si algo de lo que usted dijo de verdad sucedió, entonces es un secreto, y va a seguir siendo un secreto por mucho tiempo. Y los secretos están protegidos, especialmente ahora. Ya hay dos agencias federales trabajando en esto. Acaban de venir tres tipos a hacerles preguntas. En el mejor de los casos, las van a deportar. Sus pies no van a tocar el piso en todo el viaje de acá al aeropuerto. Las van a subir al avión esposadas. En clase turista. Los británicos las van a sacar del avión del otro lado y van a pasar el resto de su

vida bajo vigilancia.

Svetlana Hoth seguía mirando la nada.

—Y en el peor de los casos, simplemente van a desaparecer —dije—. Acá mismo. En un momento van a estar en la calle, y después no van a estar más. Se van a estar pudriendo en Guantánamo, o van a estar de camino a Siria o a Egipto así las pueden matar allá.

Lila Hoth no habló.

—¿Mi consejo? —dije—. Olvídense de todo esto. A su padre y a su tío los mataron en una guerra. No fueron los primeros, y no van a ser los últimos. Cosas que pasan.

—Solo le queremos preguntar por qué.

—Ya saben por qué. No había habido declaración de hostilidades, por lo que no los podía matar. Es parte de las normas. Las sesiones informativas antes de cada misión son muy específicas.

—Entonces dejó que alguien lo hiciera por él.

—Era la época. Como usted dijo, podría haber iniciado la Tercera Guerra Mundial. Todos estaban interesados en que eso no sucediera.

—¿Miró el archivo? ¿Susan tenía realmente la confirmación? Solo dígame, sí o no. No voy a hacer nada sin verlo yo misma. No puedo.

—No va a hacer nada, punto.

—No estuvo bien.

—Invadir Afganistán en primer lugar no estuvo bien. Se deberían haber quedado en casa.

—Y lo mismo para ustedes, de todos los lugares a los que fueron.

—No lo discuto.

—¿Qué hay con la libertad de información?

—¿Qué hay con eso?

—América es un país de leyes.

—Cierto. ¿Pero sabe lo que dicen ahora realmente las leyes? Debería leer el *Herald Tribune* más atentamente.

—¿Nos va a ayudar?

—Le voy a pedir al conserje que les llame un taxi para ir al aeropuerto.

—¿Eso es todo?

—Esa es la mejor ayuda que cualquiera les podría dar.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para hacerlo cambiar de opinión?

No respondí.

—¿Nada de nada?

—No —dije.

Todos nos quedamos callados después de eso. El experto en té trajo la cuenta. Estaba en una billetera de cuero acolchada. Lila Hoth la firmó. Dijo:

—John Sansom tendría que rendir cuentas.

—Si fue él —dije—. Si hubiera sido alguien. —Saqué del bolsillo el teléfono de Leonid y lo tiré en la mesa. Empujé mi silla hacia atrás y me preparé para irme.

Lila dijo:

—Por favor conserve el teléfono.

—¿Por qué? —dije.

—Porque mi madre y yo nos quedamos. Solo unos días más. Y realmente me gustaría tener la posibilidad de llamarlo, en el caso de querer hacerlo. —No lo dijo de manera afectada. No de manera coqueta. Nada de párpados bajos, nada de batir pestañas. No me puso la mano en el brazo, no intentó seducirme, no intentó hacerme cambiar de opinión. Era solo una simple afirmación, transmitida de manera neutra.

Después dijo: “Incluso si no es un amigo”, y escuché en su voz el diminuto chillido subsónico de una amenaza. Solo un leve y distante repique de intimidación, un indicio de peligro, apenas audible detrás de las palabras, acompañado por un perceptible estremecimiento en sus asombrosos ojos azules. Como un cálido mar de verano cambiando a un hielo invernal iluminado por el sol. El mismo color, otra temperatura.

O quizás simplemente estaba triste, o ansiosa, o decidida.

La miré con una mirada de frente y me volví a guardar el teléfono en el bolsillo y me puse de pie y me fui. Había muchos taxis sobre la calle 57, pero ninguno estaba vacío. Así que caminé. El Sheraton estaba tres cuadras al oeste y cinco cuadras al sur. Veinte minutos, máximo. Me figuré que podía llegar ahí antes de que Sansom terminara su almuerzo.

## TREINTA Y NUEVE

No llegué al Sheraton antes de que Sansom terminara su almuerzo, en parte porque las veredas estaban atestadas de gente moviéndose despacio en medio del calor, y en parte porque había sido un almuerzo breve. Lo que supuse tenía sentido. La audiencia de Wall Street de Sansom quería gastar la máxima cantidad de tiempo haciendo dinero y la mínima cantidad de tiempo donándolo. Tampoco llegué a subirme al mismo Amtrak que él. Perdí un tren al DC por cinco minutos, lo que significó que lo seguí a la capital con una hora y media completa de atraso.

El guardia que estaba de servicio en la puerta del Edificio Cannon era el mismo. No me reconoció. Pero me dejó pasar de todos modos, principalmente por la Constitución. Por la Primera Enmienda en la Declaración de Derechos. *El Congreso no podrá hacer ninguna ley en la que se le prohíba al pueblo solicitar al Gobierno.* Las cosas de mi bolsillo pasaron por una máquina de rayos X y yo crucé un detector de metales y me palparon por más de que yo sabía que la luz se había prendido verde. Había un grupo de asistentes de la Casa adentro del lobby y uno de ellos me hizo pasar y me acompañó hasta el sector de Sansom. Los pasillos eran anchos y generosos y confusos. Las oficinas individuales parecían pequeñas y bien acomodadas, pero ahora estaban divididas en antesalas de recepción y espacios internos múltiples, en parte para uso del personal superior, supuse, y en parte para hacer que el eventual acceso laberíntico a la persona importante pareciera más un don de lo que realmente era.

El lugar de Sansom tenía el mismo aspecto que todos los demás. Una puerta que daba al corredor, muchas banderas, muchas águilas, algunos óleos de tipos de otra época con pelucas, un escritorio de recepción con una mujer joven detrás. Quizás una administrativa, quizás una pasante. Springfield estaba reclinado en la punta del escritorio de ella. Me vio y asintió sin sonreír y se empujó del escritorio con las manos y vino hasta la puerta a encontrarse conmigo y señaló con el pulgar por el corredor más al fondo.

—Cafetería —dijo.

Llegamos ahí bajando unas escaleras. Era una sala amplia y baja llena de mesas y sillas. Sansom no estaba ahí. Springfield gruñó como si no le sorprendiera y concluyó que Sansom había vuelto a la oficina mientras nosotros habíamos salido a buscarlo, por un camino alternativo, posiblemente vía el alojamiento de un colega. Dijo que el lugar era una madriguera y que siempre había conversaciones que tener y favores que buscar y tratos que cerrar y votos que negociar. Volvimos caminando por el mismo lugar por el que habíamos ido y Springfield metió la cabeza en una puerta interna y después se apartó y me hizo pasar adentro.

La oficina interna de Sansom era un espacio rectangular más grande que un closet y más

pequeño que una habitación de treinta dólares de un motel. Tenía una ventana y paredes con paneles cubiertas con fotos enmarcadas y recortes de diarios enmarcados y suvenires en estantes. Sansom estaba en una silla de cuero rojo detrás de un escritorio, con una pluma fuente en la mano y un montón de papeles desplegados enfrente de él. No tenía el saco puesto. Tenía el aspecto cansado y sin aire de un hombre que estuvo sentado quieto durante un tiempo largo. No había salido. El desvío a la cafetería había sido una farsa, presumiblemente armada para permitirle a alguien salir sin que yo lo viera. Quién, no sabía. Por qué, no sabía. Pero me senté en la silla de la visita y la encontré todavía caliente del cuerpo de otra persona. Detrás de la cabeza de Sansom había una copia grande enmarcada de la misma foto que había visto en el libro. Donald Rumsfeld y Saddam Hussein, en Bagdad. *A veces nuestros amigos se convierten en nuestros enemigos, y a veces nuestros enemigos se convierten en nuestros amigos.* Al lado había un conjunto de fotos más pequeñas, algunas de Sansom con grupos de gente, algunas de él solo y sonriendo y dándoles la mano a otros individuos. Algunas de las tomas con grupos eran formales, y algunas eran de sonrisas amplias y escenarios cubiertos de papel picado después de victorias electorales. Ví a Elspeth en la mayoría de las fotos. Su pelo había cambiado mucho a lo largo de los años. Ví a Springfield en algunas de las otras, su silueta pequeña y recelosa fácilmente reconocible incluso cuando las imágenes eran muy pequeñas. Las fotos en las que había dos personas eran todas de esas en las que los políticos aparecen dándose la mano y sonriendo. A algunos de los individuos que aparecían los reconocí, y a algunos no. Algunos habían firmado las fotos con dedicatorias extravagantes, y algunos no.

—¿Entonces? —dijo Sansom.

—Sé lo de la Medalla por Servicio Distinguido en 1983.

—¿Cómo?

—Por el VAL Silent Sniper. La bruja de la que le hablé es la viuda del tipo al que usted se lo sacó. Que es la razón por la cual usted reaccionó al nombre. Quizás nunca oyó hablar de Lila Hoth o Svetlana Hoth, pero por aquel entonces conoció a alguien de apellido Hoth. No cabe ninguna duda. Era obvio. Probablemente usted le sacó las chapas de identificación y se las hizo traducir. Probablemente todavía las tiene, como recuerdos.

No hubo sorpresa. Ninguna negación. Sansom simplemente dijo:

—No, en realidad esas chapas fueron guardadas con los partes operativos y todo lo demás.

No dije nada.

Sansom dijo:

—Se llamaba Grigori Hoth. En ese entonces tenía más o menos mi edad. Parecía competente. Su vigía, no tanto. Nos debería haber escuchado cuando nos acercábamos.

No respondí. Hubo un largo silencio. Entonces la situación parece que llegó a donde tenía que llegar y los hombros de Sansom cayeron y suspiró y dijo:

—Qué manera de ser descubierto, ¿no? Las medallas se supone que son premios, no castigos. No se supone que te arruinen las cosas. No se supone que te persigan el resto de tu vida como una maldita bola con cadena.

No dije nada.

Él preguntó:

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Nada —dije yo.

—¿De verdad?

—No me interesa lo que pasó en 1983. Y me mintieron. Primero con lo de Berlín, y todavía me están mintiendo. Dicen que son madre e hija. Pero no les creo. La supuesta hija es la cosa más linda que se haya visto. La supuesta madre cayó del árbol de lo feo y se dio contra todas las ramas. Las vi por primera vez con una policía del Departamento de Policía de Nueva York. Ella dijo que de acá a treinta años la hija iba a ser exactamente igual a la madre. Pero estaba equivocada. La más joven nunca se va a parecer a la más grande. Ni en un millón de años.

—¿Entonces quiénes son?

—Estoy preparado para aceptar que la más grande es de verdad. Era una comisaria política del Ejército Rojo que perdió a su marido y a su hermano en Afganistán.

—¿Su hermano?

—El vigía.

—¿Pero la mujer más joven está actuando?

Asentí:

—De viuda multimillonaria expatriada en Londres. Dice que su marido era un empresario que no pasó la prueba.

—¿Y no es creíble?

—Tiene el aspecto adecuado. Lo actúa bien. Quizás perdió a un marido en algún momento de la vida.

—¿Pero? ¿Qué es en verdad?

—Yo creo que es una periodista.

—¿Por qué?

—Sabe cosas. Tiene el tipo correcto de mente inquisitiva. Es analítica. Revisa el *Herald Tribune*. Es una muy buena cuentista. Pero habla demasiado. Está enamorada de las palabras y adorna mucho los detalles. No lo puede evitar.

—¿Por ejemplo?

—Decidió aumentar el *pathos*. Inventó que los comisarios políticos estaban en las trincheras junto a los soldados. Dice que fue concebida sobre un suelo de piedra debajo de un gabán del Ejército Rojo. Lo cual es mentira. Los comisarios era unos administrativos cagones a más no poder. Se quedaban bien lejos de la acción. Se apiñaban juntos atrás en los cuarteles, escribiendo panfletos. Ocasionalmente visitaban el frente, pero nunca si había algún tipo de peligro.

—¿Y esto usted lo sabe cómo?

—Usted sabe cómo lo sé. Esperábamos pelear una guerra por tierra con ellos en Europa. Esperábamos ganar. Esperábamos hacer prisioneros a millones de ellos. A los policías militares se los entrenaba para poder manejarlos a todos. El 110 iba a dirigir operaciones. Delirante, quizás, pero el Pentágono se lo tomó muy en serio. Nos enseñaban más del Ejército Rojo que del Ejército de Estados Unidos. Definitivamente nos enseñaban dónde encontrar exactamente a los comisarios. Teníamos la orden de ejecutarlos a todos inmediatamente.

—¿Qué tipo de periodista?

—Televisión, probablemente. El equipo local que contrató estaba relacionado con el negocio de la televisión. ¿Y vio alguna vez televisión de Europa del Este? Todos los presentadores son mujeres, y todas están espectaculares.

—¿Qué país?

—Ucrania.

—¿Qué ángulo?

—Investigativo, histórico, con un poco de interés humano mezclado. La más joven probablemente escuchó la historia de la más grande y decidió llevarla adelante.

—¿Como el History Channel en ruso?

—En ucraniano —dije.

—¿Por qué? ¿Cuál es el mensaje? ¿Nos quieren hacer quedar mal ahora? ¿Después de más de veinticinco años?

—No, creo que quieren hacer quedar mal a los rusos. Hay mucha tensión ahora mismo entre Rusia y Ucrania. Creo que la maldad de América la dan por sentada y están diciendo que el gran malvado Moscú no debería haber puesto en riesgo a pobres ucranianos desamparados.

—¿Y por qué todavía no vimos la historia?

—Porque están muy atrasados —dije—. Están buscando confirmación. Parece que ahí todavía tienen algún tipo de escrúpulo periodístico.

—¿Van a conseguir la confirmación?

—No de usted, presumiblemente. Y nadie más sabe nada con seguridad. Susan Mark no vivió lo suficiente como para decir que sí o que no. Así que todo vuelve a estar tapado. Les aconsejé que se olvidaran de todo y se fueran a casa.

—¿Por qué están actuando como madre e hija?

—Porque es un gran truco —dije—. Es atractivo. Es como un *reality show*. O esas revistas que venden en los supermercados. Claramente estudiaron nuestra cultura.

—¿Por qué esperar tanto?

—Lleva tiempo construir una industria de televisión madura. Probablemente perdieron años en cosas importantes.

Sansom asintió vagamente, y dijo:

—No es verdad que nadie sabe nada con seguridad. Usted parece saber mucho.

—Pero yo no voy a decir nada.

—¿Puedo confiar en que va a ser así?

—Serví trece años. Sé todo tipo de cosas. Y son cosas de las que no hablo.

—No me gusta lo fácil que les resultó acercarse a Susan Mark. Y no me gusta que no supimos de ella desde el vamos. Ni siquiera oímos nada de ella antes de la mañana después. Todo esto fue como una emboscada. Estuvimos siempre en desventaja.

Yo estaba mirando las fotos que estaban detrás de él. Mirando las figuras pequeñas. Sus siluetas, sus posturas, sus formas. Dije:

—¿De verdad?

—Nos deberían haber dicho.

—Hable con el Pentágono. Y con esos tipos del Watergate —dije.

—Lo haré —dijo Sansom. Después se quedó callado, como si estuviera repensando y reconsiderando, con más calma y a un paso más lento que el de su estilo habitual y rápido de oficial superior. *Todo vuelve a estar tapado*. Pareció examinar esa propuesta por un momento, de todo tipo de ángulos distintos. Después se encogió de hombros, y tuvo en la cara un gesto apenas avergonzado y preguntó:

—¿Entonces qué piensa de mí ahora?

—¿Es importante?

—Soy un político. Es una consulta reflejo.

—Creo que les debería haber pegado un tiro en la cabeza.

Hizo una pausa y dijo:

—No teníamos armas silenciadas.

—Sí tenían. Les acababan de sacar una a ellos.

—Normas.

—Las deberían haber ignorado. El Ejército Rojo no viajaba con laboratorios forenses. No hubiesen tenido idea de quién le disparó a quién.

—¿Entonces qué piensa de mí?

—Pienso que no los debería haber entregado. Estaba injustificado. Ese iba a ser el punto de la historia, de hecho, en la televisión ucraniana. La idea era hacer que la vieja estuviera al lado suyo y le preguntara por qué.

Sansom se volvió a encoger de hombros:

—Me gustaría que pudiese. Porque lo cierto es que no los entregamos. En vez de eso los liberamos. Fue un riesgo calculado. Una especie de engaño doble. Habían perdido el fusil. Todos habrían asumido que lo habían agarrado los muyahidines. Lo cual era un resultado lamentable y una gran desgracia. Para mí estaba claro que les tenían miedo a sus oficiales y a sus comisarios políticos. Por lo que se habrían peleado por decir la verdad, que fueron americanos, no afganos. Habría sido una especie de exculpación. Pero sus oficiales y sus comisarios sabían que les tenían mucho miedo, por lo que la verdad habría sonado como una mentira. Como una excusa patética. La habrían descartado inmediatamente, como una fantasía. Así que sentí que era lo suficientemente seguro dejarlos ir. La verdad habría quedado ahí a la vista de todos, pero sin reconocer.

—¿Entonces qué pasó? —dije.

—Supongo que tenían más miedo de lo que yo pensaba —dijo Sansom—. Tanto miedo como para no volver. Supongo que simplemente se anduvieron moviendo por ahí, hasta que los encontró la gente de las tribus. Grigori Hoth estaba casado con una comisaria política. Le tenía miedo. Eso fue lo que pasó. Y eso fue lo que lo mató.

No dije nada.

Él dijo:

—No es que espere que alguien me crea.

No respondí.

Él dijo:

—Está en lo cierto acerca de la tensión entre Rusia y Ucrania. Pero también hay tensión entre Rusia y nosotros. Ahora mismo hay mucha. Si la parte de la historia del Korangal se difunde, las cosas podrían estallar seriamente. Es como la Guerra Fría todo de vuelta. Salvo que diferente. Al menos los soviéticos estaban cuerdos, a su modo. Estos, no tanto.

Después de eso nos quedamos sentados en silencio por un período que se sintió como mucho tiempo, y después el teléfono del escritorio de Sansom empezó a sonar. Era la recepcionista. Yo podía oír la voz desde el auricular, y desde el otro lado de la puerta. Recitó sin detenerse una lista de cosas que precisaban atención urgente. Sansom colgó y dijo: “Me tengo que ir. Voy a llamar a

un ordenanza para que lo acompañe”. Se puso de pie y dio la vuelta al escritorio y salió de la sala. Tal como un hombre inocente sin nada que esconder. Me dejó ahí solo, sentado en la silla, con la puerta abierta. Springfield se había ido, también. No pude ver a nadie en la oficina externa salvo por la mujer en el escritorio. Me sonrió. Le sonreí. No apareció ningún ordenanza.

*Estuvimos siempre en desventaja*, había dicho Sansom. Esperé un minuto largo y después me empecé a mover un poco como si estuviera inquieto. Entonces después de un intervalo plausible me levanté de la silla. Di vueltas con las manos agarradas atrás, como un hombre inocente sin nada que esconder, simplemente esperando en un territorio que no es el propio. Me dirigí hacia la pared detrás del escritorio, como si fuera un destino completamente al azar. Estudié las fotos. Conté las caras que conocía. Mi total inicial llegó a veinticuatro. Cuatro presidentes, otros nueve políticos, cinco deportistas, dos actores, Donald Rumsfeld, Saddam Hussein, Elspeth y Springfield.

Más alguien más.

Conocía una vigesimoquinta cara.

En todas las fotos celebratorias de victorias de noches electorales, justo al lado de Sansom, había un tipo que sonreía con el mismo tipo de sonrisa amplia, como disfrutando al calor de un trabajo bien hecho, como si no estuviera muy modestamente reclamando su participación completa en el crédito. Un estratega. Un táctico. Un Svengali. Un operador político entre bastidores.

El jefe de campaña de Sansom, presumiblemente.

Tenía más o menos mi edad. En todas las fotos estaba cubierto de papel picado o enredado en serpentina o hundido hasta las rodillas en globos y estaba sonriendo como un idiota, pero sus ojos eran fríos. Tenían una astucia taimada y calculadora.

Me recordaron los ojos de un jugador de béisbol.

Supe por qué habían montado la farsa de la cafetería.

Supe quién había estado sentado en la silla para visitas de Sansom antes que yo.

*Estuvimos siempre en desventaja*.

*Mentiroso*.

Conocía al jefe de campaña de Sansom.

Lo había visto antes.

Lo había visto usando unos pantalones chinos y una camisa polo, viajando en la línea 6 tarde a la noche en la Ciudad de Nueva York.

## CUARENTA

Revisé con mucho cuidado todas las fotos de festejos. El tipo del metro estaba en todas. Ángulos distintos, años distintos, victorias distintas, pero definitivamente era el mismo tipo, literalmente la mano derecha de Sansom. Entonces un ordenanza entró como apurado a la oficina y dos minutos más tarde yo estaba de vuelta en la vereda de la avenida Independence. Catorce minutos después de eso estaba dentro de la estación de trenes, esperando el siguiente tren de vuelta a Nueva York. Cincuenta y ocho minutos después de eso estaba arriba del vagón, sentado confortablemente, saliendo de la ciudad, mirando por la ventana los desoladores terrenos de las vías. Bien a mi izquierda una cuadrilla de hombres con cascos y chalecos fluorescentes de alta visibilidad trabajaba en una sección de rieles. Los chalecos brillaban a través del esmog. El material del que estaban hechos debía tener diminutos fragmentos de vidrio reflectante mezclados en el tejido plástico. Seguridad, a través de la química. Los chalecos excedían la alta visibilidad. Más bien llamaban la atención. Hacían que la mirada se dirigiera hacia ahí. Los miré trabajar hasta que se volvieron no más que unos diminutos puntos naranjas a lo lejos, y después hasta que se perdieron completamente de vista, lo que sucedió más de un kilómetro y medio después. Y a esa altura ya tenía todo lo que iba a llegar a tener. Ya sabía todo lo que iba a llegar a saber. Pero no sabía que sabía. No en ese momento.

El tren llegó a Penn y comí una cena tarde en un lugar justo enfrente de donde había desayunado. Después fui caminando hasta la estación de policía del distrito 14 en la calle 35 Oeste. Había empezado la guardia nocturna. Theresa Lee y su compañero Docherty ya estaban en sus puestos. El sector de la brigada estaba en silencio, como si le hubieran absorbido todo el aire. Como si hubiera habido malas noticias. Pero no había nadie corriendo alrededor. Por lo que las malas noticias habían sucedido en algún otro lado.

La recepcionista en la entrada del corral ya me había visto antes. Se dio vuelta con la silla giratoria y miró a Lee, que puso cara de que no se iba a morir de una u otra manera si volvía a hablar conmigo o no. Así que la recepcionista se volvió a girar y también puso una cara, como si la opción de quedarme o irme fuera totalmente mía. Hice chirriar la bisagra y fui recorriendo el camino entre escritorios hasta el fondo de la sala. Docherty hablaba por teléfono, o más bien escuchaba lo que le decían. Lee solo estaba ahí sentada, sin hacer nada. Levantó la mirada cuando me acerqué y dijo:

—No estoy de humor.

—¿Para qué?

—Susan Mark —dijo.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna.

—¿Nada más del muchacho?

—Seguro que te preocupa el muchacho.

—¿Y a ti no?

—Ni siquiera un poco.

—¿El expediente sigue cerrado?

—Más cerrado que culo de muñeca.

—OK —dije.

Hizo una pausa y suspiró y dijo:

—¿Qué tienes?

—Sé quién era el quinto pasajero.

—Había solo cuatro pasajeros.

—Y la tierra es plana y la luna es de queso.

—¿Cometió este presunto pasajero algún delito entre la calle 30 y la 45?

—No —dije.

—Entonces el expediente se queda cerrado.

Docherty terminó la llamada y miró a su compañera con una mirada elocuente. Yo sabía qué significaba esa mirada. Yo había sido policía de algún tipo durante trece años y había visto antes muchas veces esa clase de mirada. Significaba que alguien que no eran ellos tenía un caso grande, y que Docherty básicamente estaba contento de no estar involucrado, pero también algo desanimado, porque incluso si estar en el medio de la acción era burocráticamente un fastidio, era quizás mucho mejor que mirar desde afuera.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Homicidio múltiple en el 17 —dijo Lee—. Uno feo. Cuatro tipos abajo de la autopista Franklin Roosevelt, golpeados y asesinados.

—Con martillos —dijo Docherty.

—¿Martillos? —dije.

—Herramientas de carpintería. Del Home Depot de la calle 23. Recién comprados. Los encontraron en la escena. Todavía tienen la etiqueta con el precio, abajo de la sangre.

—¿Quiénes eran los cuatro tipos? —pregunté.

—Nadie sabe —dijo Docherty—. Esa parece haber sido la cuestión con los martillos. Las caras están hechas puré, los dientes están todos destrozados, y las huellas digitales están arruinadas.

—¿Viejos, jóvenes, negros, blancos?

—Blancos —dijo Docherty—. No viejos. De traje. Ninguna otra información para averiguar más, salvo que tenían en los bolsillos tarjetas de presentación falsas, con el nombre de alguna empresa que no está registrada en ningún lugar en el estado de Nueva York, y un número de teléfono que está permanentemente desconectado porque le pertenece a una empresa de cine.

## CUARENTA Y UNO

El teléfono de Docherty sonó y él atendió y empezó a escuchar de vuelta. Un amigo en el distrito 17, presumiblemente, con más detalles para compartir. La miré a Lee y dije:

—Ahora van a tener que volver a abrir el expediente.

—¿Por qué? —dijo.

—Porque esos tipos eran el equipo local que contrató Lila Hoth.

Me miró y dijo:

—¿Qué eres? ¿Un telépata?

—Me los encontré dos veces.

—Te encontraste con un equipo dos veces. Nada dice que estos son los mismos.

—Me dieron una de esas tarjetas de presentación falsas.

—Todos esos equipos usan tarjetas de presentación falsas.

—¿Con el mismo tipo de número de teléfono?

—Las películas y la televisión son los únicos lugares en los que se pueden conseguir esos números.

—Eran ex policías. ¿No te importa?

—Me preocupan los policías, no los ex policías.

—Mencionaron el nombre de Lila Hoth.

—No, un equipo mencionó su nombre. Eso no quiere decir que lo hayan hecho estos tipos.

—¿Crees que es una coincidencia?

—Podrían ser el equipo de cualquiera.

—¿Cómo quién otro?

—Cualquiera de cualquier parte del mundo. Esto es Nueva York. Nueva York está llena de tipos que trabajan por su cuenta. Se mueven en manada. Todos se parecen y todos hacen lo mismo.

—También mencionaron el nombre de John Sansom.

—No, un equipo mencionó su nombre.

—De hecho ellos fueron el primer lugar en el que escuché el nombre de él.

—Entonces quizás eran el equipo de él, no el de Lila. ¿Podría haber estado tan preocupado como para tener gente propia acá?

—Tenía a su jefe de campaña en el metro. Era el quinto pasajero.

—Ahí está, entonces.

—¿No vas a hacer nada?

—Le voy a pasar la información al distrito 17, para más contexto.  
—¿No vas a volver a abrir el expediente?  
—No hasta que me entere de algún delito de mi lado de la avenida Park.  
—Me voy al Four Seasons —dije.

Era tarde y yo estaba bastante al oeste y no encontré un taxi hasta que llegué a la Sexta Avenida. Después de eso fue un viaje rápido hasta el hotel. El lobby estaba tranquilo. Entré como si tuviese derecho de estar ahí y subí en el ascensor hasta el piso de Lila Hoth. Atravesé el corredor silencioso y me detuve afuera de la suite.

La puerta estaba un par de centímetros abierta.

La traba de seguridad de la puerta estaba salida y el cierre resorte había hecho que quedara agarrada contra el marco. Me quedé quieto un segundo más y golpeé.

No hubo respuesta.

Empujé la puerta y sentí cómo el mecanismo empujaba hacia mí. La sostuve abierta a cuarenta y cinco grados contra mis dedos separados e intenté escuchar algo.

No había ningún sonido adentro.

Abrí la puerta del todo y entré. Delante de mí el living tenía una luz tenue. Las luces estaban apagadas pero las cortinas estaban abiertas y de la ciudad afuera llegaba el suficiente brillo como para mostrarme que la habitación estaba vacía. Vacía, en cuanto que no había gente. También vacía en cuanto que habían hecho el check-out y no estaba ocupada. Nada de bolsas de compras en los rincones, nada de artículos personales apoyados con o sin cuidado, nada de abrigos en las sillas, nada de zapatos en el piso. Ningún signo de vida.

Los dormitorios lo mismo. Las camas todavía estaban hechas, pero tenían encima marcas del tamaño de valijas y arrugas. Los placares estaban vacíos. Los baños tenían toallas usadas desparramadas. Las duchas estaban secas. Pude sentir en el aire un débil rastro del perfume de Lila Hoth, pero eso era todo.

Recorrí los tres ambientes una vez más y después volví al pasillo. La puerta se cerró detrás de mí. Escuché cómo el resorte dentro de la bisagra cumplía su función y escuché cómo la traba de seguridad se ajustaba en el marco de la puerta, metal sobre madera. Caminé hasta el ascensor y apreté el botón para llamarlo y la puerta se abrió inmediatamente. Me había esperado. Un protocolo para el horario nocturno. Nada de movimiento innecesario de ascensores. Nada de ruido innecesario. Bajé de vuelta al lobby y caminé hasta la recepción. Estaba de servicio el personal de noche completo. No tanta gente como de día, pero demasiada como para que funcionara el truco de los cincuenta dólares. El Four Seasons no era esa clase de lugar. Un tipo levantó la mirada de la pantalla y preguntó cómo me podía ayudar. Le pregunté exactamente cuándo habían hecho las Hoth el check-out.

—¿Las quién, señor? —me preguntó a su vez. Hablaba con una voz suave, medida, de turno noche, como si le preocupara despertar a los huéspedes apilados mucho más arriba de donde él estaba.

—Lila Hoth y Svetlana Hoth —dije.

Puso cara como de que no sabía de qué le estaba hablando y volvió a llevar la mirada a la pantalla y apretó algunas teclas del teclado. Se movió hacia arriba y hacia abajo por la pantalla y apretó algunas teclas más y dijo:

—Lo lamento, señor, pero no hay ningún registro de alguien que se haya hospedado bajo ese nombre.

Le dije el número de la suite. Apretó algunas teclas más y su boca hizo una mueca hacia abajo como de desconcierto y dijo:

—Esa suite no se ha usado para nada esta semana. Es muy cara y bastante difícil de alquilar.

Chequeé otra vez el número en mi mente y dije:

—Estuve ahí anoche. Estaba en uso. Y me volví a encontrar con las ocupantes hoy, en el salón de té. Hay una firma en una cuenta.

Volvió a intentar. Buscó consumiciones del salón de té que hubieran sido cargadas a cuentas de huéspedes. Hizo girar a medias la pantalla para que yo también lo pudiera ver, con el gesto de compartir que usan los empleados cuando te quieren convencer de algo. Habíamos consumido té para dos más una taza de café. No había ningún registro de una factura así.

Después oí unos pequeños sonidos detrás de mí. El frote de suelas sobre alfombra, el jadeo de respiraciones agitadas, el suspiro de tela cortando el aire. Y el tintineo de algún metal. Me di vuelta y me encontré de frente a un semicírculo perfecto de siete hombres. Cuatro eran agentes uniformados del Departamento de Policía de Nueva York. Tres eran los agentes federales con los que me había encontrado antes.

Los policías tenían escopetas.

Los federales tenían otra cosa.

## CUARENTA Y DOS

Siete hombres. Siete armas. Las escopetas de los policías eran Franchi SPAS-12. Italianas. Probablemente no un pedido estándar del Departamento de Policía de Nueva York. La SPAS-12 es un artículo futurista de aspecto temible, un arma semiautomática calibre 12 de ánima lisa con empuñadura de pistola y con culata rebatible. Ventajas, muchas. Contras, dos. El costo era la primera, pero claramente a algún especialista de división dentro del departamento de policía le había alegrado firmar el pedido. El modo semiautomático era la segunda contra. Se decía que era teóricamente poco fiable en una escopeta potente. Las personas que tienen que disparar o morir se preocupan por esas cosas. Las fallas mecánicas son algo que pasa. Pero yo no iba a apostar a favor de cuatro fallas mecánicas al mismo tiempo, por la misma razón por la que no juego a la lotería. El optimismo es bueno. La fe ciega no.

Dos de los federales tenían en las manos unas Glock 17. Pistolas automáticas nueve milímetros austriacas, cuadradas, angulosas, confiables, bien probadas a lo largo de más de veinte años de servicio eficaz. Yo me había quedado con una leve preferencia personal por la Beretta M9, como las Franchi también italiana, pero un millón de veces de una y un millón la Glock iba a hacer el trabajo igual de bien que la Beretta.

En ese momento el trabajo era hacer que yo me quedara quieto, listo para la atracción principal.

El líder de los federales estaba en el centro exacto del semicírculo. Tres hombres a su izquierda, tres a su derecha. Tenía un arma que yo solo había visto antes por televisión. Lo recordaba bien. Un canal de cable, en la habitación de un motel en Florencia, Texas. No el Military Channel. El National Geographic Channel. Un programa sobre África. No guerras civiles y caos y enfermedad y hambruna. Un documental sobre la vida salvaje. Gorilas, no guerrillas. Un grupo de investigadores zoológicos estaba rastreando un macho adulto espalda plateada. Le querían poner un transmisor en la oreja. La criatura pesaba cerca de doscientos cincuenta kilos. Un cuarto de tonelada. Lo adormecieron con una pistola de dardos cargada con un tranquilizante para primates.

Con eso era con lo que el líder de los federales me estaba apuntando.

Una pistola de dardos.

La gente de National Geographic se había empeñado mucho para dejar tranquilos a los espectadores y asegurarles que el procedimiento no era inhumano. Habían mostrado diagramas detallados y simulaciones computarizadas. El dardo era un cono muy pequeño y con plumas, con una aguja de acero quirúrgico. La punta del dardo era un panal de cerámica esterilizado con anestesia adentro. El dardo salía disparado a gran velocidad y la aguja se enterraba en el animal

casi un centímetro y medio. Y se detenía. La punta buscaba seguir avanzando. El impulso. La ley del movimiento de Newton. El shock y la inercia hacían explotar la matriz de cerámica y el veneno que estaba contenido en el panal se lanzaba hacia delante, no exactamente en gotitas, no exactamente como un aerosol. Como una densa rociada desparramándose debajo de la piel, inundando tejido del mismo modo en que una servilleta de papel absorbe una gota de café derramado. El arma misma era de un solo disparo. Se la cargaba con un dardo solo, y con una sola botellita de gas comprimido para darle potencia. Nitrógeno, según recuerdo. Volver a cargarla era trabajoso. Era mejor acertar la primera vez.

Los investigadores en el documental habían acertado la primera vez. El gorila había quedado grogui después de ocho segundos, y en coma después de veinte. Entonces se había despertado en un estado de perfecta salud diez horas más tarde.

Pero pesaba el doble de lo que peso yo.

Detrás de mí estaba el mostrador de la recepción del hotel. Lo podía sentir contra mi espalda. Tenía un estante de alrededor de treinta y cinco centímetros de ancho ubicado probablemente a ciento seis centímetros del piso. Altura de barra. Conveniente para que un cliente despliegue ahí sus papeles. Conveniente para firmar cosas ahí arriba. Detrás había una caída a un mostrador de altura de escritorio normal para los recepcionistas. Tenía quizás setenta y cinco centímetros de fondo. O más. No estaba seguro. Pero el obstáculo completo era una valla alta y ancha imposible de saltar partiendo de una posición de reposo. Especialmente de cara a la dirección equivocada. E inútil, de todos modos. Saltar el mostrador no me hubiese dejado en otra sala. Iba a seguir estando ahí, solo que detrás del mostrador en vez de adelante. No una ganancia neta, y quizás una gran pérdida neta si aterrizaba de manera rara sobre una silla con rueditas o me enredaba en un cable de teléfono.

Giré la cabeza y miré detrás de mí. No había nadie. La gente del escritorio se había movido, a la izquierda y a la derecha. Les habían dado instrucciones. Incluso quizás lo habían ensayado. Los siete hombres frente a mí tenían un campo de visión y de tiro despejado.

Ninguna salida hacia delante, ninguna salida hacia atrás.

Me quedé quieto.

El líder de los federales tenía el cañón de la pistola de dardos apuntando hacia abajo directo a mi muslo izquierdo. Mi muslo izquierdo representaba un blanco moderadamente grande. Nada de grasa debajo de la piel. Solo carne dura, llena de capilares y otras ayudas para una circulación sanguínea rápida y eficiente. Completamente desprotegido, salvo por mis nuevos pantalones, que eran de tela de verano de algodón delgado. *No venga vestido así o no lo van a dejar entrar.* Me puse tenso, como si el tono muscular pudiera hacer que la maldita cosa rebotara. Después me volví a relajar. El tono muscular no había ayudado al gorila y no me iba a ayudar a mí. Mucho más atrás de los siete hombres podía ver en un rincón a oscuras un grupo de paramédicos. Uniformes del departamento de bomberos. Tres hombres, una mujer. Estaban de pie y a la espera. Tenían lista una camilla con ruedas.

Cuando todo lo demás falla, empieza a hablar.

Dije:

—Si tienen más preguntas, no tengo ningún problema de que nos sentemos a hablar. Podríamos pedir café, mantener las cosas civilizadas. Descafeinado, si prefieren. Dado que es tarde. Nos van a dar café recién hecho, estoy seguro. Después de todo estamos en el Four Seasons.

El líder de los federales no respondió. En vez de eso me disparó. Con la pistola de dardos. De

una distancia de más o menos dos metros y medio, derecho a la carne de mi muslo. Escuché una explosión de gas comprimido y sentí dolor en la pierna. No un pinchazo. Un golpe seco y punzante, como una herida de cuchillo. Después una décima de segundo de nada, como descreimiento. Después una reacción afilada y rabiosa. Pensé que si yo fuera un gorila les querría decir a los malditos investigadores que se queden en casa y dejen mis orejas tranquilas.

El líder de los federales bajó el arma.

Durante un segundo no pasó nada. Después sentí cómo se me aceleraba el corazón y cómo mi presión arterial hacía un pico y caía. Escuché una aceleración fuerte en las sienes, como comida china hace veinte años. Miré hacia abajo. La parte de atrás con plumas del dardo estaba apretada contra mi pantalón. Me la saqué. La aguja estaba manchada de sangre. Pero ya no tenía la punta. El material cerámico se había hecho polvo y el líquido que había mantenido en suspenso ya estaba dentro de mí, haciendo su trabajo. Un punto grueso de sangre brotó de la herida y empapó la tela de algodón de mis pantalones, siguiendo el tejido y los pliegues como el mapa de una epidemia expandiéndose por las calles de una ciudad. Mi corazón estaba latiendo rápido. Podía sentir cómo la sangre se movía por adentro mío a toda velocidad. Lo quería detener. Ninguna manera práctica de hacerlo. Me recliné contra el mostrador. Solo de manera temporal, supuse. Para reponerme. Los siete hombres que estaban enfrente de mí parecieron deslizarse de repente hacia los costados. Como la jugada de la rueda en béisbol. No estaba seguro de si ellos se habían movido o si yo había movido la cabeza. O quizás se había movido la sala. Ciertamente estaba teniendo lugar una enorme cantidad de rotación rápida. Una especie de sensación giratoria. El borde del mostrador me golpeó por debajo de los omóplatos. O se estaba moviendo hacia arriba o yo me estaba cayendo. Llevé las manos hacia atrás y las apoyé planas sobre la superficie de madera. Intenté mantenerlo en un lugar. O mantenerme en un lugar a mí mismo. No hubo suerte. El borde me golpeó en la nuca. Mi reloj interno no estaba funcionando bien. Estaba intentando contar los segundos. Quería llegar a nueve. Quería resistir más que el espalda plateada. Algún último vestigio de orgullo. No estaba seguro de si lo estaba logrando.

Mi trasero dio contra el piso. Perdí la visión. No se volvió tenue u oscura. En vez de eso brilló. Se llenó de unas delirantes formas plateadas que daban vueltas, que destellaban horizontalmente de derecha a izquierda. Como un juego de un parque de diversiones andando mil veces más rápido. Después empecé una secuencia de sueños disparatados, insistentes y emocionantes y vívidos. Llenos de acción y color. Más adelante me di cuenta de que el inicio de los sueños marcó el punto en el que perdí oficialmente la conciencia, tirado ahí en el piso del lobby del Four Seasons.

## CUARENTA Y TRES

No sé exactamente cuándo me desperté. El reloj en mi cabeza todavía no estaba funcionando bien. Pero finalmente salí a la superficie. Estaba en un catre. Tenía las muñecas y los tobillos amarrados contra las barras con precintos de plástico. Seguía con toda la ropa puesta. Salvo los zapatos. Esos no estaban. En el estado de aturdimiento en el que me encontraba oí en mi cabeza la voz de mi hermano muerto. Una frase que le gustaba decir de chico: *Antes de criticar a alguien, deberías ponerte en los zapatos del otro. Después sales corriendo y para cuando lo empiezas a criticar estás lejos y el otro te tiene que perseguir en medias.* Moví los dedos de los pies. Después moví la cadera. Pude sentir que los bolsillos estaban vacíos. Me habían sacado mis cosas. Quizás habían hecho una lista en una planilla y habían puesto todo en una bolsa.

Moví la cabeza hacia el hombro y froté el mentón contra la remera. Algo de barba, un poco más de lo que recordaba. Quizás de unas ocho horas. El gorila en el National Geographic Channel había dormido diez. Un punto para Reacher, salvo que probablemente conmigo habían usado una dosis menor. Al menos esperé que así hubiera sido. Ese primate enorme se había derrumbado como un árbol.

Volví a levantar la cabeza y miré alrededor. Estaba en una celda, y la celda estaba adentro de una sala. Ninguna ventana. Luz eléctrica brillante. Una construcción nueva adentro de una construcción vieja. Una fila de tres jaulas simples hechas de hierro soldado nuevo y brillante, dispuestas en línea dentro de una sala de ladrillos vieja y grande. Las celdas eran de más o menos dos metros y medio cuadrados y dos metros y medio de alto. El techo era de barrotes, igual que los lados. El piso era de placas de hierro antideslizante. La placa antideslizante estaba doblada hacia arriba en los extremos, formando una bandeja poco profunda de unos tres centímetros de hondo. Para contener líquidos derramados, supuse. Se puede derramar cualquier clase de líquido en una celda. La bandeja estaba soldada a los barrotes verticales por dentro de un riel horizontal que daba toda la vuelta alrededor por la parte de abajo. En el piso no había tornillos. Las celdas no estaban fijadas por debajo. Simplemente estaban ahí apoyadas, tres estructuras sueltas acomodadas en una sala grande y vieja.

La sala grande y vieja por su parte tenía un techo alto y abovedado. El ladrillo estaba todo recientemente pintado de blanco, pero parecía liso y gastado. Hay personas que pueden ver el volumen de los ladrillos y los patrones de mampostería que conforman y decirte exactamente dónde está el edificio y exactamente cuándo se construyó. Yo no soy una de esas personas. Pero así y todo el lugar me pareció de la Costa Este. Siglo XIX, construido a mano. Mano de obra inmigrante, trabajando de manera rápida y desprolija. Probablemente todavía estaba en Nueva York. Y probablemente estaba bajo tierra. El lugar se sentía como un sótano. No húmedo, no frío,

pero de alguna manera estabilizado en términos de temperatura y humedad en virtud de estar enterrado.

Yo estaba en la jaula del medio de las tres. Tenía el catre al que estaba amarrado y un inodoro. Eso era todo. Nada más. El inodoro tenía alrededor una pantalla divisoria de tres lados en forma de U de más o menos un metro de alto. El tanque del inodoro tenía una tapa honda que formaba un lavabo. Vi un grifo. No más que uno. Solo agua fría. Las otras dos jaulas parecían iguales. Catres, inodoros, nada más. Alejándose de cada una de las celdas había excavaciones recientes en el piso de la sala exterior. Zanjas angostas, tres, exactamente paralelas, vaciadas y rellenas y emparejadas con cemento nuevo. Instalación cloacal para los inodoros, supuse, e instalación de agua para los grifos.

Las otras dos jaulas estaban vacías. Yo estaba solo.

En el rincón más alejado de la sala de afuera donde las paredes se juntaban con el techo había una cámara de seguridad. Un ojo de vidrio brillante y malicioso. Un lente gran angular, presumiblemente, para ver toda la sala al mismo tiempo. Para ver las tres celdas. Supuse que también habría micrófonos. Muchos más que uno, probablemente, algunos cerca. La escucha electrónica es difícil. La claridad es importante. El eco del lugar lo puede arruinar todo.

Me dolía un poco la pierna izquierda. Una herida delgada y profunda y un moretón, en el lugar en el que el dardo había impactado. La sangre en el pantalón ya estaba seca. No había mucha. Probé la resistencia de los precintos que me agarraban las muñecas y los tobillos. Irrompibles. Me sacudí y tironeé de ellos por medio minuto. No intentando liberarme. Solo para corroborar si el esfuerzo me iba a hacer desmayar de vuelta, e intentando atraer la atención de quien fuera que estuviese mirando por la cámara de seguridad y escuchando por los micrófonos.

No me desmayé de vuelta. Me dolía un poco la cabeza a medida que se despejaba, y el esfuerzo no hacía que mi pierna dejara de latir. Pero más allá de esos dos síntomas menores me sentía bastante bien. La atención que atraje se demoró bastante más allá de un minuto y se dio en la forma de un tipo al que no había visto nunca acercándose hacia mí con una jeringa hipodérmica. Alguna clase de técnico médico. Tenía un algodón húmedo en la otra mano, listo para pasarme por el hueco del codo. Se detuvo fuera de mi jaula y me miró a través de los barrotes.

—¿Es una dosis letal? —le pregunté.

—No —dijo el tipo.

—Entonces mejor que no te acerques. Porque por más veces que me inyectes después me voy a volver a despertar. Y una de esas veces te voy a ir a buscar. O te voy a hacer comer esa cosa o te la voy a meter por el trasero y te voy a inyectar desde adentro.

—Es un calmante —dijo el tipo—. Un analgésico. Para la pierna.

—Mi pierna está bien.

—¿Seguro?

—No te acerques.

Y eso hizo. Se fue por una gruesa puerta de madera pintada del mismo blanco que las paredes. La puerta parecía vieja. Tenía una forma vagamente gótica. Había visto puertas similares en viejos edificios públicos. Escuelas públicas, y comisarías.

Volví a apoyar la cabeza en el catre. No tenía almohada. Miré hacia arriba por entre los barrotes del techo y me preparé para ponerme cómodo. Pero menos de un minuto después dos de los hombres que yo conocía entraron por la puerta de madera. Dos de los agentes federales. Los

dos que acompañaban, no el líder. Uno tenía una Franchi 12. Parecía cargada y amartillada y lista. El otro tenía algún tipo de herramienta y un montón de cadenas delgadas enroscadas en el brazo. El que tenía la escopeta se acercó a mis barrotes y metió el cañón y apoyó la boca de fuego en mi garganta y la dejó ahí. El que tenía las cadenas abrió mi puerta. No con una llave, sino girando un dial a izquierda y derecha. Una cerradura con combinación. Abrió la reja y entró y se detuvo junto al catre. La herramienta que tenía en la mano era como una pinza, pero con filo en vez de con agarre plano dentado. Alguna especie de aparato para cortar. Vio que yo lo estaba mirando y sonrió. Se inclinó hacia delante, por encima de mi cintura. La boca de la escopeta hizo más presión en mi garganta. Una precaución sabia. Incluso con las manos amarradas me podría haber movido hacia delante desde la cintura y le podría haber dado un buen cabezazo. No uno de mis mejores, quizás, pero con un quiebre fuerte desde el cuello lo podría haber dejado durmiendo por más tiempo del que había dormido yo. Por más tiempo del que había dormido el cabeza plateada, tal vez. La cabeza ya me dolía. Otro gran impacto no habría empeorado mucho las cosas.

Pero la boca de la Franchi se quedó firmemente en su lugar y yo fui reducido al plano de espectador. El que tenía las cadenas las desenroscó y las puso en el lugar, como una prueba. Una iba a encadenar mis muñecas a mi cintura, una iba a encadenar mis tobillos, y la tercera iba a conectar a las dos primeras. Controles estándares de prisión. Iba a poder arrastrar un pie por vez y levantar las manos hasta las caderas, pero eso era todo. El tipo trabó todas las cadenas y las ajustó y las testeó, y después usó la herramienta para cortar los precintos de plástico. Salió de la jaula y dejó la reja abierta y su compañero retiró la Franchi.

Imaginé que se suponía que yo saliera del catre y me levantara. Así que me quedé donde estaba. Tienes que racionar las victorias de tus oponentes. Las tienes que ir repartiendo, despacio y de manera miserable. Tienes que hacer que tus oponentes estén subliminalmente agradecidos por cada pequeña muestra de docilidad. De esa manera quizás consigues terminar concediendo diez pequeñas derrotas por día, en vez de diez grandes.

Pero los dos federales habían tenido el mismo entrenamiento que había tenido yo. No se quedaron ahí sintiéndose cada vez más abatidos y frustrados. Simplemente se fueron, y el que había puesto las cadenas habló en voz alta desde la puerta y dijo: “Café y muffins por acá, cuando quiera”. Comentario que me pasó la decisión a mí, tal como pretendía. No era elegante esperar una hora e ir hasta allá como pudiera y devorarme todo como si estuviera desesperado. Para nada elegante. Así que esperé un tiempo simbólico y después me bajé del catre y salí de la jaula arrastrando los pies.

La puerta de madera llevaba a una sala que tenía más o menos la misma forma y el mismo tamaño que los que tenía la de las jaulas. La misma construcción, el mismo color de pintura. Ninguna ventana. Había una mesa grande de madera en el medio. Tres sillas en la parte más alejada, ocupadas con los tres federales. Una silla de mi lado, vacía. Esperándome a mí. Sobre la mesa, alineadas de manera prolija, estaban las cosas que yo tenía en los bolsillos. Mi rollo de dinero, aplastado y atrapado bajo unas cuantas monedas. Mi viejo pasaporte. Mi tarjeta de débito. Mi cepillo de dientes plegable. La Metrocard que había comprado para usar en el metro. La tarjeta del Departamento de Policía de Nueva York de Theresa Lee, la que me había dado en la sala de azulejos blancos abajo de Grand Central Terminal. La tarjeta falsa que me había dado el equipo local de Lila Hoth en la esquina de la Octava Avenida y la calle 35. La memoria de computadora que había comprado en Radio Shack, con su funda chillona de neoprene rosa. Más el teléfono con tapa de Leonid. Nueve ítems separados, cada uno de ellos crudo y solitario bajo las

lamparitas brillantes del techo.

A la izquierda de la mesa había otra puerta. La misma forma gótica, la misma construcción de madera, la misma pintura nueva. Supuse que llevaba hacia otra sala, la tercera de tres en una cadena en forma de L. O la primera de tres, dependiendo de tu punto de vista. Dependiendo de si fueras un cautivo o un captor. A la derecha de la mesa había una cajonera baja que parecía mobiliario de un dormitorio. Apoyados encima había una pila de servilletas y un tubo de vasos descartables uno dentro de otro y un termo de acero y un plato de papel con dos muffins de arándanos. Me arrastré hasta ahí en medias y me serví del termo un vaso de café. La operación fue más fácil de lo que podría haber sido, porque la cajonera era baja. Mis manos encadenadas no me obstruyeron mucho. Llevé el vaso a la mesa con las dos manos y sosteniéndolo bajo. Me senté en la silla vacía. Agaché la cabeza y bebí del vaso. La acción me hizo parecer como si me estuviera rindiendo, como si estuviera pensada para eso. O haciendo una reverencia, o concediendo algo. El café era bastante malo también, y estaba apenas tibio.

El líder de los federales ahuecó la mano y la sostuvo detrás de mi fajo de dinero, como si estuviera pensando en agarrarlo. Después negó con la cabeza, como si el dinero fuera algo demasiado prosaico para él. Demasiado mundano. Siguió avanzando con su mano y la detuvo detrás de mi pasaporte.

—¿Por qué está vencido? —preguntó.

—Porque nadie puede hacer que el tiempo se quede quieto —dije.

—Me refería a por qué no lo renovó.

—Ninguna necesidad inminente. De la misma manera que uno no anda con un condón en la billetera.

El tipo hizo una pausa y preguntó:

—¿Cuándo fue la última vez que salió del país?

—Me habría sentado y habríamos hablado, lo sabe —dije—. No había necesidad de que me disparara con un dardo como si yo fuera algo que se escapó del zoológico.

—Se le había advertido muchas veces. Y había sido marcadamente poco cooperativo.

—Me podría haber sacado el ojo.

—Pero no lo hice. Sin daño no hay falta.

—Todavía no vi identificaciones. Ni siquiera sé sus nombres.

El tipo no dijo nada.

Yo dije:

—Ninguna identificación, ningún nombre, ningún leerme mis derechos, ningún cargo, ningún abogado. Un mundo feliz, ¿no?

—Exactamente.

—Bueno, que les vaya bien con eso —dije. Le dirigí la mirada al pasaporte, como si de repente me hubiera acordado de algo. Levanté las manos tanto como pude y me incliné hacia delante. Alejé el vaso de café bien fuera de mi camino, lo que lo dejó en el espacio entre mi pasaporte y mi tarjeta de débito. Agarré mi pasaporte y le eché una mirada y hojeé las páginas de atrás. Me encogí de hombros, como si mi memoria me hubiera estado engañando. Me moví como para dejar de vuelta el pasaporte. Pero fui inexacto con la ubicación. Un poco complicado por las cadenas. El borde rígido de la libreta le dio un pequeño golpe al vaso de café y lo volcó. El café se derramó y se salpicó por la mesa y corrió derecho hasta el otro borde y sobre la falda del líder

de los federales. Que hizo lo que todos hacen. Saltó hacia atrás, se puso de pie a medias y batió el aire como si pudiera desviar el líquido de a una molécula por vez.

—Disculpas —dije.

Los pantalones le quedaron empapados. Así que ahora la decisión la tenía él. Dos opciones: o alterar el ritmo del interrogatorio para hacer una pausa y cambiarse o seguir con los pantalones mojados. Vi cómo se debatía. No era tan inescrutable como creía ser.

Decidió seguir con los pantalones mojados. Se desvió hasta la cajonera y se palpó con servilletas. Después se acercó con algunas a la mesa y la secó. Hizo un gran esfuerzo para no reaccionar, lo que en sí mismo era una reacción.

—¿Cuándo fue la última vez que salió del país? —volvió a preguntar.

—No lo recuerdo —dije.

—¿Dónde nació?

—No lo recuerdo.

—Todos saben dónde nacieron.

—Fue hace mucho tiempo.

—Vamos a estar todo el día acá sentados, de ser necesario.

—Nací en Berlín Occidental —dije.

—¿Y su madre es francesa?

—Era francesa.

—¿Y ahora qué es?

—Una persona muerta.

—Lo lamento.

—No fue culpa de usted.

—¿Está seguro de que es ciudadano americano?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una pregunta directa.

—El Departamento de Estado me dio un pasaporte.

—¿Su solicitud fue veraz?

—¿La firmé?

—Imagino que sí.

—Entonces imagino que fue veraz.

—¿Cómo? ¿Se naturalizó? Nació fuera del país de madre extranjera.

—Nací en una base militar. Eso cuenta como territorio soberano de Estados Unidos. Mis padres estaban casados. Mi padre era un ciudadano americano. Era un marine.

—¿Lo puede demostrar todo eso?

—¿Tengo que hacerlo?

—Es importante. Si es o no es ciudadano podría afectar lo que le pase a continuación.

—No, cuánta paciencia tenga va a afectar lo que me pase a continuación.

El tipo que estaba a la izquierda se puso de pie. Era el que me había apretado la boca de la Franchi contra la garganta. Fue derecho hacia la izquierda detrás de la mesa y salió, por la puerta de madera, hacia la tercera sala. Llegué a ver escritorios, computadoras, armarios y lockers. Ninguna otra persona. La puerta se cerró suavemente a sus espaldas y la sala en la que estábamos

se quedó en silencio.

El tipo principal preguntó:

—¿Su madre era argelina?

—Le acabo de decir que era francesa —dije.

—Algunos franceses son argelinos.

—No, los franceses son franceses y los argelinos son argelinos. No es astrofísica.

—OK, algunos franceses fueron en principio inmigrantes de Argelia. O de Marruecos, o Túnez, u otros lugares de África del Norte.

—Mi madre no.

—¿Era musulmana?

—¿Por qué lo quiere saber?

—Estoy haciendo indagaciones.

Asentí:

—Es más seguro hacer indagaciones sobre mi madre que sobre la suya, probablemente.

—¿Qué quiere decir?

—La madre de Susan Mark era una puta adolescente adicta al crack. Quizás la suya trabajaba con ella. Quizás se prostituían juntas.

—¿Está intentando hacerme enojar?

—No, lo estoy logrando. Tiene toda la cara roja y los pantalones mojados. Y no está llegando a nada. En conjunto no creo que esta sesión en particular vaya a ser redactada para el manual de entrenamiento.

—Esto no es una broma.

—Pero está yendo para ese lado.

El tipo hizo una pausa y reagrupó. Usó el dedo índice para realinear los nueve ítems que tenía enfrente. Los terminó de acomodar y después empujó la memoria de computadora un par de centímetros hacia mí. Dijo:

—Usted nos ocultó esto cuando lo registramos. Susan Mark se lo dio en el tren.

—¿Yo se lo oculté? ¿Ella me lo dio? —dije.

El tipo asintió:

—Pero está vacío, y es demasiado pequeño de todos modos. ¿Dónde está el otro?

—¿Qué otro?

—Este obviamente es un señuelo. ¿Dónde está el verdadero?

—Susan Mark no me dio nada. Eso lo compré en Radio Shack.

—¿Por qué?

—Porque me gustó.

—¿Con una funda rosa? Mentira.

No dije nada.

Él dijo:

—¿Le gusta el rosa?

—En el lugar adecuado.

—¿Qué lugar sería ese?

—Un lugar al que usted no va desde hace mucho.

—¿Dónde lo escondió?

No respondí.

—¿Estaba en una cavidad corporal?

—Mejor para usted que no sea así. Lo acaba de tocar.

—¿Disfruta esa clase de cosas? ¿Es marica?

—Ese tipo de pregunta puede llegar a funcionar en Guantánamo, pero no va a funcionar conmigo.

El tipo se encogió de hombros y arrastró hacia atrás el USB con la punta del dedo y lo volvió a poner en la hilera, y después movió hacia delante un par de centímetros la tarjeta de presentación falsa y el teléfono celular de Leonid, como si estuviese moviendo peones en un tablero de ajedrez. Dijo:

—Ha estado trabajando para Lila Hoth. La tarjeta demuestra que estuvo en contacto con el equipo que ella contrató, y el teléfono demuestra que ella lo llamó al menos seis veces. El número del Four Seasons está en el registro.

—No es mi teléfono.

—Lo encontramos en su bolsillo.

—Lila Hoth no se quedó en el Four Seasons, de acuerdo con lo que ellos dijeron.

—Solo porque les dijimos que cooperaran. Los dos sabemos que estuvo ahí. Usted se encontró con ella dos veces, y después ella no fue al tercer encuentro.

—¿Quién es ella exactamente?

—Esa es una pregunta que debería haber hecho antes de aceptar trabajar para ella.

—No estuve trabajando para ella.

—Su teléfono demuestra que sí. No es astrofísica.

No respondí.

Él preguntó:

—¿Dónde está Lila Hoth ahora?

—¿Usted no sabe?

—¿Cómo lo podría saber?

—Asumí que se la habían llevado cuando ella estaba dejando el hotel. Antes de que me empezaran a disparar dardos a mí.

El tipo no dijo nada.

Yo dije:

—Ustedes estuvieron ahí más temprano. Revisaron su habitación. Asumí que la estaban vigilando.

El tipo no dijo nada.

Yo dije:

—Se les escapó, ¿no? Les pasó caminando por al lado. Eso es grandioso. Ustedes sí que son un ejemplo para todos nosotros. Una ciudadana extranjera con algún tipo de situación extraña con el Pentágono, ¿y ustedes la dejan ir?

—Es un contratiempo —dijo el tipo.

Parecía un poco avergonzado, pero a mí me pareció que no necesitaba estarlo. Porque irse de un hotel que está bajo vigilancia es relativamente fácil de hacer. Lo haces no haciéndolo. No

yéndote de inmediato. Mandas tu equipaje abajo con el botones en el ascensor de servicio, los agentes se juntan todos en el lobby, te bajas del ascensor de pasajeros en otro piso y te escondes en algún lugar durante dos horas hasta que los agentes se cansan y se van. Luego sales. Se requiere nervio, pero es fácil de hacer, especialmente si tienes alquilada otra habitación bajo otro nombre, algo que Lila Hoth ciertamente tenía, para Leonid, al menos.

El tipo preguntó:

—¿Dónde está ahora?

—¿Quién es ella? —pregunté yo.

—La persona más peligrosa que haya conocido.

—No lo parecía.

—Por eso.

—No tengo idea de dónde está —dije.

Hubo una larga pausa y después el tipo volvió a poner en su lugar la tarjeta de presentación falsa y el teléfono celular y adelantó la tarjeta de Theresa Lee. Preguntó:

—¿Cuánto sabe la detective?

—¿Qué importa?

—Tenemos delante nuestro una secuencia de tareas bastante simple. Necesitamos encontrar a las Hoth, necesitamos recuperar el USB verdadero, pero sobre todo necesitamos contener la filtración. Por lo que necesitamos saber hasta dónde se difundió. Por lo que necesitamos saber quién sabe qué.

—Nadie sabe nada. Menos que menos yo.

—No es un concurso. No le van a dar puntos por resistirse. Estamos todos del mismo lado acá.

—No es lo que yo siento.

—Necesita tomarse esto en serio.

—Créame, es lo que estoy haciendo.

—Entonces díganos quién sabe qué.

—No soy adivino. No sé quién sabe qué.

Escuché que la puerta a mi izquierda se volvía a abrir. El líder miró hacia allá y con un movimiento de cabeza dio alguna clase de consentimiento. Me giré y vi al tipo de la silla de la izquierda. Tenía un arma en la mano. No la Franchi 12. La pistola de dardos. La levantó y disparó. Me di vuelta para esquivarlo, pero demasiado tarde. El dardo me dio alto en la parte de arriba del brazo.

## CUARENTA Y CUATRO

Me volví a despertar una vez más, pero no abrí los ojos inmediatamente. Sentí que el reloj en mi cabeza estaba empezando a funcionar otra vez, y lo quería dejar que se calibrara y se acomodara tranquilo. Ahí mismo me estaba indicando las seis de la tarde. Lo que significaba que había estado ausente otras ocho horas. Tenía mucha hambre y mucha sed. El brazo me dolía de la misma manera en que me había dolido la pierna. Una pequeña lastimadura caliente, ahí en la parte más alta. Podía sentir que todavía no tenía zapatos. Pero mis muñecas y mis tobillos no estaban amarrados a los caños del catre. Lo que era un alivio. Me estiré perezosamente y me froté la cara con la palma de la mano. La barba ya empezaba a dejar de ser una barba incipiente.

Abrí los ojos. Miré alrededor. Descubrí dos cosas. Una: Theresa Lee estaba en la jaula que estaba a mi derecha. Dos: Jacob Mark estaba en la de la izquierda.

Ambos eran policías.

Ninguno de los dos tenía zapatos puestos.

Ahí fue cuando me empecé a preocupar.

Si yo estaba en lo correcto y eran las seis de la tarde, entonces a Theresa Lee la habían ido a buscar a la casa. Y a Jacob Mark lo habían traído desde el trabajo. Los dos me estaban mirando. Lee estaba de pie detrás de los barrotes, a más o menos un metro y medio. Tenía puesto un jean azul y una camisa blanca. Estaba descalza. Jake estaba sentado en el catre. Tenía puesto el uniforme de un oficial de la policía, menos el correa y el arma y el radio y los zapatos. Yo me senté en el catre y apoyé los pies en el piso y me pasé las manos por el pelo. Después me puse de pie y fui hasta el lavatorio y bebí agua del grifo. Nueva York, seguro. Reconocí el gusto del agua. Miré a Theresa Lee y le pregunté:

—¿Sabes dónde estamos exactamente?

—¿Tú no? —dijo ella.

Negué con la cabeza.

—Tenemos que asumir que este lugar tiene dispositivos para escuchar —dijo.

—Estoy seguro que es así. Pero ellos ya saben dónde estamos. Así que no les vamos a estar dando nada que todavía no tengan.

—Creo que no deberíamos decir nada.

—Podemos hablar sobre hechos geográficos. No creo que la Ley Patriótica prohíba las direcciones de calles, al menos no todavía.

Lee no dijo nada.

—¿Qué? —dije.

Parecía incómoda.

—¿Crees que estoy jugando a algo contigo? —dije.

No respondió.

—¿Crees que estoy aquí para hacerte decir algo y que quede grabado? —dije.

—No sé. No sé nada de ti.

—¿Qué estás pensando?

—Los clubs de Bleecker están más cerca de la Sexta Avenida que de Broadway. La línea A está justo ahí. O la B o la C o la D. ¿Así que por qué estabas viajando en la línea 6?

—Leyes naturales —dije—. Estamos programados. En nuestros cerebros. Mitad de la noche, completamente oscuro, todos los mamíferos se mueven hacia el este de manera instintiva.

—¿En serio?

—No, lo acabo de inventar. No tenía ningún lugar adonde ir. Salí de un bar y doblé a la izquierda y caminé. No lo puedo explicar de una mejor manera.

Lee no dijo nada.

—¿Qué más? —dije.

—No tienes ningún bolso —dijo ella—. Nunca vi a un sin hogar que no tuviera nada. La mayoría cargan incluso más cosas de las que tengo yo. Usan carritos de supermercado.

—Yo soy distinto —dije—. Y no soy una persona sin hogar. No como ellos.

No dijo nada.

Yo le pregunté:

—¿Tenían los ojos vendados cuando los trajeron acá?

Me miró durante un rato largo y después negó con la cabeza y suspiró. Dijo:

—Estamos en un cuartel de bomberos cerrado en el Greenwich Village. En la 3 Oeste. Al nivel de la calle y más arriba está fuera de uso. Estamos en el sótano.

—¿Sabes quiénes son estos tipos exactamente?

Ella no habló. Solo levantó la vista hacia la cámara. Dije:

—El mismo principio. Ellos saben quiénes son. Al menos espero que así sea. No les puede hacer ningún daño saber que también sabemos.

—¿Tú crees?

—Ese es el punto. No pueden hacer que no pensemos. ¿Sabes quiénes son?

—No mostraron identificaciones. No hoy, y tampoco aquella primera noche, cuando fueron a la estación de policía del distrito a hablar contigo.

—¿Pero?

—No mostrar identificación puede ser lo mismo que mostrarla, si eres de los únicos que nunca muestran. Hemos oído algunas historias.

—¿Así que quiénes son?

—Trabajan directamente para la Secretaría de Defensa.

—No me sorprende —dije—. El secretario de Defensa por lo general es el tipo más tonto de todo el gobierno.

Lee volvió a mirar para arriba hacia la cámara, como si yo la hubiera insultado. Como si ella hubiera provocado el insulto a la cámara. Dije:

—No te preocupes. A mí me parece que son ex militares, en cuyo caso ya saben cuán tonto es el secretario de Defensa. Pero aun así, Defensa es un cargo de Gabinete, lo que significa que en definitiva estos tipos trabajan para la Casa Blanca.

Lee hizo una pequeña pausa y preguntó:

—¿Sabes lo que quieren?

—Una parte.

—No nos digas.

—No lo haré —dije.

—¿Pero es tan importante como para la Casa Blanca?

—Potencialmente, supongo.

—Mierda.

—¿Cuándo te fueron a buscar?

—Esta tarde. A las dos en punto. Todavía estaba durmiendo.

—¿Iban con gente del Departamento de Policía de Nueva York?

Lee asintió, y se le vio en los ojos que estaba un poco herida.

—¿Conocías a los agentes? —pregunté.

Negó con la cabeza:

—Los mejores de contraterrorismo. Escriben sus propias reglas y se mantienen separados. Andan dando vueltas en autos especiales todo el día. Taxis falsos, a veces. Uno adelante, dos atrás. ¿Sabías eso? En círculos grandes, suben por la Décima, bajan por la Segunda. Como solían patrullar el cielo los B-52.

—¿Qué hora es ahora? ¿Más o menos las seis y seis?

Ella miró su reloj y pareció sorprendida.

—Esa hora exacta —dijo.

Me giré hacia el otro lado.

—¿Jake? —dije—. ¿Y tú qué?

—Primero me vinieron a buscar a mí. Estoy acá desde el mediodía. Mirándote dormir.

—¿Sabes algo de Peter?

—Nada.

—Lo lamento.

—Roncas, ¿lo sabes?

—Me llenaron de tranquilizante para gorilas. Con una pistola de dardos.

—Es una broma.

Le mostré la mancha de sangre en mi pantalón, y después la del hombro.

—Eso es una locura —dijo.

—¿Estabas en el trabajo?

Asintió:

—El operador se comunicó con mi auto y me dijo que me reportara, y ahí me estaban esperando.

—¿Por lo que en tu departamento saben dónde estás?

—No específicamente —dijo—. El departamento no va a hacer nada por mí. Te viene a buscar gente así, de repente estás sucio. Se te considera culpable de algo. En la comisaría ya se alejaban

de mí.

—Como cuando se reciben llamadas de Asuntos Internos —dijo Lee.

—¿Docherty por qué no está acá? —le pregunté a Lee.

—Sabe menos que yo. De hecho, se las arregló para saber menos que yo. ¿No lo notaste? Es un viejo lobo.

—Es tu compañero.

—Hoy sí. Pero la semana que viene ya se va a haber olvidado de que en algún momento tuvo una compañera. Sabes cómo funcionan estas cosas.

—Hay solo tres celdas acá —dijo Jake—. Quizás Docherty está en algún otro lado.

—¿Ya hablaron con ustedes estos tipos? —pregunté.

Los dos negaron con la cabeza.

—¿Están preocupados? —pregunté.

Los dos asintieron. Lee preguntó:

—¿Y tú?

—Estoy durmiendo bien —dije—. Pero creo que eso se debe sobre todo a los tranquilizantes.

A las seis treinta nos trajeron comida. Sándwiches de un deli, empacados en recipientes de plástico duro con tapa que los pusieron verticales y los pasaron por entre los barrotes. Más botellas de agua. Yo me bebí el agua primero y volví a llenar la botella del grifo. Mi sándwich era salame y queso. La mejor comida que comí en mi vida.

A las siete en punto se llevaron a Jacob Mark para interrogarlo. Sin impedimentos. Sin cadenas. Theresa Lee y yo nos quedamos sentados en nuestros catres, a unos dos metros y medio de distancia, separados por los barrotes. No hablamos mucho. Lee parecía deprimida. En un momento dijo: “Cuando las torres se vinieron abajo perdí algunos buenos amigos. No solo policías. También bomberos. Gente con la que había trabajado. Gente a la que conocía desde hacía años”. Lo dijo como si pensara que esas verdades deberían aislarla de la locura que vino después. No le contesté. Más que nada me quedé sentado tranquilo revisando conversaciones en la cabeza. Me había estado hablando todo tipo de personas. Durante horas. John Sansom, Lila Hoth, los tipos que estaban en la sala de al lado. Estaba repasando lo que todos ellos habían dicho, de la misma manera que un ebanista repasa con la palma de la mano la superficie plana de madera, en busca de zonas ásperas. Había algunas. Había extraños comentarios a medias, matices raros, algunas pequeñas implicaciones fuera de tono. No sabía qué significaba ninguna de esas cosas. No entonces. Pero saber que estaban ahí era útil en sí mismo.

A las siete treinta trajeron de vuelta a Jacob Mark y se llevaron a Theresa Lee. Sin impedimentos. Sin cadenas. Jake se subió al catre y se sentó con las piernas cruzadas y de espaldas a la cámara. Lo miré. Una pregunta. Se encogió de hombros milimétricamente y llevó los ojos hacia arriba. Después mantuvo las manos sobre la falda, fuera del alcance de la cámara, e hizo un arma con el pulgar y el dedo índice de la mano derecha. Se dio un golpecito en el muslo y miró el mío. Asentí. La pistola de dardos. Puso dos dedos hacia abajo entre sus rodillas y un tercer dedo lo dejó levantado y apuntando hacia la izquierda. Asentí de vuelta. Dos tipos en la mesa, y el tercero a la izquierda con el arma. Probablemente en la entrada a la tercera sala. De guardia. Por eso sin impedimentos y sin cadenas. Yo me masajé las sienes y con las manos

todavía arriba articulé con la boca: “¿Dónde están nuestros zapatos?”. También articulando con la boca Jake respondió: “No sé”.

Después de eso nos quedamos sentados en silencio. No sé en qué estaba pensando Jake. En su hermana, probablemente. O en Peter. Yo estaba considerando una alternativa binaria. Hay dos maneras de combatir algo. Desde adentro o desde afuera. Mi estilo era desde afuera. Lo había sido siempre.

A las ocho en punto trajeron de vuelta a Theresa Lee y me volvieron a llevar a mí.

## CUARENTA Y CINCO

Sin impedimentos. Sin cadenas. Claramente pensaban que me daba miedo la pistola de dardos. Lo que hasta cierto punto era así. No porque les tema a las pequeñas heridas delgadas y profundas. Y no porque tenga nada en contra de dormir, en sí mismo. Me gusta dormir tanto como a cualquiera. Pero no quería perder más tiempo. Sentía que no me podía permitir otras ocho horas boca arriba.

La sala estaba poblada exactamente como Jake había señalado. El tipo principal ya estaba sentado en la silla del centro. El que había ajustado las cadenas esa mañana fue el que me había llevado hasta ahí, y me dejó en el medio de la sala y fue a ocupar su lugar en la mesa a la derecha del tipo principal. El tipo que había empuñado la Franchi estaba de pie más a la izquierda con la pistola de dardos en la mano. Mis pertenencias estaban todavía sobre la mesa. O estaban otra vez sobre la mesa. Dudé de que hubieran estado ahí mientras Jake o Lee habían estado en la sala. No tenía sentido. No había razón. No era relevante. Las habían desplegado todo de vuelta, especialmente para mí. Efectivo, pasaporte, tarjeta del banco, cepillo de dientes, el USB y el teléfono celular. Nueve ítems. Todos presentes y correctos. Lo que era bueno, porque al menos siete yo necesitaba llevármelos conmigo.

El tipo en la silla del centro dijo:

—Siéntese, señor Reacher.

Me moví hacia mi silla y sentí cómo los tres se relajaban. Habían estado trabajando toda la noche y todo el día. Ahora estaban en su tercera hora seguida de interrogatorio. Y un interrogatorio es un trabajo pesado. Requiere mucha atención y flexibilidad mental. Te desgasta. Por lo que los tres estaban cansados. Lo suficientemente cansados como para haber perdido el filo. Apenas me dirigí hacia la silla, se fueron del presente y se instalaron en el futuro. Pensaron que sus problemas se habían terminado. Empezaron a pensar en su aproximación. Su primera pregunta. Asumieron que yo iba a ir hasta la silla y me iba a sentar e iba a estar listo para escucharla. Listo para responderla.

Se equivocaban.

Medio paso antes de llegar a mi destino levanté el pie hasta el borde de la mesa y estiré la pierna y empujé. Empujé, no pateé, porque no tenía calzado puesto. La mesa se sacudió hacia atrás y el borde más alejado golpeó a los dos tipos que estaban sentados y los clavó contra el respaldo de las sillas. A esa altura yo ya me estaba moviendo hacia la izquierda. Al tercer tipo le llegué desde abajo después de haberme agachado y le arranqué de las manos y hacia arriba la pistola de dardos y mientras él estaba todo estirado y expuesto le di un rodillazo fuerte en la ingle. Desistió de la pistola y se plegó hacia delante y di un paso largo y cambié de pie y le di un rodillazo en la cara. Como una danza folklórica irlandesa. Giré y nivelé la pistola y apreté el gatillo y le disparé

al tipo principal en el pecho. Después pasé por encima de la mesa y golpeé al otro tipo en la cabeza con la culata de la pistola, una, dos, tres veces, fuerte y despiadado, hasta que quedó quieto y se dejó de mover.

Cuatro segundos ruidosos y violentos, de principio a fin. Cuatro unidades discretas de tiempo y acción, empacadas por separado, descargadas por separado. La mesa, la pistola de dardos, el tipo principal, el segundo tipo. Uno, dos, tres, cuatro. Suave y parejo. Los dos tipos a los que había golpeado estaban inconscientes y sangrando. El tipo en el piso por la nariz destrozada, y el tipo de la mesa por un tajo en el cuero cabelludo. Al lado de él el tipo principal se estaba yendo, asistido químicamente, de la misma manera que lo había hecho antes yo dos veces. Era interesante de ver. Había involucrada algún tipo de parálisis muscular. El tipo de a poco se estaba cayendo de la silla, no había nada que pudiera hacer, pero los ojos se le movían como si todavía estuviera al tanto de las cosas. Me acordé de las formas que daban vueltas, y me pregunté si él también las estaría viendo.

Después giré y observé la puerta a la tercera sala. Todavía quedaba el técnico médico. Quizás otros. Quizás muchos otros. Pero la puerta se quedó cerrada. La tercera sala seguía en silencio. Me arrodillé y revisé el saco del tercer tipo. Ninguna Glock. Tenía una sobaquera pero estaba vacía. Procedimiento estándar, probablemente. Ningún arma de fuego en un lugar cerrado en presencia de un prisionero. Revisé a los otros dos. Mismo resultado. Sobaqueras gubernamentales de nylon, ambas vacías.

La tercera sala seguía en silencio.

Revisé bolsillos. Estaban todos vacíos. Todos saneados. No había nada ahí, salvo artículos neutros como pañuelos descartables y monedas de pocos centavos atrapadas abajo en las costuras. Ninguna llave de casa, ninguna llave de auto, ningún teléfono. Desde luego ninguna billetera, ni portaplaca, ni documentos.

Levanté de vuelta la pistola de dardos y la sostuve con una mano, lista y preparada. Me moví hacia la puerta de la tercera sala. La abrí rápido y levanté el arma y disimulé que apuntaba. Un arma es un arma, incluso si está descargada y no es la correcta. Es todo una cuestión de impresiones y reacciones subliminales.

La tercera sala estaba desocupada.

Ningún técnico médico, ningún agente de refuerzo, ningún equipo de apoyo. Nadie. Nada ahí, salvo mobiliario gris de oficina y luz fluorescente. La sala en sí misma era igual a las primeras dos, un viejo cuarto de sótano de ladrillo pintado todo de blanco. Mismo tamaño, mismas proporciones. Tenía otra puerta, que supuse llevaba más allá, o a una cuarta sala o a una escalera. Crucé hasta ahí y la abrí.

Una escalera. Sin pintar, más allá de una vetusta capa de verde institucional descascarado. Cerré la puerta de vuelta y chequeé el mobiliario de oficina. Tres escritorios, cinco cajoneras, cuatro lockers, todo gris, todo simple y funcional, todo hecho de acero, todo cerrado. Con cerraduras de combinación, como las celdas, lo cual tenía sentido, porque no había habido llaves en los bolsillos de los agentes. Los escritorios no tenían encima pilas de papeles. Solo tres ordenadores en reposo y tres teléfonos. Apreté las barras espaciadoras e hice volver en sí a cada una de las pantallas por vez. Cada una pedía una clave. Levanté los auriculares y apreté los botones de rediscado y todas las veces me dio con la operadora. Seguridad extremadamente escrupulosa. Meticulosa, y consistente. Termina una llamada, corta, disca cero, cuelga. Los tres tipos no eran perfectos, pero tampoco eran idiotas.

Me quedé quieto por un largo rato. Estaba decepcionado por las cerraduras de combinación. Quería encontrar el lugar en el que guardaban las cosas y recargar la pistola de dardos y dispararles también a los otros dos agentes. Y quería mis zapatos.

No iba a obtener ninguna de las dos satisfacciones.

Volví a las celdas caminando despacio. Jacob Mark y Theresa Lee me miraron, miraron para otro lado, me volvieron a mirar. Un movimiento clásico en dos tiempos, porque yo estaba solo y tenía la pistola de dardos en la mano. Supuse que habían oído los ruidos y habían asumido que me estaban golpeando. Supuse que no habían esperado verme tan pronto, o volver a verme.

—¿Qué pasó? —preguntó Lee.

—Se quedaron dormidos —dije.

—¿Cómo?

—Supongo que mi conversación los aburrió.

—Así que ahora estás realmente en problemas.

—¿Como lo contrario de qué?

—Antes eras inocente.

—Madura, Theresa —dije.

Ella no respondió. Chequé las cerraduras de las puertas de las celdas. Eran artículos buenos. Parecían de alta calidad y muy precisos. Tenían perillas cilíndricas laminadas graduadas con grabados nítidos todo alrededor de los bordes, del número uno al número treinta y seis. Las perillas se movían hacia ambos lados. Las giré y no sentí nada en los dedos salvo la leve vibración de una resistencia mecánica suave y consistente. La sensación de la muy buena ingeniería. Definitivamente no sentí ninguna pieza encajando adentro.

Pregunté:

—¿Quieren que los saque?

—No puedes —dijo Lee.

—Si pudiera, ¿querrían que lo hiciera?

—¿Por qué no iba a querer?

—Porque entonces estarías realmente en problemas. Si te quedas, estás jugando su juego.

No respondió.

Dije:

—¿Jake? ¿Y tú qué?

—¿Encontraste nuestros zapatos? —preguntó.

Negué con la cabeza:

—Pero puedes agarrar los de ellos. Son más o menos de tu talla.

—¿Y tú qué?

—Hay zapaterías sobre la calle Ocho.

—¿Vas a caminar hasta ahí descalzo?

—Estamos en el Greenwich Village. Si no puedo caminar descalzo por acá, ¿dónde más voy a poder?

—¿Cómo nos puedes sacar?

—Problemas y soluciones del siglo XIX versus conveniencias del siglo XXI. Pero va a ser difícil. Así que necesito saber si empiezo. Y ustedes se tienen que decidir rápido. Porque no

tenemos mucho tiempo.

—¿Antes de que se despierten?

—Antes de que cierre el Home Depot.

—OK, yo quiero salir —dijo Jake.

Miré a Theresa Lee.

—No sé —dijo—. Yo no hice nada.

—¿Te sientes con ganas como para quedarte por acá y demostrarlo? Porque eso es difícil de hacer. Siempre es difícil demostrar un negativo.

No respondió.

Yo dije:

—Le estuve contando a Sansom cómo estudiábamos al Ejército Rojo. ¿Sabes qué era a lo que le tenían más miedo? A nosotros no. A lo que le tenían más miedo era a su propia gente. Su peor tormento era pasarse toda la vida demostrando su propia inocencia, una y otra vez.

Lee asintió.

—Quiero salir —dijo.

—OK —dije.

Chequeé las cosas que necesitaba chequear. Dimensiones estimadas y pesos a ojo.

—Ahora esperen —dije—. Vuelvo en menos de una hora.

La primera parada fue la sala siguiente. Los tres agentes federales seguían fuera de combate. El tipo principal iba a seguir así por otras ocho horas. O quizás mucho más, porque su masa corporal era menos de dos tercios de la mía. Por un segundo pensé que quizás lo había matado. Una dosis calibrada para un hombre de mi tamaño podría haber sido peligrosa para una persona más pequeña. Pero ahí mismo el tipo estaba respirando de manera constante. Y él la había empezado, así que el riesgo era de él.

Los otros dos se iban a despertar mucho antes. Quizás bastante pronto. Los traumatismos son impredecibles. Así que fui hasta la antesala y desconecté de las paredes todos los cables de los ordenadores y los llevé conmigo de vuelta y los usé para atarlos a los dos como pollos. Muñecas, codos, tobillos, cuellos, todo ajustado e interconectado. Cables de cobre multifilares, recubiertos con plástico duro, irrompible. Me saqué las medias y las até en una tira y las usé como mordaza para el que tenía la herida en la cabeza. Desagradable para él, pero asumí que estaba recibiendo un pago suplementario por trabajo peligroso, y bien se lo podría ganar. La boca del otro la dejé como estaba. Tenía la nariz reventada y amordazarlo habría sido lo mismo que asfixiarlo. Tuve la esperanza de que con el correr del tiempo apreciaría mi benevolencia.

Chequeé mi trabajo y recargué mis bolsillos con mis pertenencias que estaban en la mesa y salí del edificio.

## CUARENTA Y SEIS

La escalera llevaba a la planta baja y salía a la parte de atrás de lo que una vez había sido el lugar en el que estacionaban los camiones de bomberos. Había un piso grande y vacío lleno de caca de rata y el tipo de misteriosa basura aleatoria que se acumula en los edificios abandonados. Las puertas grandes para los vehículos estaban cerradas y trabadas con barras de hierro y candados viejos. Pero había una puerta para el personal en la pared de mano izquierda. Llegar hasta ahí no era fácil. Había un camino despejado a medias. La basura en el piso en su mayor parte había sido hecha a un lado por el paso de pies, pero todavía quedaban suficientes restos como para hacer que caminar descalzo fuera difícil. Terminé corriendo cosas del camino con el canto del pie y pisando en los espacios que había formado, un paso por vez. Avance lento. Pero al final llegué.

La puerta para el personal tenía una cerradura nueva, pero estaba pensada para hacer que la gente no entrara, no para que no saliera. Del lado de adentro era una palanca simple. Del lado de afuera era una cerradura de combinación. Encontré en el piso un adaptador de manguera de latón pesado y lo usé para calzarlo en la puerta apenas abierta. Lo dejé así para cuando volviera y salí a un callejón y dos cuidadosos pasos después estaba en la vereda de la calle 3 Oeste.

Me dirigí derecho hacia la Sexta Avenida. Nadie me miró los pies. Era una noche calurosa y había piel mucho más atractiva en exhibición. Yo mismo miré un poco de esa piel. Después paré un taxi y me llevó veinte cuadras al norte y media al este hasta el Home Depot de la calle 23. Docherty había mencionado la dirección. Ahí se habían comprado martillos, antes del ataque bajo la autopista Franklin Roosevelt. El negocio se estaba preparando para cerrar, pero igual me dejaron pasar. Encontré una barreta palanca de un metro y medio en el sector de construcción. Acero laminado en frío, grueso y fuerte. El viaje hasta las cajas me llevó por la sección de jardinería y decidí matar dos pájaros de un tiro agarrando un par de zuecos de goma para jardinería. Eran feos, pero mejores que literalmente nada. Pagué con mi tarjeta de débito, que sabía que iba a dejar un rastro de computadora, pero no había ningún motivo para ocultar el hecho de que estaba afuera comprando herramientas. Esa compra estaba por volverse obvia de otras maneras.

Afuera los taxis pasaban por la calle como buitres, buscando gente con cosas muy incómodas de cargar. Lo que económicamente no tenía sentido. Ahorra cinco dólares en la tienda grande, gasta ocho en llevarlo a casa. Pero ahí mismo a mí el trato me resultaba conveniente. En un minuto estaba yendo de vuelta hacia el sur. Me bajé en la 3 cerca pero no justo en el cuartel de bomberos.

Tres metros adelante mío vi cómo el técnico médico entraba al callejón.

El tipo parecía limpio y descansado. Tenía puestos unos pantalones chinos y una remera blanca y zapatillas. Rotación de personal, supuse. Los agentes cuidaban el fuerte todo el día, y

después el médico quedaba a cargo de noche. Para asegurarse de que los prisioneros estuvieran todavía vivos por la mañana. Más que humano, eficiente. Imaginé que al flujo de información se lo consideraba más importante que los derechos de cualquier individuo o el bienestar.

Agarré la barreta con la mano izquierda y apuré el paso en mi calzado de goma flojo y llegué a la puerta de personal antes de que el tipo hubiera terminado de entrar. No quería que hiciera a un lado con el pie el adaptador para mangueras y la dejara cerrarse detrás de sí. Eso me generaría un problema que no necesitaba. El tipo me escuchó y se giró en el umbral y las manos se le levantaron de manera defensiva y yo lo empujé fuerte y lo hice caer adentro. Se resbaló con la basura y cayó sobre una rodilla. Lo levanté del cuello y lo mantuve a distancia de un brazo y con la punta del pie hice a un lado el adaptador de latón y dejé que la puerta se cerrara hasta que quedó trabada. Después me volví a dar vuelta y estaba a punto de explicarle sus opciones pero vi que ya las entendía. Pórtate bien o recibe golpes. Eligió portarse bien. Se agachó y levantó las manos en un gesto de rendición pequeño y abreviado. Alcé la barreta en mi mano izquierda y con el brazo estirado fui llevando al tipo hasta la escalera. Se mantuvo manso todo el recorrido hasta el sótano. No me generó ningún inconveniente a través de la sala de oficina. Después llegamos a la segunda sala y vio a los tres tipos en el piso y tuvo un presentimiento de lo que le esperaba. Se puso tenso. Le subió la adrenalina. Huir o pelear. Después me volvió a mirar, un hombre determinado y enorme con un calzado ridículo y con una barra grande de metal en la mano.

Se quedó quieto.

Le pregunté:

—¿Sabes las combinaciones de las celdas?

—No —dijo.

—¿Y cómo das las inyecciones de calmantes?

—Por entre los barrotes.

—¿Qué pasa si alguien tiene convulsiones y no puedes entrar a la celda?

—Tengo que llamar.

—¿Dónde está tu equipo?

—En mi locker.

—Muéstrame —dije—. Ábrelo.

Volvimos a la antesala y me llevó a un locker y giró el dial de la combinación. La puerta se abrió. Le pregunté:

—¿Puedes abrir alguno de los otros gabinetes?

—No, solo este —dijo.

Su locker tenía varios estantes, repletos de todo tipo de implementos médicos. Jeringas empaquetadas, un estetoscopio, pequeños viales con líquidos transparentes, paquetes de algodón, pastillas, vendas, gasa, cinta.

Más una caja poco profunda con diminutas cápsulas de nitrógeno.

Y una caja con dardos empaquetados.

Lo cual tenía cierto sentido burocrático. Me imaginé la reunión de directorio en el momento en el que redactaban el manual de operaciones. El Pentágono. Oficiales de carrera a cargo. Algunos de jerarquías bajas presentes. Una agenda. Algún consejo del Departamento de Defensa insistiendo en que la munición de la pistola de dardos la guardara un oficial médico calificado. Porque la anestesia era una droga. Y etcétera etcétera. Después algún otro más de servicio activo

diciendo que el nitrógeno comprimido no era algo médico. Un tercer tipo observando que no tenía ningún sentido guardar el propelente en un lado y la carga en otro. Vueltas y vueltas. Me imaginé unos agentes exasperados abandonando la discusión y dándose por vencidos. *OK, como sea, sigamos.*

—¿Qué es lo que tienen los dardos exactamente? —pregunté.

—Anestesia local para ayudar en el lugar de la herida, más mucho barbitúrico —dijo.

—¿Cuánto barbitúrico?

—El suficiente.

—¿Para un gorila?

El tipo negó con la cabeza:

—Dosis reducida. Calculada para un humano normal.

—¿Quién hizo el cálculo?

—El fabricante.

—¿Sabiendo para qué era?

—Por supuesto.

—¿Con especificaciones y órdenes de compra y todo?

—Sí.

—¿Y testeos?

—En Guantánamo.

—¿Este es un gran país, o qué?

El tipo no dijo nada.

Yo le pregunté:

—¿Tiene efectos secundarios?

—Ninguno.

—¿Estás seguro? Sabes por qué te lo estoy preguntando, ¿no?

El tipo asintió. Sabía por qué se lo estaba preguntando. No tenía más cables de computadoras, así que tuve que mantenerlo más o menos vigilado mientras buscaba el arma y la cargaba. Cargarla era un rompecabezas. No estaba familiarizado con esa tecnología. Tuve que proceder basándome solo en el sentido común y la lógica. Estaba claro que el mecanismo del gatillo liberaba el gas. Estaba claro que el gas propulsaba el dardo. Y las armas son básicamente máquinas simples. Tienen parte de adelante y parte de atrás. Causa y efecto se producen en una secuencia racional. Conseguí tenerla cargada en menos de cuarenta segundos.

—¿Quieres acostarte en el piso? —dije.

El tipo no respondió.

—Ya sabes, para evitar golpearte la cabeza —dije.

El tipo se agachó y se acomodó en el piso.

—¿Alguna preferencia de dónde? ¿Brazo? ¿Pierna? —le pregunté.

—Funciona mejor en la masa muscular —dijo.

—Entonces date vuelta.

Se dio vuelta y le disparé en el trasero.

Recargué la cosa dos veces más y les tiré dardos a los dos agentes que podía ser que se

despertaran. Lo que me daba al menos un margen de ocho horas, a no ser que hubiera en el horizonte otros arribos imprevistos. O a no ser que los agentes tuvieran que llamar cada una hora para reportar el estado de la situación. O a no ser que ya estuviera en camino un auto para llevarnos al DC. Pensamientos encontrados que me hicieron sentir mitad tranquilo y mitad apurado. Llevé la barreta hasta el recinto de las celdas. Jacob Mark me miró y no dijo nada. Theresa Lee me miró y dijo:

—¿Ahora venden ese tipo de calzado en la calle Ocho?

No respondí. Solo di la vuelta hasta la parte de atrás de su celda y metí la punta plana de la barreta por debajo de la parte inferior de la estructura. Después eché mi peso sobre la barra y sentí cómo se movía toda la cosa, solo un poco. Solo un centímetro. No mucho más que la flexibilidad normal del metal.

—Eso es una tontería —dijo Lee—. Esta cosa es un cubo independiente y sin agarres. Tal vez lo puedas llegar a voltear, pero yo igual voy a quedar adentro.

—De hecho sí tiene algún agarre —dije.

—No está atornillado al piso.

—Pero está agarrado en la conexión cloacal. Abajo del inodoro.

—¿Y eso va ayudar?

—Es lo que espero. Si yo lo levanto y la conexión cloacal se mantiene agarrada, entonces el piso se va a separar, y puedes salir por ahí.

—¿Se va a mantener agarrada?

—Es una lotería. Es una especie de competición.

—¿Entre qué?

—Legislación del siglo XIX y un taller barato de soldado del siglo XXI con un contrato con el gobierno. ¿Ves que el piso no está soldado todo alrededor? ¿Solo en algunas partes?

—Esa es la idea de la soldadura por puntos.

—¿Cuán resistente es?

—Muy resistente. Más resistente que la cañería del inodoro, probablemente.

—Quizás no. En el siglo XIX en Nueva York hubo cólera. Una epidemia grande. Mató a muchísimas personas. Al final los representantes de la ciudad descubrieron qué era lo que la estaba causando, que eran las fosas sépticas mezclándose con el agua potable. Por lo que construyeron cloacas apropiadas. Y especificaron todo tipo de estándares para las cañerías y las conexiones. Esos estándares siguen vigentes en el código de construcción, todos estos años después. Una cañería como esta tiene un reborde que hace de tope arriba del piso. Estoy apostando a que lo fijaron de una manera más resistente que los puntos de la soldadura. Los tipos de los trabajos públicos del siglo XIX pecaban de precavidos. Más que algunas corporaciones modernas tratando de conseguir dinero de Seguridad Nacional.

Lee hizo una pausa. Después sonrió, brevemente:

—Así que o me escapo de manera ilegal de una celda de cárcel del gobierno o la cañería cloacal se desprende del piso. De cualquiera de las dos maneras estoy en la mierda.

—Exacto.

—Excelentes alternativas.

—Tú decides —dije.

—Hazlo.

Escuché que dos salas más allá un teléfono empezaba a sonar.

Me arrodillé y acomodé la punta de la barreta en la posición en la que necesitaba que estuviera, que era debajo del último riel horizontal de la celda, pero no tan por debajo como para que también agarrara el borde de la bandeja del piso. Después la pateé un poco de costado hasta que quedara justo debajo de la soldadura en forma de T invertida, donde la fuerza se movería hacia arriba por uno de los barrotes verticales.

Dos salas más allá el teléfono dejó de sonar.

Miré a Lee y dije:

—Párate sobre el inodoro. Ayudémoslo todo lo que podamos.

Se subió y se acomodó. Cargué todo mi peso en la barreta y después me incliné hacia abajo fuerte y reboté una, dos, tres veces. Ciento quince kilos de masa en movimiento, multiplicados por un metro y medio de palanca. Pasaron tres cosas. Primero, la barreta abrió un canal poco profundo en el cemento por debajo de la jaula, lo que era mecánicamente ineficiente. Segundo, todo el ensamblaje de barrotes se deformó un poco, lo que también era ineficiente. Pero tercero, un pedacito brillante de aleación se soltó con un sonido metálico y salió disparado.

—Eso era un punto —dijo Lee en voz alta—. De los de soldadura por puntos.

Moví la barreta y encontré una posición parecida treinta centímetros a la izquierda. La calcé bien, cargué el peso y reboté. Los mismos tres resultados. El crujido del cemento hecho polvo, el chillido de los barrotes al doblarse, y el silbido de otro pedacito de metal que se salió.

Dos salas más allá otro teléfono empezó a sonar. Un tono distinto. Más urgente.

Me alejé y recuperé el aliento. Volví a mover la barreta, esta vez sesenta centímetros a la derecha. Repetí el procedimiento, y obtuve la recompensa de otra soldadura rota. Iban tres, quedaban muchas más. Pero ahora tenía unos asideros aproximados en el riel de más abajo, donde la barreta había dejado en el metal unas dobladuras no muy profundas con forma de U. Dejé la barreta en el piso y me puse de cuclillas de cara a la celda y metí mis manos con las palmas hacia arriba en los agarres. Agarré fuerte y respiré fuerte y me preparé para levantar. Cuando dejé de mirar las Olimpiadas los levantadores de pesas estaban moviendo más de doscientos veinticinco kilos. Supuse que yo era capaz de mucho menos que eso. Pero supuse que mucho menos que eso iba a resolver el asunto.

Dos salas más allá el segundo teléfono dejó de sonar.

Y empezó a hacerlo un tercero.

Tiré hacia arriba.

Levanté el costado de la celda más o menos treinta centímetros por encima del piso. La placa antideslizante que hacía de piso chilló y se dobló como papel. Pero las soldaduras resistían. El tercer teléfono dejó de sonar. Miré a Lee y articulé: “Salta”. Entendió el mensaje. Era una mujer inteligente. Saltó alto desde el inodoro y golpeó con los dos pies descalzos juntos justo donde dos soldaduras estaban bajo presión. No sentí nada en las manos. Ningún impacto. Ningún choque. Porque las soldaduras se rompieron de inmediato y el piso se dobló en un tobogán radical con forma de V. Como una boca. La abertura tenía alrededor de treinta centímetros de alto y treinta centímetros de profundo. Estaba bien, pero no lo suficientemente bien. Un niño podría haber pasado por ahí, pero Lee no iba a poder hacerlo.

Pero al menos habíamos comprobado el principio. Primera anotación para los representantes de la ciudad del siglo XIX.

Dos salas más allá los tres teléfonos empezaron a sonar de manera simultánea. Tonos que competían entre sí, rápidos y urgentes.

Volví a tomar aire y después de eso solo fue una cuestión de repetir los procedimientos triples una y otra vez, de a dos soldaduras al mismo tiempo. La barreta, el levantamiento de pesas, el salto. Lee no era una mujer corpulenta, pero aun así necesitábamos despejar una línea de soldaduras de casi dos metros de largo antes de que el piso se doblara lo suficiente como para que pudiera salir. Era una cuestión de simple aritmética. El borde recto del piso se volvía parte de una circunferencia curva, en una proporción de uno a tres en contra nuestra. Nos llevó un tiempo largo terminar el trabajo. Cerca de ocho minutos. Pero finalmente lo terminamos. Lee salió de espaldas, con los pies hacia delante, como una bailarina de limbo. La camisa se le enganchó y se le levantó para dejar al descubierto un vientre terso y moreno. Después se soltó y se escabulló y se paró y me abrazó fuerte. Y más tiempo del que necesitaba. Después se apartó y yo descansé un minuto y me limpié las manos en el pantalón.

Después repetí el procedimiento completo todo de vuelta, para Jacob Mark.

Dos salas más allá los teléfonos sonaban y dejaban de sonar, sonaban y dejaban de sonar.

## CUARENTA Y SIETE

Salimos rápido. Theresa Lee agarró los zapatos del agente líder. Le quedaban grandes, pero no tanto. Jacob Mark agarró todo el conjunto del técnico médico. Pensó que el uniforme incompleto de un policía que no era de la ciudad iba a resultar sospechoso en la calle, y probablemente tenía razón. El cambio valía la demora. Tenía mucho mejor aspecto con los pantalones chinos y la remera y las zapatillas. Le quedaban casi perfectos. Había una mancha de sangre del tamaño de una moneda en la parte de atrás del pantalón, pero esa era la única desventaja. Dejamos al médico durmiendo en ropa interior.

Después nos dirigimos hacia fuera. Arriba por las escaleras, cruzando el piso con basura, a través del callejón y a la vereda de la calle 3. Estaba atestada. Todavía hacía calor. Doblamos a la izquierda. Sin ninguna razón en especial. Solo una decisión al azar. Pero una afortunada. Hicimos alrededor de cinco pasos y oí el estruendo de una bocina detrás de nosotros y el chirrido de neumáticos y miré hacia atrás y vi un auto negro frenando de golpe tres metros del otro lado del cuartel de bomberos. Un Crown Vic, nuevo y reluciente. Dos tipos se lanzaron hacia fuera. Los había visto antes. Y sabía con certeza que Theresa Lee los había visto antes. Trajes azules, corbatas azules. El FBI. Habían hablado con Lee en la estación de policía del distrito, y habían hablado conmigo en la calle 35. Me habían hecho preguntas acerca de números de teléfono canadienses. Ahora seis metros detrás de nosotros corrían por el callejón y se metían adentro. No nos vieron en lo más mínimo. Pero si hubiéramos doblado a la derecha habríamos chocado con ellos de frente cuando salían del auto. Así que habíamos tenido suerte. Celebramos apurándonos, derecho hacia la Sexta Avenida. Jacob Mark llegó primero. Era el único de nosotros que tenía un calzado decente.

Cruzamos la Sexta Avenida y seguimos un trecho por Bleecker y después encontramos refugio en la calle Cornelia, que era estrecha y estaba oscura y relativamente tranquila, salvo por los comensales en las mesas de los cafés que estaban en la vereda. Nos mantuvimos bien alejados de ellos y no nos prestaron atención. Estaban más interesados en su comida. No los culpé. Oía bien. Yo todavía tenía mucha hambre, incluso después del salame y queso. Nos dirigimos hacia el rincón tranquilo de la calle y ahí hicimos nuestro inventario. Lee y Jake no tenían nada. Todas sus cosas estaban guardadas en el sótano del cuartel de bomberos. Yo tenía lo que había recuperado de la mesa en la segunda sala, de entre lo cual los componentes importantes eran mi efectivo, mi tarjeta de débito, mi Metrocard y el celular de Leonid. El efectivo ascendía a cuarenta y tres dólares y monedas. A la Metrocard le quedaban cuatro viajes. El celular de Leonid ya casi no tenía batería. Estuvimos de acuerdo en que era más que seguro que el número de mi tarjeta de

débito y el número de teléfono de Leonid ya estaban marcados en varios sistemas de computadoras. Si usábamos alguno de los dos, alguien lo iba a saber en cuestión de segundos. Pero yo no estaba muy preocupado. La información tiene que ser útil para poder hacer daño. Si nos escapamos de la calle 3 Oeste y unos días después sacábamos dinero en la ciudad de Oklahoma o en Nueva Orleans o en San Francisco, entonces esa información sería importante. Si sacábamos dinero inmediatamente a un par de cuadras del cuartel de bomberos, entonces no servía para nada. No les dije nada que ya no supieran. Y hay tantas antenas de celulares en Nueva York que la triangulación es difícil. Una localización aproximada es útil lejos de las áreas urbanas. En la ciudad no tanto. Una zona de búsqueda de dos cuadras de ancho y dos de largo puede contener cincuenta mil personas y se puede tardar días en registrarla.

Así que nos pusimos en marcha y encontramos un cajero automático en el lobby azul brillante de un banco y retiré todo el dinero que pude, que eran trescientos dólares. Aparentemente tenía un límite diario. Y la máquina estuvo lenta. Probablemente a propósito. Los bancos cooperan con las fuerzas de seguridad. Hacen sonar la alarma y entonces hacen más lenta la transacción. La idea es darles a los policías el tiempo de llegar ahí. Quizás posible, en algunos lugares. No demasiado si hay que lidiar con el tránsito de la ciudad. La máquina esperó y esperó y esperó y después escupió los billetes. Los agarré y le sonreí a la máquina. La mayoría tienen cámaras adentro, conectadas con grabadoras digitales.

Nos volvimos a poner en marcha y Lee gastó diez de mis nuevos dólares en un deli. Compró un cargador de emergencia para teléfonos celulares. Funcionaba con una pila chica. Lo conectó al teléfono de Leonid y llamó a Docherty, su compañero. Eran las diez y diez, y él se estaría preparando para trabajar. No contestó la llamada. Lee dejó un mensaje y después apagó el teléfono. Dijo que los teléfonos celulares tenían adentro chips de GPS. Yo no lo sabía. Dijo que los chips emitían una señal cada quince segundos y que podían ser localizados dentro de un radio de cinco metros. Dijo que los satélites de GPS eran mucho más precisos que la triangulación por antena. Dijo que la manera de usar un teléfono cuando uno está huyendo es mantenerlo apagado salvo por breves momentos justo antes de irse de un lugar y moverse hacia el siguiente. De esa manera los rastreadores de GPS estaban siempre un paso por detrás.

Así que nos volvimos a poner en marcha. Todos estábamos atentos a los autos de policía en las calles. Vimos muchos. El Departamento de Policía de Nueva York es una organización grande. El departamento de policía más grande de Estados Unidos. Quizás el más grande del mundo. Encontramos un bistró ruidoso en pleno territorio de la NYU después de haber bordeado el Washington Square Park hacia el norte y después haber ido hacia el este. El lugar estaba oscuro y lleno de estudiantes de grado. Alguna de la comida que vendían era reconocible. Yo tenía hambre y seguía deshidratado. Supuse que mis sistemas habían estado trabajando horas extras para eliminar la doble dosis de barbitúricos. Bebí vasos enteros de agua del grifo y pedí una especie de batido hecho con yogurt y fruta. Más una hamburguesa, y café. Jake y Lee no pidieron nada. Dijeron que estaban demasiado alterados como para comer. Después Lee giró hacia mí y dijo:

—Mejor que nos digas exactamente qué es lo que está pasando.

—Pensé que no querías saber —dije.

—Acabamos de cruzar la línea.

—No mostraron identificaciones. Tenías el derecho a asumir que la detención era ilegal. En cuyo caso escaparse no fue un delito. De hecho probablemente era tu deber.

Ella negó con la cabeza:

—Yo sabía quiénes eran, con o sin identificación. Y no es la fuga lo que me preocupa. Son los zapatos. Eso es lo que me va a arruinar. Me paré encima del tipo y le robé el calzado. Lo estaba mirando de frente. Eso es premeditación. Van a decir que tuve tiempo para reflexionar y reaccionar de manera apropiada.

Miré a Jake, para ver si quería quedar incluido, o si todavía suponía que la inocencia era una bendición. Se encogió de hombros, como diciendo ya que estamos en el baile, bailemos. Así que dejé que la camarera terminara de servir mi pedido y después les conté lo que sabía. Marzo de 1983, Sansom, Valle de Korangal. Todos los detalles, y todas las inferencias.

Lee dijo:

—Hay tropas americanas en el Valle de Korangal ahora mismo. Lo leí hace poco. En una revista. Supongo que nunca se detiene. Espero que les esté yendo mejor que a los rusos.

—Eran ucranianos —dije.

—¿Hay alguna diferencia?

—Estoy seguro de que los ucranianos piensan que sí. Los rusos pusieron a sus minorías en el frente, y a sus minorías no les gustó.

—Entiendo lo de la Tercera Guerra Mundial —dijo Jake—. Digo, en aquella época. Pero esto es un cuarto de siglo después. La Unión Soviética ya ni siquiera es un país. ¿Cómo se puede ver agraviado un país, si ese país ni siquiera existe hoy en día?

—Geopolítica —dijo Lee—. Se trata del futuro, no del pasado. Quizás nosotros queremos hacer cosas parecidas de vuelta, en Pakistán o Irán o donde sea. Hace una diferencia que el mundo sepa que ya lo hicimos antes. Instala prejuicios. Tú lo sabes. Eres policía. ¿Te gusta cuando en la corte no podemos mencionar condenas previas?

—¿Entonces cuán grande crees que es todo esto? —dijo Jake.

—Enorme —dijo Lee—. Tan grande como puede ser. Para nosotros, en todo caso. Porque en general todavía es pequeño. Lo cual es irónico, ¿no? ¿Entiendes a lo que me refiero? Si lo supieran tres mil personas, ya no hay mucho que se pueda hacer. O trescientas, incluso. O treinta. Ya estaría ahí dando vueltas, fin de la historia. Pero ahora mismo solo lo sabemos nosotros tres. Y tres es un número pequeño. Lo suficientemente pequeño como para ser contenido. Pueden hacer desaparecer a tres personas sin que nadie se entere.

—¿Cómo?

—Pasa, créeme. ¿Quién va a prestar atención? Tú no estás casado. Yo tampoco. —Me miró a mí y preguntó—: Reacher, ¿estás casado?

Negué con la cabeza.

Hizo una pausa mínima. Dijo:

—No queda nadie para hacer preguntas.

—¿Qué hay de la gente en los lugares en los que trabajamos? —dijo Jake.

—Los departamentos de policía hacen lo que les dicen que hagan.

—Esto es una locura.

—Este es el nuevo mundo.

—¿Hablan en serio?

—Es un análisis de costo-beneficio. ¿Tres personas inocentes versus una gran cuestión geopolítica? ¿Tú qué harías?

—Tenemos derechos.

—Teníamos.

Jake no dijo nada en respuesta a eso. Yo terminé mi café y lo bajé con otro vaso de agua. Lee pidió la cuenta y esperó hasta que hubiera llegado y yo la hubiera pagado y ahí volvió a encender el teléfono de Leonid. Revivió con una tonadita alegre y se conectó a su red y diez segundos después de eso su red lo reconoció y le dijo que había un mensaje de texto esperando. Lee apretó el botón indicado y empezó a recorrer la pantalla.

—Es de Docherty —dijo—. Todavía no me descartó.

Después leyó e hizo correr la pantalla, leyó e hizo correr la pantalla. Conté en mi cabeza intervalos de quince segundos e imaginé el chip del GPS enviando un pequeño estallido de datos en cada uno de ellos, diciendo *¡Acá estamos! ¡Acá estamos!* Llegué hasta diez. Ciento cincuenta segundos. Dos minutos y medio. Era un mensaje largo. Y de acuerdo con la cara de Lee estaba lleno de malas noticias. Los labios se le apretaron y los ojos se le entrecerraron. Revisó de vuelta algunos párrafos y después volvió a apagar el aparato y me lo volvió a dar. Me lo guardé en el bolsillo. Me miró directo a mí y dijo:

—Tenías razón. Los tipos muertos abajo de la autopista Franklin Roosevelt eran los del equipo de Lila Hoth. Supongo que el distrito 17 llamó a toda la agenda y chequearon el único que no contestaba. Entraron a sus oficinas y encontraron facturas a nombre de Lila Hoth, a la atención del Hotel Four Seasons.

No respondí.

Ella dijo:

—Pero esta es la cuestión. Esas facturas se remontan hasta hace tres meses, no tres días. Y está la otra información. Seguridad Nacional no tiene ningún registro de que dos mujeres de apellido Hoth hayan entrado al país. Ciertamente no hace tres días con British Airways. Y Susan Mark nunca llamó a Londres, ni desde el trabajo ni desde su casa.

## CUARENTA Y OCHO

Usa el teléfono y ponte en marcha de inmediato, esa era la regla. Tomamos Broadway en dirección norte. Taxis y patrulleros nos pasaban por al lado. Luces de faros delanteros se deslizaban sobre nosotros. Avanzamos de prisa hasta Astor Place y nos metimos en el metro y quemamos en la línea 6 tres de los cuatro viajes que me quedaban en la Metrocard. Donde todo empezó. Otro vagón R142A nuevo y brillante. Eran las once de la noche y había dieciocho pasajeros además de nosotros mismos. Ocupamos tres espacios sucesivos en una de las banquetas de ocho personas. Lee se sentó en el medio. A su izquierda Jake se giró a medias e inclinó la cabeza, listo para una conversación en voz baja. A su derecha yo hice lo mismo. Jake preguntó:

—¿Entonces cuál de las dos es? ¿Las Hoth son falsas o el gobierno ya está borrando información para cubrirse?

—Podrían ser las dos —dijo Lee.

—Las Hoth son falsas —dije yo.

—¿Es lo que piensas o lo sabes?

—Fue demasiado fácil en Penn Station.

—¿Cómo?

—Me hicieron caer. Leonid me dejó que lo viera. Tenía puesta una chaqueta que bajo las luces se veía naranja brillante. Era prácticamente lo mismo que los chalecos de seguridad que vi que usaban los trabajadores del tren. Hizo que mi mirada fuera hacia ahí. Se suponía que yo lo viera. Después me dejó que le pegara. Porque se suponía que yo me quedara con su teléfono y me enterara del Four Seasons. Me manipularon. Hay capas sobre capas acá. Necesitaban hablar conmigo pero no querían que yo viera todo. No querían mostrar su mano completa. Así que me prepararon una entrada. Hicieron que yo fuera hasta el hotel e intentaron acercarse a mí de manera suave y dulce. Solo un tipo actuando de manera incompetente en la estación de tren, y después el engatusamiento. Incluso tenían un plan de respaldo, que era ir a la estación de policía del distrito y hacer la denuncia de la persona desaparecida. De cualquiera de las dos maneras al final yo iba a aparecer.

—¿Qué quieren de ti?

—La información de Susan.

—¿Que era cuál?

—No lo sé.

—¿Quiénes son?

—Periodistas no —dije—. Supongo que me equivoqué con eso. Lila estaba actuando una cosa,

actuando otra cosa. No sé qué es en realidad.

—¿La vieja es de verdad?

—No lo sé.

—¿Dónde están ahora? Del hotel se fueron.

—Siempre tuvieron algún otro lugar. Tienen dos carriles en funcionamiento. Uso público y negocio privado. Por lo que no sé dónde están ahora. En su lugar alternativo, obviamente. Algún lugar seguro de largo plazo, supongo. Acá en la ciudad, probablemente. Quizás una casa grande. Porque están con un equipo. Gente suya. Gente mala. Los tipos esos que trabajaban por su cuenta tenían razón. Cuán malos, lo acaban de descubrir por el camino más duro. Con los martillos.

—Entonces las Hoth también se están cubriendo —dijo Lee.

—Tiempo verbal incorrecto —dije—. Ya se cubrieron. Están parapetadas en algún lugar y cualquiera que podría haber sabido dónde está muerto.

El metro se detuvo en la calle 23. Las puertas se abrieron. No se subió nadie. No se bajó nadie. Theresa Lee miraba el piso. Jacob Mark me miró a mí por encima de ella y dijo:

—Si Seguridad Nacional no puede ni siquiera rastrear a Lila Hoth cuando entró al país, entonces tampoco pueden saber si fue a California o no. Lo que quiere decir que puede haber sido ella, con Peter.

—Sí —dije—. Puede haber sido.

Las puertas se cerraron. El tren siguió.

Theresa Lee levantó la mirada del piso y se giró hacia mí y dijo:

—Lo que les pasó a esos cuatro fue nuestra culpa, lo sabes. Con los martillos. Tu culpa, específicamente. Le dijiste a Lila que sabías de ellos. Los convertiste en un cabo suelto.

—Gracias por aclararlo —dije.

*Usted la llevó al límite.*

*Tu culpa, específicamente.*

El metro traqueteó entrando a la estación de la calle 28.

Nos bajamos en la calle 33. Ninguno de nosotros quería llegar a Grand Central. Demasiados policías, y en el caso de Jacob Mark al menos, quizás demasiadas asociaciones negativas. Al nivel de la calle la avenida Park estaba ajetreada. Dos autos de policía pasaron en el primer minuto. Al oeste estaba el edificio Empire State. Demasiados policías. Dimos la vuelta hacia el sur y tomamos una calle tranquila en dirección a Madison. Para entonces ya me estaba sintiendo bastante bien. Había pasado dieciséis de diecisiete horas profundamente dormido, y estaba lleno de comida y fluidos. Pero Lee y Jake parecían agotados. No tenían a donde ir y no estaban acostumbrados a eso. Obviamente no podían ir a sus casas. Tampoco podían ir a las de amigos. Teníamos que asumir que todos los lugares que frecuentaban estaban siendo vigilados.

—Necesitamos un plan —dijo Lee.

Me gustaba el aspecto de la cuadra en la que estábamos. Nueva York tiene cientos de microvecindarios distintos. El sabor y el matiz varían de calle a calle, a veces de edificio a edificio. Park y Madison a la altura de las calles 27, 28, 29 son un poco sórdidas. Las calles transversales tienen algo de barrio bajo. Quizás en algún momento eran de alta categoría, y quizás un día lo vuelvan a ser, pero ahí mismo eran confortables. Nos escondimos por un rato bajo los

andamios en una vereda y vimos borrachos que se tambaleaban a sus casas desde los bares, y gente de edificios de departamentos cercanos que paseaban a sus perros antes de irse a la cama. Vimos a un tipo con un gran danés del tamaño de un pony, y una chica con un rat terrier del tamaño de la cabeza del gran danés. En total yo prefería el rat terrier. Perro pequeño, personalidad grande. El tipito se pensaba que era el dueño del mundo. Esperamos hasta que se hiciera más de medianoche y después nos fuimos moviendo de atrás hacia delante de este a oeste hasta que encontramos la clase apropiada de hotel. Era un lugar estrecho con un cartel luminoso de otra época con lamparitas internas de poco voltaje. Parecía un poco decadente y sucio. Más pequeño de lo que me habría gustado. Los lugares más grandes funcionan mucho mejor. Más chances de habitaciones disponibles, más anonimato, menos supervisión. Pero en general el lugar que teníamos enfrente era factible.

Era un blanco decente para el truco de los cincuenta dólares.

O quizás incluso lo podíamos sacar por cuarenta.

Al final tuvimos que subir la oferta hasta setenta y cinco, probablemente porque el portero de la noche sospechaba que teníamos en mente una especie de trío sexual. Quizás por la manera en que me estaba mirando Theresa Lee. Algo estaba pasando en sus ojos. No estaba seguro de qué. Pero claramente el portero de la noche vio una oportunidad de aumentar su tarifa. La habitación que nos dio era pequeña. Estaba en la parte de atrás del edificio y tenía camas de una plaza y una ventana estrecha que daba a un aire-luz. Nunca iba a aparecer en un folleto turístico, pero se la sentía segura y clandestina y me di cuenta de que Lee y Jake se sentían bien con pasar la noche ahí. Pero también me daba cuenta de que ninguno de ellos se sentía bien con pasar dos noches ahí, o cinco, o diez.

—Necesitamos ayuda —dijo Lee—. No podemos vivir así indefinidamente.

—Podemos si queremos —dije—. Yo hace diez años que vivo así.

—OK, una persona normal no puede vivir así indefinidamente. Necesitamos ayuda. Este problema no se va a ir.

—Podría —dijo Jake—. De acuerdo con cómo lo estabas pensando antes. Si lo supieran tres mil personas ya no sería un problema. Así que lo único que tenemos que hacer es contárselo a tres mil personas.

—¿De a una por vez?

—No, deberíamos llamar a los diarios.

—¿Nos creerían?

—Si fuéramos convincentes.

—¿Imprimirían la historia?

—¿Por qué no?

—¿Quién sabe qué es lo que pasa ahora con los diarios? Quizás chequearían con el gobierno por una cosa así. Quizás el gobierno les diría que lo cajoneen.

—¿Qué hay de la libertad de prensa?

—Sí, me acuerdo de eso —dijo Lee.

—¿Entonces quién carajo nos va a ayudar?

—Sansom —dije yo—. Sansom nos va a ayudar. Es el que tiene más plata puesta en esto.

—Sansom *es* el gobierno. Tenía a un tipo propio siguiendo a Susan.

—Porque tiene mucho que perder. Podemos usar eso. —Me saqué del bolsillo el teléfono de Leonid y lo tiré en la cama junto a Theresa Lee—. Mándale un mensaje de texto a Docherty por la mañana. Consigue el número del Edificio Cannon de Oficinas de los Representantes en el DC. Llama a la oficina de Sansom y exige hablar con él personalmente. Dile que eres una oficial de policía en Nueva York y que estás conmigo. Dile que sabemos que el que trabaja con él estaba en el metro. Luego dile que sabemos que la Medalla por Servicio Distinguido no fue por el fusil VAL. Dile que sabemos que hay más.

## CUARENTA Y NUEVE

Theresa Lee agarró el teléfono y lo sostuvo por un momento como si fuera una joya rara y preciosa. Después lo puso en la mesa de luz y preguntó:

—¿Qué te hace pensar que hay más?

—En total tiene que haber más —dije—. Sansom ganó cuatro medallas, no solo una. Era un tipo al que todos solían acudir. Debe haber hecho toda clase de cosas.

—¿Como qué?

—Lo que se necesitara. Para el que lo necesitara. No solo el Ejército. A los de la Fuerza Delta de vez en cuando los prestaban. A la CIA, ocasionalmente.

—¿Para hacer qué?

—Intervenciones encubiertas. Golpes. Asesinatos.

—El mariscal Tito murió en 1980. En Yugoslavia. ¿Piensas que lo hizo Sansom?

—No, creo que Tito se enfermó. Pero no me sorprendería que haya habido un plan de refuerzo, por si se mantenía saludable.

—Brezhnev murió en 1982. En Rusia. Después Andropov, poco más tarde. Después Chernenko, muy rápido. Fue como una epidemia.

—¿Qué eres? ¿Historiadora?

—Amateur. Pero como sea, todo eso llevó a Gorbachov, y al progreso. ¿Crees que fuimos nosotros? ¿Crees que fue Sansom?

—Quizás —dije—. No lo sé.

—Pero como sea, nada de todo eso se relaciona con marzo de 1983 en Afganistán.

—Pero piénsalo. Dar en la oscuridad con un equipo soviético de francotirador era algo completamente aleatorio. ¿Iban a mandar a un as como Sansom, un tipo al que todos acudían, a dar vueltas por las montañas, a esperar lo mejor? Cien veces de ciento una habría vuelto con las manos vacías. Ese es un riesgo demasiado grande para una recompensa muy pequeña. No es así como se planea una misión. Una misión necesita un objetivo alcanzable.

—Muchas fracasan.

—Claro que sí. Pero todas empiezan con un blanco realista. Más realista que andar a los tumbos en dos mil kilómetros cuadrados de montañas vacías esperando un encuentro cara a cara de casualidad. Por lo que tiene que haber estado pasando alguna otra cosa.

—Eso es muy poco específico.

—Hay más —dije—. Y no es tan poco específico. Hace días que me vienen hablando. Y yo estuve escuchando. Algunas de las cosas que oí no tienen mucho sentido. Esos federales me

gruñeron en el Watergate en DC. Les pregunté qué estaba pasando. Reaccionaron de manera rara. Fue como si se estuviera por caer el cielo. Fue muy desproporcionado como para una invasión técnica de propiedad hace veinticinco años.

—La geopolítica no es simple.

—Estoy de acuerdo. Y soy el primero en admitir que no soy ningún experto. Pero así y todo pareció muy desmesurado.

—Sigue siendo poco específico.

—Yo hablé con Sansom en el DC. En su oficina. Parecía amargado por todo esto. Contrariado, y de alguna manera preocupado.

—Es época de elecciones.

—Pero conseguir el fusil fue algo que estuvo bueno, ¿no? Nada de lo que estar avergonzado. Era todo un asunto de eso que el Ejército solía llamar súbito y audaz. Por lo que su reacción no fue la indicada.

—Todavía poco específico.

—Sabía el nombre del francotirador. Grigori Hoth. Por las chapas de identificación. Yo supuse que tenía las chapas como recuerdo. Dijo: no, esas chapas fueron guardadas con los partes operativos, y todo lo demás. Fue como un desliz. ¿Y todo lo demás? ¿Qué quiso decir con eso?

Lee no dijo nada.

Yo dije:

—Hablamos de cómo habían terminado el francotirador y el vigía. Sansom dijo que no tenía armas silenciadas. Lo que fue como otro desliz. Los deltas nunca saldrían a hacer incursiones nocturnas clandestinas sin armas silenciadas. Son exigentes con ese tipo de cosas. Lo que me hace pensar que todo el episodio del VAL fue una consecuencia accidental de algo completamente distinto. Yo pensé que el fusil *era* la historia. Pero esto es como un iceberg. La mayor parte sigue estando escondida.

Lee no dijo nada.

Yo dije:

—Después hablamos de las cuestiones geopolíticas. Veía un peligro, seguro. Le preocupa Rusia, o la Federación de Rusia, o como sea que ellos se llamen ahora. Piensa que son inestables. Dijo que las cosas podrían estallar, si sale a la luz la parte de la historia del Korangal. ¿Oyes eso? ¿La *parte de* la historia del Korangal? Fue como un tercer desliz. Fue en efecto como admitir directamente que hay más. De sus propios labios.

Lee no contestó. Jacob Mark preguntó:

—¿Qué clase de más?

—No lo sé. Pero sea lo que sea es de información intensiva. Desde el primer momento Lila Hoth estaba buscando un USB. Y los federales asumen que hay uno por ahí dando vueltas. Dijeron que su tarea es recuperar el verdadero. Verdadero, porque miraron el que yo compré y asumieron que era un señuelo. Dijeron: está vacío, y es demasiado pequeño de todos modos. ¿Lo oyes? ¿Demasiado pequeño? Lo que quiere decir que hay archivos grandes en juego. Cantidades de información.

—Pero Susan no tenía nada.

—Cierto. Pero todos asumen que sí.

—¿Qué clase de información?

—No tengo idea. Salvo que Springfield me habló acá en Nueva York. El seguridad de Sansom, en el Sheraton. En un pasillo sin gente. Estaba muy tenso. Me estaba advirtiendo. Eligió una metáfora específica. Dijo: no te puedes permitir buscar donde no debes.

—¿Y?

—¿Qué pasa cuando buscas donde no debes?

—Salen cosas.

—Exacto. En tiempo presente. Salen cosas. Todo esto no se trata de cosas que solo están ahí, que murieron hace veinticinco años. Esto se trata de cosas que están moviéndose y retorciéndose ahora mismo. Esto se trata de cosas que están vivas hoy.

Vi que Theresa Lee lo estaba procesando. Dirigió su mirada al teléfono en la mesa de luz. Entrecerró los ojos. Supuse que estaba ensayando lo que le diría a Sansom cuando lo llamara a la mañana. Dijo:

—Es un poco descuidado, ¿no? Tuvo tres deslices.

—Fue un oficial de la Fuerza Delta durante casi diecisiete años —dije.

—¿Y?

—Si eres descuidado no duras ni diecisiete días.

—¿Entonces?

—A mí me parece alguien muy comprometido. Está atento a todo lo que tiene que hacer con respecto a su campaña. Su aspecto, lo que dice, cómo viaja. Hasta el más mínimo detalle.

—¿Entonces?

—Entonces no creo que sea descuidado.

—Tuvo tres deslices.

—¿Sí? No estoy seguro. Me pregunto si en cambio no estaba tendiendo una trampa. Él leyó mi legajo. Fui un buen policía militar, y bastante cercano a su generación. Creo que quizás estaba buscando ayuda, en cualquier viejo lugar en el que la pudiera conseguir.

—¿Crees que te estaba reclutando?

—Quizás —dije—. Creo que quizás estaba tirando algunas migas, y esperando ver si yo las seguía.

—¿Por?

—Porque quiere que esto vuelva a estar tapado, y no está seguro de quién puede hacerlo por él.

—¿No confía en los del Departamento de Defensa?

—¿Tú lo harías?

—No es mi mundo ese. ¿Tú confiarías en ellos?

—Para nada.

—¿No confía en Springfield?

—Le confiaría su vida. Pero Springfield es uno solo. Y Sansom tiene un problema grande. Así que quizás está pensando que si participa alguien más, él quizás también lo puede seguir haciendo. Mientras más, mejor.

—Por lo que está obligado a ayudarnos.

—Obligado no —dije—. Su jurisdicción está estrictamente limitada. Pero puede tener

inclinación a hacerlo. Que es la razón por la cual quiero que lo llames.

—¿Por qué no lo llamas tú?

—Porque no voy a estar acá mañana cuando arranque el día.

—¿No?

—Nos vamos a encontrar a las diez, en el Madison Square Park. A un par de cuadras al sur de acá. Tengan cuidado cuando vayan para ahí.

—¿Adónde vas?

—Afuera.

—¿Adónde?

—A buscar a Lila Hoth.

—No la vas a encontrar.

—Probablemente no. Pero tiene un equipo. Quizás me encuentren a mí. Estoy seguro de que me están buscando. Y tienen mi foto.

—¿Te vas a usar a ti mismo de carnada?

—Lo que funcione.

—Estoy segura de que los policías también te están buscando. Y el Departamento de Defensa, y el FBI. Incluso quizás gente de la que nunca oímos hablar.

—Una noche movida en todas partes.

—Cuídate, ¿OK?

—Siempre.

—¿Cuándo te vas?

—Ahora.

## CINCUENTA

Nueva York. Una de la mañana. El mejor lugar y el peor lugar para que te estén persiguiendo. En la calle todavía hacía calor. Había poco tránsito. Sobre Madison transcurrían intervalos enteros de diez segundos sin autos. Todavía había gente. Algunos estaban dormidos, en entradas a edificios o en bancos. Algunos estaban caminando, ya sea con algún propósito o sin rumbo. Yo tomé la ruta sin rumbo. Elegí la calle 30 y crucé a Park, y después Lex. Nunca me entrenaron en el arte de mantenerme invisible. Para eso elegían a tipos más pequeños. La gente de tamaño normal. Me echaron un vistazo y abandonaron enseguida la propuesta. Asumieron que alguien de mi tamaño siempre sería muy fácil de encontrar. Pero me las arreglo. Me enseñé algunas técnicas. Algunas son contraintuitivas. La noche es mejor que el día, porque los lugares están más vacíos. Cuando los lugares están más vacíos, sobresalgo menos, no más. Porque cuando la gente me busca, buscan un tipo grandote. Y el tamaño es fácil de considerar cuando hay puntos de comparación todo alrededor. Pónganme en un grupo de cincuenta civiles y sobresalgo, literalmente cabeza y hombros por encima del resto. Por mi cuenta, la gente está menos segura. No hay puntos de referencia. La gente es mala considerando la altura aisladamente. Lo sabemos por experimentos con declaraciones de testigos presenciales. Monta un incidente, pide primeras impresiones, y al mismo tipo puede que lo describan en cualquier lugar de la franja que va de uno setenta y cinco a uno noventa y cinco. La gente ve, pero no mira.

Salvo la gente entrenada para mirar.

Les prestaba mucha atención a los autos. No hay manera de encontrar a un individuo en Nueva York salvo recorriendo en algún vehículo las calles. El lugar es simplemente muy grande para cualquier otro método alternativo. Los vehículos blancos y azules del Departamento de Policía de Nueva York eran muy fáciles de localizar. Sus balizas en el techo formaban una silueta característica incluso a la distancia. Cada vez que veía venir uno hacía una pausa en la puerta que tuviera más cerca y me acostaba. Solo un sin hogar más. Poco convincente en invierno, porque no tenía encima un montón de frazadas viejas. Pero el clima todavía era cálido. La verdadera gente en situación de calle todavía estaba en remera.

Los autos de policía no identificables eran más difíciles de descubrir. Vistas de frente las siluetas eran las mismas que las de cualquier otro, que era el objetivo. Pero las políticas internas y los presupuestos de las fuerzas de seguridad restringían la elección a un puñado específico de marcas y modelos. Y la mayor parte de los vehículos individuales están característicamente descuidados. Están sucios, dejados, tirados.

Salvo los autos federales no identificables. Mismas marcas, mismos modelos, pero a menudo nuevos y limpios y encerados y pulidos. Lo suficientemente fáciles de localizar, pero no fáciles de

distinguir de algunos autos de servicio de transporte. Las empresas de limusinas usan algunas de las mismas marcas y modelos. Crown Vic, y sus equivalentes Mercury. Y los choferes de uniforme mantienen sus autos limpios. Pasé algún tiempo en posición horizontal en entradas de edificios solo para ver pasar matrículas de T&LC. Taxi and Limousine Commission. Lo cual me frustraba, hasta que me acordé del comentario de Theresa Lee acerca del escuadrón de contraterrorismo del Departamento de Policía de Nueva York que recorría las calles en taxis falsos. Después de eso empecé a pechar de precavido.

Imaginé que el equipo de Lila Hoth andaría en automóviles alquilados. Hertz, Avis, Enterprise, o cualquier otro nuevo integrante de la escena. Otra vez, un puñado bastante específico de marcas y modelos, en su mayoría porquerías domésticas, pero nuevos y limpios y bien mantenidos. Veía muchos vehículos que cumplían con esos requisitos, y muchos que no. Tomé todas las precauciones razonables para mantenerme fuera del camino de las fuerzas de seguridad, e hice todos los esfuerzos razonables para dejar que la gente de Lila Hoth me viera. Ayudaba que era tarde. Simplificaba las cosas. Categorizaba a la población. Los transeúntes inocentes en su mayoría estaban acostados en sus casas.

Caminé durante media hora, pero no pasó nada.

Hasta la una y media de la mañana.

Hasta que di la vuelta en la calle 22 y Broadway.

## CINCUENTA Y UNO

De casualidad vi de vuelta a la chica del rat terrier. Caminaba por Broadway hacia el sur, yendo hacia la 22. El tipito iba haciendo pis en algunos postes e ignorando otros. Les pasé por al lado y el perro notó mi presencia y me ladró. Me di vuelta para dejarlo tranquilo de que yo no era ninguna clase de peligro importante y vi con el rabillo del ojo un Crown Vic negro que cruzaba el semáforo de la calle 23. Limpio, brillante, el pincho de las antenas aguja en la tapa del baúl perceptible por las luces delanteras de un auto treinta metros más atrás.

Detuvo su marcha hasta avanzar a paso de hombre.

En esa cuadra Broadway tiene un ancho doble. Seis carriles, todos en dirección al sur, divididos después del semáforo por una pequeña isla para peatones en el medio. Yo estaba en la vereda de la izquierda. Al lado mío, un edificio de departamentos. Más allá, tiendas. A mi derecha, a seis carriles de distancia, el edificio Flatiron. Más allá, tiendas.

Derecho enfrente, una entrada de metro.

La chica con el perro dobló a la izquierda detrás de mí y entró en el edificio de departamentos. Vi un portero atrás de un escritorio. El Crown Vic se detuvo en el segundo de los seis carriles. El auto que venía detrás lo pasó y el baño de sus luces delanteras me dejó ver el contorno de dos tipos sentados en los asientos de adelante del Crown Vic. Estaban sentados quietos. Quizás chequeando una foto, quizás pidiendo instrucciones, quizás pidiendo refuerzos.

Me senté en una pared de ladrillos baja que le daba la vuelta a un área plantada enfrente de la casa de departamentos. La entrada de metro estaba a tres metros de distancia.

El Crown Vic se quedó donde estaba.

Más lejos al sur de donde estaba yo la vereda de Broadway era ancha. Adyacente a los negocios era de cemento. La mitad junto al cordón era una reja grande de ventilación del metro. La entrada de metro a tres metros de mí era una escalera estrecha. El extremo sur de la estación de la calle 23. Las líneas N y R y W. El andén con dirección uptown.

Me aposté a mí mismo que era una entrada HEET. Un molinete alto de entrada y salida. No una con ventanilla. Algo mucho más importante. Vida, libertad y la búsqueda de la felicidad.

Esperé.

Los tipos del auto se quedaron sentados quietos.

A la una y media de la mañana el metro ya funcionaba hacía rato con los horarios nocturnos. Una frecuencia con intervalos de veinte minutos. No escuché que vinieran desde abajo ni retumbos ni ruidos. No había ninguna corriente de aire. La basura en las distantes rejillas de ventilación de las veredas estaba quieta.

El Crown Vic giró las ruedas de adelante. Oí el siseo de la bomba de dirección hidráulica y el chasquido de los neumáticos en la calle. Dobló de manera pronunciada por los cuatro carriles y se enderezó en una S apretada y se detuvo junto al cordón enfrente de donde estaba yo.

Los dos tipos se quedaron adentro.

Esperé.

Era un auto federal, seguro. Una patrulla compartida. Especificaciones LX estándar, no el modelo Police Interceptor. Pintura negra, tazas de plástico. En la vereda no había mucho movimiento, pero tampoco estaba desierta. Había gente sola apresurada en llegar a su casa, o paseando más despacio en parejas. Había clubs en las calles transversales hacia el sur. Me daba cuenta porque cúmulos pequeños y aleatorios de personas vacilantes aparecían de vez en cuando y estiraban el cuello hacia los carriles del tránsito, en busca de taxis vacíos.

Los tipos del auto se movieron. Uno se inclinó un poco a la derecha y el otro se inclinó un poco a la izquierda, como hacen dos personas en un auto cuando ambas buscan al mismo tiempo las manijas interiores.

Miré las rejas de ventilación del metro en la vereda, cuarenta metros al sur de donde estaba yo.

No pasaba nada. Aire estanco. La basura inmóvil.

Los dos tipos se bajaron del auto. Los dos estaban de traje negro. Los sacos estaban arrugados atrás en la parte baja, de andar en auto. El acompañante dio la vuelta y se paró con el conductor en la alcantarilla cerca del capot del Crown Vic. Estaban a mi misma altura, quizás a seis metros de distancia del otro lado del ancho de la vereda. Tenían las placas ya prendidas en el bolsillo del pecho. FBI, supuse, pero no estaba lo suficientemente cerca como para estar seguro. Todas esas placas civiles me parecen iguales. El acompañante dijo en voz alta: “Agentes federales”. Como si fuera necesario.

No respondí.

Se quedaron en la alcantarilla. No se subieron al cordón. Un mecanismo de defensa subliminal, supuse. El cordón era como una fortificación miniatura. No ofrecía ningún tipo de protección verdadera, pero una vez que lo franquearan iban a tener que acometer. Iban a tener que actuar, y no estaban seguros de cómo iba a ir eso.

Las rejas de ventilación del metro seguían quietas y en silencio.

El acompañante dijo en voz alta:

—¿Jack Reacher?

No respondí. Cuando todo lo demás falla, hazte el tonto.

El conductor dijo en voz alta:

—Quédese donde está.

El calzado que yo tenía puesto era de goma, y mucho menos ajustado y firme de lo que estoy acostumbrado. Pero así y todo sentí el primer eco previo del retumbo del tren. Un metro, o yendo en dirección downtown desde la calle 28 o dirigiéndose uptown desde la 14. Una posibilidad cincuenta-cincuenta. Un metro con dirección downtown no me servía. Estaba del lado equivocado de Broadway. Uno con dirección uptown era lo que yo quería.

Miré las distantes rejas de ventilación de la vereda.

La basura seguía quieta.

El pasajero dijo en voz alta:

—Mantenga sus manos donde las pueda ver.

Me metí una mano en el bolsillo. En parte para ubicar mi Metrocard, y en parte para ver qué es lo que iba a pasar a continuación. Yo sabía que el entrenamiento de Quantico hacía mucho énfasis en la seguridad pública. A los agentes se los instruye para desenfundar el arma solo en situaciones de emergencia extrema. Muchos nunca llegan a desenfundar el arma, durante toda su carrera de la graduación al retiro, ni siquiera una vez. Estaba lleno de gente inocente alrededor. El lobby de una casa de departamentos justo detrás de mí. El campo de visión y de tiro era alto y ancho y espléndido, y lleno de tragedias colaterales esperando su turno. Transeúntes, tránsito, bebés dormidos en departamentos de planta baja.

Los dos agentes desenfundaron el arma.

Dos movimientos idénticos. Dos armas idénticas. Pistolas Glock, sacadas tranquila y veloz y cómodamente de las sobaqueras. Los dos eran diestros.

El acompañante dijo en voz alta:

—No se mueva.

A lo lejos a mi izquierda la basura sobre las rejillas de ventilación del metro se movió un poco. Un metro con dirección uptown, yendo hacia donde yo iba. La masa de aire por delante de la formación moviéndose rápido, haciendo presión, encontrando escape. Me puse de pie y giré alrededor del pasamanos hasta lo alto de la escalera. No rápido, no despacio. Bajé de a un escalón por vez. Detrás de mí oí que los agentes me empezaron a seguir. Suelas duras sobre cemento. Tenían zapatos mejores que los míos. Di vuelta la Metrocard en el bolsillo y la saqué mirando hacia el lado correcto.

El paso de acceso era alto. Barrotes del piso al techo, como la celda de una prisión. Había dos molinetes, uno a la izquierda, uno a la derecha. Los dos eran estrechos y de altura completa. No requerían supervisión. No necesitaban una ventanilla con personal. Pasé mi tarjeta y el último crédito que tenía encendió verde la luz de pase y empujé hacia delante. Detrás de mí los agentes llegaron a un punto muerto. Con un molinete común, habrían saltado sin más y explicado después. Pero la entrada HEET sin personal no tenía esa opción. Y no andaban con Metrocard propias encima. Probablemente vivían lejos en Long Island e iban al trabajo en auto. Pasaban sus días en escritorios o en autos. Se quedaron de pie sin poder hacer nada detrás de los barrotes. Tampoco tuvieron la oportunidad de gritar amenazas o negociaciones. Le había medido el tiempo de manera exacta. La masa de aire ya estaba ahí en la estación, removiendo polvo y haciendo rodar vasos descartables vacíos. Los tres primeros vagones ya se habían asomado por la curva. El tren aulló y chilló y paró y me subí sin ni siquiera romper la marcha. Las puertas se cerraron y el tren me llevó y lo último que vi de los agentes fue a los dos de pie ahí del lado equivocado del molinete con las armas bajas a los costados.

## CINCUENTA Y DOS

Me había subido a un metro de la línea R. La línea R sigue Broadway hasta Times Square y después se endereza un poco hasta la calle 57 y la Séptima Avenida, donde hace una curva cerrada a la derecha y para en la 59 y la Quinta y después en la 60 y Lex antes de seguir hacia delante por debajo del río y al este hacia Queens. Yo no quería ir a Queens. Un lindo barrio, sin dudas, pero aburrido de noche, y de todas maneras yo tenía la intuición de que la acción estaba en otro lado. En Manhattan, seguro. En el East Side, probablemente, y no lejos de la calle 57. Lila Hoth había usado el Four Seasons como señuelo. Lo que ubicaba su base verdadera en algún lugar cerca, casi con seguridad. No adyacente, pero confortablemente próximo.

Y su base verdadera era una casa grande en la ciudad, no un departamento u otro hotel. Porque andaba con un equipo de gente, y tenían que poder ir y venir sin que los notaran.

Hay muchas casas grandes en el lado este de Manhattan.

No me bajé del metro en Times Square. Ahí se subió bastante gente. Por el minuto que tomó subir hasta la calle 49 teníamos veintisiete pasajeros a bordo. Después cinco personas se bajaron en la 49 y la población comenzó a descender. Yo me bajé en la 59 y la Quinta. No salí de la estación. Me quedé de pie en el andén y miré cómo seguía el tren sin mí. Después me senté en un banco y esperé. Supuse que los agentes en la calle 22 habrían hablado por radio. Supuse que habría policías moviéndose por las estaciones de la línea R en una larga cascada secuencial. Me los imaginé sentados en el auto o parados en la vereda, contando el tiempo de avance subterráneo del tren, tensándose, después volviéndose a relajar al asumir que yo había pasado más allá de ellos y que estaba yendo más al norte del recorrido. Los imaginé quedándose más o menos durante cinco minutos, y después dándolo por terminado. Así que esperé. Diez minutos enteros. Después me fui. Salí del sistema subterráneo y no encontré a nadie que me estuviera buscando. Estaba solo en una esquina desierta con el viejo y famoso Plaza Hotel directo enfrente de mí, todo encendido, y el parque detrás de mí, todo oscuro.

Estaba dos cuadras al norte y una cuadra y media al oeste del Four Seasons.

Estaba exactamente tres cuadras al oeste de donde habría salido Susan Mark al bajar de la línea 6, al principio de todo.

Y ahí mismo entendí que Susan Mark nunca había estado dirigiéndose hacia el Hotel Four Seasons. No vestida de negro y lista para el combate. No había combate posible en un lobby de un hotel o en un pasillo o en una suite. No se obtenía ninguna ventaja de estar vestido de negro donde había luces. Por lo que Susan se había estado dirigiendo a algún otro lugar. Directo a la ubicación secreta, presumiblemente, que tenía que estar en una calle transversal oscura, discreta. Pero que igual tenía que estar dentro de la caja original de sesenta y ocho cuadras, entre la calle 42 y la 59,

entre la Quinta Avenida y la Tercera. Más probablemente en uno de los cuadrantes de arriba, dada la naturaleza del área. O arriba a la izquierda, o arriba a la derecha. Una de dos subcajas de dieciséis cuadras, quizás.

¿Que contenían qué?

Alrededor de dos millones de cosas distintas.

Que era cuatro veces mejor que ocho millones de cosas distintas, pero no tanto mejor como para que yo empezara a saltar de alegría. En vez de eso me dirigí hacia el este cruzando la Quinta Avenida y retomé mi caminata sin rumbo, prestándoles atención a los autos, quedándome del lado de la sombra. Había mucha menos gente sin hogar que abajo entre las calles 20 y 30, e imaginé que estar acostado en entradas de edificios sería más provocativo que no hacerlo. Así que miraba el tráfico y me preparaba para huir o pelear, dependiendo de quién me encontrara primero.

Crucé la avenida Madison y me dirigí hacia Park. Ahora estaba directo detrás del Four Seasons, que era dos cuadras justo al sur. La calle estaba tranquila. Mayormente tiendas importantes y boutique comercial, todo cerrado. Doblé hacia el sur en Park y después al este de vuelta en la 58. No vi mucho. Algunas casas grandes, pero cada una parecía igual a las otras. Fachadas de piedra rojiza despejadas de cuatro o cinco pisos, ventanas con rejas abajo, ventanas con celosías cerradas arriba, sin luces. Algunas eran consulados pertenecientes a naciones pequeñas. Algunas eran oficinas trofeo para fundaciones de caridad y corporaciones pequeñas. Algunas eran residenciales, pero divididas en muchos departamentos. Algunas eran definitivamente hogares de una sola familia, pero todas esas familias parecían estar bien dormidas detrás de puertas cerradas con llave.

Crucé Park y me dirigí hacia Lex. Siguiendo derecho estaba Sutton Place. Tranquilo, y muy residencial. En su mayoría departamentos, pero algunas casas. Históricamente el barrio estaba centrado más hacia el sur y hacia el este, pero brokers optimistas le habían corrido las fronteras hacia el norte y especialmente hacia el oeste, todo hasta la Tercera Avenida. La nueva parte periférica era bastante anónima.

Territorio ideal, para un escondite.

Seguí dando vueltas, al oeste y al este, al norte y al sur, 58, 57, 56, Lexington, Tercera, Segunda. Recorrí muchas cuadras. Nada me saltó a la vista. Y nadie me saltó encima. Vi muchos autos, pero todos aceleraban felices de A a B. Ninguno de ellos exhibía el característico medio paso vacilante de un auto cuyo conductor también está haciendo barridas visuales de las veredas. Vi mucha gente, pero la mayoría estaban lejos y eran completamente inocentes. Insomnes paseando perros, personal médico volviendo a casa desde los hospitales del East Side, trabajadores de recolección de residuos, porteros de casas de departamentos tomando aire afuera. Uno de los insomnes que paseaban perros se acercó lo suficiente como para hablar. El perro era uno viejo gris y sin raza y la que lo paseaba era una mujer mayor blanca de alrededor de ochenta años. Tenía un peinado de peluquería y estaba toda producida. Tenía puesto un vestido anticuado de verano que necesitaba realmente guantes blancos para estar completo. El perro hizo una pausa y me miró con tristeza y la mujer lo tomó como una introducción social suficiente. Dijo:

—Buenas noches.

Eran cerca de las tres, y por lo tanto técnicamente de la mañana. Pero no quise parecer peleador. Así que simplemente dije:

—Hola

Ella dijo:

—¿Sabía usted que esa palabra es una invención reciente?

—¿Qué palabra? —dije yo.

—Hola —dijo ella—. Se desarrolló como un saludo solo después de la invención del teléfono. La gente sentía que necesitaba algo para decir cuando levantaba el auricular. Fue una corrupción de la vieja palabra *halloo*. Que era en realidad una expresión de shock o sorpresa temporales. Uno daba con algo inesperado y exclamaba: *¡halloo!* Quizás la gente se sobresaltaba con la estridencia de la campana del teléfono.

—Sí —dije—. Quizás se sobresaltaban.

—¿Tiene teléfono, usted?

—Los he usado —dije—. Ciertamente los he oído sonar.

—¿Le parece que el sonido es perturbador?

—Siempre asumí que ese era el punto.

—Bueno, adiós —dijo la mujer—. Ha sido un placer conversar con usted.

Solo en Nueva York, pensé. La mujer siguió su camino, con su perro viejo al lado. La miré irse. Se dirigió hacia el este y después hacia el sur por la Segunda Avenida y se perdió de vista. Me di vuelta y me dispuse a dirigirme de vuelta hacia el oeste. Pero seis metros por delante de mí un Chevy Impala dorado frenó de golpe pegado al cordón y Leonid se bajó por una de las puertas de atrás.

## CINCUENTA Y TRES

Leonid se quedó de pie en el cordón y el auto volvió a arrancar y después frenó otra vez seis metros detrás de mí. El conductor se bajó. Buenos movimientos. Estaba encerrado en la vereda, un tipo enfrente, otro tipo atrás. Leonid parecía el mismo pero distinto. Todavía alto, todavía delgado, todavía pelado salvo por la rojiza barba incipiente, pero ahora tenía puesta ropa adecuada y había mudado su comportamiento aletargado. Tenía puestos zapatos negros, pantalones de punto negros y un buzo negro con capucha. Tenía aspecto animado y alerta y muy peligroso. Tenía aspecto de algo más que gánster. Más que un camorrero o un matón. Tenía aspecto de profesional. Entrenado, y experimentado.

Tenía aspecto de ex soldado.

Retrocedí hasta quedar de espaldas a la pared del edificio que tenía a mi lado así los podía ver a los dos al mismo tiempo. Leonid a mi derecha y el otro a mi izquierda. El otro tipo era un hombre bajo de entre treinta y cuarenta años. Parecía más de Oriente Medio que de Europa del Este. Pelo negro, sin cuello. No enorme. Como Leonid, pero comprimido verticalmente y por lo tanto expandido lateralmente. Estaba vestido de la misma manera, con ropa deportiva negra barata. Miré los pantalones de punto y me vino una palabra a la mente.

La palabra era: *descartable*.

El tipo dio un paso hacia mí.

Leonid hizo lo mismo.

Dos opciones, como siempre: huir o pelear. Estábamos en la vereda sur de la calle 56. Podría haber corrido directo al otro lado de la calle e intentado escapar. Pero Leonid y su colega probablemente eran más veloces que yo. La ley de los promedios. La mayoría de los seres humanos son más veloces que yo. La señora mayor del vestido de verano probablemente era más veloz que yo. Su perro viejo gris sin raza probablemente era más veloz que yo.

Y escapar ya era lo suficientemente malo. Escapar y ser atrapado de inmediato era completamente indigno.

Así que me quedé donde estaba.

A mi izquierda, Leonid se acercó un paso más.

A mi derecha, el tipo bajo hizo lo mismo.

Lo que fuera que el Ejército no me hubiera podido enseñar acerca de no ser visto lo había compensado enseñándome mucho acerca de pelear. Me habían echado un vistazo y me habían mandado directo al gimnasio. Yo era como muchos hijos de militares. Teníamos historiales raros. Habíamos vivido en todas partes del mundo. Parte de nuestra cultura era aprender de los locales.

No historia o idiomas o cuestiones políticas. Aprendíamos de ellos maneras de pelear. Sus técnicas predilectas. Artes marciales del Lejano Oriente, pelea a los golpes de las partes más sórdidas de Europa, navajas y piedras y botellas de las partes más sórdidas de Estados Unidos. Para los doce años con todo eso ya se había hecho en nosotros una reducción y había quedado una especie de ferocidad desinhibida compuesta. Especialmente desinhibida. Habíamos aprendido que las inhibiciones te iban a lastimar más rápido que cualquier otra cosa. *Solo hazlo* era nuestro lema, mucho antes de que Nike empezara a fabricar zapatillas. A aquellos de nosotros que nos inscribimos para seguir carreras militares nos reconocieron y nos orientaron y nos brindaron una mayor instrucción, donde nos desarmaban y nos volvían a armar. Pensábamos que éramos duros cuando teníamos doce. A los dieciocho, pensábamos que éramos imbatibles. No lo éramos. Pero para los veinticinco años de edad estábamos muy cerca.

Leonid dio otro paso.

El otro tipo hizo lo mismo.

Volví a mirar a Leonid y vi que en la mano tenía una manopla de latón.

Lo mismo el tipo bajo.

Se las habían puesto, rápido y sin problemas. Leonid dio un paso al costado. Lo mismo hizo el otro. Estaban mejorando sus ángulos. Yo estaba con la espalda contra un edificio, lo que me daba ciento ochenta grados de espacio vacío enfrente de mí. Cada uno de ellos quería cuarenta y cinco grados de ese espacio a su derecha y cuarenta y cinco a su izquierda. De esa manera, si yo empezaba a correr, tenían todas las direcciones de salida igualmente cubiertas. Como dobles, en tenis. Una larga práctica, apoyo mutuo, y entendimiento instintivo.

Los dos eran diestros.

Primera regla cuando peleas contra manoplas de latón: que no te peguen. Especialmente no en la cabeza. Pero incluso golpes contra brazos o costillas pueden romper huesos y paralizar músculos.

La mejor manera de que no te peguen es sacar un arma y dispararles a tus oponentes desde una distancia de más o menos seis metros. Lo suficientemente cerca como para no errar, lo suficientemente lejos como para permanecer intacto. *Game over*. Pero yo no tenía esa opción. Estaba sin armas. La mejor manera que le sigue es o mantener a tus oponentes muy lejos o apretarlos bien cerca. Muy lejos, pueden tirar golpes toda la noche y no conectar nunca. Bien cerca, no pueden tirar golpes. La manera de mantenerlos muy lejos es explotar el alcance mayor, si lo tienes, o usar los pies. Mi alcance es espectacular. Tengo brazos muy largos. El espalda plateada del programa de televisión comparado conmigo parecía achaparrado. Mis instructores en el Ejército se la pasaban haciendo juegos de palabras con mi alcance, basados en mi nombre. Pero yo me estaba enfrentando con dos tipos, y no estaba seguro de si patear era una opción que yo pudiera agregar. Por una cosa, tenía un pésimo calzado. Zuecos de goma para jardinería. Estaban flojos en mis pies. Se iban a salir. Y patear descalzo lleva a huesos rotos. Los pies son incluso más débiles que las manos. Salvo en las escuelas de karate, donde hay reglas. No hay reglas en la calle. Segunda cuestión, apenas un pie se levantó del suelo, estás desbalanceado y eres potencialmente vulnerable. Lo siguiente de lo que te enteras, estás en el piso, y después estás muerto. Lo había visto suceder. Lo había hecho suceder.

Apuntalé mi talón derecho contra la pared detrás de mí.

Esperé.

Imaginé que se iban a apilar juntos. Se iban a lanzar en simultáneo, con noventa grados de

distancia. Arrojándose hacia dentro, más o menos al mismo paso. La buena noticia era que no iban a intentar matarme. Lila Hoth lo habría prohibido. Quería cosas de mí, y los cadáveres no tenían nada que ofrecer.

La mala noticia era que muchas heridas serias son poco menos que fatales.

Esperé.

Leonid dijo:

—No tienes que salir herido, lo sabes. Puedes simplemente venir con nosotros, si quieres, y hablar con Lila. —El inglés de él era menos exclusivo que el de ella. Su acento era áspero. Pero sabía todas las palabras.

—¿Ir con ustedes adónde? —dije.

—Sabes que eso no te lo puedo decir. Tendrías que ir con los ojos vendados.

—Paso de lo de ir vendado —dije—. Pero ustedes tampoco tienen que salir heridos. Pueden simplemente seguir de largo, y decirle a Lila que nunca me vieron.

—Pero eso no sería verdad.

—No seas esclavo de la verdad, Leonid. A veces la verdad duele. A veces vuelve y te la da por atrás.

La ventaja de un ataque concertado por dos oponentes es que tienen que comunicarse una señal de inicio. Quizás es apenas una mirada o un gesto, pero siempre está ahí. Es una décima de segundo de advertencia. Me figuré que el hombre principal era Leonid. El que habla primero por lo general lo es. Él iba a anunciar el ataque. Lo miré a los ojos, muy atentamente.

Dije:

—¿Estás enojado por lo que pasó en la estación de tren?

Leonid negó con la cabeza:

—Te dejé golpearme. Era necesario. Lila dijo eso.

Lo miré a los ojos.

Dije:

—Cuéntame de Lila.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber quién es.

—Ven con nosotros y pregúntale.

—Te estoy preguntando a ti.

—Es una mujer con un trabajo que hacer.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Ven con nosotros y pregúntale.

—Te estoy preguntando a ti.

—Un trabajo importante. Un trabajo necesario.

—¿Que implica qué?

—Ven con nosotros y pregúntale.

—Te estoy preguntando a ti.

No hubo respuesta. No hubo más conversación. Sentí cómo se tensionaban. Miré la cara de Leonid. Vi cómo se le abrían un poco más los ojos y cómo la cabeza se le movía un poco hacia delante con un gesto minúsculo. Vinieron derecho hacia mí, juntos. Me empujé de la pared que

tenía atrás y me puse los puños contra el pecho y saqué los codos hacia fuera como si fueran las alas de un avión y cargué hacia ellos tan fuerte como ellos estaban cargando hacia mí. Nos encontramos en un solo punto como un triángulo colapsando y mis codos les dieron a ambos de lleno en la cara. A mi derecha sentí cómo se partían los dientes de arriba del tipo bajo y a mi izquierda sentí cómo cedía el maxilar inferior de Leonid. Impacto igual a masa por velocidad al cuadrado. Yo tenía mucha masa, pero mis zapatos eran esponjosos y mis pies adentro estaban resbaladizos por el calor y por lo tanto mi velocidad fue más lenta de lo que podría haber sido.

Lo que redujo un poco el impacto.

Lo que hizo que ambos quedaran en pie.

Lo que me dio un poco más de trabajo.

Giré instantáneamente y apaleé al tipo bajo con un enorme gancho directo a la oreja. Sin estilo. Sin fineza. Simplemente un puñetazo grande y feo. La oreja se le aplanó contra la cabeza y le sacó algo de fuerza al golpe, pero mucha más fuerza fue derecho del cartílago molido al cráneo. El cuello le restalló de costado y se golpeó la otra oreja con el hombro más lejano. A esa altura yo ya estaba chapoteando hacia atrás en la otra dirección con mi pésimo calzado y clavándole el codo a Leonid bien en la barriga. En el mismo lugar en el que le había pegado en Penn Station, pero diez veces más fuerte. Casi le hice salir por atrás la espina dorsal. Usé el rebote para saltar en la otra dirección, de vuelta al tipo bajo. Estaba medio doblado y listo para la cuenta de ocho. Le puse una derecha baja al riñón. Eso lo enderezó y lo giró hacia mí. Doblé las rodillas y me impulsé hacia delante y le di un cabezazo entre los ojos. Explosivo. Los huesos que mi codo no le había roto cedieron y cayó como una bolsa. Leonid me dio un golpecito en el hombro con su puño de acero. Él pensó que era una trompada, pero en el estado mermado en el que estaba un golpecito era lo único que tenía para ofrecer. Me tomé mi tiempo y me torcí para impulsarme y apunté con cuidado y le solté un uppercut a la mandíbula. Su mandíbula ya estaba rota por mi codo. Ahora se rompió un poco más. Carne y hueso salieron salpicando en un moroso arco rojo y se hicieron visibles con bastante claridad a la luz de la calle. Dientes, me figuré, y quizás parte de su lengua.

Yo estaba un poco alterado. Como siempre. El exceso de adrenalina me estaba haciendo arder. La glándula suprarrenal es una lenta hija de puta. Después sobrecompensa. Mucho, muy tarde. Tardé diez segundos en recuperar el aliento. Diez más en calmarme. Después arrastré a los dos tipos a través de la vereda hasta dejarlos en posición sentada contra la pared contra la que yo había estado parado. Sus buzos con capucha se estiraron un metro mientras los arrastraba. Ropa barata. Descartable, por si se empapaban con mi sangre. Los ubiqué a los dos de manera tal que no se cayeran y se ahogaran y después les disloqué a los dos el codo derecho. Ambos eran diestros, y las probabilidades estaban a favor de que los iba a volver a ver. En cuyo caso los quería fuera de combate. Ningún daño permanente. Tres semanas con un yeso ligero los arreglaría, como nuevos.

Tenían teléfonos celulares en el bolsillo. Agarré los dos. Ambos tenían mi foto. Ambos registros de llamadas estaban vacíos. No había nada más. Nada de dinero. Nada de llaves. Nada de pruebas materiales. No había ninguna pista con respecto a de dónde habían venido. No era probable que estuvieran en posición de decírmelo pronto, tampoco. Los había golpeado muy fuerte. Estaban noqueados. E incluso cuando se despertaran igual no había garantía de que se acordaran de algo. Quizás ni siquiera sus nombres. Los traumatismos tienen efectos impredecibles. Los paramédicos no bromean cuando les preguntan a las víctimas de traumatismos

qué día es y quién es el presidente.

Ningún arrepentimiento de mi parte. Mejor pecar de precavido. Los tipos que cuando pelean piensan por adelantado en las consecuencias por lo general no llegan hasta ahí. Se convierten en las consecuencias. Así que ningún arrepentimiento. Pero ninguna ganancia neta, tampoco. Lo cual era frustrante. Ni siquiera me entraban las manoplas. Me probé las dos, y eran muy chicas. Las tiré por una alcantarilla seis metros más allá.

El auto todavía estaba en marcha junto al cordón. Tenía matrícula de Nueva York. No tenía sistema de navegación. Por lo tanto no tenía una memoria digital con una ubicación base. Encontré un contrato de alquiler en el bolsillo de la puerta a nombre de alguien que no había oído mencionar y con una dirección de Londres que asumí era falsa. En la guantera encontré manuales de instrucciones del auto y una libretita con espiral y un bolígrafo. En la libreta no había nada escrito. Agarré el bolígrafo y volví caminando hacia los dos tipos y con mi palma izquierda bien ajustada mantuve quieta la cabeza de Leonid. Después le escribí en la frente con la punta del bolígrafo, hundiéndola bien en la piel y trazando una y otra vez letras grandes para que estuviera más claro.

Escribí: *Lila, llámame.*

Después les robé el auto y me fui.

## CINCUENTA Y CUATRO

Conduje hacia el sur por la Segunda Avenida y tomé la calle 50 todo hacia el este hasta el final y abandoné el auto tapando un hidrante a media cuadra de la autopista Franklin Roosevelt. Esperaba que los muchachos del distrito 17 lo encontraran y sospecharan algo y le hicieran algunos tests. La ropa es descartable. Los autos, no tanto. Si la gente de Lila había usado ese Impala para irse después del ataque con martillos, entonces adentro habría rastros de pruebas. Yo no pude ver ninguno a simple vista, pero las unidades de CSI no dependen solo de la visión humana.

Limpié el volante y la palanca de cambios y las manijas con el borde de mi camisa. Después tiré las llaves en una rejilla y volví a la Segunda y me quedé en una sombra y busqué un taxi. Había un decente río de tráfico fluyendo en dirección downtown y cada auto estaba iluminado por los faros delanteros del de atrás. Podía ver cuánta gente había dentro de cada vehículo. Tenía presente la información de Theresa Lee: taxis falsos, dando vueltas en círculos en dirección uptown por la Décima, downtown por la Segunda, un tipo adelante, dos atrás. Esperé un taxi que estuviera definitivamente vacío más allá del conductor y me adelanté y le hice señas. El conductor era un sij de la India con turbante y barba completa y muy poco inglés. No un policía. Me llevó al sur hasta Union Square. Me bajé ahí y me senté en un banco en la oscuridad y miré las ratas. Union Square es el mejor lugar de la ciudad para verlas. De día el Departamento de Parques tira fertilizante de sangre y hueso en los canteros de flores. De noche las ratas salen y se dan un banquete.

A las cuatro en punto me quedé dormido.

A las cinco en punto uno de los teléfonos capturados me vibró en el bolsillo.

Me desperté y usé un segundo para chequear izquierda y derecha y detrás, y después tironeando saqué el teléfono del pantalón. No sonaba. Simplemente se zumbaba a sí mismo. Modo silencio. La ventanita monocroma de la parte de adelante decía: *Número privado*. Lo abrí y la pantalla grande a color de adentro decía lo mismo. Me llevé el teléfono a la oreja y dije: “Hola”. Una palabra nueva, inventada recientemente. Me respondió Lila Hoth. Su voz, su acento, su dicción. Dijo:

—Entonces decidiste declarar guerra. Claramente para ti no hay normas de combate.

—¿Quién eres exactamente? —dije.

—Ya te vas a enterar.

—Necesito saberlo ahora.

—Soy tu peor pesadilla. Desde hace alrededor de dos horas. Y todavía tienes algo que me pertenece.

—Entonces ven y tómallo. Mejor aún, envía más de los tuyos. Dame un poco más de ejercicio liviano.

—Tuviste suerte esta noche, eso es todo.

—Siempre tengo suerte —dije.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—En la puerta de tu casa.

Hubo una pausa:

—No, acá no estás.

—Correcto —dije—. Pero acabas de confirmar que estás viviendo en una casa. Y que ahora mismo estás frente a una ventana. Gracias por la información.

—¿Dónde estás realmente?

—En Federal Plaza —dije—. Con el FBI.

—No te creo.

—Tu decisión.

—Dime dónde estás.

—Cerca tuyo —dije—. Tercera Avenida y calle 56.

Empezó a responder, y después se frenó de inmediato. No llegó más lejos que un incipiente sonido *e*. Una vocal semicerrada anterior. El comienzo de una frase que iba a ser impaciente y quejosa y un poco engreída. Como: *Eso no es cerca mío*.

Ella no estaba en ningún lugar cerca de la Tercera y 56.

—Última oportunidad —dijo—. Quiero mi propiedad. —Su voz se suavizó—. Podemos arreglar, si quieres. Simplemente déjalo en un lugar seguro, y dime dónde. Haré que lo busquen. No necesitamos encontrarnos. Incluso se te podría pagar.

—No estoy buscando trabajo.

—¿Estás buscando seguir con vida?

—No te tengo miedo, Lila.

—Eso es lo que dijo Peter Molina.

—¿Dónde está?

—Acá con nosotros.

—¿Vivo?

—Ven y averígualo.

—Le dejó un mensaje a su entrenador.

—O quizás pasé una grabación que hice antes de que muriera. Quizás me dijo que su entrenador nunca contesta el teléfono durante la cena. Quizás me dijo muchas cosas. Quizás lo obligué.

—¿Dónde estás, Lila? —pregunté.

—No te lo puedo decir —dijo—. Pero podría hacer que te fueran a buscar.

A treinta metros de distancia vi que un auto de policía avanzaba por la calle 14. Moviéndose despacio. Destellos rosas en la ventana cuando el conductor movía la cabeza a izquierda y derecha.

—¿Hace cuánto que conoces a Peter Molina? —pregunté.

—Desde que me fui con él del bar.

—¿Sigue vivo?

—Ven y averígualo.

—Estás en tiempo de descuento, Lila —dije—. Mataste a cuatro americanos en Nueva York. Nadie lo va a ignorar.

—Yo no maté a nadie.

—Tu gente lo hizo.

—Gente que ya se fue del país. Estamos cubiertos.

—¿Estamos?

—Haces demasiadas preguntas.

—Si tu gente actuó bajo tus órdenes, entonces no estás cubierta. Eso es un complot.

—Esta es una nación de leyes y juicios. No hay pruebas.

—¿El auto?

—Ya no existe.

—Nunca vas a estar cubierta en lo que a mí respecta. Te voy a encontrar.

—Espero que así sea.

A treinta metros de distancia el auto de policía redujo la velocidad a paso de hombre.

—Sal y encuéntrate conmigo, Lila —dije—. O vete a casa. Una o la otra. Pero en cualquiera de los dos casos acá estás derrotada.

—Nosotros nunca estamos derrotados —dijo.

—¿Quién es ese nosotros?

Pero no hubo respuesta. El teléfono se murió. Nada ahí, salvo el silencio torpe de una línea muda.

A treinta metros de distancia el auto de policía se detuvo.

Cerré el teléfono y me lo guardé de vuelta en el bolsillo.

Dos policías se bajaron del auto y se dirigieron hacia la plaza.

Me quedé donde estaba. Demasiado sospechoso pararse y correr. Mejor quedarse sentado. No estaba solo en el parque. Había quizás cuarenta personas ahí conmigo. Algunas de esas personas parecían ser población permanente. Otras eran ocupantes temporarios. Nueva York es una ciudad grande. Cinco barrios. Los viajes de vuelta a casa son largos. A menudo es más fácil descansar durante el camino.

Los policías hicieron brillar un haz de linterna sobre el rostro de un tipo que dormía.

Siguieron de largo. Iluminaron al siguiente tipo.

Y al siguiente.

No era bueno.

No era para nada bueno.

Pero yo no fui la única persona que llegó a esa conclusión. Acá y allá alrededor de la plaza vi siluetas que se levantaban de los bancos y se alejaban en distintas direcciones. Quizás gente con pedidos de captura vigentes, dealers con material en la mochila, seguro solitarios que no querían contacto, paranoicos irremediables recelosos del sistema.

Dos policías, media hectárea de terreno, quizás treinta personas todavía sentadas en los bancos, quizás diez recientemente en movimiento.

Miré.

Los policías seguían viniendo. Los haces de las linternas se movían por entre medio de la niebla nocturna. Arrojan largas sombras. Chequearon a un cuarto tipo, y después a un quinto. Después a un sexto. Más personas se pusieron de pie. Algunas directamente se iban, y otras simplemente se pasaban de un banco a otro. La plaza estaba llena de figuras, algunas inertes, algunas en movimiento. Todo era en cámara lenta. Una danza cansada, morosa.

Miré.

Nueva indecisión en el lenguaje corporal de los policías. Como poner en orden una jaula de grillos. Se acercaban a las personas que se quedaban en los bancos. Giraban y movían los haces de luz sobre las personas que se iban. Siguieron caminando, inclinándose, girando. Ningún patrón. Solo movimientos al azar. Siguieron viniendo. Llegaron a diez metros de donde estaba yo.

Después desistieron.

Proyectaron los haces de sus linternas una última vez alrededor de un círculo simbólico y después se dirigieron de vuelta al auto. Lo vi alejarse. Me quedé en el banco en el que estaba y exhalé y empecé a pensar acerca de los chips de GPS en los teléfonos celulares capturados que tenía en los bolsillos. Una parte de mí decía que era imposible que Lila Hoth tuviera acceso a satélites de rastreo. Pero otra parte de mí se concentró en su frase *Nosotros nunca estamos derrotados*. Y *nosotros* es una palabra larga y complicada. Ocho letras, y una implicación grande. Quizás los malos del bloque del Este habían agarrado más que petróleo y concesiones de gas. Quizás se habían quedado a cargo de otras clases de infraestructuras. La maquinaria de inteligencia de la antigua Unión Soviética a algún lado tenía que haber ido. Pensé en computadoras laptop y en conexiones de banda ancha y en todo tipo de tecnologías que yo no entendía del todo.

Me quedé con los teléfonos en los bolsillos, pero me levanté del banco y me dirigí hacia el metro.

Lo que fue cometer un grave error.

## CINCUENTA Y CINCO

La estación de metro de Union Square es una de las más importantes. Tiene un hall de entrada tan grande como una plaza subterránea. Múltiples entradas, múltiples salidas, múltiples líneas, múltiples vías. Escaleras, ventanillas, largas hileras de molinetes. Más largos bancos de máquinas para cargar las Metrocard, o comprar nuevas. Yo usé efectivo y compré una nueva. Puse en la ranura dos billetes de veinte dólares con el borde hacia delante y fui recompensado con veinte viajes más tres gratis como bonus. Agarré mi tarjeta y me di vuelta y me alejé de ahí. Eran cerca de las seis de la mañana. La estación se estaba llenando de gente. El día laboral estaba empezando. Pasé junto a un puesto de diarios. Tenía mil revistas distintas. Y fardos apretados de tabloides frescos listos para vender. Diarios gruesos, en pilas altas. Dos títulos separados. Ambos titulares eran enormes. Uno tenía cuatro palabras, letras grandes, lleno de tinta polvorienta: FEDERALES BUSCAN TRES PERSONAS. El otro también tenía cuatro palabras: FEDERALES CAZAN TRES PERSONAS. Prácticamente un consenso. De las dos prefería *buscan* a *cazan*. Más pasiva, menos comprometida. Casi benigna. Supuse que cualquiera preferiría que lo buscaran a que lo cazaran. Me di vuelta.

Y vi a dos policías mirándome atentamente.

Dos errores en uno. Primero de ellos, que después se combinó con el mío. El error de ellos era convencional. Los agentes federales habían hecho correr la voz de que yo me había escapado en metro. Con lo cual las fuerzas de seguridad habían asumido de manera general que me escaparía en metro de vuelta. Porque dada la oportunidad, las fuerzas de seguridad siempre pelean la última batalla una vez más.

Mi error fue entrar derecho a su simple trampa.

Porque había ventanillas, había supervisores. Porque había supervisores, no había molinetes altos de entrada y salida. Solo las barras normales que llegan a los muslos. Pasé mi tarjeta nueva y avancé. La plaza cambió de forma a una pasarela larga y ancha. Había flechas que apuntaban a izquierda y derecha y arriba y abajo, para diferentes líneas y diferentes direcciones. Pasé junto a un tipo que tocaba el violín. Se había ubicado donde los ecos lo podían ayudar. Era bastante bueno. Su instrumento tenía un tono sólido, audaz. Estaba tocando una pieza vieja y triste que reconocí de una película sobre la Guerra de Vietnam. Quizás no una elección inspirada para viajeros de primera hora. La funda de su violín estaba abierta a sus pies y no muy llena de contribuciones. Me di vuelta como si lo estuviera mirando a él y vi que los dos policías saltaban el molinete detrás de mí.

Doblé en una esquina cualquiera y seguí por un pasillo más estrecho y me encontré en un andén con dirección uptown. Estaba atestado de gente. Y era parte de un par simétrico. Adelante mío

estaba el borde del andén, y después las vías, y después una fila de columnas de hierro sosteniendo la calle arriba, y después las vías con dirección downtown, y después el andén downtown. Dos juegos de todo, incluyendo dos juegos de pasajeros. Personas cansadas, unas frente a otras con aspecto impasible, esperando partir en direcciones opuestas.

Los rieles electrificados estaban espalda con espalda a cada lado de las columnas de hierro en el centro. Estaban tapados, como lo están los rieles electrificados en las estaciones. Las tapas eran cajas de tres lados, abiertas del lado que daba a los trenes.

Detrás de mí y lejos a mi izquierda, los policías se abrieron paso hasta llegar al andén. Chequé del otro lado. A mi derecha. Dos policías más aparecieron entre la gente. El equipo que llevaban hacía que se vieran anchos y abultados. Sacaban a la gente de su camino amablemente, palmas contra hombros, breves movimientos hacia atrás, rítmicos, como nadando.

Me moví al medio del andén. Me acerqué hacia delante hasta que mis pies quedaron sobre la línea amarilla de advertencia. Me moví lateralmente hasta que quedé con una columna directamente detrás de mí. Miré a la izquierda. A la derecha. No venía ningún tren.

Los policías seguían avanzando. Detrás de ellos aparecieron cuatro más. Dos a uno de mis costados, dos al otro, moviéndose entre la gente de manera lenta y segura.

Estiré el cuello hacia delante.

No había faros delanteros en los túneles.

La gente se movía y se amontonaba a mi lado, empujada por gente nueva que llegaba, desplazada por las ondas del avance constante de los policías, tirada hacia delante por la certeza subliminal que cualquier persona que viaja en metro siente cuando el tren está por llegar.

Volví a chequear, por sobre mis hombros, izquierda y derecha.

Policías en mi andén.

Ocho.

Ningún policía en el andén de enfrente.

## CINCUENTA Y SEIS

La gente le tiene miedo al tercer riel. No hay motivos, a no ser que estés planeando tocarlo. Cientos de voltios, pero no te saltan encima. Para meterte en problemas, tienes que ir a buscarlos.

Es lo suficientemente fácil pasarle por encima, incluso con un pésimo calzado. Me figuré que lo que los zapatos de goma me restaran en términos de control de precisión lo sumarían en términos de aislación eléctrica. Pero incluso así, planeé mis movimientos con mucho cuidado, como coreografía de escenario. Bajar de un salto, aterrizar con los dos pies en el medio de las vías con dirección uptown, pie derecho en el segundo riel, pie izquierdo más allá del tercer riel, pasar de costado por el espacio entre dos columnas, pie derecho por encima del siguiente tercer riel, pie izquierdo en la vía con dirección downtown, algunos pasitos delicados y cuidadosos, después un suspiro de alivio y trepar al andén de downtown y seguir.

Lo suficientemente fácil de hacer.

Lo suficientemente fácil para los policías hacerlo justo después de mí.

Probablemente ellos lo habían hecho antes.

Yo no.

Esperé. Chequeé detrás, izquierda y derecha. Los policías estaban cerca. Lo suficientemente cerca como para estar disminuyendo la velocidad y formarse y decidir exactamente cómo iban a hacer lo que tenían que hacer a continuación. Yo no sabía cuál iba a ser su estrategia. Pero lo que fuera lo iban a hacer despacio. No querían una gran estampida. El andén estaba atestado y cualquier tipo de actividad repentina iba a dejar gente en el borde. Lo que llevaría a demandas legales.

Chequeé a la izquierda. Chequeé a la derecha. No venía ningún tren. Me pregunté si los policías los habrían detenido. Presumiblemente había un procedimiento bien ensayado. Di medio paso hacia delante. Se cerraron algunas personas atrás mío, entre la columna y yo. Empezaron a hacer presión contra mi espalda. Me apoyé en ellos para moverme en la otra dirección. La franja de advertencia en el borde del andén era pintura amarilla sobre unas salientes circulares. Ningún peligro de patinarse o resbalarse.

Los policías se habían formado en un ligero semicírculo. Estaban más o menos a dos metros y medio de mí. Se estaban moviendo hacia dentro, corriendo a la gente hacia fuera, despejando el perímetro, lento y con cuidado. Había gente mirando enfrente desde el andén con dirección downtown. Se pegaban unos a otros con los codos como para indicar algo y me señalaban y se ponían en puntas de pie.

Esperé.

Oí un tren. A mi izquierda. Un resplandor móvil en el túnel. Venía rápido. Nuestro tren.

Uptown. Detrás de mí la gente se revolvió. Oí la corriente de aire y el chillido de las ruedas de hierro. Vi cómo la cabina iluminada se movía y se sacudía en la curva. Pensé que estaría yendo a cincuenta kilómetros por hora. Casi catorce metros por segundo. Yo quería dos segundos. Me figuré que eso sería suficiente. Así que tendría que salir cuando el tren estuviera a veintiocho metros de distancia. Los policías no vendrían detrás. El tiempo de reacción les iba a sacar el margen que necesitaban. Y para empezar estaban dos metros y medio más atrás del borde del andén. Y tenían prioridades distintas a las mías. Tenían esposas y familias y ambiciones y pensiones. Tenían casas y patios y jardines a los que cortarles el césped y con bulbos que plantar.

Di otro paso mínimo hacia delante.

El foco delantero venía directo hacia mí. De frente. Balanceándose y sacudiéndose. Hacía que fuera difícil considerar la distancia.

Entonces: oí un tren a mi derecha.

Un tren con dirección downtown, acercándose rápido desde la otra dirección. Simétrico, pero no perfectamente sincronizado. Como un par de cortinas cerrándose, con la cortina de la izquierda avanzando antes que la de la derecha.

¿Pero cuánto antes?

Necesitaba un retraso de tres segundos, para un lapso total de cinco, porque subir al andén de downtown me iba a llevar mucho más tiempo que bajar de un salto desde el de uptown.

Hice una pausa de todo un segundo, suponiendo, estimando, sintiéndolo, intentando considerar.

Los trenes aullaron hacia dentro, uno desde la izquierda, después otro desde la derecha.

Quinientas toneladas y quinientas toneladas.

Velocidad de cierre, quizás apenas por encima de los noventa y cinco kilómetros por hora.

Los policías achicaron la distancia.

*Momento de decidir.*

Salí.

Bajé de un salto, con el tren con dirección uptown a treinta metros. Aterricé con los dos pies entre los rieles y me afirmé y seguí los pasos que había planeado. Como un diagrama de baile en un libro. Pie derecho, pie izquierdo por encima del riel electrificado, manos en las columnas. Me detuve una milésima de segundo y chequeé a la derecha. El tren con dirección downtown estaba muy cerca. Detrás de mí el tren de uptown pasó con todo. Los frenos chillaban y rechinaban. Un viento furioso me sacudió la camisa. Ventanas iluminadas me centellearon por el rabillo del ojo.

Miré a la derecha.

El tren con dirección downtown parecía enorme.

*Momento de decidir.*

Salí.

Pie derecho bien por arriba del riel electrificado, pie izquierdo en el durmiente. El tren con dirección downtown estaba casi encima mío. A solo unos metros. Se balanceaba y se sacudía. Estaba clavando los frenos bien fuerte. Podía ver al conductor. Tenía la boca muy abierta. Podía sentir el aire comprimiéndose delante de su cabina.

Abandoné la coreografía. Simplemente me lancé hacia el andén. Estaba a menos de un metro y medio, pero parecía infinitamente lejos. Como el horizonte en la llanura. Pero llegué. Me paré derecho y vi cada pieza y cada remache del frente del tren con dirección downtown. Venía directo hacia mí. Apoyé la palma de mis manos firme en el borde del andén y salté hacia arriba. Pensé

que la densa aglomeración de gente me iba a tirar directamente de vuelta hacia abajo. Pero aparecieron manos que me agarraron y me tiraron hacia arriba. El tren me pasó con todo por al lado del hombro y la estela de aire me hizo girar. Las ventanas destellaron a mi lado. Pasajeros ajenos a la situación leían libros o diarios o estaban de pie y se bamboleaban. Me arrastraron unas manos y me metieron entre la gente. Todo alrededor de mí había personas que gritaban. Ví sus bocas abiertas con pánico pero no los podía oír. El bramido de los frenos del tren las ahogaba. Agaché la cabeza y me escabullí entre la gente. Todos se corrían hacia la izquierda y hacia la derecha para dejarme pasar. Algunos me daban palmadas en la espalda mientras yo avanzaba. Salí seguido por una aclamación irregular.

Solo en Nueva York.

Empujé a mi paso un molinete de salida y me dirigí hacia la calle.

## CINCUENTA Y SIETE

El Madison Square Park estaba siete cuadras hacia el norte. Tenía que matar casi cuatro horas. Usé ese tiempo para hacer compras y comer sobre la avenida Park Sur. No porque tuviera cosas que comprar. No porque estuviera especialmente hambriento. Sino porque siempre es mejor darles a los perseguidores lo que no esperan. Se supone que los fugitivos se muevan rápido y lejos. No se supone que se queden entreteniéndose en el mismo barrio en el que estaban, entrando y saliendo de negocios y cafés.

Eran apenas después de las seis de la mañana. Delis y supermercados y *diners* y cafeterías eran todo lo que había abierto. Empecé por un Food Emporium que tenía una entrada por la calle 14 y una salida por la 15. Pasé ahí adentro cuarenta y cinco minutos. Agarré una canasta y deambulé por los pasillos e hice de cuenta como que elegía cosas. Menos sospechoso que simplemente quedarse por ahí. Menos sospechoso que deambular por los pasillos sin una canasta. No quería ningún encargado atento que llamara a nadie. Me armé una fantasía en la que yo tenía un departamento cerca. Llenaba la cocina imaginaria con una cantidad suficiente de cosas como para que duraran dos días. Café, por supuesto. Más mezcla para pancakes, huevos, panceta, una hogaza de pan, manteca, un poco de jamón, un paquete de salame, cien gramos de queso. Cuando yo me aburrí y la canasta se puso pesada la dejé en un pasillo en el que no había nadie y me fui por la parte de atrás del negocio.

La siguiente parada fue un *diner* cuatro cuadras al norte. Caminé por la vereda de mano derecha dándole la espalda al tráfico. En el *diner* comí pancakes y panceta que alguna otra persona había comprado y cocinado. Más mi estilo. Pasé otros cuarenta minutos ahí. Después seguí media cuadra más hasta una brasserie francesa. Más café, y un croissant. Alguien había dejado un *New York Times* sobre la silla del otro lado de donde yo estaba. Lo leí de principio a fin. Ninguna mención de que estuvieran persiguiendo gente en la ciudad. Ninguna mención en la sección nacional de la campaña de Sansom para llegar al Senado.

Dividí las últimas dos horas de cuatro maneras distintas. Pasé de un supermercado en la esquina de Park y la 22 a una farmacia Duane Reade en frente y después a una farmacia CVS en Park y la 23. Pruebas evidentes sugerían que la nación gastaba más en cuidado capilar que en comida. Después a las diez menos veinticinco dejé de hacer shopping y salí a la mañana nueva y radiante y di unas vueltas y di una buena mirada larga y atenta a mi destino desde la boca de la calle 24, que era un cañón en sombras y anónimo entre dos edificios enormes. No vi nada que me preocupara. Ningún auto inexplicable, ninguna furgoneta estacionada, ningún par ni ningún trío de personas vestidas de manera informal con cables en las orejas.

Así que a la diez en punto exactas entré al Madison Square Park.

Encontré a Theresa Lee y a Jacob Mark sentados en un banco cerca de un canil. Se los veía descansados pero nerviosos, y estresados, cada uno a su manera. Cada uno por sus razones, presumiblemente. Eran dos de quizás cien personas sentadas tranquilamente al sol. El parque era un rectángulo de árboles y césped y senderos. Era un pequeño oasis, de una cuadra de ancho y tres de largo, enrejado, rodeado por cuatro veredas ajetreadas. Los parques son lugares razonablemente buenos para un encuentro clandestino. A la mayoría de los cazadores le atraen los blancos móviles. La mayoría cree que los fugitivos se mantienen en movimiento. Tres de cien personas sentadas quietas mientras la ciudad gira a su alrededor llaman menos la atención que tres de cien moviéndose deprisa por la calle.

No perfecto, pero un riesgo aceptable.

Chequeé todo alrededor una última vez y me senté junto a Lee. Me pasó un diario. Uno de los tabloides que ya había visto. El del titular de CAZAN. Dijo:

—Dice que les disparamos a tres agentes federales.

—Les disparamos a cuatro —dije—. No te olvides del médico.

—Pero lo hacen sonar como si hubiéramos usado armas de verdad. Lo hacen sonar como si los tipos hubieran muerto.

—Quieren vender ejemplares.

—Estamos en problemas.

—Eso ya lo sabíamos. No necesitábamos que nos lo dijera un periodista.

—Docherty se volvió a contactar —dijo—. Me estuvo mandando mensajes de texto durante toda la noche, mientras el teléfono estaba apagado.

Se levantó un poco del banco y sacó unos papeles del bolsillo de atrás. Tres hojas amarillas de un bloc de hotel, dobladas en cuatro.

—¿Tomaste notas? —dije.

—Eran mensajes largos —dijo—. No quería dejar el teléfono encendido, si eran cosas que necesitaba volver a ver.

—¿Así que qué sabemos?

—El distrito 17 chequeó los centros de transporte. Procedimiento estándar, después de un delito importante. Cuatro hombres salieron del país tres horas después de la hora probable de los decesos. Por el JFK. El 17 los está llamando sospechosos potenciales. Es un escenario plausible.

Asentí.

—El distrito 17 tiene razón —dije—. Eso mismo me dijo Lila Hoth.

—¿Te encontraste con ella?

—Me llamó.

—¿Adónde?

—A otro teléfono que le saqué a Leonid. Él y un colega suyo me encontraron. No salió exactamente como yo quería, pero establecí un contacto limitado.

—¿Confesó?

—Más o menos.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé exactamente. Estoy suponiendo que en algún lugar al este de la Quinta, al sur de la

59.

—¿Por qué?

—Usó el Four Seasons como fachada. ¿Para qué viajar?

—Encontraron un auto de alquiler quemado en Queens —dijo—. El 17 cree que los cuatro tipos lo usaron para salir de Manhattan. Después lo descartaron y usaron el tren elevado ese para ir al aeropuerto.

Asentí de nuevo:

—Lila dijo que el auto que usaron ya no existe.

—Pero esta es la cuestión —dijo Lee—. Los cuatro tipos no volvieron a Londres o a Ucrania o a Rusia. Fueron para Tayikistán.

—¿Que es dónde?

—¿No sabes?

—Esos lugares nuevos me confunden.

—Tayikistán está justo al lado de Afganistán. Comparten una frontera. También con Pakistán.

—Hay vuelos directos a Pakistán.

—Correcto. Por lo que o eran de Tayikistán, o eran de Afganistán. Tayikistán es a donde vas para ir a Afganistán sin ser demasiado obvio. Cruzas la frontera en una camioneta pick-up. Las rutas son malas, pero Kabul no queda muy lejos.

—OK.

—Y esta es la otra cuestión. Seguridad Nacional tiene un protocolo. Alguna clase de algoritmo de computadora. Pueden rastrear grupos de personas por itinerarios parecidos y reservas relacionadas. Resulta que esos cuatro tipos entraron al país hace tres meses desde Tayikistán, junto a otra gente, incluidas dos mujeres con pasaportes de Turkmenistán. Una tenía sesenta años, y la otra veintiséis. Pasaron juntas por Migraciones y dijeron que eran madre e hija. Y Seguridad Nacional está dispuesta a asegurar que los pasaportes eran verdaderos.

—OK.

—Así que las Hoth no eran ucranianas. Todo lo que nos dijeron era mentira.

Todos nos quedamos procesando eso durante veinte largos segundos, en silencio. Volví a todo lo que nos había dicho Lila y lo borré, punto por punto. Como sacando carpetas de un cajón, y hojeándolas, y después tirándolas a la basura.

—Nosotros vimos sus pasaportes en el Four Seasons —dijo—. A mí me parecieron ucranianos.

—Eran falsos —dijo Lee—. O los habrían usado en Migraciones.

—Lila tenía ojos azules —dijo.

—Me di cuenta —dijo Lee.

—¿Dónde queda exactamente Turkmenistán?

—También al lado de Afganistán. Una frontera más larga. Afganistán está rodeado por Irán, Turkmenistán, Uzbekistán, Tayikistán y Pakistán, en el sentido de las agujas del reloj desde el Golfo.

—Era más fácil cuando era todo la Unión Soviética.

—A menos que vivieras ahí.

—¿Turkmenistán y Afganistán son similares étnicamente?

—Es probable. Todas esas fronteras son totalmente arbitrarias. Son accidentes de la historia. Lo que importa son las divisiones tribales. Las líneas en un mapa no tienen nada que ver con eso.

—¿Eres una experta?

—El Departamento de Policía de Nueva York sabe más de esa región que la CIA. Tenemos que. Tenemos gente allá. Tenemos mejor inteligencia que cualquiera.

—¿Podría alguien de Afganistán conseguir un pasaporte de Turkmenistán?

—¿Mudándose?

—Pidiendo ayuda y consiguiéndolo.

—¿De algún simpatizante étnico?

Asentí:

—Quizás de manera ilegal.

—¿Por qué lo preguntas?

—Hay afganos que tienen ojos azules brillantes. Particularmente las mujeres. Alguna cadena genética rara en la población.

—¿Crees que las Hoth son de Afganistán?

—Sabían realmente mucho sobre el conflicto con los soviéticos. Un poco adornado, pero la mayoría de los detalles eran los correctos.

—Quizás leen libros.

—No, las sensaciones eran las correctas. Y la atmósfera. Como los gabanes viejos. Detalles como esos no circularon mucho. Esa es información interna. En público el Ejército Rojo inventaba que estaba magníficamente equipado, por razones obvias. Nuestra propaganda decía lo mismo de ellos, por razones igual de obvias. Pero no era verdad. El Ejército Rojo se estaba cayendo a pedazos. Mucho de lo que dijeron las Hoth a mí me sonó como información de primera mano.

—¿Entonces?

—Quizás Svetlana realmente peleó ahí. Pero del otro lado.

Lee hizo una pausa:

—¿Crees que las Hoth son mujeres de las tribus afganas?

—Si Svetlana peleó ahí, pero no para los soviéticos, entonces deben ser.

Lee volvió a hacer una pausa:

—En cuyo caso Svetlana estaba contando toda la historia desde el otro lado. Estaba todo invertido. Incluidas las atrocidades.

—Sí —dije—. No las sufrió. Las cometió.

Todos nos volvimos a quedar callados, otros veinte segundos. Mantuve mis ojos moviéndose todo alrededor del parque. *Mira, no veas, escucha, no oigas. Mientras más te comprometas, más sobrevives.* Pero nada se me vino encima. No estaba sucediendo nada inadecuado. La gente iba y venía, había gente que llevaba perros al canil, una fila se estaba formando en un puesto de hamburguesas. Temprano, pero todas las horas del día y de la noche son la hora de comer para alguien. Depende de cuándo empieza el día. Lee estaba repasando sus notas. Jacob Mark estaba mirando al piso, pero su mirada estaba en algún lugar mucho más allá de la superficie. Finalmente se inclinó hacia delante y giró la cabeza y me miró. Pensé: *Acá viene.* La gran pregunta. La piedra

en el zapato.

Preguntó:

—Cuando Lila te llamó, ¿mencionó a Peter?

Asentí:

—Se lo levantó en el bar.

—¿Por qué gastar cuatro horas en eso?

—Competencia técnica. Y por diversión y astucia. Porque podía.

—¿Dónde está él ahora?

—Dijo que estaba acá en la ciudad.

—¿Está bien?

—No me dijo.

—¿Tú crees que está bien?

No respondí.

—Háblame, Reacher —dijo.

—No —dije yo.

—¿No no me vas a hablar?

—No, no creo que esté bien.

—Pero podría estar bien.

—Podría equivocarme.

—¿Qué te dijo?

—Le dije que no le tenía miedo, y dijo que eso era lo que Peter Molina había dicho, también.

Le pregunté si él estaba bien, y dijo que debería ir y averiguarlo.

—Por lo que podría estar bien.

—Es posible. Pero creo que deberías ser realista.

—¿Con qué? ¿Por qué dos mujeres afganas de una tribu se iban a querer meter con Peter?

—Para llegar a Susan, obviamente.

—¿Para qué? Se supone que el Pentágono está ayudando a Afganistán.

—Si Svetlana era una mujer guerrera de una tribu —dije—, entonces era una muyahidín. Y cuando los rusos se volvieron a su casa, los muyahidines no se pusieron a cuidar sus cabras de vuelta. Siguieron adelante. Algunos se convirtieron en talibanes, y el resto se convirtió en Al-Qaeda.

## CINCUENTA Y OCHO

Jacob Mark dijo:

—Tengo que ir a denunciar a la policía el tema de Peter.

Llegó a levantarse a medias del banco antes de que yo me estirara por encima de Theresa Lee y le pusiera mi mano en el brazo.

—Piénsalo bien —dije.

—¿Qué hay que pensar? Mi sobrino es una víctima de secuestro. Es un rehén. La mujer confesó.

—Piensa en lo que los policías van a hacer. Van a llamar inmediatamente a los federales. Los federales te van a encerrar otra vez y lo de Peter lo van a dejar en segundo plano, porque tienen cosas más importantes que hacer.

—Lo tengo que intentar.

—Peter está muerto, Jake. Lo lamento, pero lo tienes que aceptar.

—Todavía hay una chance.

—Entonces la manera más rápida de encontrarlo es encontrar a Lila. Y eso nosotros lo podemos hacer mejor que esos federales.

—¿Tú crees?

—Mira su historial. Ella se les escapó una vez, y a nosotros nos dejaron escaparnos de la cárcel. Yo no los mandaría ni a buscar un libro a una biblioteca.

—¿Y cómo demonios la encontramos por nuestra propia cuenta?

Yo miré a Theresa Lee:

—¿Hablaste con Sansom?

Se encogió de hombros, como si tuviera buenas y malas noticias. Dijo:

—Hablé con él muy poco. Dijo que podía llegar a querer venir acá en persona. Dijo que me iba a llamar para coordinar dónde y cuándo. Le dije que no podía hacer eso porque yo estaba dejando el teléfono apagado. Así que dijo que iba a llamar al celular de Docherty, y que yo tenía que llamar a Docherty y levantar el mensaje. Así que eso hice, y Docherty no contestó. Así que intenté al conmutador de la estación de policía del distrito. El operador dijo que Docherty no estaba disponible.

—¿Eso qué significa?

—Creo que significa que lo acaban de arrestar.

Lo que cambiaba todo. Lo entendí incluso antes de que Lee lo terminara de decir. Me pasó sus

notas dobladas. Las agarré, como recibiendo el testigo en una carrera de relevos. Yo tenía que seguir adelante, tan rápido como pudiera, ella se iba de la pista, habiendo terminado su carrera. Dijo:

—Entiendes, ¿no? Ahora me tengo que entregar. Es mi compañero. No puedo dejar que enfrente toda esta locura solo.

—Pensabas que te iba a abandonar en un suspiro —dije.

—Pero no lo hizo. Y yo de todas maneras tengo mis propios valores.

—No va a servir para nada.

—Quizás no. Pero no le voy a dar la espalda a mi compañero.

—Solo te estás sacando a ti misma del juego. No puedes ayudar a nadie estando encerrada en la cárcel. Afuera es siempre mejor que adentro.

—Para ti es distinto. Si tú quieres mañana no estás. Yo no. Yo vivo acá.

—¿Qué hay con Sansom? Necesito una hora y un lugar.

—No tengo esa información. Y además deberías tener cuidado con Sansom. Cuando hablamos por teléfono sonaba raro. No pude distinguir si estaba realmente enojado o realmente preocupado. Es difícil decir de qué lado va a estar, cuando venga acá en el caso de que lo haga.

Después me dio el primer teléfono de Leonid, y el cargador de emergencia. Me apoyó la mano en el brazo y apretó, un poco, por muy poco tiempo. Un sustituto multipropósito de un abrazo y un gesto de buena suerte. Y justo después de eso nuestra triple colaboración temporaria se desmoronó por completo. Jacob Mark estaba de pie incluso antes de que Lee empezara a levantarse. Dijo:

—Se lo debo a Peter. OK, puede ser que me vuelvan a meter en una celda, pero al menos lo van a estar buscando.

—Lo podríamos buscar nosotros —dije.

—No tenemos los medios.

Los miré a ambos y pregunté:

—¿Están seguros de esto?

Estaban seguros. Se pusieron en marcha alejándose de mí, fuera del parque, a la vereda de la Quinta Avenida, donde se detuvieron y estiraron el cuello, buscando un auto de policía, igual que como hace la gente cuando está intentando parar un taxi. Me quedé por un minuto sentado solo, y después me puse de pie y me alejé caminando en la dirección contraria.

Siguiente parada, algún lugar al este de la Quinta y al sur de la 59.

## CINCUENTA Y NUEVE

El Madison Square Park está emplazado en el extremo sur de la avenida Madison, justo donde empieza en la calle 23. La avenida Madison corre derecho por ciento quince cuadras, hasta el Puente de la Avenida Madison, que lleva al Bronx. Ese es uno de los caminos por los que puedes llegar al Yankee Stadium, aunque otras rutas son mejores. Planeé recorrer quizás un tercio del largo de la avenida, hasta la calle 59, que era un poco al norte y al oeste de donde Lila Hoth había dicho que no estaba, en la Tercera y la 56.

Era tan buen lugar para empezar como cualquier otro.

Me tomé el autobús, que era un vehículo lento, adormilado, lo que lo volvía un encubrimiento perfecto para mí. El tráfico estaba pesado y pasamos muchos policías, algunos de a pie, algunos en autos. Yo los miraba desde la ventanilla. Ninguno de ellos me miró a mí. Un hombre en un autobús es casi invisible.

Dejé de ser invisible cuando me bajé en la calle 59. Territorio de tiendas de primera línea, por lo tanto territorio de turistas de primera línea, por lo tanto reconfortantes pares de policías en cada esquina. Tomé por una calle transversal en dirección a la Quinta y encontré una fila de vendedores en la base del Central Park y compré una remera negra con la inscripción New York City, y un par de gafas de sol falsas, y una gorra de béisbol negra con el dibujo de una manzana roja. Me cambié la camisa por la remera en el baño del lobby de un hotel y volví a Madison con un aspecto algo distinto. Habían pasado cuatro horas desde que cualquier policía que estuviera de servicio había hablado con su jefe de guardia. Y las personas se olvidan de muchas cosas en cuatro horas. Me figuré que *alto y camisa caqui* sería lo único de lo que cualquiera se acordaría. No había nada que pudiera hacer con mi altura, pero la nueva parte alta del cuerpo en negro me podría permitir circular. Más la inscripción en la remera, y las gafas, y la gorra, todo lo cual me hacía tener el aspecto de cualquier idiota normal de fuera de la ciudad.

Lo cual yo era, básicamente. No tenía una pista verdadera de qué era lo que estaba haciendo. Encontrar cualquier escondite secreto es difícil. Encontrar uno en una ciudad grande es casi imposible. Estaba cuarteando cuadras cualquiera, siguiendo una corazonada geográfica que para empezar podría haber estado completamente equivocada, intentando encontrar razones que me permitieran achicarla más. *El Hotel Four Seasons. No adyacente, pero confortablemente próximo.* ¿Lo que quería decir qué? ¿Dos minutos en auto? ¿Cinco minutos a pie? ¿En qué dirección? No hacia el sur, pensé. No del otro lado de la 57, que es una arteria importante que cruza la ciudad. Dos direcciones, seis carriles. Siempre llena. En la microgeografía de Manhattan, la calle 57 era como el río Mississippi. Un obstáculo. Un límite. Mucho más deseable esconderse hacia el norte, a las manzanas más tranquilas, más oscuras que están más allá.

Miré el tráfico y pensé: no dos minutos en auto. Estar en auto implicaba una ausencia de control, una ausencia de flexibilidad, y demoras, y calles de una sola mano y avenidas, y dificultades para estacionar, y potencialmente vehículos memorables esperando en zonas de carga y descarga, y matrículas que podían ser rastreadas y chequeadas.

Ir a pie era mejor que estar en auto, en la ciudad, sin importar quién fueras.

Tomé la calle 58, y caminé hasta la entrada trasera del hotel. Era tan espléndida como la entrada del frente. Había latón y piedra y había banderas ondeando y conserjes de uniforme y porteros con galera. Había una larga fila de limusinas esperando junto al cordón. Lincolns, Mercedes, Maybachs, Rolls-Royces. Muy por encima de un millón de dólares en producción automotriz, todos apiñados en alrededor de treinta metros. Había una terminal de carga y descarga, con una puerta-persiana de enrollar gris, cerrada.

Me paré junto a un botones, de espaldas a la puerta del hotel. ¿Yo adónde iría? Del otro lado de la calle no había más que una fila maciza de edificios altos. En su mayoría edificios de departamentos, con la planta baja alquilada a clientes de prestigio. Justo enfrente había una galería de arte. Me apreté entre dos paragolpes cromados y crucé la calle y miré algunas de las pinturas de la vidriera. Después me di vuelta y miré desde la otra vereda.

A la izquierda del hotel, del lado más cerca de la avenida Park, no había nada muy interesante.

Después miré a la derecha, a lo largo de la cuadra que se iba acercando a Madison, y tuve una idea nueva.

El hotel mismo era una construcción reciente con un presupuesto demencial. Los edificios cercanos eran todos tranquilos y prósperos y macizos, algunos viejos, algunos nuevos. Pero en el extremo oeste de la cuadra había tres bloques viejos en línea. Angostos, un solo frente, cuatro pisos de ladrillo, carcomidos, desconchados, descascarados, manchados, bastante decrepitos. Ventanas sucias, dinteles caídos, techos planos, plantas en las cornisas, viejas salidas de emergencia de hierro zigzagueando hacia abajo desde los cuatro pisos de arriba. Los tres edificios parecían tres dientes podridos en una sonrisa brillante. Uno tenía un viejo restaurante quebrado como inquilino de la planta baja. Uno tenía una ferretería. El tercero tenía una empresa abandonada hacía tanto tiempo que no me pude dar cuenta de qué había sido. Todos tenían una puerta angosta que pasaba desapercibida al lado del establecimiento comercial. Dos de las puertas tenían muchos timbres, lo que significaba departamentos. La puerta junto al viejo restaurante tenía un solo timbre, lo que significaba un solo ocupante para los cuatro pisos de arriba.

Lila Hoth no era una multimillonaria ucraniana de Londres. Eso había sido mentira. Así que fuera quien fuese, tenía un presupuesto. Un presupuesto generoso, sin dudas, como para permitir suites en el Four Seasons como fueran necesarias y cuando fueran necesarias. Pero presumiblemente no un presupuesto infinito. Y las casas grandes en Manhattan cuestan veinte millones de dólares o más, mínimo. Y múltiples decenas de miles de dólares por mes de alquiler.

La privacidad se podía conseguir mucho más económica en edificios derruidos aptos para diferentes usos como los tres que yo estaba mirando. Y quizás habría otras ventajas también. Ningún portero cerca, menos miradas entrometidas. Más quizás la suposición de que un establecimiento como un restaurante o una ferretería podía recibir entregas a cualquier hora del día y de la noche. Quizás cualquier clase de llegadas y partidas podía tener lugar sin atraer para nada demasiada atención.

Caminé un poco y me quedé de pie junto al cordón enfrente de los tres bloques viejos y los

observé. La gente me empujaba al pasar junto a mí en una corriente continua sobre la vereda. Bajé a la calle para no estar en el medio del paso. Había dos policías en la esquina más alejada de Madison y la 57. A cincuenta metros de distancia, en diagonal. No miraban hacia donde estaba yo. Volví a mirar los edificios y a repasar en mi cabeza mis conjeturas. La línea 6 en la 59 y Lexington estaba cerca. El Four Seasons estaba cerca. Tercera Avenida y calle 56 no estaba cerca. *Eso no es cerca mío*. El anonimato estaba garantizado. El costo era limitado. Cuadraba todo. Perfecto. Así que me figuré que quizás estaba buscando un lugar igual a uno de los que tenía justo enfrente mío, ubicado en algún lugar dentro de un radio en abanico de cinco minutos al este o al oeste de la puerta trasera del hotel. No al norte, o Susan Mark hubiese estacionado en midtown y apuntado a bajarse del metro en la calle 68. No al sur, por la barrera psicológica de la calle 57. No en algún lugar completamente distinto, porque habrían usado el Four Seasons como fachada. En algún lugar completamente distinto, habrían usado otro hotel. En Nueva York establecimientos impactantes no es lo que falta.

Lógica impecable. Quizás demasiado impecable. Limitante, definitivamente. Porque si me quedaba con la conjetura de que Susan Mark se habría bajado en la calle 59 y apuntado a acercarse desde el norte, y que la calle 57 era una barrera conceptual desde el sur, entonces todo el juego estaba ahí mismo en la calle 58. Y caminar las cuadras transversales en Manhattan lleva más o menos cinco minutos. Por lo que un radio de cinco minutos a la izquierda o a la derecha de la puerta trasera del hotel terminaría o en la misma cuadra por la que yo me estaba moviendo o en la siguiente hacia el este, entre Park y Lex. Y edificios derruidos aptos para diferentes usos no son comunes en cuadras como esas. La plata grande los expulsó hace mucho tiempo. Era del todo posible que estuviera mirando a los únicos tres que seguían en pie de todo el código postal.

Por lo que era del todo posible que estuviera mirando el escondite de Lila Hoth.

Del todo posible, pero muy improbable. Creo en la suerte tanto como cualquiera, pero no estoy loco.

Pero también creo en la lógica, probablemente más que cualquiera, y la lógica me había llevado al lugar. Repasé todo de vuelta, y terminé creyéndome a mí mismo.

Por un factor adicional.

Que era que la misma lógica también había llevado ahí a alguien más.

Springfield bajó el cordón al lado mío y dijo:

—¿Tú crees?

## SESENTA

Springfield tenía puesto el mismo traje con el que lo había visto antes. Lana de verano gris, con un tejido sedoso y un ligero brillo. Estaba arrugado y doblado, como si hubiera dormido con el traje puesto. Lo que quizás así había sido.

—¿Crees que es este el lugar? —dijo.

No respondí. Estaba demasiado ocupado chequeando todo alrededor de mí. Miré a cientos de personas y docenas de autos. Pero no vi nada de que preocuparme. Springfield estaba solo.

Springfield repitió la pregunta:

—¿Crees que es este?

—¿Dónde está Sansom? —pregunté.

—Se quedó en casa.

—¿Por qué?

—Porque este tipo de cosas son difíciles, y yo soy mejor que él.

Asentí. Era un artículo de fe entre suboficiales que ellos eran mejores que sus oficiales. Y por lo general tenían razón. Definitivamente yo había estado contento con los míos. Habían hecho para mí mucho trabajo del bueno.

—¿Entonces cuál es el trato? —pregunté.

—¿Qué trato?

—Entre tú y yo.

—No tenemos ningún trato —dijo—. Todavía.

—Deberíamos hablar, quizás.

—¿Dónde?

—Tu decisión —dijo. Lo que era una buena señal. Significaba que si iba a haber una trampa o una emboscada en mi futuro inmediato iba a ser improvisada, y por lo tanto no óptimamente eficiente. Quizás incluso al punto tal de ser sobrevivible.

—¿Cuán bien conoces la ciudad? —le pregunté.

—Me las arreglo.

—Haz dos a la izquierda y ve al 57 de la calle 57 Este. Voy a llegar diez minutos después de ti. Te encuentro adentro.

—¿Qué tipo de lugar es?

—Podemos tomar café.

—OK —dijo. Miró una vez más el edificio con el viejo restaurante abajo y después cruzó la calle en diagonal en medio del tráfico y dobló a la izquierda en la avenida Madison. Yo me dirigí

en la otra dirección, hasta donde estaba la puerta trasera del Four Seasons. La puerta trasera del Four Seasons estaba ahí mismo en la calle 58. Era un edificio que atravesaba toda la manzana. Lo que quería decir que la puerta del frente estaba en la calle 57. En el 57 de la calle 57 Este, para ser preciso. Yo estaría adentro más o menos cuatro minutos antes que Springfield. Iba a saber si había venido con un equipo. Iba a ver en el caso de que alguien entrara antes que él, o con él, o después de él. Caminé hasta el lobby desde atrás y me saqué el sombrero y las gafas y me quedé en un rincón y esperé.

Springfield entró solo, justo a tiempo, es decir cuatro minutos después. Sin tiempo para un despliegue apurado afuera en la calle. Sin tiempo para una conversación. Probablemente sin tiempo ni siquiera para una llamada de celular. La mayoría de la gente reduce un poco el paso, marcando y hablando.

Cerca de la puerta había un tipo con un traje formal de día. Levita negra y corbata plateada. No un conserje, no un capitán de botones. Alguna especie de persona para recibir, aunque su título probablemente fuera algo altisonante. Empezó a hacer un gesto hacia Springfield y Springfield lo miró y el tipo se movió en otra dirección como si le hubiesen dado una cachetada. Springfield tenía esa clase de rostro.

Hizo una pausa y se orientó y se dirigió hacia el salón de té, donde en un momento me había encontrado con las Hoth. Me quedé en mi rincón y miré la puerta de entrada. No había refuerzos. Ningún sedán normal detenido afuera. Le di diez minutos, y después agregué dos más, por si acaso. No pasó nada. Solo la marea normal de un hotel de ciudad lujoso. Iban personas ricas, venían personas ricas. Personas pobres se apresuraban a su alrededor y hacían cosas para ellos.

Llegué al salón de té y encontré a Springfield en la misma silla que había usado Lila Hoth. El mismo viejo y digno camarero estaba de servicio. Se acercó. Springfield pidió agua mineral. Yo pedí café. El camarero asintió imperceptiblemente y se alejó.

—Te encontraste con las Hoth acá, dos veces —dijo Springfield.

—Una en esta misma mesa —dije yo.

—Lo que es técnicamente un problema. Quedar asociado a ellas de la manera que sea podría ser calificado como un delito.

—¿Por qué razón?

—Por la Ley Patriótica.

—¿Quiénes son las Hoth exactamente?

—Y cruzar por las vías del metro también fue un delito. Te podrían dar hasta cinco años en la cárcel estatal por eso, técnicamente. Eso me dicen.

—También les disparé con dardos a cuatro agentes federales.

—A nadie le importan.

—¿Quiénes son las Hoth?

—No puedo brindar información.

—¿Entonces qué hacemos acá?

—Tú nos ayudas, nosotros te ayudamos.

—¿Cómo me pueden ayudar?

—Podemos hacer que todos tus delitos desaparezcan.

—¿Y yo cómo los puedo ayudar?

—Nos puedes ayudar a encontrar lo que perdimos.

—¿El USB?

Springfield asintió. El camarero volvió con su bandeja. Agua mineral, y café. Acomodó cuidadosamente las cosas en la mesa y se retiró.

—No sé dónde está el USB —dije.

—Sé que no. Pero estuviste más cerca de Susan que cualquier otro. Y ella salió del Pentágono con el USB, y no está ni en su casa ni en su auto ni en ningún otro lugar en el que haya estado. Así que tenemos la esperanza de que hayas visto algo. Quizás no significó nada para ti, pero podría para nosotros.

—La vi dispararse. Eso fue todo.

—Tiene que haber habido más.

—Ustedes tenían al jefe de campaña en el metro. ¿Él que vio?

—Nada.

—¿Qué había en el USB?

—No puedo brindar información.

—Entonces yo no los puedo ayudar.

—¿Para qué necesitas saber?

—Me gusta saber al menos la forma básica del problema en el que me estoy por meter —dije.

—Entonces te deberías hacer una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—La que todavía no preguntaste, y la que deberías, al principio de todo. La pregunta clave, subnormal.

—¿Qué es esto? ¿Una competencia? ¿Suboficiales contra oficiales?

—Esa batalla se terminó hace mucho.

Así que rebobiné hasta el principio, buscando la pregunta que nunca había hecho. El principio era el metro 6, y la pasajera número cuatro, del lado derecho del vagón, sola en su asiento para ocho personas, blanca, entre cuarenta y cincuenta años, normal, pelo negro, ropa negra, bolso negro. Susan Mark, ciudadana, ex esposa, madre, hermana, adoptada, residente de Annandale, Virginia.

Susan Mark, trabajadora civil en el Pentágono.

Pregunté:

—¿Cuál era su trabajo exactamente?

## SESENTA Y UNO

Springfield bebió un largo trago de agua y después sonrió brevemente y dijo:

—Lento, pero al final llegaste.

—¿Entonces cuál era su trabajo?

—Era una administradora de sistemas con responsabilidad sobre una cierta cantidad de tecnología de información.

—No sé qué quiere decir eso.

—Quiere decir que conocía muchas claves maestras de las computadoras.

—¿Qué computadoras?

—No las importantes. No podía lanzar misiles ni nada. Pero obviamente estaba autorizada para documentos del Comando de Recursos Humanos. Y algunos de los archivos.

—Pero no los archivos Delta, ¿no? Están en Carolina del Norte. En Fort Bragg. No en el Pentágono.

—Las computadoras están en red. Todo está en todas partes y en ninguna ahora.

—¿Y ella tenía acceso?

—Error humano.

—¿Qué?

—Hubo cierta medida de error humano.

—¿Cierta medida?

—Hay muchos administradores de sistemas. Comparten problemas comunes. Se ayudan entre sí. Tienen su propio chat, y su propio panel de mensajes. Aparentemente hubo una línea de código defectuosa que hacía claves individuales menos opacas de lo que deberían haber sido. Así que hubo cierta filtración. Nosotros creemos que ellos sabían todo al respecto, de hecho, pero les gustaba así. Una persona podía entrar y ayudar a otra persona con un mínimo de desorden. Incluso si el código hubiera sido correcto, probablemente lo habrían borrado.

Me acordé de Jacob Mark diciendo: *Era buena con las computadoras.*

—¿Entonces tuvo acceso a archivos Delta? —dije.

Springfield solamente asintió.

—Pero tú y Sansom renunciaron cinco años antes que yo —dije—. En ese entonces no había nada computarizado. Seguro no los archivos.

—Los tiempos cambian —dijo Springfield—. El Ejército de Estados Unidos tal como lo conocemos tiene alrededor de noventa años. Tenemos noventa años de basura acumulada. Armas viejas oxidadas que el abuelo de alguien trajo como recuerdo, banderas y uniformes capturados

podriéndose, lo que quieras. Más toneladas y toneladas de papel, literalmente. Quizás millones de toneladas. Es un problema práctico. Riesgo de incendio, ratones, inmuebles.

—¿Entonces?

—Entonces hace diez años que vienen limpiando la casa. Los artefactos o los mandan a museos o los tiran a la basura, y los documentos los escanean y los guardan en computadoras.

Asentí:

—Y Susan Mark se metió y copió uno.

—Más que copió uno —dijo Springfield—. Extrajo uno. Lo transfirió a un disco externo, y después borró el original.

—¿El disco externo sería la memoria USB?

Springfield asintió:

—Y no sabemos dónde está.

—¿Por qué ella?

—Porque tenía las condiciones. La parte relevante del archivo la rastrearon por medio de la medalla. La gente del Comando de Recursos Humanos guarda los registros de medallas. Como dijiste. Ella era la administradora de sistemas. Y era vulnerable por medio de su hijo.

—¿Por qué borró el original?

—No sé.

—Debe haber aumentado el riesgo.

—Significativamente.

—¿Qué era el documento?

—No puedo brindar información.

—¿Cuándo lo sacaron del archivo de cajas y lo escanearon?

—Hace poco más de tres meses. Es un proceso lento. El programa empezó hace diez años y recién van por principios de la década del ochenta.

—¿Quién hace ese trabajo?

—Hay un equipo de especialistas.

—Con una filtración. Las Hoth llegaron acá más o menos de inmediato.

—Evidentemente.

—¿Saben quién fue?

—Se está avanzando en esa dirección.

—¿Qué era el documento?

—No puedo brindar información.

—Pero era un archivo grande.

—Los suficientemente grande.

—Y las Hoth lo quieren.

—Creo que eso está claro.

—¿Por qué lo quieren?

—No puedo brindar información.

—Lo dices mucho eso.

—Y muy en serio.

—¿Quiénes son las Hoth?

Solamente sonrió e hizo un gesto de *una vez más* con la mano. *No puedo brindar información.* Una gran respuesta de suboficial. Cuatro palabras, de las cuales la tercera era quizás la más significativa.

—Me podrías hacer preguntas —dijo—. Yo podría brindar suposiciones. Tú podrías comentarlas.

—¿Quiénes crees que son las Hoth? —dijo.

—Creo que son afganas nativas.

—Sigue —dijo.

—Ese no es un gran comentario.

—Sigue.

—Probablemente partidarias de los talibanes o de Al-Qaeda, u operadoras, o lacayas.

No hubo reacción.

—Al-Qaeda —dijo—. Los talibanes por lo general se quedan en su país.

—Sigue.

—Operadoras —dijo.

No hubo reacción.

—¿Líderes?

—Sigue.

—¿Al-Qaeda está usando líderes mujeres?

—Están usando lo que sirva.

—No parece plausible.

—Es lo que quieren que pensemos. Quieren que nos pongamos a buscar hombres que no existen.

No dije nada.

—Sigue —dijo.

—OK, la que dice que se llama Svetlana peleó con los muyahidines y supo que capturaron el fusil VAL de Grigori Hoth. Usaron el nombre de Hoth y su historia para conseguir solidaridad por estos lados.

—¿Porque?

—Porque ahora Al-Qaeda quiere documentación que demuestre lo que fuera que ustedes estuvieran haciendo esa noche.

—Sigue.

—Por lo que a Sansom le dieron una medalla importante. Por lo que debe haber tenido una buena recepción, érase una vez, en aquel entonces. Pero ahora les preocupa quedar expuestos. Así que asumo que ya no tendría una buena recepción.

—Sigue.

—Sansom no se siente bien por esto, pero el gobierno también tiene el calzón metido en la raja. Por lo que es tanto personal como político.

—Sigue.

—¿Te dieron una medalla por lo de esa noche?

—La Medalla del Servicio Superior.

—Que llega directo de la Secretaría de Defensa.

Springfield asintió:

—Una linda chuchería, para un humilde sargento.

—Por lo que el viaje fue más político que militar.

—Obviamente. En ese momento no estábamos oficialmente en guerra con nadie.

—Saben que las Hoth mataron a cuatro personas, y probablemente también al hijo de Susan Mark, ¿no?

—No lo sabemos, pero lo sospechamos.

—¿Y por qué no las agarraron?

—Trabajo en la seguridad para un congresista, no puedo agarrar a nadie.

—Los federales podían.

—Los federales trabajan de maneras misteriosas. Aparentemente consideran que las Hoth son combatientes enemigos grado A, y un blanco muy importante, y extremadamente peligrosas, pero actualmente no operativas.

—¿Lo que quiere decir qué?

—Lo que quiere decir que ahora mismo es más lo que se podría ganar dejándolas tranquilas.

—Lo que en verdad quiere decir que no las pueden encontrar.

—Por supuesto.

—¿Estás OK con eso?

—Las Hoth no tienen el USB, o no lo seguirían buscando. Así que realmente no me importa en ninguno de los dos casos.

—Yo creo que debería importarte —dije.

—¿Tú crees que ese es el lugar de ellos? ¿Donde estabas?

—Esta cuadra o la otra.

—Yo creo que esta —dijo—. Los federales registraron su suite del hotel. Cuando no estaban.

—Lila me dijo.

—Tenían bolsas de compras. Como decoración. Para que todo tuviera el aspecto que tenía que tener.

—Las vi.

—Dos de Bergdorf Goodman y dos de Tiffany. Esos negocios están cerca, a más o menos una cuadra de esos edificios viejos. Si su base estuviera en la cuadra al este de Park, hubieran ido a Bloomingdale's. Porque no estaban haciendo compras de verdad. Solo querían accesorios en la suite, para engañar gente.

—Buen punto —dije.

—No vayas a buscar a las Hoth —dijo Springfield.

—¿Ahora te preocupas por mí?

—Podrías perder por los dos lados. Van a pensar lo mismo que nosotros, que incluso si no tienes el USB, entonces de alguna manera sabes a dónde fue a parar. Y podrían llegar a ser incluso más despiadados y persuasivos que nosotros.

—¿Y?

—De hecho podrían llegar a decirte qué es lo que hay ahí. En cuyo caso desde nuestro punto de vista te convertirías en un cabo suelto.

—¿Cuán malo es?

—A mí no me avergüenza. Pero el mayor Sansom quedaría malparado.

—Y Estados Unidos.

—Eso, también.

El camarero volvió e inquirió si precisábamos alguna otra cosa. Springfield dijo que sí. Volvió a pedir para los dos. Lo que quería decir que había más cosas de las que quería hablar. Dijo:

—Revisa exactamente lo que pasó en el metro.

—¿Por qué no estabas tú allí, en vez del jefe de campaña? Era más tu línea de trabajo que la de él.

—Se nos vino encima rápido. Yo estaba en Texas, con Sansom. Recaudando dinero. No tuvimos tiempo para un despliegue adecuado.

—¿Por qué los federales no tenían a alguien en el metro?

—Tenían. Dos personas. Dos mujeres. De encubierto, prestadas del FBI. Las agentes especiales Rodriguez y Mbele. Te metiste en el vagón equivocado y viajaste con ellas durante todo el recorrido.

—Eran buenas —dije. Y era cierto. La mujer hispana, pequeña, acalorada, cansada, la bolsa de supermercado enroscada en la muñeca. La mujer de África Occidental con el vestido batik—. Eran muy buenas. ¿Pero cómo sabían todos ustedes que Susan iba a tomar ese metro?

—No lo sabíamos —dijo Springfield—. Fue una operación enorme. Una movilización grande. Sabíamos que estaba en auto. Por lo que teníamos gente esperando en los túneles. La idea era seguirla desde ahí, adonde estuviera yendo.

—¿Por qué no la arrestaron en las escaleras del Pentágono?

—Hubo un pequeño debate. Lo ganaron los federales. Querían enrollar toda la cadena de un tirón. Y podrían haber llegado a hacerlo.

—Si yo no lo hubiese arruinado.

—Tú lo has dicho.

—Ella no tenía el USB. Así que de todas maneras no iban a enrollar nada.

—Cuando salió del Pentágono lo tenía, y no está ni en su casa ni en su auto.

—¿Están seguros?

—La casa la tiraron abajo y la revolvieron hasta la última baldosa y el pedazo más grande que queda del auto me lo podría comer.

—¿Cuán bien registraron el metro?

—El vagón número 7622 está todavía en los playones de la calle 207. Dicen que reconstruirlo podría llegar a tardar un mes o más.

—¿Qué carajo había en el USB?

Springfield no respondió.

Uno de los teléfonos capturados que tenía en el bolsillo empezó a vibrar.

## SESENTA Y DOS

Saqué los tres teléfonos del bolsillo y los puse sobre la mesa. Uno se iba escabullendo, de a medio centímetro por vez. Una vibración vigorosa. La ventana decía *Número privado*. Lo abrí y me lo apoyé en la oreja y dije:

—¿Hola?

—¿Todavía estás en Nueva York? —preguntó Lila Hoth.

—Sí —dije.

—¿Estás cerca del Four Seasons?

—No muy cerca —dije.

—Ve allí ahora. Dejé un paquete para ti en la recepción.

—¿Cuándo? —pregunté.

Pero la línea se quedó muda.

Miré a Springfield y dije: “Espera aquí”. Luego me moví deprisa en dirección al lobby. No vi ninguna espalda en retirada dirigiéndose hacia la puerta. El lugar estaba tranquilo. El tipo de levita ahí para recibir estaba sin hacer nada. Fui hasta la recepción y di mi nombre y pregunté si tenían algo para mí. Un minuto después tenía un sobre en la mano. Al frente tenía mi nombre escrito a mano con letras negras y gruesas. Tenía el nombre de Lila Hoth en la esquina de arriba a la izquierda, donde iría la dirección del remitente. Le pregunté al recepcionista cuándo lo habían entregado. Dijo que hacía más de una hora.

—¿Vio a la persona que lo dejó? —pregunté.

—Un caballero extranjero.

—¿Lo reconoció?

—No, señor.

El sobre era acolchado, de más o menos quince centímetros por veinticinco. Era liviano. Tenía algo duro adentro. Redondo, y quizás unos trece centímetros de diámetro. Lo llevé conmigo de vuelta hasta el salón de té y me volví a sentar con Springfield. Dijo:

—¿De las Hoth?

Asentí.

—Podría estar lleno de esporas de ántrax —dijo.

—Parece más un CD —dije yo.

—¿De qué?

—Música folklórica afgana, quizás.

—Espero que no —dijo—. Yo escuché música folklórica afgana. Con detalle y de cerca.

—¿Quieres que espere para abrirlo?

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que estés fuera del alcance.

—Voy a correr el riesgo.

Así que abrí el sobre y lo sacudí. Salió un disco solo e hizo un sonido plástico contra la madera de la mesa.

—Un CD —dije.

—Un DVD, de hecho —dijo Springfield.

Era casero. Era un disco virgen fabricado por Memorex. Tenía escritas con marcador indeleble negro las palabras *Mira Esto* del lado para etiquetar. La misma letra que la del sobre. Mismo útil de escritura. La letra de Lila Hoth y el marcador de Lila Hoth, presumiblemente.

—No tengo reproductor de DVD —dije.

—Entonces no lo mires.

—Creo que tengo que hacerlo.

—¿Qué pasó arriba del metro?

—No lo sé.

—Puedes reproducir DVD en computadoras. Como la gente mira películas en sus laptops en los aviones.

—No tengo computadora.

—Los hoteles tienen computadoras.

—No me quiero quedar acá.

—Hay otros hoteles en la ciudad.

—¿Dónde te estás quedando?

—En el Sheraton. Donde estuvimos antes.

Así que Springfield pagó nuestra cuenta del salón de té con una tarjeta de crédito platinum y caminamos del Four Seasons al Sheraton. La segunda vez que hacía ese recorrido. Llevó la misma cantidad de tiempo. Veredas llenas de gente, personas moviéndose despacio en medio del calor. Era la una de la tarde, y estaba muy caluroso. Estuve todo el camino mirando si había policías, lo que no contribuía con nuestro avance. Pero al final llegamos. La pantalla de plasma del lobby anunciaba un montón de eventos. El salón de baile lo tenía reservado una asociación empresarial. Algo que ver con televisión por cable. Lo que me hizo pensar en el National Geographic Channel, y el gorila espalda plateada.

Springfield abrió la puerta del centro de negocios con su llave magnética. No entró conmigo. Me dijo que esperaba en el lobby, y después se fue. Tres de los escritorios estaban ocupados. Dos mujeres, un hombre, todos con trajes oscuros, todos con maletines de cuero apoyados abiertos derramando papeles. Ocupé la silla vacía y empecé a intentar descubrir cómo reproducir un DVD en un ordenador. Encontré una ranura en la torre que parecía indicada para ese fin. Empujé el disco y me encontré con cierta resistencia temporaria y después un motor zumbó y la unidad aspiró el disco y me lo sacó de la mano.

Durante cinco segundos no sucedieron muchas cosas. Solo mucho parar y arrancar y zumbar. Después en la pantalla se abrió una ventana grande. Estaba vacía. Pero tenía un gráfico en el rincón de abajo. Como una imagen de los botones de un reproductor de DVD. Play, pausa,

adelantar, rebobinar, saltar. Moví el mouse y el cursor se transformaba en una manito regordeta cuando pasaba por los botones.

El teléfono en mi bolsillo empezó a vibrar.

## SESENTA Y TRES

Saqué el teléfono del bolsillo y lo abrí. Miré alrededor de la sala. Mis tres colegas temporarios estaban todos muy concentrados trabajando. Una tenía un gráfico de barras en la pantalla. Columnas de colores gruesos brillantes, algunas altas, otras bajas. El hombre estaba leyendo un e-mail. La otra mujer estaba tipeando rápido.

Me puse el teléfono en la oreja y dije:

—Hola.

—¿Ya lo tienes? —preguntó Lila Hoth.

—Sí —dije.

—¿Ya lo miraste?

—No.

—Creo que deberías.

—¿Por qué?

—Te va a resultar educativo.

Volví a mirar a los ocupantes de la sala y pregunté:

—¿Tiene sonido?

—No, es una película muda. Desafortunadamente. Sería mejor con sonido.

No respondí.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—En el centro de negocios de un hotel.

—¿El Four Seasons?

—No.

—¿Hay ordenadores en el centro de negocios?

—Sí.

—Puedes reproducir un DVD en un ordenador, lo sabes.

—Eso me dijeron.

—¿Hay alguien más que pueda ver la pantalla?

No respondí.

—Míralo —dijo—. Me quedo en línea. Lo voy a ir comentando. Como una edición especial.

No respondí.

—Como el corte del director —dijo, y se rio un poco.

Moví el mouse y puse la manito regordeta sobre el botón de play. Esperé ahí, pacientemente.

Le di clic al mouse.

La torre emitió más sonidos zumbantes y la pantalla vacía se encendió y aparecieron ahí dos líneas horizontales distorsionadas. Se encendieron y se apagaron dos veces y después la imagen se acomodó en una vista abierta de un espacio al aire libre. Era de noche. La cámara estaba fija. Montada alta sobre un trípode, supuse. El lugar estaba iluminado muy brillante con agresivas lámparas halógenas fuera de cámara. El color era crudo. El lugar parecía extranjero. Tierra batida, un tono caquí oscuro. Piedras pequeñas y una roca grande. La roca era plana, más grande que una cama king-size. La habían agujereado y le habían puesto cuatro anillas de hierro. Una en cada esquina.

Había un hombre desnudo atado a las anillas. Era bajo y delgado y fibroso. Tenía piel oliva y barba negra. Tenía quizás treinta años. Estaba acostado boca arriba, estirado en forma de X. La cámara estaba ubicada quizás a un metro de sus pies. En lo alto de la imagen la cabeza de él se sacudía de un lado al otro. Tenía los ojos cerrados. Tenía la boca abierta. Algunos tendones del cuello le salían para afuera como sogas.

Estaba gritando, pero yo no lo podía oír.

Era una película muda.

Lila Hoth habló en mi oído.

—¿Qué estás viendo? —preguntó.

—Un tipo sobre una roca —dije.

—Sigue mirando.

—¿Quién es?

—*Era un taxista que le hizo un mandado a un periodista americano.*

El ángulo de la cámara era de más o menos cuarenta y cinco grados, supuse. Hacía que los pies del taxista parecieran grandes y que su cabeza pareciera pequeña. Se golpeó y corcoveó durante todo un minuto. Levantaba la cabeza y la estrellaba contra la roca. Intentando dejarse inconsciente. O intentando matarse, quizás. Sin suerte. Una figura esbelta entró en escena en la parte superior del plano y acomodó un cuadrado de tela doblada debajo de la cabeza del tipo. La figura era Lila Hoth. No había duda. La definición del video no era genial, pero no había manera de confundirla. El cabello, los ojos, la forma en que se movía.

El cuadrado de tela era probablemente una toalla.

—Te acabo de ver —dije.

—¿Con la almohadilla? Es necesaria, para evitar lesiones autoinfligidas. Y les deja la cabeza en ángulo. Los tienta a mirar.

—¿A qué?

—Sigue mirando.

Miré alrededor de la sala. Mis tres colegas temporarios seguían todos trabajando. Estaban todos muy enfocados en sus propios asuntos.

En mi pantalla no pasó nada por cerca de veinte segundos. El taxista golpeándose, en silencio. Entonces Svetlana Hoth entró en el plano por el costado. También era inconfundible. El cuerpo de yunque, el pelo gris acero y recto.

Tenía un cuchillo en la mano.

Se trepó a la roca y se acuclilló al lado del tipo. Miró hacia arriba a la cámara durante un largo segundo. No vanidad. Estaba considerando el ángulo, intentando no tapar la vista. Ajustó su

posición hasta quedar agachada sutilmente en el ángulo formado por el brazo izquierdo del tipo y el costado de su pecho.

El tipo miraba fijo el cuchillo.

Svetlana se inclinó hacia delante y a la derecha y ubicó la punta de la hoja en un sitio más o menos a mitad de camino entre las ingles del tipo y el ombligo. Presionó. El tipo se sacudió de manera incontrolable. Un gusano de sangre gordo manó del corte. La sangre parecía negra bajo las luces. El tipo gritaba y gritaba. Yo podía ver cómo su boca formaba palabras. *¡No!* y *¡Por favor!* se entienden en cualquier idioma.

—¿Dónde fue esto? —pregunté.

—No lejos de Kabul —dijo Lila Hoth.

Svetlana movió la hoja hacia arriba en dirección al ombligo. La sangre la persiguió durante todo el recorrido. La mantuvo en movimiento. Como un cirujano o un abastecedor de carne, casual y practicado y experto. Había hecho antes cortes similares muchas veces. La hoja se siguió moviendo. Se detuvo por arriba del esternón del tipo.

Svetlana dejó el cuchillo a un lado.

Con su dedo índice trazó la línea del corte. La sangre le lubricaba el avance. Hizo presión y metió el dedo justo en el corte, hasta la primera articulación. Lo deslizaba hacia arriba y hacia abajo. De vez en cuando hacía una pausa.

—Está chequeando que traspasó todo el tejido muscular —dijo Lila Hoth.

—¿Cómo lo sabes? No puedes ver estas imágenes —dije.

—Te puedo oír respirar.

Svetlana volvió a agarrar el cuchillo y repasó los lugares en los que su dedo había hecho pausas. Usó la punta de la hoja de manera muy delicada y cortó lo que parecían ser obstrucciones menores.

Entonces se enderezó.

La panza del taxista estaba abierta, como si hubieran bajado un cierre. El largo corte recto estaba un poco entreabierto. El tejido muscular estaba roto. Ya no podía contener la presión desde adentro.

Svetlana se movió de vuelta hacia delante. Usó ambas manos. Las introdujo en el corte y separó la piel con mucho cuidado y escarbó adentro. Se metió hasta las muñecas. Tensaba y cuadraba los hombros.

Sacó los intestinos del tipo.

Formaban una masa rosa brillante, resplandeciente, de más o menos el tamaño de una pelota desinflada de fútbol. Enroscada, blanda, movediza, húmeda y humeante.

Apoyó la masa en el pecho del tipo, como con cuidado.

Después se bajó de la roca y salió de cuadro.

El ojo no parpadeante de la cámara miraba fijo.

El taxista miraba hacia abajo horrorizado.

—Ahora es solo una cuestión de tiempo —dijo Lila Hoth—. El corte no los mata. No seccionamos ningún vaso importante. El sangrado se detiene bastante rápido. Es una cuestión de dolor y shock e infección. Los fuertes resisten las tres cosas. Mueren de hipotermia, creemos. La temperatura corporal queda comprometida, obviamente. Depende del clima. Nuestro récord son dieciocho horas. Hay gente que dice haber visto dos días completos, pero yo no les creo.

—Estás loca, ¿lo sabes?

—Eso es lo que dijo Peter Molina.

—¿Vio este video?

—Es parte del video. Sigue mirando. Adelanta, si quieres. De todos modos sin sonido no es tan divertido.

Volví a chequear todo alrededor de la sala. Tres personas, trabajando concentradas. Puse la mano gorda en el botón de adelantar y cliqueé. La imagen saltó en cámara rápida. La cabeza del taxista se movía hacia atrás y hacia delante trazando un arco diminuto y errático.

—Normalmente no hacemos esto de a uno por vez —dijo Lila Hoth—. Es mejor tener una secuencia. El segundo espera hasta que el primero muere, y así. Hace que crezca el pavor. Deberías verlos, esperando por favor que el que está antes viva un minuto más. Pero finalmente mueren, y el foco de atención pasa al siguiente. Ahí es cuando tienen ataques al corazón. Sabes, si es que van a tener. Si son propensos. Pero no siempre podemos arreglar una secuencia en vivo. Esa es la razón por la cual ahora usamos el video, para darles una aproximación.

Le quise volver a decir que estaba loca, pero no lo hice, porque ella me habría vuelto a decir lo de Peter Molina.

—Sigue mirando —dijo.

La imagen siguió avanzando. Los brazos y las piernas del taxista se retorcían. Unos movimientos extraños y crispados, a doble velocidad. La cabeza giraba a izquierda y derecha.

—Peter Molina vio todo esto —dijo Lila Hoth—. Esperaba por favor que el tipo resistiera. Lo cual era extraño, porque por supuesto el tipo murió hace meses. Pero ese es el efecto. Como te dije, el video es un buen equivalente.

—Estás enferma —dije—. Estás muerta, también. ¿Lo sabes? Como si ya estuvieras en el medio de la ruta. El camión todavía no te atropelló, pero lo va a hacer.

—¿Tú eres el camión?

—Puedes apostar tu culo.

—Me alegra. Sigue mirando.

Cliqueé en el botón de adelantar una y otra vez, y la imagen se aceleró a cuatro veces la velocidad normal, después ocho, después dieciséis, después treinta y dos. El tiempo pasaba a toda prisa. Una hora. Noventa minutos. Después la imagen se quedó perfectamente quieta. El taxista se dejó de mover. Yació completamente inerte por un largo rato y después Lila Hoth entró bruscamente en cuadro. Apreté el botón de play para volver a la velocidad normal. Lila se inclinó cerca de la cabeza del tipo y se fijó si tenía pulso. Después levantó la cabeza y sonrió con una sonrisa alegre.

Directo a cámara.

Directo a mí.

Por el teléfono preguntó:

—¿Ya terminó?

—Sí —dije.

—Una decepción. No duró mucho. Estaba enfermo. Tenía parásitos. Gusanos. Los podíamos ver retorciéndose entre sus tripas todo el tiempo. Era desagradable. Supongo que también murieron. Los parásitos mueren si el huésped muere.

—Como vas a morir tú.

—Todos vamos a morir, Reacher. Las únicas preguntas son cuándo y cómo.

Detrás de mí uno de los empresarios se puso de pie y se dirigió a la puerta. Me giré en la silla e intenté mantener mi cuerpo entre él y la pantalla. Creo que no lo logré. Me miró de manera extraña y se fue de la sala.

O quizás había oído mi parte de la conversación telefónica.

—Sigue mirando —dijo Lila, en mi oído.

Volví a apretar adelantar. El taxista yació muerto cerca de Kabul por un rato y después la imagen se apagó y la reemplazó una ráfaga de ruido de video. Después se abrió en un lugar nuevo. Apreté play. Velocidad normal. Un interior. El mismo tipo de luz brusca. Imposible distinguir si era de noche o de día. Imposible distinguir dónde era. Un sótano, quizás. El piso y las paredes parecían estar pintados de blanco. Había un extenso pedazo de granito, como una mesa. Más pequeño que la roca afgana. Rectangular, fabricado con un propósito. Parte de una cocina vieja, posiblemente.

Un joven enorme estaba ahí atado.

Tenía quizás la mitad de años que yo y era veinte por ciento más grande por todos lados.

*Es ciento cuarenta kilos de músculo*, había dicho Jacob Mark. *Va directo a la NFL.*

—¿Ya lo estás viendo? —preguntó Lila Hoth.

—Lo estoy viendo.

Estaba desnudo. Muy blanco bajo las luces. Distinto del taxista de Kabul en todos los aspectos. Piel pálida, pelo rubio enmarañado. Sin barba. Pero se estaba moviendo de la misma manera. Su cabeza se sacudía hacia delante y hacia atrás y estaba gritando palabras. *¡No!* y *¡Por favor!* se pueden reconocer en cualquier idioma. Y esto era inglés. Le podía leer los labios con mucha facilidad. Podía incluso sentir el tono. Incredulidad, principalmente. La clase de tono que usa una persona cuando lo que se creía que era una amenaza hueca o incluso una broma cruel resulta que se volvió mortalmente serio.

—No voy a mirar esto —dije.

—Deberías —dijo Lila Hoth—. O nunca vas a estar seguro. Quizás lo dejamos ir.

—¿Cuándo fue esto?

—Pusimos una fecha límite y la respetamos.

No respondí.

—Míralo.

—No.

—Pero quiero que lo mires —dijo—. Necesito que lo mires. Es una cuestión de mantener la secuencia. Porque pienso que tú serás el siguiente.

—Piensa de vuelta.

—Míralo.

Lo miré. *Quizás lo dejamos ir. Nunca vas a estar seguro.*

No lo dejaron ir.

## SESENTA Y CUATRO

Después colgué el teléfono y me guardé el DVD en el bolsillo y llegué hasta el baño del lobby y vomité en un cubículo. No en realidad por las imágenes. Vi peores. Sino por enojo y furia y frustración. Todas esas emociones corrosivas hirvieron dentro de mí y tenían que encontrar alguna descarga. Me enjuagué la boca y me lavé la cara y bebí un poco de agua del grifo y me quedé durante un momento delante del espejo.

Después vacié mis bolsillos. Me quedé con el efectivo, y con mi pasaporte, y con mi tarjeta de débito, y con mi tarjeta de metro, y con la tarjeta del Departamento de Policía de Nueva York de Theresa Lee. Me quedé con el cepillo de dientes. Me quedé con el teléfono que había sonado. Tiré los otros dos teléfonos a la basura, con el cargador de emergencia, y la tarjeta de presentación de los cuatro tipos muertos, y las notas que había tomado Theresa Lee de los mensajes de su compañero.

También tiré el DVD.

Y el USB de Radio Shack, funda rosa y todo.

Ya no necesitaba un señuelo.

Después, limpio, me dirigí hacia afuera a ver si Springfield estaba todavía cerca.

Estaba. Estaba en el bar del lobby, en una silla, con la espalda contra una esquina en ángulo recto. Tenía un vaso de agua sobre la mesa frente a él. Estaba relajado, pero estaba observando todo. Puedes sacar al hombre de las Fuerzas Especiales, pero no etcétera etcétera. Me vio acercarme. Me senté al lado de él. Preguntó:

—¿Era música folklórica?

—Sí —dije—. Era música folklórica.

—¿En un DVD?

—Había algo de danza, también.

—No te creo. Estás todo pálido. El baile popular afgano es bastante malo, lo sé, pero no es así de malo.

—Eran dos tipos —dije—. Les abrían la panza y les sacaban las tripas afuera.

—¿En vivo delante de la cámara?

—Y después en muerto delante de la cámara.

—¿Banda de sonido?

—Muda.

—¿Quiénes eran los tipos?

—Uno era un taxista de Kabul y el otro era el hijo de Susan Mark.

—No tomo taxis en Kabul. Prefiero usar mi propio medio de transporte. Pero una cagada para la USC. Perdieron un tackle defensivo. Difíciles de encontrar. Lo busqué. Muy buenos pies, dicen.

—Ya no.

—¿Aparecen las Hoth en la cinta?

Asentí:

—Como una confesión.

—No importa. Igual saben que las vamos a matar. No importa en realidad por qué las matamos.

—Me importa a mí.

—Espabila, Reacher. Ese fue exactamente el motivo por el que te enviaron el paquete. Quieren que te enojas y que caigas. No te pueden encontrar. Por lo que quieren que las vayas a encontrar tú.

—Lo que voy a hacer.

—Tus planes futuros son cosa tuya. Pero tienes que cuidarte. Tienes que entender. Porque esta ha sido su táctica por doscientos años. Esa es la razón por la cual su abuso siempre lo podían oír los que estaban en el frente. Querían hacer salir a las partidas de rescate. O provocar ataques de venganza. Querían una interminable provisión de prisioneros. Pregúntales a los británicos. O a los rusos.

—Voy a tener mucho cuidado.

—Estoy seguro de que lo vas a intentar. Pero no vas a ningún lado hasta que nosotros terminemos contigo, por lo del metro.

—El tipo de ustedes vio lo mismo que yo.

—Ayudarnos es parte de tus intereses.

—No hasta acá. Lo único que tengo son promesas.

—Todos los cargos se van a retirar cuando el USB esté en nuestro poder.

—No alcanza.

—¿Lo quieres por escrito?

—No, quiero que retiren los cargos ahora. Necesito cierta libertad de acción acá. No puedo estar todo el tiempo mirando si hay policías.

—¿Libertad de acción para qué?

—Tú sabes qué.

—OK, haré lo que pueda.

—No alcanza.

—No te puedo dar garantías. Lo único que puedo hacer es intentarlo.

—¿Cuáles son las probabilidades de que lo logres?

—Ninguna. Pero Sansom puede.

—¿Estás autorizado a hablar por él?

—Lo voy a tener que llamar.

—Dile que se acabaron las estupideces, ¿OK? Ya estamos más allá de esa etapa ahora.

—OK.

—Y háblale de Theresa Lee y de Jacob Mark, también. Y de Docherty. Quiero los legajos limpios para todos ellos.

—OK.

—Y Jacob Mark va a necesitar asistencia. Especialmente si ve una copia de ese DVD.

—No lo hará.

—Pero quiero que lo cuiden. Al ex marido también. Molina.

—OK.

—Dos cosas más —dije.

—Estás negociando bien, para ser alguien que no tiene nada que ofrecer.

—Seguridad Nacional rastreó a las Hoth entrando al país desde Tayikistán con su equipo. Hace tres meses. Algún tipo de algoritmo de computadora. Quiero saber cuántas personas había en el grupo.

—¿Para estimar la cantidad de enemigos?

—Exacto.

—¿Y?

—Me quiero encontrar con Sansom de vuelta.

—¿Por qué?

—Quiero que él me diga qué hay en esa memoria USB.

—No va a suceder.

—Entonces no lo recupera. Me lo quedo y miro qué hay ahí por mí mismo.

—¿Qué?

—Ya me oíste.

—¿En serio tienes el USB?

—No —dije—. Pero sé dónde está.

## SESENTA Y CINCO

Springfield preguntó:

—¿Dónde está?

—No puedo brindar información —dije yo.

—Estás hablando pavadas.

Negué con la cabeza:

—No esta vez.

—¿Estás seguro? ¿Nos puedes llevar ahí?

—Los puedo dejar a cinco metros. El resto depende de ustedes.

—¿Por qué? ¿Está enterrado? ¿En una caja fuerte? ¿En una casa?

—Ninguna de las anteriores.

—¿Entonces dónde está?

—Llama a Sansom —dije—. Arregla un encuentro.

Springfield terminó lo que le quedaba de agua y un camarero se acercó con la cuenta. Springfield pagó con su tarjeta platinum, igual que como lo había hecho para él y para mí en el Four Seasons. Lo que yo había tomado como una buena señal. Había indicado una dinámica positiva. Así que decidí arriesgarme un poco más.

—¿Me alquilas una habitación? —pregunté.

—¿Por qué?

—Porque le va a llevar tiempo a Sansom sacarme de la lista de los más buscados. Y estoy cansado. Estuve despierto toda la noche. Quiero dormir una siesta.

Diez minutos más tarde estábamos en un piso alto, en una habitación con una cama queen-size. Un lindo espacio, pero tácticamente insatisfactorio. Como todas las habitaciones de hotel en pisos altos tenía una ventana que no me servía y por lo tanto solo una salida. Pude ver que Springfield estaba pensando lo mismo. Estaba pensando que yo era un lunático por meterme a mí mismo ahí.

—¿Puedo confiar en ti? —pregunté.

—Sí —dijo.

—Demuéstralo.

—¿Cómo?

—Dame tu arma.

—No estoy armado.

—Respuestas como esa no ayudan con el tema de la confianza.

—¿Por qué la quieres?

—Tú sabes por qué. Para que, si traes a la gente equivocada a mi puerta, yo me pueda defender.

—No lo voy a hacer.

—Haz que me quede tranquilo.

Se quedó quieto durante un momento largo. Yo sabía que él preferiría clavarse una aguja en el ojo antes que entregar su arma. Pero hizo algunas cuentas mentales y llevó la mano hacia atrás por debajo del saco a la parte baja de la espalda y la sacó con una pistola Steyr GB nueve milímetros. La Steyr GB había sido el arma corta preferida de las Fuerzas Especiales de Estados Unidos en la era de los años 1980. La dio vuelta y me la alcanzó con la culata hacia mí. Era una buena pieza vieja, bien gastada pero bien mantenida. Tenía dieciocho balas en el cargador y una en la recámara.

—Gracias —dije.

No contestó. Simplemente salió de la habitación. Cuando estuvo afuera cerré la puerta con dos vueltas, y puse la cadena, y trabé una silla debajo del picaporte. Vací mis bolsillos en la mesa de luz. Puse a planchar mi ropa debajo del colchón. Me di una larga ducha caliente.

Después me acosté y me fui a dormir, con el arma de Springfield debajo de la almohada.

Me despertó cuatro horas más tarde un golpe en la puerta. No me gusta mirar por mirillas en puertas de hoteles. Demasiado vulnerable. Lo único que un agresor tiene que hacer es esperar hasta que el lente se oscurezca y después disparar un arma por ahí derecho. Incluso una .22 silenciada sería completamente letal. No hay nada muy sustancial entre la córnea y el tallo encefálico. Pero había un espejo de cuerpo entero en la pared del lado de adentro de la puerta. Para chequeos de ropa de último minuto, supuse, antes de salir. Agarré una toalla del baño y me la ajusté alrededor de la cintura y recogí el arma de debajo de la almohada. Moví la silla y abrí la puerta contra la cadena. Me quedé del lado de las bisagras y chequeé la vista por el espejo.

Springfield, y Sansom.

Era un resquicio estrecho y la imagen estaba al revés por el espejo y la iluminación del corredor era tenue, pero los reconocí con bastante facilidad. Estaban solos, hasta donde yo podía ver. E iban a seguir estando solos, a no ser que hubieran traído más de diecinueve personas con ellos. La Steyr no tiene seguro. Solo una presión considerable de doble acción para el primer disparo, y después dieciocho más. Retiré la presión del gatillo y la cadena de la puerta.

Estaban solos.

Entraron, Sansom primero, y después Springfield. Sansom tenía el mismo aspecto que la mañana que lo vi por primera vez. Bronceado, rico, poderoso, lleno de energía y carisma. Tenía puesto un traje azul marino y una camisa blanca y una corbata roja y se lo veía fresco como una lechuga. Agarró la silla que yo había puesto contra el picaporte de la puerta y la llevó de vuelta a la mesa cerca de la ventana y se sentó. Springfield cerró la puerta y volvió a pasar la cadena. Yo seguía empuñando el arma. Empujando con la rodilla corrí el colchón del somier y saqué la ropa con una mano.

—Dos minutos —dije—. Hablen entre ustedes.

Me vestí en el baño y volví a salir y Sansom preguntó:

—¿De verdad sabe dónde está el USB?

—Sí —dije—. Lo sé de verdad.

—¿Por qué quiere saber qué hay ahí?

—Porque quiero saber cuán problemático es.

—¿No quiere que yo llegue al Senado?

—No me interesa cómo usa su tiempo. Soy curioso, eso es todo.

—¿Por qué no me va a decir dónde está ahora mismo? —preguntó.

—Porque antes tengo otra cosa que hacer. Y necesito que mantenga a los policías alejados de mí mientras lo hago. Así que necesito una manera de mantenerlo pensando en eso.

—Me podría estar engañando.

—Podría, pero no.

No respondió nada.

Pregunté:

—¿Por qué quiere estar en el Senado de todos modos?

—¿Por qué no querría?

—Fue un buen soldado y ahora es más rico que Dios. ¿Por qué no irse a vivir a la playa?

—Estas cosas son una manera de llevar la cuenta, para saber cómo voy. Estoy seguro de que usted tiene su propia manera de hacerlo.

Asentí:

—Comparo la cantidad de respuestas que obtengo con la cantidad de preguntas que hago.

—¿Y cómo le está yendo con eso?

—Promedio de toda la vida cercano al cien por cien.

—¿Y para qué preguntar? Si usted sabe dónde está el USB, vaya y búsquelo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque se van a requerir más recursos de los que yo puedo movilizar.

—¿Dónde está?

No respondí.

—¿Está acá en Nueva York?

No respondí.

Preguntó:

—¿Es seguro?

—Lo suficiente —dije.

—¿Puedo confiar en usted?

—Mucha gente lo ha hecho.

—¿Y?

—Creo que la mayoría estaría dispuesta a darme una carta de referencia.

—¿Y el resto?

—A algunos no hay manera de conformarlos.

—Vi su legajo personal —dijo.

—Ya me lo contó —dije.

—Era contradictorio.

—Hice lo mejor que pude. Pero tuve ideas propias.

—¿Por qué renunció?

—Me aburrí. ¿Usted?

—Me puse viejo.

—¿Qué hay en el USB?

No respondió. Springfield estaba de pie mudo, a sotavento del mueble del televisor, más cerca de la puerta que de la ventana. Pura costumbre, supuse. Un simple reflejo. Era invisible para un potencial francotirador externo y estaba lo suficientemente cerca del corredor para estar encima de un intruso en el momento mismo en que se abriera la puerta. El entrenamiento se queda con la persona. Especialmente el entrenamiento Delta. Me moví hacia delante y le devolví el arma. La agarró sin emitir una palabra y se la acomodó en la cintura del pantalón.

Sansom dijo:

—Dígame lo que sabe hasta acá.

Yo dije:

—Los llevaron en transporte aéreo de Bragg a Turquía, y después a Omán. Después India, probablemente. Después Pakistán, y la Frontera Noroeste.

Asintió y no dijo nada. Tenía en los ojos una mirada lejana. Supuse que estaba reviviendo mentalmente el viaje. Aviones de transporte, helicópteros, camionetas, largos kilómetros a pie.

Todo mucho tiempo atrás.

—Después Afganistán —dije.

—Siga —dijo.

—Probablemente se quedaron en la falda del Abas Ghar y se dirigieron hacia el sur y al oeste, siguiendo la línea del Valle de Korangal, quizás a trescientos metros del suelo.

—Siga.

—Se toparon con Grigori Hoth y le sacaron el fusil y lo dejaron marcharse.

—Siga.

—Después siguieron caminando, a donde sea que les hubieran ordenado ir.

Asintió.

—Eso es todo lo que sé hasta acá —dije.

—¿Dónde estaba usted en marzo de 1983? —preguntó.

—En West Point.

—¿Cuál era la gran noticia?

—El Ejército Rojo estaba intentado parar el sangrado.

Asintió de vuelta:

—Era una campaña demente. Nunca nadie había vencido a la gente de las tribus en la Frontera Noroeste. En ningún momento de la historia. Y ellos tenían nuestra propia experiencia en Vietnam para estudiar. Algunas cosas simplemente no se pueden hacer. Era una picadora de carne en cámara lenta. Como ser picoteado por aves hasta morir. A nosotros nos ponía muy contentos, obviamente.

—Ayudamos —dije.

—Por supuesto que sí. Les dimos a los muyahidines todo lo que querían. Gratis.

—Como Préstamo y Arriendo.

—Peor —dijo Sansom—. Préstamo y Arriendo tuvo que ver con ayudar amigos que en ese momento estaban en bancarrota. Los muyahidines no estaban en bancarrota. Más bien al contrario. Había toda clase de extrañas alianzas tribales que se extendían todo hasta Arabia Saudita. Los muyahidines tenían más dinero que nosotros, prácticamente.

—¿Y?

—Cuando se adquirió el hábito de darle a la gente todo lo que quiere, es muy difícil parar.

—¿Qué más querían?

—Reconocimiento —dijo—. Tributo. Agradecimientos. Cortesía. Exposición. Es difícil saber exactamente cómo caracterizarlo.

—¿Entonces cuál era la misión?

—¿Podemos confiar en usted?

—¿Quieren recuperar el archivo?

—Sí.

—¿Entonces cuál era la misión?

—Fuimos a ver al cabecilla de los muyahidines. Llevando regalos. Baratijas ordinarias de todo tipo, de parte del mismo Ronald Reagan. Éramos sus enviados especiales. Nos dieron instrucciones de la Casa Blanca. Nos dijeron que tiráramos besitos y chupáramos culos cada vez que pudiéramos.

—¿Y lo hicieron?

—Puede apostar.

—Fue hace veinticinco años.

—¿Y entonces?

—¿Y entonces a quién le importa? Es un detalle de historia. Y funcionó, además. Fue el fin del comunismo.

—Pero no fue el fin de los muyahidines. Siguieron operando.

—Lo sé —dije—. Se convirtieron en talibanes y en Al-Qaeda. Pero eso es un detalle, también. Los votantes en Carolina del Norte no se van a acordar de la historia. La mayoría de los votantes no se acuerdan ni siquiera qué desayunaron.

—Depende —dijo Sansom.

—¿De qué?

—Nombre conocido.

—¿Qué nombre?

—El Korangal era donde estaba la acción. Solo una saliente pequeña, pero ahí fue donde se terminó el Ejército Rojo. Los muyahidines estaban haciendo ahí un muy buen trabajo. Por lo que el líder muyahidín local era algo realmente importante. Era una estrella en ascenso. A él fue al que nos mandaron a ver. Y eso hicimos. Nos vimos con él.

—¿Y le chuparon el culo?

—De todas las maneras que pudimos.

—¿Quién era?

—Era un tipo bastante impresionante, en principio. Joven, alto, apuesto, muy inteligente, muy comprometido. Y muy rico, por cierto. Muy conectado. Venía de una familia multimillonaria en

Arabia Saudita. Su padre era amigo del vicepresidente de Ronald Reagan. Pero él era un revolucionario. Abandonó la vida fácil por la causa.

—¿Quién era?

—Osama bin Laden.

## SESENTA Y SEIS

La habitación quedó en silencio por un momento largo. Solo sonidos apagados de la ciudad que llegaban por la ventana, y el siseo del aire de una ventilación arriba del baño. Springfield se movió de su posición junto al mueble del televisor y se sentó en la cama.

—Nombre conocido —dije.

—Es una cagada —dijo Sansom.

—Exactamente.

—Dígamelo a mí.

—Pero es un archivo grande —dije.

—¿Y entonces?

—Y entonces es un informe largo. Y todos leímos informes del Ejército.

—¿Y?

—Son muy secos. —Lo cual era así. Tomemos la Steyr GB de Springfield, por ejemplo. El Ejército la había testeado. Era un milagro de la ingeniería moderna. No solo funcionaba exactamente como tenía que funcionar, también funcionaba exactamente como no tenía que funcionar. Tenía un complejo sistema de acción de retroceso con retardo por gas que implicaba que se la podía cargar con cartuchos de peor calidad o viejos o mal ensamblados y disparaba igual. La mayoría de las armas tienen problemas con las presiones de gas variables. O explotan con mucho o fallan para ciclar con muy poco. Pero la Steyr podía arreglarse con cualquiera. Que era la razón por la cual las Fuerzas Especiales la adoraban. A menudo estaban lejos de casa sin ningún tipo de logística, forzados a confiar en cualquier cosa que pudieran conseguir localmente. La Steyr GB era una maravilla metálica.

El reporte del Ejército la designó *técnicamente aceptable*.

—Quizás no lo mencionaron a usted por su nombre —dije—. Quizás no lo mencionaron a *él* por su nombre. Quizás usaron todos acrónimos, para líder Delta y comandante local, enterrados en trescientas páginas de referencias geográficas.

Sansom no dijo nada.

Springfield miró para otro lado.

—¿Cómo era? —pregunté.

—¿Ve? —dijo Sansom—. Esto es exactamente de lo que estoy hablando. Toda mi vida no cuenta para nada, salvo porque soy el tipo que le chupó el culo a Osama bin Laden. Eso es lo único que van a recordar todos.

—¿Pero cómo era?

—Era un asqueroso. Estaba claramente comprometido con matar rusos, por lo cual estuvimos contentos al principio, pero pronto nos dimos cuenta de que estaba comprometido con matar a cualquiera que no fuera exactamente como él. Era raro. Era un psicópata. Olía mal. Fue un fin de semana muy incómodo. Me daban escalofríos todo el tiempo.

—¿Estuvieron ahí todo un fin de semana?

—Invitados de honor. Salvo que no realmente. Era un arrogante hijo de puta. Nos prepotaba todo el tiempo. Nos daba clases de táctica y estrategia. Nos decía cómo podríamos haber ganado en Vietnam. Teníamos que hacer de cuenta que estábamos impresionados.

—¿Qué regalos le dieron?

—No sé qué eran. Estaban envueltos. No los abrió. Simplemente los tiró en un rincón. No le importaba. Como dicen en las bodas, nuestra presencia era el mejor regalo. Pensaba que le estaba demostrando algo al mundo. El Gran Satanás se estaba arrodillando ante él. Estuve a punto de vomitar mil veces. Y no solo por la comida.

—¿Comieron con él?

—Dormíamos en su propia carpa.

—A lo que en el informe le llamarán cuartel general. El lenguaje será muy neutral. La chupada de culo no va a estar mencionada. Van a ser trescientas páginas tediosas sobre un intento de reunión y la reunión misma. La gente se va a morir de aburrimiento antes de que ustedes estén a mitad de camino sobre el Atlántico. ¿Por qué le preocupa tanto?

—La política es horrible. La cuestión del Préstamo y Arriendo. Mientras Bin Laden no estuvo sacando de su propia fortuna personal, es como si lo hubiéramos estado subsidiando. Pagándole, casi.

—No es su culpa. Eso es cosa de la Casa Blanca. ¿Hubo algún capitán de marina que pagara por entregarles a los soviéticos cosas de Préstamo y Arriendo durante la Segunda Guerra Mundial? Tampoco ellos siguieron siendo nuestros amigos.

Sansom no dijo nada.

—Son solo palabras en un papel —dije—. No van a resonar. La gente no lee.

—Es un archivo grande —dijo Sansom.

—Mientras más grande mejor. Mientras más grande sea, más enterradas van a estar las partes malas. Y va a estar muy caducado. Creo que en aquel entonces solíamos escribir el nombre de otra manera. Con U. Era Usama. O UBL. Quizás la gente ni se va a dar cuenta. O usted puede decir que fue otra persona totalmente distinta.

—¿Está seguro que sabe dónde está ese USB?

—Seguro.

—Porque suena como si no. Suena como si estuviera tratando de consolarme, porque sabe que va a quedar ahí dando vueltas para que el mundo lo vea.

—Sé dónde está. Solo estoy tratando de entender por qué está tan nervioso. Se ha sobrevivido a cosas peores.

—¿Alguna vez usó una computadora?

—Usé una hoy.

—¿Cuáles son los archivos más grandes?

—No lo sé.

—Arriesgue algo.

—¿Documentos largos?

—Mal. Los archivos más grandes están hechos de muchos píxeles.

—¿Píxeles? —dije.

No respondió.

—OK —dije—. Ya veo. No es un informe. Es una foto.

## SESENTA Y SIETE

La habitación se volvió a quedar en silencio. Los sonidos de la ciudad, el aire forzado. Sansom se puso de pie y fue al baño. Springfield volvió a su posición anterior junto al mueble del televisor. Sobre el mueble había botellas de agua, con una cinta de papel que decía que si uno bebía el agua se le iban a cobrar ocho dólares.

Sansom salió del baño.

—Reagan quería la foto —dijo—. En parte porque era un viejo sentimental, y en parte porque era un viejo desconfiado. Quería corroborar que habíamos seguido sus órdenes. Como yo la recuerdo, estoy parado junto a Bin Laden con la madre de todas las sonrisas de idiota en la cara.

—Conmigo del otro lado —dijo Springfield.

—Bin Laden derribó las Torres Gemelas —dijo Sansom—. Atacó el Pentágono. Es el peor terrorista del mundo. Es una figura muy, muy reconocible. Es totalmente inconfundible. La foto me va a matar en la carrera política. Bien muerto. Para siempre.

—¿Esa es la razón por la que la quieren las Hoth? —pregunté.

Asintió:

—Así Al-Qaeda me puede humillar, y conmigo a Estados Unidos. O viceversa.

Me acerqué al mueble del televisor y agarré una botella de agua. Le saqué la tapa y tomé un largo trago. La habitación estaba cargada en la tarjeta de Springfield, lo que quería decir que pagaba Sansom. Y Sansom se podía permitir ocho dólares.

Después sonreí, brevemente.

—Por eso la foto en su libro —dije—. Y en la pared de su oficina. Donald Rumsfeld con Saddam Hussein, en Bagdad.

—Sí —dijo Sansom.

—Por si acaso. Para mostrar que otro había hecho lo mismo. Como un as en la manga, ahí guardado. Nadie sabía que era un as. Nadie ni siquiera sabía que había una carta.

—No es un as —dijo Sansom—. No está ni siquiera cerca. Es como un roñoso cuatro de tréboles. Porque Bin Laden es mucho peor de lo que fue Saddam. Y Rumsfeld después de eso no se postuló para ninguna elección. Para todo lo que hizo después de eso lo nombraron, sus amigos. Así tenía que ser. Ninguna persona en su sano juicio lo habría votado.

—¿Usted tiene amigos?

—No tantos.

—Nunca se habló mucho de la foto de Rumsfeld.

—Porque no se presentó como candidato. Si en algún momento hubiese entrado en una

campana electoral, esa habría sido la foto más famosa del mundo.

—Usted es un mejor hombre que Rumsfeld.

—No me conoce.

—Es una conjetura razonable.

—OK, quizás. Pero Bin Laden es peor que Saddam. Y esa imagen es veneno. Ni siquiera necesita un pie de foto. Ahí estoy, sonriéndole como un cachorrito a la persona más malvada del mundo. Se hacen fotos falsas como esa para ataques publicitarios. Y esta es verdadera.

—La va a recuperar.

—¿Cuándo?

—¿Cómo vamos con los cargos?

—Lento.

—¿Pero seguro?

—No tanto. Hay buenas y malas noticias.

—Deme primero las malas noticias.

—Es muy poco probable que el FBI quiera cooperar. Y es seguro que el Departamento de Defensa no lo va a hacer.

—¿Los tres tipos esos?

—Están fuera del caso. Aparentemente están heridos. Uno tiene la nariz rota y el otro tiene un corte en la cabeza. Pero los reemplazaron. El Departamento de Defensa está todavía en carrera.

—Deberían estar agradecidos. Necesitan toda la ayuda que puedan conseguir.

—No funciona así. Hay guerras territoriales en juego.

—¿Y cuáles son las buenas noticias?

—Creemos que el Departamento de Policía de Nueva York está preparado para olvidarse de lo del metro.

—Grandioso —dije—. Eso es como no cobrarle una multa por estar mal estacionado a Charles Manson.

Sansom no respondió.

Yo le pregunté:

—¿Qué hay de Theresa Lee y Jacob Mark? ¿Y Docherty?

—Están de vuelta en sus puestos de trabajo. Con papeleo federal recomendándolos por ayudar a Seguridad Nacional en una investigación sensible.

—¿Así que ellos están OK y yo no?

—Ellos no le pegaron a nadie. No hirieron ningún ego.

—¿Qué va a hacer con el USB cuando lo recupere?

—Voy a chequear que sea el correcto, después lo voy a romper, y voy a quemar los restos, y voy a moler las cenizas hasta convertirlas en polvo, y las voy a tirar en más o menos ocho inodoros distintos.

—Suponga que le pido que no haga todo eso.

—¿Por qué me pediría algo así?

—Se lo voy a decir más adelante.

Dependiendo del punto de vista o eran las últimas horas de la tarde o las primeras horas de la

noche. Pero yo me acababa de despertar, así que me figuré que era la hora del desayuno. Llamé al servicio de habitación y pedí una bandeja grande. Por un valor de alrededor de cincuenta dólares, a los precios del Sheraton Nueva York, con impuestos y propinas y recargos y tasas. Sansom no movió ni un pelo. Estaba sentado hacia delante en la silla, inquieto de frustración e impaciencia. Springfield estaba mucho más relajado. Había compartido esa travesía por la montaña un cuarto de siglo antes, y había compartido la ignominia. *A veces nuestros amigos se convierten en nuestros enemigos, y a veces nuestros enemigos se convierten en nuestros amigos.* Pero a Springfield no se le jugaba nada. Ningún objetivo, ningún plan, ninguna ambición. Y se veía. Seguía siendo exactamente lo mismo que había sido en aquel entonces, simplemente un tipo haciendo su trabajo.

—¿Lo podrían haber matado? —pregunté.

—Tenía guardaespaldas —dijo Sansom—. Como un círculo íntimo. Las lealtades allá son fanáticas. Piense en los Marines, o en los camioneros, y multiplíquelo por mil. Nos sacaron nuestras armas a cien metros del campamento. Nunca estuvimos solos con él. Siempre había gente dando vueltas cerca. Más niños y animales. Vivían como en la Edad de Piedra.

—Era una mancha de pis desgarbada y larguirucha —dijo Springfield—. Me podría haber estirado y le podría haber roto el cuello flacucho ese en cualquier momento que hubiese querido.

—¿Quisiste?

—Puedes apostar que sí. Porque lo sabía. Desde el primer momento. Quizás lo debería haber hecho en el momento mismo en el que se apagó el flash. Como un grisín en un restaurante italiano. Esa hubiese sido una mejor foto.

—Misión suicida —dije.

—Pero habría salvado muchas vidas después.

Asentí:

—Lo mismo que si Rumsfeld le hubiese clavado una punta a Saddam.

El tipo del servicio de habitación trajo mi comida y saqué a Sansom de la silla y comí en la mesa. Sansom atendió una llamada en el celular y confirmó que a partir de ese mismo momento yo quedaba libre por la infracción del metro. Ya no era una persona de interés en lo que respectaba al Departamento de Policía de Nueva York. Pero después hizo una segunda llamada y me dijo que en el FBI el jurado todavía no se había expedido, y que las señales no eran para nada buenas. Después hizo una tercera llamada y confirmó que los jefes del Departamento de Defensa definitivamente no la iban a dejar pasar. Eran como perros con un hueso. A nivel federal estaba metido en todo tipo de problemas. Obstrucción de la justicia, ataque y agresión, herida con un arma mortal.

—Fin de la historia —dijo Sansom—. Debería ir directo al secretario.

—O al presidente —dije.

—No puedo hacer ninguna de las dos cosas. A primera vista el Departamento de Defensa está actualmente en plena búsqueda de una célula activa de Al-Qaeda. No puedo discutir contra eso, en el clima actual.

*La política es un campo minado. Condenado si lo haces, condenado si no lo haces.*

—OK —dije—. Solo mientras conozca la forma del campo de batalla.

—No es su batalla, estrictamente hablando.

—Jacob Mark se va a sentir mejor con algún tipo de cierre.

—¿Está haciendo esto por Jacob Mark? Los federales le pueden dar todo el cierre que necesite.

—¿Usted cree? Los federales están en la nada. ¿Cuánto quiere que esto se siga estirando?

—¿Entonces lo está haciendo por Jacob Mark o por mí?

—Lo estoy haciendo para mí mismo.

—Usted no está involucrado.

—Me gustan los desafíos.

—Hay muchos otros desafíos en el mundo.

—Ellos lo volvieron personal. Me mandaron un DVD.

—Que fue algo táctico. Si usted reacciona, ellos ganan.

—No, si yo reacciono, ellos pierden.

—Esto no es el salvaje Lejano Oeste.

—Exactamente. Este es un Oeste cercano y tímido. Tenemos que volver el tiempo atrás.

—¿Sabe aunque sea dónde están?

Springfield me miró.

—Estoy trabajando en un par de ideas —dijo.

—¿Todavía tiene un canal abierto de comunicación?

—No me llama desde lo del DVD.

—Desde que le tendió la trampa, querrá decir.

—Pero yo creo que va a volver a llamar.

—¿Por qué?

—Porque quiere.

—Ella puede llegar a ganar. Un paso en falso y usted es su prisionero. Va a terminar diciéndole lo que quiere saber.

Le pregunté:

—¿Cuántas veces voló en aerolíneas comerciales desde el 11 de Septiembre?

—Cientos de veces —dijo.

—Y apuesto que todas y cada una de esas veces en un rincón de la mente tenía la esperanza de que hubiera secuestradores a bordo. Así los podía ver moviéndose por el pasillo, así les podía saltar encima y los podía moler a golpes. O morir en el intento.

Sansom inclinó la cabeza y en la boca se le formó una sonrisita triste. La primera que le veía en mucho tiempo.

—Tiene razón —dijo—. Todas y cada una de las veces.

—¿Por qué?

—Iba a querer proteger el avión.

—E iba a querer descargar sus frustraciones. Y sacarse de encima todo el odio. Yo sé que yo sí. Me gustaban las Torres Gemelas. Me gustaba el mundo como solía ser. Usted sabe, antes. No tengo aptitudes políticas. No soy un diplomático o un estratega. Conozco mis debilidades, y conozco mis fortalezas. Así que en conjunto para alguien como yo la posibilidad de encontrar una célula activa de Al-Qaeda parece como si me hubieran juntado todos mis cumpleaños y mis Navidades en uno.

—Está loco. Esto no es algo para hacer solo.

—¿Qué alternativa hay?

—Seguridad Nacional al final los va a encontrar. Ahí van a armar algo en conjunto. El Departamento de Policía de Nueva York, el FBI, SWAT, equipos, cientos de tipos.

—Una operación enorme con muchos componentes dispares.

—Pero minuciosamente planeada.

—¿Participó antes en operaciones así?

—Un par de veces.

—¿Cómo funcionaron para usted?

Sansom no respondió.

—Solo siempre es mejor —dije yo.

—Quizás no —dijo Springfield—. Chequeamos con el algoritmo de computadora de Seguridad Nacional. Las Hoth trajeron con ellas un grupo grande.

—¿Cuántos?

—Diecinueve hombres.

## SESENTA Y OCHO

Terminé el desayuno. La jarra de café estaba vacía. Así que terminé mi botella de agua de ocho dólares e hice un lanzamiento de una punta a la otra hacia el cesto de la basura. Dio en el borde con un sonido a plástico hueco y rebotó hacia afuera y se alejó rodando por la alfombra. No una buena señal, si yo fuera supersticioso. Pero no lo soy.

—Un total de diecinueve hombres —dije—. Cuatro ya se fueron del país y dos están caminando heridos con mandíbulas y codos rotos. Eso hace que queden trece operativos.

—¿Mandíbulas y codos rotos? —dijo Sansom—. ¿Eso cómo pasó?

—Me estaban buscando por la ciudad. Puede que sean la gran cosa con lanzagranadas en las colinas, pero las peleas en la calle no parecen ser su mayor fortaleza.

—¿Les escribió algo en la frente?

—A uno de ellos. ¿Por qué?

—El FBI recibió una llamada de la guardia del Bellevue. A dos extranjeros sin identificar los dejaron ahí después de darles una paliza. Uno tenía algo escrito en la frente.

—Castigo —dije—. Las Hoth deben haber quedado disconformes con el desempeño de ellos. Así que los entregaron, para incentivar a los otros.

—Gente despiadada.

—¿Dónde están ahora?

—En habitaciones vigiladas en el hospital. Porque uno de ellos estuvo ahí antes. Una emergencia anterior en Penn Station. No está queriendo hablar. El FBI está tratando de descubrir quién demonios es.

—¿Qué los está demorando tanto? Le escribí el nombre de Lila en la frente. Escribí Lila, llámame. ¿En cuántas personas que se llaman Lila está interesado el FBI ahora mismo?

Sansom negó con la cabeza:

—Deles algo de crédito. A la parte con el nombre le habían arrancado la piel con un cuchillo.

Me acerqué y abrí la segunda botella de agua de ocho dólares. Le di un trago. Estaba rica. Pero no más que un agua de dos dólares. O que el agua gratis, del grifo.

—Trece personas —dije.

—Más las Hoth —dijo Springfield.

—OK, quince.

—Una misión suicida.

—Todos vamos a morir —dije—. Las únicas preguntas son cuándo y cómo.

—No lo podemos ayudar de manera activa —dijo Sansom—. Lo entiende eso, ¿no? Esto va a terminar con un mínimo de uno y un máximo de quince homicidios en las calles de Nueva York. No podemos ser parte de eso. No podemos estar ni a un millón de kilómetros de eso.

—¿Por la política?

—Por muchas razones.

—No estoy pidiendo ayuda.

—Es un maniaco.

—Eso es lo que van a pensar.

—¿Tiene un horario en mente?

—Pronto. No tiene sentido esperar.

—El mínimo de un homicidio sería usted, por supuesto. En cuyo caso yo no sabría dónde ir a buscar mi foto.

—Así que mantenga los dedos cruzados por mí.

—Lo responsable sería que me lo diga ahora.

—No, lo responsable sería que yo me consiguiera un trabajo de chofer de autobús escolar.

—¿Puedo confiar en usted?

—¿Si voy a sobrevivir?

—Sí va a mantener su palabra.

—¿Qué aprendió en la Escuela de Candidatos a Oficiales?

—Se debe confiar en los oficiales hermanos, especialmente en los oficiales hermanos de la misma jerarquía.

—Exactamente. Yo estaba trabajando duro mientras usted volaba por todo el mundo chupando traseros terroristas. Ni siquiera recibió un Corazón Púrpura.

No respondió.

—Es una broma —dije—. Pero mejor que espere que yo no sea el primer homicidio, o puede llegar a tener que escuchar ese tipo de cosas todo el tiempo.

—Entonces dígame ahora.

—Lo necesito cuidándome la retaguardia.

—Leí su legajo —dijo.

—Ya me lo contó.

—El Corazón Púrpura lo recibió por el coche bomba que le estalló en Beirut. En los barracones de los Marines.

—Lo recuerdo muy bien.

—Le quedó una cicatriz que lo dejó desfigurado.

—¿Quiere verla?

—No. Pero tiene que recordar que esas no eran las Hoth.

—¿Qué es, mi terapeuta?

—No. Pero eso no hace que lo que dije sea menos cierto.

—No sé quién fue en Beirut. Nadie lo sabe, seguro. Pero quien haya sido, eran los oficiales hermanos de las Hoth.

—Lo mueve la venganza. Y todavía se siente culpable por Susan Mark.

—¿Entonces?

—Entonces podría ser que usted no esté operando en máxima eficiencia.

—¿Está preocupado por mí?

—Por mí, principalmente. Quiero recuperar mi foto.

—La va a tener.

—Al menos deme una pista de dónde está.

—Usted sabe lo mismo que yo. Yo lo resolví. Así que usted lo va a resolver.

—Usted fue policía. Un set de capacidades distinto.

—Por lo que usted va a ser más lento. Pero no es astrofísica.

—¿Y si no es astrofísica qué ciencia es?

—Piense por una vez como una persona normal. No como un soldado o como un político.

Lo intentó. Fracasó. Dijo:

—Al menos dígame por qué debería no destruirlo.

—Usted sabe lo mismo que yo.

—¿Eso qué significa?

—O quizás no sabe lo mismo que yo. Porque está demasiado cerca de usted mismo. Yo no soy más que alguien del público.

—¿Entonces?

—Estoy seguro de que usted es un tipo de primera, Sansom. Estoy seguro de que llegado el caso va a ser un gran senador. Pero al final del día cualquier senador es uno de cien. Son todos más o menos intercambiables. ¿Me puede dar un nombre? ¿De un senador en particular que realmente haya hecho la diferencia con algo?

Sansom no respondió.

—¿Me puede decir cómo usted personalmente va a arruinar a Al-Qaeda?

Empezó a hablar del Comité de Servicios Armados, y de Relaciones Exteriores, e Inteligencia, y presupuestos, y omisiones y descuidos. Como un discurso estándar. Como de gira de campaña. Le pregunté:

—¿Qué parte de todo eso no la haría cualquier otro que pudiera conseguir el puesto, asumiendo que no se lo dan a usted?

No respondió. Le pregunté:

—Imagínese una cueva en el noroeste de Pakistán. Imagínese al mando de Al-Qaeda sentado ahí, ahora mismo. ¿Se están arrancando los pelos y diciendo no, mierda, por favor no permitamos que John Sansom llegue al Senado? ¿Es usted lo más importante de la agenda de ellos?

—Probablemente no —dijo—.

—¿Entonces para qué quieren la foto?

—Pequeñas victorias —dijo—. Mejor que nada.

—Es mucho trabajo para una pequeña victoria, ¿no le parece? ¿Dos agentes más diecinueve hombres más tres meses?

—Estados Unidos quedaría malparado.

—Pero no tanto. Mire la foto de Rumsfeld. A nadie le importó. Los tiempos cambian, las cosas siguen. La gente entiende eso, si es que en algún momento lo notan. Los americanos son o muy maduros y sensibles o distraídos. Nunca estoy del todo seguro de cuál de las dos. Pero la que sea, esa imagen va a ser un fiasco. Lo podría llegar a destruir a usted personalmente, pero no es

destruyendo a un americano por vez como opera Al-Qaeda.

—Dañaría el recuerdo de Reagan.

—¿A quién le importa? La mayoría de los americanos ni siquiera se acuerdan de él. La mayoría de los americanos piensan que Reagan es un aeropuerto en Washington.

—Creo que está subestimando.

—Y yo creo que usted está sobreestimando. Está demasiado cerca del proceso.

—Yo creo que esa foto haría daño.

—¿Pero a quién le haría daño? ¿Qué es lo que piensa el gobierno?

—Usted sabe que el Departamento de Defensa está tratando como loco de recuperarla.

—¿Sí? ¿Entonces por qué le dieron el trabajo al equipo B?

—¿Usted cree que esos tipos eran el equipo B?

—Sinceramente eso espero. Si ese era el equipo A, entonces nos deberíamos mudar todos a Canadá.

Sansom no respondió.

—La imagen le puede llegar a hacer un poco de daño local en Carolina del Norte —dije—. Pero aparentemente eso es todo. No estamos viendo ninguna clase de máximo esfuerzo por parte del Departamento de Defensa. Porque a nivel nacional no tiene ningún costado negativo real.

—Esa no es una lectura precisa.

—OK, es malo para nosotros. Son evidencias de un error estratégico. Es incómodo, es vergonzoso, y nos va a dejar en ridículo. Pero eso es todo. No es el fin del mundo. No nos vamos a derrumbar.

—¿Entonces las expectativas de Al-Qaeda son muy altas? ¿Lo que está diciendo es que ellos también están equivocados? ¿Ellos no entienden al pueblo americano como lo entiende usted?

—No, lo que estoy diciendo es que todo esto está un poco desbalanceado. Es algo asimétrico. Al-Qaeda alineó un equipo A y nosotros alineamos un equipo B. Por lo que el deseo de ellos de tener esa foto es solo un poco más fuerte que nuestro deseo de retenerla.

Sansom no dijo nada.

—Y nos tenemos que preguntar, ¿por qué a Susan Mark simplemente no le dijeron que la copiara? Si el objetivo de ellos era avergonzarnos, entonces copiarla habría sido una mejor idea. Porque cuando saliera a la luz, y los escépticos empezaran a decir que era una foto trucada, lo cual harían, entonces la original seguiría estando en los archivos, y nosotros no lo podríamos negar con cara de nada.

—OK.

—Pero no le dijeron a Susan Mark que la copiara. Le dijeron que la robara, efectivamente. Que nos la sacara. Sin dejar rastros. Lo que agregaba un riesgo considerable y visibilidad.

—¿Lo que quiere decir qué?

—Lo que quiere decir que quieren tener esa foto, y de la misma manera quieren que nosotros *no* la tengamos.

—No entiendo.

—Tiene que hacer memoria. Tiene que recordar exactamente qué fue lo que vio esa cámara. Porque Al-Qaeda no quiere publicitar esa foto. La robaron porque la quieren hacer desaparecer.

—¿Por qué la querían hacer desaparecer?

—Porque por más mala que sea para usted, hay algo en esa foto que es incluso peor para Osama bin Laden.

## SESENTA Y NUEVE

Sansom y Springfield se quedaron callados, como yo sabía que se iban a quedar callados. Estaban haciendo memoria de algo que había sucedido un cuarto de siglo atrás, en una carpa velada sobre el suelo del Valle de Korangal. Se endurecían y se enderezaban, repitiendo inconscientemente sus poses formales. Uno a la izquierda, el otro a la derecha, con su huésped entre los dos. El lente de la cámara, alguien lo movía hacia ellos, apuntaba, hacía zoom, ajustaba, enfocaba. El flash, cargando, después explotando, bañando de luz la escena.

¿Qué veía exactamente la cámara?

Sansom dijo:

—No me acuerdo.

—Quizás éramos nosotros —dijo Springfield—. Tan simple como eso. Quizás reunirse con americanos ahora se lo ve como mal karma.

—No —dije—. Esas son buenas Relaciones Públicas. Hace que Bin Laden quede como poderoso y triunfante, y a nosotros nos hace quedar como payasos. Tiene que ser alguna otra cosa.

—Era un zoológico ahí adentro. Desorden y caos.

—Tiene que haber algo fatalmente inapropiado. Nenitos, nenitas, animales.

Sansom dijo:

—No sé qué es lo que ellos verían como inapropiado. Tienen miles de reglas ahí. Podría ser algo que estaba comiendo, incluso.

—O fumando.

—O bebiendo.

—No había alcohol ahí —dijo Springfield—. Me acuerdo de eso.

—¿Mujeres? —pregunté.

—Nada de mujeres, tampoco.

—Tiene que haber algo. ¿Había otras personas de visita?

—Solo gente de las tribus.

—¿Ningún extranjero?

—Solo nosotros.

—Tiene que haber algo que lo haga quedar comprometido, o débil, o desviado. ¿Estaba sano?

—Parecía que sí.

—¿Entonces qué más?

—¿Desviado de sus leyes o desviado como lo interpretamos nosotros?

—Los cuarteles generales de Al-Qaeda —dije—. Donde los hombres son hombres y las cabras tienen miedo.

—No me acuerdo. Fue hace mucho tiempo. Estábamos cansados. Acabábamos de caminar más de ciento cincuenta kilómetros por el frente de batalla.

Sansom se había quedado callado. Como yo sabía que se iba a quedar callado. Finalmente dijo:

—Esto es una verdadera cagada.

—Sé que sí —dije.

—Voy a tener que tomar una decisión importante.

—Sé que es lo que va a tener que hacer.

—Si esa foto lo lastima más a él que a mí, voy a tener que publicarla.

—No, si lo lastima de alguna manera, por más poco que sea, va a tener que publicarla. Y después va a tener que aguantársela y enfrentar las consecuencias.

—¿Dónde está?

No respondí.

—OK —dijo—. Tengo que cuidarle la retaguardia. Pero yo sé lo mismo que usted. Y usted lo resolvió. Lo que quiere decir que yo lo puedo resolver. Pero más lento. Porque no es astrofísica. Lo que quiere decir que las Hoth también lo pueden resolver. ¿Van a ser más lentas? Quizás no. Quizás lo están agarrando ahora mismo.

—Sí —dije—. Quizás es así.

—Y si a la foto la van a hacer desaparecer, quizás yo debería dejarlas ir y que lo hagan.

—Si la van a hacer desaparecer, eso quiere decir que es un arma valiosa que se podría usar contra ellos.

Sansom no dijo nada.

Yo dije:

—¿Se acuerda de la Escuela de Candidatos a Oficiales? ¿Algo sobre todos los enemigos, extranjeros y nacionales?

—Hacemos el mismo juramento en el Congreso.

—¿Por lo que debería dejar que las Hoth hagan desaparecer la foto?

Se quedó en silencio durante un rato muy largo.

Luego habló.

—Vaya —dijo—. Vaya a atrapar a las Hoth antes de que encuentren la foto.

Yo no fui. No ahí mismo. No inmediatamente. Tenía cosas en las que pensar, y planes que hacer. Y deficiencias que superar. No estaba equipado. Tenía puestos suecos para hacer jardinería y pantalones azules. Estaba desarmado. Nada de todo eso era bueno. Yo quería ir en el medio de la noche, adecuadamente vestido de negro. Con el calzado adecuado. Y armas. Mientras más, mejor.

La ropa iba a ser fácil.

Las armas, no tanto. Nueva York no es el mejor lugar del planeta como para hacerse de un arsenal de un momento para el otro. Había probablemente lugares en los barrios más alejados que vendían basura carísima de manera ilegal, pero también había lugares en los barrios más alejados

que vendían autos usados, y los conductores exigentes sabían bien que no tenían que recurrir a ellos.

Problema.

Miré a Sansom y dije:

—No pueden ayudarme de manera activa, ¿no?

—No —dijo.

Miré a Springfield y dije:

—Ahora me estoy yendo a una tienda de ropa. Tengo pensado comprarme un pantalón negro y una remera negra y calzado negro. Con un rompevientos negro, quizás triple-XL, holgado. ¿Qué piensas?

Springfield dijo:

—No nos interesa. No vamos a estar acá cuando vuelvas.

Fui a la tienda de Broadway en la que había comprado la camisa caqui previo al almuerzo de Sansom para recaudar fondos. Había algo de movimiento y tenía muchos artículos en stock. Encontré ahí todo lo que necesitaba salvo las medias y el calzado. Jean negro, remera lisa negra y un rompevientos de algodón con cierre hecho para alguien con una barriga mucho más grande que la mía. Me lo probé y como esperaba quedaba bien de brazos y hombros y se abolsaba mucho adelante como un vestido para embarazadas.

Perfecto, si Springfield había entendido la indirecta.

Me cambié en el probador y tiré mi ropa vieja y le pagué a la cajera cincuenta y nueve dólares. Después atendí su recomendación y caminé tres cuadras hasta una zapatería. Compré un par de zapatos fuertes con cordones y un par de medias negras. Cerca de cien dólares. Oí en la cabeza la voz de mi madre, de mucho tiempo atrás: *Con ese precio, mejor que los hagas durar. No los estropees.* Salí de la tienda y di unos cuantos pisotones fuertes en la vereda para acomodar el calce. Entré en una farmacia y compré un calzoncillo blanco genérico. Me figuré que dado que todo lo demás era nuevo tenía que completar el conjunto.

Después emprendí la marcha de regreso al hotel.

Tres pasos más adelante el teléfono en mi bolsillo empezó a vibrar.

## SETENTA

Me moví hasta quedar contra un edificio en la esquina de la calle 55 y saqué el teléfono del bolsillo. *Número privado*. Abrí el teléfono y lo alcé hasta mi oreja.

Lila Hoth dijo:

—¿Reacher?

—¿Sí? —dije yo.

—Todavía estoy en el medio de la ruta. Todavía estoy esperando que me atropelle el camión.

—Está en camino.

—¿Pero cuándo va a llegar?

—Puedes transpirar un rato. Estaré contigo dentro de un par de días.

—No puedo esperar.

—Sé dónde estás.

—Bien. Eso va a simplificar las cosas.

—Y también sé dónde está el USB.

—Otra vez, bien. Te vamos a mantener vivo lo suficiente como para que nos digas. Y después quizás algunas horas más, solo para divertirnos.

—Eres una bebé en el bosque, Lila. Te deberías haber quedado en tu casa cuidando tus cabras. Vas a morir y esa foto va a dar la vuelta al mundo.

—Tenemos un DVD nuevo virgen —dijo—. La cámara está cargada y lista para tu rol protagónico.

—Hablas demasiado, Lila.

No respondió.

Cerré el teléfono y me dirigí hacia el hotel a través de la noche que se empezaba a cerrar. Subí en el ascensor y abrí mi habitación y me senté a esperar en la cama. Esperé durante un largo rato. Cerca de cuatro horas. Pensé que estaba esperando a Springfield. Pero al final la que apareció fue Theresa Lee.

Llamó a la puerta ocho minutos antes de medianoche. Hice de vuelta lo de la cadena y el espejo y la dejé pasar. Estaba vestida con una versión de la primera ropa con la que la había visto. Pantalones, y una camisa de manga corta de seda. Fuera del pantalón. Gris oscuro, no gris medio. Menos plateada. Más seria.

Venía con un bolso deportivo negro. Nylon balístico. Por la manera en que le colgaba de la mano supuse que contenía artículos pesados. Por la manera en que los artículos pesados se movían

y sonaban supuse que eran de metal. Apoyó el bolso en el piso cerca del baño y preguntó:

—¿Estás bien?

—¿Tú estás bien?

Asintió:

—Es como si no hubiera pasado nada. Estamos todos otra vez trabajando.

—¿Qué hay en el bolso?

—No tengo idea. Un hombre al que nunca había visto lo entregó en la estación de policía del distrito.

—¿Springfield?

—No, dijo que se llamaba Browning. Me dio el bolso y me dijo que por el bien de la prevención del delito yo me tenía que asegurar de que este bolso nunca llegara a tus manos.

—Y lo trajiste de todas formas.

—Lo estoy custodiando de manera personal. Mejor que dejarlo por ahí.

—OK.

—Tendrías que someterme a la fuerza. Y atacar oficiales de policía es ilegal.

—Cierto.

Se sentó en la cama. A un metro de mí. Quizás menos.

Dijo:

—Hicimos una redada en esos tres edificios viejos de la calle 58.

—¿Springfield les dijo de los edificios?

—Dijo que se llamaba Browning. Nuestra gente de contraterrorismo los allanó hace dos horas. Las Hoth no están ahí.

—Lo sé.

—Estaban, pero ya no están.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Entregaron a Leonid y a su camarada. Por lo que se fueron a algún lugar que Leonid y su camarada no conocen. Capas sobre capas.

—¿Por qué entregaron a Leonid y a su camarada?

—Para incentivar a los otros trece. Y para darle de comer a la máquina. Les pegamos un poco, los medios árabes lo llaman tortura, ellos consiguen diez nuevos reclutas. Una ganancia neta de ocho. Y Leonid y su amigote no son una gran pérdida, de todos modos. Eran dos incompetentes.

—¿Los otros trece van a ser mejores?

—La teoría de la probabilidad dice que sí.

—Trece es un número descabellado.

—Quince, incluyendo a las Hoth.

—No lo deberías hacer.

—Especialmente sin armas.

Miró el bolso. Después me miró de vuelta a mí:

—¿Los puedes encontrar?

—¿Qué están haciendo con el dinero?

—No los podemos rastrear de esa manera. Dejaron de usar tarjetas de crédito y débito hace

seis días.

—Lo cual tiene sentido.

—Lo cual los vuelve difíciles de encontrar.

—¿Jacob Mark está de vuelta a salvo en Jersey? —pregunté.

—¿Crees que no debería estar involucrado?

—Sí.

—¿Y yo debería?

—Ya lo estás —dije—. Me trajiste el bolso.

—Lo estoy custodiando.

—¿Qué otra cosa está haciendo la gente de ustedes de contraterrorismo?

—Buscando —dijo—. Con el FBI y el Departamento de Defensa. Ahora mismo hay seiscientas personas en la calle.

—¿Dónde están buscando?

—Todos los lugares que se hayan comprado o alquilado en los últimos tres meses. La ciudad está cooperando. Además de que están inspeccionando registros de hoteles y contratos de departamentos de oficinas y depósitos, en todas partes de los cinco barrios.

—OK.

—Lo que se dice en la calle es que se trata de un archivo del Pentágono que está en una memoria USB.

—Bastante cerca.

—¿Sabes dónde está?

—Bastante cerca.

—¿Dónde está?

—En ningún lugar entre la Novena Avenida y Park y la calle 30 y la 45.

—Supongo que eso me lo merezco.

—Lo vas a resolver.

—¿De veras lo sabes? Docherty piensa que no. Piensa que estás intentando inventarte una manera para salirte de estos problemas.

—Docherty claramente es un hombre muy cínico.

—¿Cínico o acertado?

—Sé dónde está.

—Entonces ve a buscarlo. Déjale las Hoth a alguna otra persona.

Eso no lo respondí. En cambio dije:

—¿Vas al gimnasio?

—No mucho —dijo—. ¿Por qué?

—Me estoy preguntando cuán difícil sería someterte a la fuerza.

—No muy —dijo.

No respondí.

Ella preguntó:

—¿Cuándo tienes planeado salir?

—En dos horas —dije—. Después dos horas para encontrarlos, y atacar a las cuatro de la mañana. Mi hora preferida. Algo que aprendimos de los soviéticos. Tenían doctores que

estudiaban eso. La gente toca un mínimo a las cuatro de la mañana. Es una verdad universal.

—Te lo estás inventando.

—No.

—No los vas a encontrar en dos horas.

—Yo creo que sí.

—El archivo que se perdió es sobre Sansom, ¿no?

—Parcialmente.

—¿Sabe que lo tienes?

—No lo tengo. Pero sé dónde está.

—¿Sabe eso?

Asentí.

Lee dijo:

—Así que hiciste un trato con él. Nos sacaba de problemas a mí y a Docherty y a Jacob Mark y tú lo llevabas al lugar.

—El trato estuvo diseñado para sacarme de problemas a mí, primero y principal.

—No funcionó contigo. Los federales todavía te buscan.

—Funcionó conmigo en lo que respecta al Departamento de Policía de Nueva York.

—Y para el resto de nosotros funcionó de manera completa. Por lo cual te doy las gracias.

—De nada.

—¿Cómo planean salir del país las Hoth? —preguntó.

—No creo que estén planeando eso. Creo que esa opción desapareció hace algunos días. Creo que esperaban que las cosas se dieran con menos contratiempos. Ahora es una cuestión de terminar el trabajo, hacer o morir.

—¿Como una misión suicida?

—Para eso es para lo que son buenos.

—Lo que lo vuelve peor para ti.

—Si les gusta el suicidio, me alegra poder ayudar.

Lee se movió en la cama y la parte de abajo de la camisa quedó agarrada debajo de ella y la seda se apretó contra la forma del arma en la cintura. Una Glock 17, me pareció, en una panquequera.

Le pregunté:

—¿Quién sabe que estás acá?

—Docherty —dijo.

—¿Cuándo espera que vuelvas?

—Mañana —dijo.

No dije nada.

Ella dijo:

—¿Qué quieres hacer ahora mismo?

—¿Respuesta honesta?

—Por favor.

—Quiero desabrocharte la camisa.

—¿Le dices eso a muchas oficiales de policía?

—Solía ser así. Solo conocía oficiales de policía.

—¿El peligro te calienta?

—Las mujeres me calientan.

—¿Todas las mujeres?

—No —dije—. No todas las mujeres.

Se quedó en silencio durante un momento largo y después dijo:

—No es una buena idea.

—OK —dije yo.

—¿Estás aceptando un no como respuesta?

—¿No se supone que haga eso?

Se quedó en silencio durante otro momento largo y después dijo:

—Cambié de opinión.

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto a que no es una buena idea.

—Excelente.

—Pero trabajé en Vicios por un año. Tendíamos trampas. Necesitábamos pruebas de que el tipo tenía una expectativa razonable de lo que pensaba que iba a conseguir. Así que hacíamos que se sacara la remera primero. Como prueba de intención.

—Yo podría hacer eso —dije.

—Creo que deberías.

—¿Me vas a arrestar?

—No.

Me deshice de mi nueva remera. La tiré al otro lado de la habitación. Aterrizó en la mesa. Lee se quedó un momento mirando mi cicatriz, de la misma manera que lo había hecho Susan Mark en el metro. La horrible tracería de puntos en relieve de la esquirla del coche bomba en los barracones de Beirut. La dejé mirar un minuto y después dije:

—Tu turno. Con la camisa.

—Soy una chica tradicional —dijo.

—¿Eso qué quiere decir?

—Me tendrías que besar primero.

—Yo podría hacer eso —dije. Y lo hice. Despacio y amable y un poco tentativamente al principio, de una manera que se sintió exploratoria, y de una manera que me dio tiempo de saborear la nueva boca, el nuevo gusto, los nuevos dientes, la nueva lengua. Todo estaba bien. Después pasamos alguna especie de umbral y se puso un poco más fuerte. Un breve minuto después estábamos completamente descontrolados.

Más tarde se duchó, y después me duché yo. Se vistió, y me vestí. Me besó una vez más, y me dijo que la llamara si la necesitaba, y me deseó suerte, y se fue por la puerta. Dejó el bolso negro en el piso cerca del baño.

## SETENTA Y UNO

Subí el bolso a la cama. Alrededor de cuatro kilos, estimé. Cayó en la sábana arrugada e hizo un sonido metálico satisfactorio. Abrí el cierre y separé las solapas como una boca y miré dentro.

Lo primero que vi fue una carpeta de expedientes.

Tenía tamaño oficio, y era de color caqui, y era de papel grueso o cartón delgado, dependiendo del punto de vista. Tenía veintiún hojas impresas. Registros de migraciones, de veintiuna personas distintas. Dos mujeres, diecinueve hombres. Ciudadanos de Turkmenistán. Habían entrado a Estados Unidos desde Tayikistán hacía tres meses. Itinerarios conectados. Tenían fotos digitales y huellas dactilares digitales, de los puestos de migraciones en el JFK. Las fotografías tenían una ligera distorsión de ojo de pez. Eran a color. Reconocí fácilmente a Lila y a Svetlana. Y a Leonid y su camarada. No conocía a los otros diecisiete. Cuatro de ellos ya tenían marcada la salida. Eran los cuatro que se habían ido. Tiré las hojas de ellos a la basura y desplegué en la cama las de los trece desconocidos para una mejor inspección.

Las trece caras se veían aburridas y cansadas. Vuelos locales, conexiones, un largo vuelo transatlántico, jet lag, una larga espera en la fila de migraciones en el JFK. Miradas secas a la cámara, las caras con el mentón paralelo al piso, los ojos girados hacia arriba mirando el lente. Lo que me reveló que los trece eran en cierto modo bajos de estatura. Verifiqué con la hoja de Leonid. Su mirada era tan aburrida y cansada como la de los demás, pero a la altura de la cámara. Era el más alto del grupo. Chequeé la hoja de Svetlana Hoth. Era la más baja. Los demás estaban todos en algún lugar en el medio, hombres de Medio Oriente bajos y fibrosos reducidos a hueso y músculo y nervio por el clima y la dieta y la cultura. Los miré con atención, del uno al trece, una y otra vez, hasta que tuve sus expresiones fijadas de manera firme en la mente.

Después volví al bolso.

Como mínimo estaba esperando un arma corta decente. En el mejor de los casos estaba esperando un subfusil corto. El punto que le había querido aclarar a Springfield con lo de la chaqueta holgada era que supiera que iba a tener lugar para llevar algo debajo, colgado alto en el pecho con una correa acortada y después escondido por la tela sobrante cerrada por encima con el cierre levantado. Había tenido la esperanza de que entendiera el mensaje.

Así había sido. Había entendido el mensaje. Lo había resuelto con buen estilo.

Mejor que el mínimo.

Mejor incluso que el mejor de los casos.

Me había dado un subfusil *silenciado*. Un Heckler & Koch MP5SD. La versión suprimida del clásico MP5. Ni culata ni culatín retráctil. Solo una empuñadura de pistola, un gatillo, una caja para un cargador curvo de treinta cartuchos, y después un cañón de seis pulgadas radicalmente

engordado por un tubo silenciador de doble capa. Nueve milímetros, rápida, precisa y silenciosa. Una buena arma. Tenía una correa negra de nylon. La correa ya había sido ajustada y reducida en largo a su mínimo práctico. Como si Springfield estuviera diciendo: *Te escuché, amigo.*

Apoyé el arma en la cama.

Había suministrado municiones, también. Estaban ahí en el bolso. Un solo cargador curvo. Treinta cartuchos. Casquillos de latón cortos y gruesos, brillantes, parpadeando en la luz, puntas de plomo pulidas casi igual de brillantes. Parabellum nueve milímetros. Del lema latino *Si vis pacem, para bellum. Si quieres paz, prepárate para la guerra.* Pero treinta balas no era mucho. No contra quince personas. Pero Nueva York no es una ciudad fácil. No para mí, no para Springfield.

Alineé el cargador junto al arma.

Revisé de vuelta el bolso, en caso de que hubiera más.

No había.

Pero había una suerte de bonus.

Un cuchillo.

Un Benchmade 3300. Mango negro mecanizado. Mecanismo automático de apertura. Ilegal en todos los cincuenta estados a no ser que fueras militar o de las fuerzas de seguridad en servicio activo, lo que no era mi caso. Accioné la traba con el pulgar y la hoja sonó al salir, rápido y con fuerza. Una daga de doble filo con punta de lanza. Diez centímetros de largo. No soy un fetichista de los cuchillos. No tengo preferidos. Realmente no me gusta ninguno. Pero si me pidieran que confiara en uno para el combate, elegiría algo cercano a lo que Springfield había suministrado. El mecanismo automático, la punta, la hoja de dos filos. Ambidiestro, bueno para apuñalar, bueno para tajar yendo o viniendo.

Lo cerré y lo puse en la cama junto al H&K.

Había dos artículos finales en el bolso. Un guante de cuero, negro, de tamaño y forma como para la mano izquierda de un hombre de talle grande. Y un rollo de cinta adhesiva negra. Los puse en la cama, en línea con el arma y el cargador y el cuchillo.

Treinta minutos después estaba todo vestido y cerrado y cargado y yendo hacia el sur en la línea R

## SETENTA Y DOS

La línea R usa vagones más viejos con algunos asientos que miran hacia atrás y hacia delante. Pero yo iba en una banqueta lateral, solo. Eran las dos de la mañana. Había otros tres pasajeros. Yo tenía los codos apoyados en las rodillas y me miraba a mí mismo en el vidrio de enfrente.

Estaba contando puntos en la lista.

Vestimenta inapropiada, sí. El rompevientos estaba con el cierre subido hasta mi mentón y se lo veía demasiado caluroso y que me quedaba demasiado grande. Por debajo la correa del MP5 estaba agarrada a mi cuello y el arma descansaba en diagonal con la empuñadura hacia arriba y el cañón hacia abajo cruzado en mi cuerpo y no se notaba para nada.

Un andar robótico: no inmediatamente aplicable con un sospechoso sentado en un transporte público.

Puntos de tres a seis: irritabilidad, sudor, tics y comportamiento nervioso. Yo estaba sudando, seguro, quizás un poco más de lo que reclamaban la temperatura y la campera. Me sentía irritable, también, quizás incluso un poco más de lo común. Pero me miré a mí mismo con atención en el vidrio y no vi ningún tic. Mis ojos estaban estables y mi cara estaba tranquila. Tampoco vi ningún comportamiento nervioso. Pero el comportamiento es una cuestión de despliegue exterior. Estaba un poco nervioso por dentro. No cabía ninguna duda.

Punto siete: la respiración. No estaba jadeando. Pero estaba dispuesto a aceptar que estaba respirando un poco más fuerte y más parejo de lo normal. La mayor parte del tiempo no soy consciente de la respiración. Simplemente sucede, automáticamente. Un reflejo involuntario, bien adentro del cerebro. Pero ahora podía sentir un ritmo incesante “adentro por la nariz”, “afuera por la boca”. Adentro, afuera, adentro, afuera. Como una máquina. Como un hombre usando un equipo, debajo del agua. No lo podía desacelerar. No estaba sintiendo mucho oxígeno en el aire. Entraba y salía como un gas inerte. Como argón o xenón. No me estaba haciendo para nada bien.

Punto ocho: mirada rígida hacia el frente. Sí, pero me excusé porque la estaba usando para corroborar todos los demás puntos. O porque era un símbolo de foco puro. O de concentración. Por lo general yo estaría mirando alrededor, y no de manera rígida.

Punto nueve: balbuceo de plegarias. No estaba sucediendo. Estaba quieto y en silencio. Mi boca estaba cerrada y no se movía para nada. De hecho mi boca estaba tan apretada que los dientes de atrás me dolían y los músculos en la parte de abajo de la mandíbula se me salían para afuera como pelotas de golf.

Punto diez: un bolso grande. No estaba presente.

Punto once: las manos en el bolso. No relevante.

Punto doce: una afeitada fresca. No había sucedido. No me afeitaba hacía días.

Así que seis de doce. Podía ser o podía no ser un terrorista suicida.

Y podía ser o podía no ser un suicida. Miré mi reflejo y recordé mi primera impresión de Susan Mark: *una mujer dirigiéndose hacia el final de su vida, de manera tan cierta y segura como que el tren se dirigía hacia el final del recorrido.*

Saqué los codos de las rodillas y me senté derecho. Miré a las personas que viajaban conmigo. Dos hombres, una mujer. Ninguno tenía nada especial. El metro avanzaba hacia el sur, con todos sus sonidos. Las ráfagas de aire, el estrépito de las juntas bajo las ruedas, el raspazo del colector de corriente, el chirrido de los motores, los chillidos cuando los vagones se sacudían uno atrás de otro en las curvas largas y poco pronunciadas. Me miré de vuelta en la ventanilla oscura enfrente y sonreí.

Yo contra ellos.

No la primera vez.

Y no la última.

Me bajé en la calle 34 y me quedé en la estación. Simplemente me senté al calor en un banco de madera y me paseé por mis teorías una vez más. Reproduje la clase de historia de Lila Hoth de los días del Imperio británico: *cuando se está contemplando una ofensiva lo primero que uno tiene que planear es la retirada inevitable.* ¿Habían seguido ese excelente consejo sus superiores allá en su país? Yo apostaba que no. Por dos motivos. Primero, fanatismo. Las organizaciones ideológicas no se pueden permitir consideraciones racionales. Empieza a pensar de manera racional y todo se viene abajo. Y a las organizaciones ideológicas les gusta comprometer a sus soldados de infantería en operaciones sin salida. Para incentivar la perseverancia. De la misma manera que a los cinturones de explosivos se los cose detrás y no se los ajusta con un cierre o un broche.

Y segundo, un plan de retirada contenía en sí mismo las semillas de su propia destrucción. Inevitablemente. Un tercero o un cuarto o un quinto escondite comprado o alquilado hace tres meses aparecería en los registros de la ciudad. Reservas por las dudas en hoteles también. Reservas para el mismo día aparecerían. Seiscientos agentes estaban peinando las calles. Yo suponía que no iban a encontrar nada de nada, porque los planificadores allá en las montañas iban a haber anticipado sus movimientos. Sabrían que iban a salir a agotar todas las huellas tan pronto como tuvieran una pista. Sabrían que por definición el único destino seguro es un destino no planificado.

Así que ahora las Hoth estaban desamparadas. Con todo el equipo. Dos mujeres, trece hombres. Habían abandonado su lugar en la calle 58 y estaban riñendo, e improvisando, y volando por debajo del radar.

Que era exactamente donde yo vivía. Estaban en mi mundo.

Se necesita uno para encontrar a uno.

Salí del sistema subterráneo en Herald Square, que es donde se cruzan la Sexta Avenida y Broadway y la calle 34. De día es un zoológico. Macy's está ahí. De noche no es un lugar desierto, pero es tranquilo. Caminé hacia el sur por la Sexta y hacia el oeste por la 33 y llegué junto al costado del bloque viejo y desteñido en el que había comprado mi única noche ininterrumpida de la semana. El MP5 se sentía duro y pesado contra el pecho. Las Hoth tenían

solo dos opciones: dormir en la calle o sobornar a un portero de noche. Manhattan tiene cientos de hoteles, pero se los puede dividir fácilmente en categorías distintas. La mayoría son de rango medio o mejores, donde hay muchos empleados y las estafas no funcionan. La mayoría de los antros de rango bajo son pequeños. Y las Hoth tenían que acomodar a quince personas. Cinco habitaciones, mínimo. Para encontrar cinco habitaciones libres que pasen desapercibidas se necesita un lugar grande. Con un portero de noche bien predispuesto y que trabaje solo. Conozco Nueva York razonablemente bien. La puedo entender, especialmente desde el tipo de ángulos que la mayoría de la gente normal no considera. Y para contar la cantidad de hoteles grandes de Manhattan con porteros de noche bien predispuestos y que trabajen solos me alcanzan los dos pulgares. Uno estaba muy al oeste en la calle 23. Lejos de la acción, lo cual era una ventaja, pero también una desventaja. Más una desventaja que una ventaja, en general.

Segunda opción, supuse.

Estaba parado justo al lado de la única otra opción.

El reloj en mi cabeza marcaba pasadas las dos y media de la mañana. Me quedé en las sombras y esperé. No quería llegar ni temprano ni tarde. Lo quería medir bien. A izquierda y derecha podía ver el tráfico subiendo por la Sexta y bajando por la Séptima. Taxis, camionetas, algunos civiles, algunos autos de policía, algunos sedanes oscuros. La calle transversal estaba tranquila.

A las tres menos cuarto con un empujón me separé de la pared y doblé en la esquina y caminé hacia la puerta del hotel.

## SETENTA Y TRES

Estaba de turno el mismo portero de noche. Solo. Estaba despatarrado en una silla detrás del mostrador, mirando la nada morosamente. Había en el lobby viejos espejos empañados. La parte de adelante de la campera se me pegó contra el cuerpo. Sentí que podía ver la forma del mango de pistola del MP5 y la curva del cargador y la punta del cañón. Pero yo sabía lo que estaba mirando. Asumí que el portero de noche no.

Caminé hasta donde estaba él y dije:

—¿Te acuerdas de mí?

No dijo que sí. No dijo que no. Simplemente hizo con los hombros un gesto multipropósito que yo tomé como una invitación a abrir la negociación.

—No necesito una habitación —dije.

—¿Y qué necesita?

Saqué del bolsillo cinco de veinte. Cien dólares. Casi todo lo que me quedaba. Abrí en abanico los billetes para que pudiera ver los cinco números de dos cifras y los apoyé en el mostrador.

Dije:

—Necesito saber los números de las habitaciones en los que pusiste a la gente que vino alrededor de medianoche.

—¿Qué gente?

—Dos mujeres, trece hombres.

—No vino nadie alrededor de medianoche.

—Una de las mujeres era una bebé total. Joven. Ojos azules brillantes. Difícil de olvidar.

—No vino nadie.

—¿Estás seguro?

—No vino nadie.

Empujé los cinco billetes hacia él:

—¿Estás completamente seguro?

Empujó los billetes de vuelta en mi dirección.

Dijo:

—Me gustaría aceptar su dinero, créame. Pero no vino nadie esta noche.

No tomé el metro. En cambio caminé. Un riesgo calculado. Me exponía de los seiscientos agentes federales a la cantidad que fuera que estuviese en las cercanías, pero yo quería que el

celular funcionara. Había llegado a la conclusión de que los teléfonos celulares no funcionan en el metro. Nunca había visto a nadie usando uno ahí abajo. Presumiblemente no por una cuestión de etiqueta. Presumiblemente por falta de señal. Así que caminé. Usé la calle 32 para llegar hasta Broadway, y después seguí por Broadway en dirección al sur, pasando junto a outlets de valijas y tiendas de bisutería barata y mayoristas de perfumes falsos, todos cerrados y con las persianas bajas por la noche. Estaba oscuro ahí, y desarreglado. Un microvecindario. Podría haber estado en Lagos, o en Saigón.

Hice una pausa en la esquina de la calle 28 para dejar pasar un taxi.

El teléfono en mi bolsillo empezó a vibrar.

Me desvié hacia la calle 28 y me senté en una escalinata a la sombra y abrí el teléfono.

Lila Hoth dijo:

—¿Entonces?

—No te puedo encontrar —dije yo.

—Ya sé.

—Así que acepto un trato.

—¿Aceptas un trato?

—¿Cuánto efectivo tienes?

—¿Cuánto quieres?

—Todo el que tengas.

—¿Tienes el USB?

—Te puedo decir exactamente dónde está.

—¿Pero no lo tienes contigo?

—No.

—¿Y qué fue lo que nos mostraste en el hotel?

—Un señuelo.

—Cincuenta mil dólares.

—Cien.

—No tengo cien mil dólares.

—No puedes subirte ni a un autobús ni a un tren ni a un avión —dije—. No puedes salir. Estás atrapada, Lila. Vas a morir aquí. ¿No quieres morir siendo un éxito? ¿No quieres ser capaz de mandar a casa ese e-mail en clave? ¿Misión cumplida?

—Setenta y cinco mil.

—Cien.

—OK, pero esta noche solo la mitad.

—No confío en ti.

—Vas a tener que hacerlo.

—Setenta y cinco, todo esta noche —dije.

—Sesenta.

—De acuerdo.

—¿Dónde estás?

—Muy en uptown —mentí—. Pero estoy en movimiento. Te espero en Union Square en

cuarenta minutos.

—¿Dónde es eso?

—Broadway, entre la calle 14 y la 17.

—¿Es seguro?

—Lo suficiente.

—Ahí estaré —dijo.

—Nada más que tú —dije—. Sola.

Cortó.

Seguí caminando dos cuadras hasta el extremo norte del Madison Square Park y me senté en un banco a un metro de una mujer sin hogar que tenía un carrito de supermercado repleto como un volquete. Busqué en el bolsillo la tarjeta de presentación de Theresa Lee. La leí a la tenue luz de un farol de calle. Marqué su número de celular. Atendió después de cinco llamadas.

—Habla Reacher —dije—. Me dijiste que te llamara si te necesitaba.

—¿En qué te puedo ayudar?

—¿Sigo libre con el Departamento de Policía de Nueva York?

—Absolutamente.

—Entonces dile a tu gente de contraterrorismo que dentro de cuarenta minutos voy a estar en Union Square y se me van a acercar un mínimo de dos y un máximo de seis del equipo de Lila Hoth. Diles que se encarguen de los que vengan, que son de ellos. Pero diles que conmigo no se metan.

—¿Descripciones?

—Miraste qué había en el bolso, ¿no? ¿Antes de dármelo?

—Por supuesto.

—Entonces viste sus fotos.

—¿En qué parte de la plaza?

—Voy a apuntar a la esquina sudoeste.

—¿Entonces la encontraste?

—En el primer lugar que busqué. Está en un hotel. Arregló con el portero de noche. Y lo asustó. El tipo negó todo y la llamó a la habitación apenas salí del lobby.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ella me llamó menos de un minuto después. Me gustan las coincidencias tanto como a cualquiera, pero ese tipo de coordinación es demasiado bueno como para ser cierto.

—¿Por qué te vas a encontrar con su equipo?

—Hice un trato con ella. Le dije que fuera sola. Pero me va a traicionar y va a mandar en su lugar a algunos de los suyos. Me va a ayudar que los tuyos los agarren. No les quiero tener que disparar a todos.

—¿Tienes cargo de conciencia?

—No, tengo treinta balas. Lo que realmente no es mucho. Tengo que administrarlas.

Nueve cuadras después entré a Union Square. Le di una vuelta completa alrededor y la crucé en ambas diagonales. No vi nada que me preocupara. Solo siluetas somnolientas sobre bancos.

Uno de los hoteles cero dólar de Nueva York. Me senté cerca de la estatua de Gandhi y esperé a que salieran las ratas.

## SETENTA Y CUATRO

Pasados veinte minutos de los cuarenta vi cómo se empezaba a organizar el escuadrón de antiterrorismo del Departamento de Policía de Nueva York. Llegaron en sedanes no identificables muy maltratados y en furgonetas confiscadas llenas de abolladuras y rayones. Vi que un taxi fuera de servicio estacionaba en la puerta de una cafetería en la calle 16. Vi que se bajaban de atrás dos tipos y cruzaban la calle. En total conté dieciséis hombres, y estaba dispuesto a aceptar que se me habían pasado quizás otros cuatro o cinco. Si no hubiera tenido más información habría sospechado que acababa de terminar una clase muy tardía en un gimnasio de artes marciales. Todos los tipos eran jóvenes y corpulentos y estaban en buen estado y se movían como deportistas entrenados. Todos tenían bolso de gimnasia. Todos estaban inadecuadamente vestidos. Tenían puestas chaquetas de entrenamiento de los Yankees, o rompevientos oscuros como el que tenía yo, o parkas de lana livianas, como si ya fuera noviembre. Para esconder sus chalecos de kevlar, imaginé, y quizás sus placas, que estarían en una cadena colgando del cuello.

Ninguno me miró de manera directa pero sabía que me habían visto y me habían identificado. Se formaron de a uno y de a dos y de a tres todo a mi alrededor y después retrocedieron hacia la oscuridad y desaparecieron. Simplemente se fundieron en el paisaje. Algunos se sentaron en bancos, algunos se tiraron en puertas de edificios cercanas, algunos fueron a lugares que no vi.

Buenos movimientos.

Pasados treinta minutos de los cuarenta me sentía bastante optimista.

Cinco minutos después, ya no.

Porque aparecieron los federales.

Se detuvieron dos autos más, justo en Union Square Oeste. Crown Vic negros, encerados y brillantes y relucientes. Se bajaron ocho hombres. Sentí cómo se movían los del Departamento de Policía de Nueva York. Sentí cómo miraban por entre la oscuridad, sentí cómo se miraban unos a otros, sentí cómo se preguntaban: *¿Qué carajo hacen esos tipos acá?*

Yo estaba OK con el Departamento de Policía de Nueva York. No así con el FBI y el Departamento de Defensa.

Miré a Gandhi. No me dijo nada de nada.

Saqué el teléfono de vuelta y apreté el botón verde para que apareciera el número de Theresa Lee. Ella era la última llamada que había hecho. Apreté el botón verde de vuelta para marcar. Atendió inmediatamente.

—Los federales están acá. ¿Cómo pasó eso? —dije.

—Mierda —dijo—. O están controlando a nuestro operador o uno de los nuestros está

buscando un mejor trabajo.

—¿Quién está a cargo esta noche?

—Ellos. Siempre. Deberías irte de ahí ahora mismo.

Cerré el teléfono y me lo volví a poner en el bolsillo. Los ocho tipos de los Crown Vic se introdujeron en las sombras. La plaza quedó en silencio. En un cartel iluminado que estaba a mi izquierda había una letra defectuosa. Se encendía y se apagaba a intervalos impredecibles. Oí ratas en el abono detrás de mí.

Esperé.

Dos minutos. Tres.

Después pasados treinta y nueve minutos de los cuarenta sentí movimiento humano lejos a mi derecha. Pisadas, aire revuelto, huecos en la oscuridad. Observé y vi figuras moviéndose entre sombras y luz tenue.

Siete hombres.

Lo cual eran buenas noticias. Mientras más ahora, menos después.

Y lo cual era halagador. Lila estaba arriesgando a más de la mitad de su fuerza, porque pensó que yo iba a ser difícil de agarrar.

Todos los siete hombres eran bajos, y cuidadosos, y precavidos. Estaban todos vestidos como yo, con ropa oscura lo suficientemente holgada como para disimular armas. Pero no me iban a disparar. La necesidad de saber de Lila era como un chaleco antibalas. Me vieron y se detuvieron a treinta metros de distancia.

Me quedé sentado quieto.

En teoría esta tendría que haber sido la parte fácil. Se me acercan, los del Departamento de Policía de Nueva York entran en escena, yo me voy y sigo con mis cosas.

Pero no con los federales ahí. En el mejor de los casos nos iban a querer atrapar a todos. En el peor de los casos me iban a querer atrapar a mí más que a ellos. Yo sabía dónde estaba el USB. La gente de Lila no.

Me quedé sentado quieto.

Treinta metros más allá los siete hombres se separaron. Dos se quedaron donde estaban, anclados a mitad de camino a la derecha de mi posición. Dos corrieron hacia la izquierda y dieron la vuelta y se dirigieron hacia mi otro flanco. Tres siguieron de largo, para llegar desde detrás de mí.

Me puse de pie. Los dos que estaban a mi derecha empezaron a acercarse. Los dos a mi izquierda estaban en la mitad de su maniobra de flanqueo. Los tres detrás de mí estaban fuera de vista. Supuse que los tipos del Departamento de Policía de Nueva York ya estaban en movimiento. Supuse que los federales también.

Una situación fluida.

Corrí.

Derecho hacia delante, en dirección a la glorieta de metro que estaba a seis metros enfrente mío. Escaleras abajo. Oí pies que retumbaban tras de mí. Ecos que sonaban alto. Mucha gente. Probablemente cerca de cuarenta personas, todos enredados en una persecución demente estilo flautista de Hamelín.

Llegué hasta un pasillo con piso de cerámicos y después de vuelta afuera en la plaza subterránea. No había ningún violinista esta vez. Solo aire estancado y basura y un viejo

empujando un escobillón harapiento de un metro de ancho. Pasé corriendo por al lado de él y frené y me deslicé sobre mis suelas nuevas y cambié de dirección y me dirigí hacia el metro R con dirección uptown. Salté el molinete y corrí hasta el andén y todo hasta donde terminaba.

Y frené.

Y giré.

Detrás de mí tres grupos distintos venían uno atrás de otro. Primero venían los siete hombres de Lila Hoth. Corrieron hacia mí. Vieron que yo no tenía adónde ir. Se detuvieron. Vi en sus caras miradas de satisfacción lobuna. Después vi su conclusión inevitable: demasiado bueno para ser cierto. Algunos pensamientos se entienden en cualquier idioma. Giraron de golpe y vieron al escuadrón de contraterrorismo del Departamento de Policía de Nueva York moviéndose deprisa justo detrás de ellos.

Y justo detrás de los del Departamento de Policía de Nueva York había cuatro de los ocho agentes federales.

Nadie más en el andén. Ningún civil. En el andén con dirección downtown enfrente había un tipo solo en un banco. Joven. Quizás ebrio. Quizás peor. Estaba mirando al otro lado la conmoción repentina. Eran las cuatro menos veinte de la mañana. El tipo parecía obnubilado. Como si no le encontrara mucho sentido a lo que estaba viendo.

Parecía una guerra de pandillas. Pero lo que realmente estaba viendo era un operativo rápido y eficiente del Departamento de Policía de Nueva York. Ninguno de ellos dejó de correr. Se agruparon gritando con las armas desenfundadas y las placas a la vista y explotaron sus físicos grandes y su ventaja numérica de tres a uno y simplemente apabullaron a los siete hombres. Sin disputa. Sin ningún tipo de disputa. Los pusieron a los siete a golpes contra el piso y los tiraron boca abajo y les ajustaron esposas en las muñecas y se los llevaron. Sin pausas. Sin demoras. Sin lectura de derechos. Solo velocidad máxima y brutalidad. Táctica perfecta. Literalmente segundos más tarde ya no estaban. Los ecos repicaron y se apagaron. La estación quedó en silencio. El tipo enfrente estaba todavía mirando pero de repente no estaba viendo nada salvo un andén silencioso conmigo de pie solo en una punta y los cuatro agentes federales a alrededor de diez metros de mí. Nada entre nosotros. Nada de nada. Solo luz blanca cruda y espacio vacío.

No sucedió nada durante casi un minuto. Después del otro lado de las vías vi que los otros cuatro federales llegaban al andén con dirección downtown. Tomaron posiciones directamente enfrente de mí y se quedaron de pie quietos. Todos sonreían un poco, como si hubieran hecho una movida inteligente en una partida de ajedrez. Lo cual era así. Ningún sentido intentar una nueva hazaña a través de las vías. Los cuatro agentes de mi lado estaban entre donde estaba yo y la salida. A mi espalda había una pared blanca sin nada y la boca del túnel.

Jaque mate. Me quedé quieto. Respiré el contaminado aire subterráneo y escuché el débil clamor de la ventilación y el retumbo de trenes distantes en otras partes del sistema.

El agente que estaba más cerca de mí sacó un arma de abajo del saco.

Dio un paso hacia mí.

Dijo:

—Levante las manos.

## SETENTA Y CINCO

Horarios nocturnos. Veinte minutos entre tren y tren. Habíamos estado ahí abajo quizás cuatro minutos. Así que aritméticamente la demora máxima antes del siguiente tren serían dieciséis minutos. La mínima sería nada de demora.

La demora mínima no sucedió. El túnel seguía oscuro y silencioso.

—Levante las manos —volvió a decir en voz alta el agente líder. Era un hombre blanco de alrededor de cuarenta años. Definitivamente ex militar. Departamento de Defensa, no FBI. Tipo similar a los tres con los que ya me había encontrado. Pero quizás un poco más grande. Quizás un poco más inteligente. Quizás un poco mejor. Quizás este era un equipo A, no un equipo B.

—Voy a disparar —dijo en voz alta el agente líder. Pero no lo iba a hacer. Una amenaza hueca. Querían el USB. Yo sabía dónde estaba. Ellos no.

Demora media antes del siguiente tren, ocho minutos. Más probable que fuera más que menos. El tipo del arma dio otro paso hacia delante. Sus tres colegas lo siguieron. Del otro lado de las vías los otros cuatro seguían quietos. El tipo joven del banco miraba, con la mirada perdida.

El túnel seguía oscuro y silencioso.

El agente líder dijo:

—Todo este lío podría terminar en un minuto. Solo díganos dónde está.

—¿Dónde está qué? —dijo.

—Usted sabe qué.

—¿Qué lío?

—Se nos está acabando la paciencia. Y se está olvidando de un factor importante.

—¿Que es cuál?

—Sean las que sean sus dotes intelectuales, es muy poco probable que sean únicas. De hecho probablemente sean muy comunes. Lo que quiere decir que si usted lo resolvió, nosotros también podemos resolverlo. Lo que quiere decir que la continuación de su existencia se va a convertir en un requisito excedente.

—Entonces háganlo —dijo—. Resuélvanlo.

Levantó el arma un poco más y de manera más recta. Era una Glock 17. Quizás setecientos gramos totalmente cargada. Por lejos la pistola reglamentaria más liviana del mercado. Hecha parcialmente de plástico. El tipo tenía brazos cortos, gruesos. Probablemente podía mantener la pose de manera indefinida.

—Última oportunidad —dijo.

Del otro lado de las vías el tipo joven se paró del banco y se alejó. Zancadas largas e

inconsistentes, no del todo en línea recta. Estaba dispuesto a perder un viaje de dos dólares de la Metrocard a cambio de una vida tranquila. Llegó a la salida y desapareció de la vista.

Ningún testigo.

Demora media antes del siguiente tren, quizás seis minutos.

—No sé quiénes son ustedes —dije.

—Agentes federales —dijo el tipo.

—Demuéstrenlo.

El tipo mantuvo el arma apuntada a mi centro de masa pero le hizo un gesto con la cabeza por encima de su hombro al agente que estaba detrás de él, que se separó y se adelantó hacia la tierra de nadie entre nosotros. Hizo una pausa ahí y metió la mano en el bolsillo de adentro del saco y la sacó con un portaplaca de cuero. Lo levantó en dirección a mí a la altura de mis ojos y lo abrió dejando caer la tapa. Había ahí dos identificaciones distintas. Yo no podía leer ninguna de las dos. Estaban demasiado lejos, y las dos estaban detrás de ventanas de plástico rayadas.

Di un paso hacia delante.

Dio un paso hacia delante.

Quedé a menos de un metro y medio de él y vi una identificación estándar de la Agencia de Inteligencia de la Defensa en la ventana de arriba de la billetera. Parecía genuina y estaba vigente. En la ventana de abajo había una especie de orden o encargo que declaraba que al portador se le brindara todo tipo de ayuda porque estaba actuando directamente para el presidente de los Estados Unidos.

—Muy bonito —dije—. Mejor que trabajar para ganarse el pan.

Di un paso hacia atrás.

Dio un paso hacia atrás.

El agente líder dijo:

—Lo mismo que lo que usted hacía, en aquel entonces.

—Allá en la prehistoria —dije.

—¿Qué es esto? ¿Una cuestión de ego?

Demora media antes del siguiente tren, cinco minutos.

—Es una cuestión práctica —dije—. Si quieres que se haga como se debe, hazlo tú mismo.

El tipo bajó el ángulo del arma por debajo de la horizontal. Ahora me estaba apuntando a las piernas.

—Voy a disparar —dijo—. Ni piensa ni habla ni recuerda con las piernas.

Ningún testigo.

Si todo lo demás falla, empieza a hablar.

—¿Para qué lo quieren? —pregunté.

—¿Para qué queremos qué?

—Usted sabe qué.

—Seguridad nacional.

—¿Ofensa o defensa?

—Defensa, por supuesto. Arruinaría nuestra credibilidad. Nos haría retroceder años.

—¿Eso creen?

—Sabemos.

—Sigan trabajando en esas dotes intelectuales —dije.

Apuntó el arma con mayor precisión. A mi canilla izquierda.

—Voy a contar hasta tres —dijo.

—Buena suerte con eso —dije—. Avíseme si se traba en el camino.

—Uno —dijo.

Entonces: los rieles sisearon en las vías que estaban al lado mío. Extraños sonidos metálicos armónicos adelantándose rápidos a un tren mucho más atrás en el túnel. Las armonías se perdieron por la presión de aire caliente y un rumor más profundo. Una curva en la pared del túnel quedó iluminada por un faro delantero. No pasó nada durante un segundo largo. Después el tren apareció andando rápido, moviéndose deprisa, ladeado por la inclinación de la curva. Se balanceó y se enderezó y se acercó a buena velocidad y después los frenos mordieron y gruñeron y aullaron y el tren desaceleró y se detuvo justo junto a nosotros, todo acero inoxidable brillante reluciente y luz cálida, siseando, rechinando y gimiendo.

Un metro R con dirección uptown.

Quizás quince vagones, cada uno salpicado con un pequeño puñado de pasajeros.

Testigos.

Volví a mirar al agente líder. La Glock estaba otra vez bajo el saco.

Estábamos en la punta norte del andén. La línea R usa vagones viejos. Cada vagón tiene cuatro pares de puertas. El primer vagón estaba parado justo al lado nuestro. Yo estaba más o menos en línea con el primer par de puertas. Los del Departamento de Defensa estaban más cerca de los pares tres y cuatro.

Las puertas se abrieron, todo a lo largo del tren.

Mucho más allá en la otra punta se bajaron dos personas. Se fueron caminando y desaparecieron.

Las puertas seguían abiertas.

Giré para quedar de frente al tren.

Di un paso adelante.

Dieron un paso adelante.

Me detuve.

Se detuvieron.

Opciones: podía subirme por la puerta uno, tras lo cual ellos se subirían por las puertas tres y cuatro. Al mismo vagón. Podíamos andar juntos toda la noche. O podía dejar que el tren se fuera sin mí y pasar un mínimo de veinte minutos más atrapado con ellos en el mismo andén como antes.

Las puertas seguían abiertas.

Di un paso adelante.

Dieron un paso adelante.

Subí al vagón.

Subieron al vagón.

Hice una pequeña pausa y retrocedí y salí. De vuelta al andén.

Retrocedieron y salieron.

Todos nos quedamos quietos.

Las puertas se cerraron enfrente de mí. Como un telón final. Los burletes de goma golpearon al

juntarse.

Sentí en el aire la atracción de la electricidad. Voltios y amperios. Demanda masiva. Los motores giraron y chirriaron. Quinientas toneladas de acero empezaron a rodar.

La línea R usa vagones viejos. Tienen zócalos y aleros para la lluvia. Me eché hacia delante y enganché mis dedos en el alero y calcé la punta del pie derecho en el zócalo. Después la del izquierdo. Me aplasté contra el metal y el vidrio. Abracé la curva exterior del vagón como una estrella de mar. El MP5 se me enterró en el pecho. Me aferré, dedos de las manos y dedos de los pies. El tren se movía. La brisa tiraba de mí. El borde duro del túnel se me venía encima. Contuve la respiración y extendí más las manos y los pies y metí la cabeza y apoyé la mejilla contra el vidrio. El tren me chupó de costado adentro del túnel con alrededor de quince centímetros libres. Miré por encima de mi codo trabado y vi al agente líder parado quieto en el andén, con una mano en el pelo, la otra levantando la Glock y después volviéndola a bajar.

## SETENTA Y SEIS

Fue un viaje de pesadilla. Velocidad increíble, oscuridad absoluta, ruido percusivo, obstrucciones invisibles viniéndose encima, violencia física extrema. El tren entero se bamboleaba y rebotaba y se sacudía y corcoveaba y se movía debajo de mí. Cada una de las juntas amenazaba con hacerme volar. Enterré fuerte los ocho dedos en el ajustado alero y apreté hacia arriba las bases de los pulgares y hacia abajo con la punta de los pies y aguanté desesperadamente. El viento me sacudía la ropa. La puerta se bamboleaba y temblaba. Mi cabeza rebotaba contra los paneles como un martillo neumático.

Anduve nueve cuadras así. Después llegamos a la calle 23 y el tren frenó con fuerza. Salí lanzado hacia delante contra el agarre de mi mano izquierda y la resistencia de mi pie derecho. Me quedé sosteniéndome firme y el tren me llevó de costado derecho al encandilador brillo de la estación a cincuenta kilómetros por hora. El andén pasaba rápido por al lado. Yo iba prendido al vagón de adelante como una ventosa. Se detuvo justo en la punta norte de la estación. Arqué el cuerpo y las puertas se abrieron debajo de mí. Entré y me desplomé en el asiento más cercano.

Nueve cuadras. Quizás un minuto. Suficiente para curarme del surfeo de metro de por vida.

Había otros tres pasajeros en el vagón. Ninguno ni siquiera me miró. Las puertas se cerraron. El tren siguió.

Me bajé en Herald Square. Donde la calle 34 se cruza con Broadway y la Sexta. Cuatro menos diez de la mañana. Todavía dentro de lo planeado. Estaba veinte cuadras y quizás cuatro minutos al norte de donde me había subido al metro en Union Square. Demasiado lejos y demasiado rápido para una resistencia organizada del Departamento de Defensa. Salí del sistema subterráneo y caminé de este a oeste junto al imponente costado de Macy's. Después me dirigí hacia el sur en la Séptima todo el recorrido hasta la puerta del hotel elegido por Lila Hoth.

El portero de noche estaba detrás del mostrador. No me bajé el cierre de la campera para que él viese. Pensé que no iba a ser necesario. Simplemente caminé hasta donde él estaba y me incliné hacia delante y le di un sopapo en la oreja. Se cayó de la banqueta. Salté por encima del mostrador y lo agarré del cuello y lo puse en posición vertical.

Dije:

—Dime los números de las habitaciones.

Y me los dijo. Cinco habitaciones separadas, no adyacentes, todas en el octavo piso. Me dijo en cuál estaban las mujeres. Los hombres estaban repartidos en las otras cuatro. Inicialmente trece tipos, y ocho camas disponibles. Cinco ramitas cortas.

O cinco de guardia.

Saqué del bolsillo el rollo de cinta adhesiva negra y usé alrededor de ocho metros para atar los brazos y las piernas del portero. Un dólar y medio en cualquier ferretería, pero tan parte de los artículos estándar del equipo de las Fuerzas Especiales como los fusiles de mil dólares y los radios satelitales y los sistemas de navegación. Le pegué en la boca unos últimos quince centímetros. Le robé su tarjeta de pase. Simplemente la arranqué del cable enrollado. Después lo dejé fuera de la vista en el piso debajo del mostrador y fui hasta los ascensores. Me subí y apreté el número más alto disponible, que era el once. Las puertas se cerraron y el ascensor me cargó hacia arriba.

En ese momento me abrí el cierre de la campera.

Acomodé el arma a un buen ángulo en la correa y saqué el guante de cuero de mi otro bolsillo y me lo puse en la mano izquierda. El MP5SD no tiene empuñadura adelante. No como la regordeta variante K, que tiene un manguito gordo abajo del cañón. Con el SD usas tu mano derecha para la empuñadura de pistola y tu mano izquierda sostiene el guardamanos. El cañón interior tiene perforados treinta agujeros. La pólvora de la bala ni se quema ni explota. Hace las dos cosas. Deflagra. Crea una burbuja de gas supercalentado. Parte del gas sale por los trece agujeros, lo que disminuye el ruido y desacelera la bala a una velocidad subsónica. No tiene sentido silenciar un arma si la bala va a crear por su cuenta un restallido supersónico. Una bala lenta es una bala silenciosa. Igual que el VAL Silent Sniper. El gas saliente pasa por los treinta agujeros y se expande y se arremolina alrededor de la cámara silenciadora interior. Después pasa a la segunda cámara y se expande un poco más y se arremolina un poco más. La expansión enfría el gas. Física básica. Pero no mucho. Quizás se reduce de supercalentado a extremadamente caliente. Y el guardamanos exterior es de metal. Por lo cual el guante. Nadie usa un MP5SD sin un guante. Springfield era el tipo de persona que piensa en todo.

En el lado izquierdo del arma había un selector combinado de seguro y disparo. Los modelos más viejos del SD de los que yo me acordaba tenían una perilla de tres posiciones. S, E y F. S para seguro, E para un solo disparo y F para disparo automático. Abreviaturas alemanas, presumiblemente. E de *ein*, y así, aunque Heckler & Koch estaba en manos de una corporación británica desde hacía muchos años. Supuse que decidieron que la tradición cuenta. Pero Springfield me había dado un modelo más nuevo. El SD4. Tenía un selector de cuatro posiciones. Sin abreviaturas. Solo pictogramas. Para comodidad extranjera, o para usuarios analfabetos. Un punto blanco para seguro, la forma de una balita blanca para un solo disparo, la forma de tres balas para ráfaga corta de tres disparos, y una serie larga de formas de balas para tiro automático continuo.

Elegí ráfaga corta de tres disparos. Mi preferida. Apretando el gatillo una sola vez, tres cartuchos de nueve milímetros dentro del cuarto de segundo. Un grado inevitable de ascenso del cañón, minimizado por un control cuidadoso y el peso del silenciador, obteniendo como resultado una clara y pequeña puntada de tres heridas fatales ascendiendo una línea vertical de quizás casi cuatro centímetros.

Funciona para mí.

Treinta balas. Diez ráfagas. Ocho objetivos. Una ráfaga para cada uno, más otras dos para emergencias.

El ascensor hizo un ruido al abrirse en el piso once, y yo oí en mi cabeza la voz de Lila Hoth, hablando de viejas campañas de hacía mucho tiempo en el Korangal: *la última bala hay que guardársela para uno mismo, porque uno no quiere caer con vida en manos enemigas,*

*especialmente si es en manos de mujeres.*

Bajé del ascensor a un corredor silencioso.

Doctrina táctica estándar para cualquier asalto: ataque desde terreno elevado. El octavo piso estaba tres abajo mío. Dos maneras de bajar: escalera o ascensor. Yo prefería la escalera, especialmente con un arma silenciada. La táctica defensiva inteligente habría sido poner a un hombre en la caja de la escalera. Advertencia temprana para ellos. Cosecha fácil para mí. Podía lidiar con él silenciosamente y a conveniencia.

La caja de la escalera tenía una puerta maltratada ubicada junto al pasadizo de ascensor. La abrí con cuidado y empecé a bajar. Las escaleras eran de hormigón sucio. Cada piso estaba marcado con un número grande pintado a mano con pintura verde. Fui silencioso durante todo el trayecto hasta el nueve. Supersilencioso después de eso. Hice una pausa y miré por encima de la baranda de metal.

Ningún centinela en la caja de la escalera.

El descanso dentro de la puerta del octavo piso estaba vacío. Lo cual era una decepción. Hacía que el trabajo del otro lado de la puerta fuera un veinticinco por ciento más difícil. Cinco hombres en el corredor, no cuatro. Y por la manera en que estaban distribuidas las habitaciones algunos hombres iban a estar a mi izquierda, y algunos a mi derecha. Tres y dos, o dos y tres. Un segundo largo de cara al lado equivocado, y después un giro crucial.

No era fácil.

Pero eran las cuatro de la mañana. El nivel más bajo. Una verdad universal. Los soviéticos lo habían estudiado, con doctores.

Hice una pausa junto a la puerta del lado de la caja de la escalera y respiré profundo una vez. Después otra. Apoyé mi mano enguantada en el picaporte. Aflojé la presión del gatillo del MP5.

Tiré de la puerta.

La sostuve a cuarenta y cinco grados con el pie. Apoyé el cañón del MP5 en el guante. Miré y escuché. Ningún sonido. Nada para ver. Entré al corredor. Me moví hacia un lado. Me moví hacia el otro.

Nadie ahí.

Ningún centinela, ningún guardia, ningún nada. Solo a lo largo alfombra sucia apelmazada y luz tenue amarilla y dos filas de puertas cerradas. Nada para oír, salvo el zumbido y temblor subliminal de la ciudad y sirenas sordas lejanas.

Cerré la puerta de la caja de la escalera detrás de mí.

Chequeé los números y caminé rápido hasta la puerta de Lila. Acerqué la oreja y escuché con atención.

No oí nada.

Esperé. Cinco minutos enteros. Diez. Ningún sonido. Nadie se puede quedar quieto y en silencio más tiempo que yo.

Introduje la tarjeta de pase del portero en la ranura. Una lucecita se encendió roja. Después verde. Hubo un clic. Eché abajo el picaporte y estuve adentro una milésima de segundo después.

La habitación estaba vacía.

El baño estaba vacío.

Había señales de ocupación reciente. El rollo de papel higiénico estaba colgando y arrancado.

El lavatorio estaba mojado. Una toalla se había usado. La cama estaba arrugada. Las sillas no estaban alineadas.

Chequeé las otras cuatro habitaciones. Todas vacías. Todas abandonadas. No había quedado nada atrás. Ninguna prueba que apuntase a un regreso inminente.

Lila Hoth, un paso adelante.

Jack Reacher, un paso atrás.

Me saqué el guante y volví a cerrar el cierre e hice el viaje hasta el lobby. Puse al portero de noche en posición sentada contra la parte de atrás del mostrador y le saqué de un tirón la cinta de la boca.

—No me pegue de vuelta —dijo.

—¿Por qué no debería? —dije.

—No es culpa mía —dijo—. Le dije la verdad. Me preguntó qué habitaciones les había dado. Tiempo pasado.

—¿Cuándo se fueron?

—Alrededor de diez minutos después de que usted vino la primera vez.

—¿Los llamaste tú?

—Lo tuve que hacer.

—¿Adónde fueron?

—No tengo idea.

—¿Qué te pagaron?

—Mil —dijo.

—No está mal.

—Por habitación.

—Una locura —dije. Lo cual era así. Por ese dinero podrían haber vuelto al Four Seasons. Salvo que no podían. Lo cual era el punto.

Hice una pausa en las sombras de la vereda de la Séptima Avenida. *¿Adónde fueron?* Pero primero, *¿cómo* fueron? No en autos. Cuando vinieron eran quince personas. Habrían necesitado tres autos, mínimo. Y los bloques viejos y desteñidos con porteros de noche que trabajan solos no tienen valet parking.

¿Taxis? Era posible, cuando vinieron, al final de la tarde desde midtown. ¿Volver a salir, a las tres de la mañana en la Séptima Avenida? Ocho personas habrían requerido al menos dos taxis vacíos simultáneos.

Improbable.

¿Metro? Era posible. Probable, incluso. Había tres líneas de ahí a una cuadra. Horarios nocturnos, un máximo de veinte minutos de espera en el andén, pero después escapar o en dirección uptown o en dirección downtown. ¿Pero adónde? A ningún lugar que demandase una caminata larga del otro lado. Un hatajo de ocho personas caminando a toda prisa por la vereda era muy evidente. Había seiscientos agentes en las calles. El único otro hotel que era una opción y que yo conocía estaba muy al oeste incluso de la línea de la Octava Avenida. Una caminata de quince minutos, quizás más. Un riesgo de exposición demasiado grande.

Así que el metro, ¿pero adónde?

Nueva York. Setecientos ochenta y cinco kilómetros cuadrados. Setenta y ocho mil quinientas hectáreas. Ocho millones de direcciones distintas. Estaba ahí parado y clasificaba posibilidades como una máquina.

No llegué a nada.

Después sonreí.

*Hablas demasiado, Lila.*

Oí su voz en mi cabeza. Del salón de té en el Four Seasons. Estaba hablando de los viejos guerreros afganos. Quejándose de ellos, desde su perspectiva fingida. En realidad estaba alardeando sobre su propia gente, y las infructuosas escaramuzas de acá para allá del Ejército Rojo contra ellos. Había dicho: *Los muyahidines eran inteligentes. Tenían la costumbre de volver a posiciones que nosotros previamente ya habíamos descartado como abandonadas.*

Partí otra vez en dirección a Herald Square. A la línea R. Me podía bajar en la Quinta y la 59. Desde ahí era una caminata corta hasta los edificios viejos en la calle 58.

## SETENTA Y SIETE

Los edificios viejos en la calle 58 estaban todos oscuros y en silencio. Cuatro y media de la mañana, en un vecindario en el que no hay tanto movimiento antes de las diez. Estaba mirando a cincuenta metros de distancia. Desde la entrada en sombras a un edificio en la vereda más alejada cruzando avenida Madison. Había cinta de seguridad atravesada en la puerta de un solo timbre. De los tres el edificio de la izquierda. El que tenía el restaurante abandonado en la planta baja.

Ninguna luz en las ventanas.

Ninguna señal de actividad.

A la cinta de seguridad se la veía entera. E inevitablemente habría estado acompañada por un sello oficial del Departamento de Policía de Nueva York. Un pequeño rectángulo de papel, pegado cruzando el espacio entre la puerta y el marco, a la altura de la cerradura. Probablemente seguía ahí, sin romper.

Lo que quería decir que había una puerta trasera.

Lo que era presumible, con un restaurante en las instalaciones. Los restaurantes generan basura desagradable de todo tipo. Durante todo el día. Huele, y atrae ratas. No es aceptable apilarla en la vereda. Mejor tirarla en tachos con tapa al otro lado de la puerta de la cocina, y después hacer rodar los tachos hasta la vereda para la recolección nocturna.

Me moví veinte metros hacia el sur para ampliar mi ángulo. No vi ningún callejón abierto. Los edificios estaban todos pegados medianera con medianera, a lo largo de toda la cuadra. Junto a la puerta con la cinta de seguridad estaba la ventana del viejo restaurante. Pero junto a eso había otra puerta. Arquitecturalmente era parte del edificio vecino del restaurante. Estaba ubicada en la planta baja del edificio de al lado. Pero era lisa, era negra, no tenía indicaciones, no tenía escalón, estaba un poco marcada y era mucho más ancha que una puerta normal. No tenía picaporte en la parte de afuera. Solo una cerradura. Sin llave abría solo de adentro. Me aposté a mí mismo que salía de un callejón techado. Supuse que el vecino del restaurante tenía dos ambientes de ancho en la planta baja y tres ambientes de ancho arriba. Al nivel del primer piso el bloque era sólido. Pero debajo de eso, al nivel de la calle, había pasajes que llevaban a entradas traseras, todas discretamente cerradas y construidas arriba. Los derechos por el espacio aéreo en Manhattan valen una fortuna. La ciudad se vende arriba y abajo, así como también de lado a lado.

Volví a la entrada en sombras. Estaba llevando el tiempo en mi cabeza. Cuarenta y cuatro minutos desde el momento en que había estado previsto que los tipos de Lila me agarraran. Quizás treinta y cuatro desde el momento en que Lila había esperado la llamada de ellos de misión cumplida. Quizás veinticuatro desde el momento en que ella había finalmente aceptado que las cosas no habían salido bien. Quizás catorce desde el momento en que había sentido por primera

vez la tentación de llamarme.

*Lila, hablas mucho.*

Me apreté contra la pared en la oscuridad y esperé. La escena frente a mí estaba absolutamente desierta. Autos o taxis ocasionales sobre Madison. Nada de tráfico sobre la 58. Nada de peatones en ningún lado. Ninguna persona paseando el perro, ningún habitué de fiestas tambaleándose de regreso a casa. La recolección de basura había terminado. Los deliveries de bagels no habían empezado.

El medio de la noche.

La ciudad que nunca duerme estaba al menos descansando confortablemente.

Esperé.

Tres minutos después el teléfono en mi bolsillo empezó a vibrar.

Mantuve mis ojos en el edificio del restaurante y abrí el teléfono. Lo levanté hasta mi oreja y dije:

—¿Sí?

—¿Qué pasó? —preguntó ella.

—No apareciste.

—¿Esperabas que lo hiciera?

—No pensé mucho en eso.

—¿Qué le pasó a mi gente?

—Están en el sistema.

—Todavía podemos negociar.

—¿Cómo? Ya no te puedes permitir perder más hombres.

—Algo se nos puede ocurrir.

—OK. Pero el precio acaba de subir.

—¿Cuánto?

—Setenta y cinco.

—¿Dónde estás ahora?

—Justo afuera de tu casa.

Hubo una pausa.

Hubo un movimiento en una ventana. Tercer piso, de dos la de la izquierda. Una habitación a oscuras. Leve, espectral, apenas perceptible a cincuenta metros de distancia.

Quizás el movimiento de una cortina.

Quizás una camisa blanca.

Quizás imaginario.

Dijo:

—No, no estás afuera de mi casa.

Pero no sonó segura.

Dijo:

—¿Dónde quieres que nos encontremos?

—¿Qué importa? No vas a aparecer —dije.

—Voy a mandar a alguien.

—No te lo puedes permitir. Solo te quedan tus seis últimos hombres.

Empezó a decir algo, y se detuvo.

—Times Square —dije.

—OK.

—Mañana a la mañana a las diez.

—¿Por qué?

—Quiero gente alrededor.

—Es demasiado tarde.

—¿Para qué?

—Lo quiero ahora.

—Mañana a las diez. Tómallo o déjalo.

—No cortes —dijo.

—¿Por qué?

—Tengo que contar mi dinero. Para chequear si tengo setenta y cinco.

Me abrí el cierre de la campera.

Me puse el guante.

Oí a Lila Hoth, respirando.

A cincuenta metros la puerta negra se abrió. El callejón techado. Salió un hombre. Bajo, oscuro, fibroso. Y cauto. Chequeó la vereda, izquierda y derecha. Miró al otro lado de la calle.

Puse el teléfono en el bolsillo. Todavía abierto. Todavía transmitiendo.

Levanté el MP5.

Los subfusiles fueron desarrollados para combates en espacios reducidos, pero muchos de ellos hasta alcances medios son tan precisos como fusiles. Definitivamente el H&K era confiable hasta al menos cien metros. El mío estaba equipado con miras de hierro. Moví el selector a un solo disparo y puse el cuadrado de adelante de la mira en el centro de masa del tipo.

A cincuenta metros él avanzó hasta el cordón. Miró hacia la derecha, miró hacia la izquierda, miró hacia delante. Vio la misma nada que estaba viendo yo. Solo aire fresco y una delgada niebla nocturna.

Se movió de vuelta en dirección a la puerta.

Un taxi pasó frente a mí.

A cincuenta metros el tipo empujó la puerta.

Esperé hasta que consideré que su impulso estaba todo cargado en el movimiento hacia delante. Entonces apreté el gatillo y le disparé en la espalda. En el blanco. Una bala lenta. Una demora perceptible. Fuego, impacto. Al SD se lo promociona como silencioso. No lo es. Hace un sonido. Más alto que la amable escupidita que sentirías en una película. Pero no peor que el golpe que sentirías de dejar caer una guía telefónica sobre una mesa desde alrededor de un metro de alto. Distinguible en cualquier ambiente, pero no llamativo en una ciudad.

A cincuenta metros el tipo se fue para adelante y cayó con el torso en el callejón y las piernas en la vereda. Le di un segundo balazo por seguridad y dejé colgar el arma en la correa y volví a sacar el teléfono del bolsillo.

—¿Sigues ahí? —dije.

—Todavía estamos contando —dijo.

Te falta uno, pensé.

Cerré el cierre de la campera. Empecé a caminar. Tomé la parte más alejada de Madison y me pasé un par de metros de la 58. Crucé la avenida y doblé en la esquina con el hombro apretado contra el frente de los edificios. Necesitaba mantenerme por debajo de su campo visual. Pasé el primer edificio viejo. Pasé el segundo.

Dije desde doce metros por debajo de ella:

—Me tengo que ir. Estoy cansado. Times Square, mañana a la mañana a las diez, ¿OK?

Respondió desde doce metros por encima de mí. Dijo:

—OK, voy a mandar a alguien.

Corté y volví a guardar el teléfono en el bolsillo y arrastré al tipo muerto todo adentro del callejón. Cerré la puerta detrás de nosotros, despacio y en silencio.

## SETENTA Y OCHO

Había una luz en el callejón. Una sola lamparita tenue, en un aplique de pared sucio. Reconocí al tipo muerto de las fotos en la carpeta de Seguridad Nacional de Springfield. Había sido el número siete de los diecinueve originales. No me acordaba su nombre. Lo arrastré todo el largo del espacio. El piso era de cemento viejo, brillante de tan gastado. Lo revisé. Nada en los bolsillos. Ningún documento. Ningún arma. Lo dejé junto a un pequeño receptáculo para la basura, con ruedas, cubierto de mugre impregnada que ya no olía de tan vieja.

Después encontré la puerta interna al edificio, y abrí el cierre de la campera, y esperé. Me pregunté cuánto tiempo les llevaría preocuparse por el tipo que faltaba. Menos de cinco minutos, resolví. Me pregunté cuántos habría en el equipo de búsqueda. Solo uno, probablemente, pero yo tenía la esperanza de que hubiera más.

Esperaron siete minutos y mandaron dos hombres. La puerta interna se abrió y salió el primer tipo. El número catorce en la lista de Springfield. Dio un paso hacia el callejón y el segundo tipo salió detrás de él. El número ocho en la lista de Springfield.

Entonces pasaron tres cosas.

Primero, el primer tipo se detuvo. Vio que la puerta del callejón estaba cerrada. Lo cual no cuadraba. No se podía abrir desde afuera sin la llave. Por lo que el buscador original la habría dejado abierta mientras rondaba la vereda. Pero estaba cerrada. Por lo que el buscador original ya estaba de vuelta adentro.

El primer tipo se dio vuelta.

Segundo, el segundo tipo también se dio vuelta. Para cerrar la puerta interna en silencio y de manera precisa. Lo dejé que terminara de hacerlo.

Entonces levantó la mirada y me vio.

El primer tipo me vio.

Tercero, les disparé a los dos. Dos ráfagas de tres disparos, breves explosiones sordas ronroneantes cada una de un cuarto de segundo de largo. Apunté a la base de las gargantas y dejé que la puntada por el ascenso del cañón fuera para arriba hacia los mentones. Eran hombres bajos. Los cuellos eran delgados y estaban mayormente llenos de arterias y médula espinal. Blancos ideales. El ruido del arma fue mucho más alto en el callejón techado de lo que había sido afuera a cielo abierto. Lo suficientemente alto como para que yo me preocupara. Pero la puerta interna estaba cerrada. Y era una pieza robusta de madera. Érase una vez había sido una puerta externa, antes de que algún propietario anterior hubiera vendido sus derechos por el espacio aéreo.

Los dos tipos cayeron.

Los casquillos usados se alejaron cascabeleando a través del cemento.

Esperé.

Ninguna reacción inmediata.

Ocho cartuchos usados. Quedaban veintidós más. Siete hombres capturados, tres más caídos, tres todavía vivos y coleando.

Más las Hoth.

Revisé a los nuevos tipos muertos. Ningún documento. Ningún arma. Ninguna llave, lo que quería decir que la puerta interna no estaba trabada.

Dejé los dos nuevos cadáveres junto al primero, a la sombra del tacho de basura.

Después esperé. No esperaba que nadie saliera por la puerta. Presumiblemente los viejos británicos en la frontera noroeste al final habían aprendido la cuestión acerca de mandar grupos de rescate. Presumiblemente el Ejército Rojo lo había aprendido. Presumiblemente las Hoth conocían su historia. Debían conocerla. Svetlana había escrito parte de esa historia.

Esperé.

El teléfono vibró en mi bolsillo.

Lo saqué y miré la pantalla del frente. *Llamada privada*. Lila. La ignoré. La charla para mí ya había terminado. Volví a guardar el teléfono en el bolsillo. Dejó de vibrar.

Apoyé mis dedos enguantados en el picaporte de la puerta interna. Lo bajé. Sentí cómo cedía el pestillo. Yo estaba más o menos relajado. Tres hombres habían salido. Era concebible que alguno de ellos podría regresar. O los tres. Si había alguien adentro, vigilando y esperando, habría una fatal milésima de segundo de demora para reconocimiento y una decisión, amigo o enemigo. Como un bateador de las grandes ligas que distingue una bola rápida de una bola curva. Un quinto de segundo, quizás más.

Pero ninguna demora para mí. Cualquier persona que viera era mi enemigo.

La que fuera.

Abrí la puerta.

No había nadie.

Estaba mirando una sala vacía. La cocina del restaurante abandonado. Estaba oscura y desmantelada. Había armazones de viejos aparadores y huecos en las mesadas de donde habían sacado artefactos para llevarlos a las tiendas de segunda mano en el Bowery. Había en las paredes cañerías viejas que en su momento habían tenido canillas. Había ganchos en el techo, de los que en su momento habían colgado ollas. Había una mesa grande de granito en el centro de la sala. Fría, lisa, ligeramente cóncava de años de uso. Quizás en su momento allí se habían amasado distintas masas.

Más recientemente allí había sido asesinado Peter Molina.

En mi mente no había dudas de que esa era la mesa que yo había visto en el DVD. Ninguna duda. Pude ver el lugar en el que debían haber instalado la cámara. Pude ver el lugar en el que habían puesto las luces. Pude ver nudos de sogas deshinchada en las patas de la mesa, a donde habían sido atados los tobillos y las muñecas de Peter.

El teléfono vibró en mi bolsillo.

Lo ignoré.

Seguí adelante.

Había dos puertas batientes que llevaban al salón comedor. Una para entrar, una para salir. Práctica estándar de restaurantes. Nada de colisiones. Las puertas tenían ventanas en la parte alta ubicadas a la altura de los ojos de un hombre promedio de hacía cincuenta años. Me agaché y miré. Un salón vacío, grande y rectangular. Nada ahí salvo una solitaria silla huérfana. Polvo y caca de rata en el piso. Luz amarilla entrando de la calle por el ventanal grande y mugriento.

Empujé con el pie la puerta de salida. Las bisagras chirriaron un poco pero se abrió. Entré al salón comedor. Doblé a la izquierda y de vuelta a la izquierda. Encontré un pasillo de atrás con baños. Dos puertas, marcadas *Damas* y *Caballeros*. Carteles de latón, palabras formales. Nada de pictogramas. Nada de figuras con palitos en falda o pantalón

Más otras dos puertas, una en cada una de las paredes laterales. Carteles de latón: *Privado*. Una llevaría de vuelta a la cocina. La otra llevaría a la caja de la escalera, y a los pisos de arriba.

El teléfono vibró en mi bolsillo.

Lo ignoré.

Doctrina táctica estándar para cualquier asalto: ataque desde terreno elevado. No lo podía hacer. No era una opción disponible. Alrededor de la época en la que se estaba redactando la lista israelí el SAS en Gran Bretaña había estado desarrollando una táctica para bajar haciendo rappel desde los techos a las ventanas de los pisos más altos, o entrar rompiendo el techo mismo, o haciendo estallar directamente la pared de un altillo al de al lado. Rápido, dramático, y por lo general muy exitoso. Un lindo trabajo si lo podías hacer. Yo no podía. Yo estaba forzado a la aproximación pedestre.

Por el momento, al menos.

Abrí la puerta de la caja de la escalera. Delineó un arco por un distribuidor diminuto de planta baja de ochenta centímetros por ochenta centímetros. Directo enfrente de mí, lo suficientemente cerca como para poder tocarla, estaba la puerta que llevaba afuera por la entrada residencial. A la puerta de calle con un solo timbre y la cinta de seguridad.

Directo saliendo del distribuidor diminuto se alzaba una única escalera estrecha. Daba la vuelta sobre sí misma arriba a mitad de camino y se alzaba el resto del trayecto hasta el primer piso fuera del alcance de la vista.

El teléfono vibró en mi bolsillo.

Lo saqué y chequeé. *Número privado*. Lo volví a guardar en el bolsillo. Dejó de vibrar.

Empecé a subir la escalera.

## SETENTA Y NUEVE

La manera más segura de subir la primera mitad de una escalera en zigzag es caminando hacia atrás, mirando hacia arriba, con los pies bien separados. Hacia atrás y mirando hacia arriba, porque si desde arriba llega resistencia en tu dirección, necesitas estar de frente a lo que venga. Pies bien separados, porque si la escalera va a hacer algún tipo de ruido, lo va a hacer más en el medio y menos en los costados.

Subí despacio así hasta el descanso de la mitad y después avancé de costado y recorrí la segunda mitad hacia delante. Salí a un distribuidor de primer piso que era el doble de grande que el de la planta baja pero que igual era diminuto. Ochenta centímetros por un metro y medio. Una habitación a la izquierda, una a la derecha, y dos justo enfrente. Puertas todas cerradas.

Me quedé quieto. Si yo fuera Lila tendría un tipo en cada una de las habitaciones que estaban justo enfrente. Los tendría escuchando atentamente y con las armas desenfundadas. Los tendría listos para que abrieran la puerta con un portazo y empezaran dos líneas de fuego paralelas. Me podían agarrar subiendo o bajando. Pero yo no era Lila y ella no era yo. Yo no tenía idea de cómo podía ser su despliegue. Salvo que a medida que sus efectivos disminuían yo sentía que ella iba a querer mantener razonablemente cerca a los tipos que le quedaban. Lo que los ubicaría en el segundo piso, no en el primero. Porque el flameo que yo había visto había sido en una ventana del tercer piso.

En la ventana de la izquierda del tercer piso, para ser exactos, mirando al edificio desde afuera. Lo que quería decir que su habitación era la habitación de la derecha, mirándola desde adentro. No creía que fuera a haber diferencias significativas en la planta del edificio a medida que subía. Era una estructura barata, utilitaria. Ninguna necesidad de variantes de diseño. Por lo que ir hasta la habitación de la derecha en el primer piso iba a ser lo mismo que ir hasta la habitación de Lila dos pisos más arriba. Me iba a permitir reconocer el terreno.

Ajusté la presión sobre el gatillo del MP5 y apoyé mis dedos enguantados en el picaporte. Lo bajé. Sentí cómo se soltaba el pestillo.

Abrí la puerta.

Una habitación vacía.

De hecho, un estudio vacío y demolido a medias. Era de profundo como la mitad del ancho del salón comedor del restaurante abajo. Un espacio largo, estrecho. Un placard al fondo, un baño, una kitchenette y un área de living. Pude ver la distribución a simple vista porque de todas las paredes divisorias solo quedaban los montantes. Los artefactos del baño estaban todos todavía ahí, raros y desnudos detrás de una matriz vertical de viejas tablas de madera de dos por dos, como costillas, como los barrotes espaciados de una jaula. El equipamiento de la cocina estaba

intacto. Los pisos eran tablas de pino, salvo por los cerámicos de bordes carcomidos en el baño y el linóleo en la cocina. El lugar entero olía a alimañas y revoque podrido. La ventana que daba a la calle estaba negra de hollín. Estaba bisecada en forma diagonal por la parte más baja de la escalera de incendio.

Caminé en silencio hasta la ventana. La escalera de incendio era un diseño estándar. Una escalera de hierro estrecha bajaba desde el piso de arriba y llegaba hasta una pasarela de hierro estrecha bajo las mismas ventanas. Más allá de la pasarela una parte con contrapeso estaba ahí lista para desplegarse abajo hacia la vereda bajo el peso de una persona en fuga.

La ventana era un diseño de guillotina. El panel inferior estaba diseñado para deslizarse hacia arriba dentro del panel superior. Donde los paneles se juntaban se trababan con una simple traba en un pasador. El panel inferior tenía manijas de latón, como las que se ven en muebles archiveros viejos. Las manijas habían sido pintadas muchas veces. Lo mismo los marcos de las ventanas.

Corrí la traba y puse tres dedos en cada una de las manijas y tiré. El marco se movió tres centímetros, y se atascó. Aumenté la presión. Llegué cerca de la fuerza que había usado en las celdas con barrotes en el sótano del cuartel de bomberos. El marco tembló hacia arriba, de a tres centímetros por vez, pegándose del lado izquierdo, pegándose del lado derecho, resistiéndome todo el tiempo. Pasé el hombro por debajo del último carril y estiré las piernas. El marco subió otros veinte centímetros y no se movió más. Di un paso hacia atrás. Me llegó el aire nocturno. Espacio total, unos cincuenta centímetros.

Más que suficiente.

Saqué una pierna, me incliné desde la cintura, pasé hacia el otro lado, saqué la otra pierna.

El teléfono vibró en mi bolsillo.

Lo ignoré.

Subí por la escalera de hierro, un paso silencioso atrás de otro. A mitad de camino mi cabeza estaba al nivel de los antepechos del segundo piso y podía ver las dos ventanas de las habitaciones del frente.

Las dos tenían cortinas cerradas. Material viejo de algodón color hollín detrás de vidrio manchado de hollín. Ninguna luz aparente adentro. Ningún sonido. Ninguna evidencia de actividad. Giré y miré abajo la calle. Ningún peatón. Ningún transeúnte. Ningún auto.

Seguí subiendo. Al tercer piso. Mismo resultado. Vidrio sucio, cortinas cerradas. Hice una larga pausa bajo la ventana en la que había visto movimiento. O imaginado movimiento. No oí nada ni sentí nada.

Subí al cuarto piso. El cuarto piso era distinto. Ninguna cortina. Habitaciones vacías. Los pisos estaban manchados y los techos caídos y combados. Filtraciones.

Las ventanas del cuarto piso estaban trabadas. Los mismos mecanismos simples de latón con traba y pasador que había visto abajo, pero de nada me servían sin romper los vidrios. Lo que haría ruido. Lo que estaba dispuesto a hacer, pero no todavía. Lo quería medir bien.

Llevé la correa alrededor hasta que el MP5 me quedó colgando en la espalda y puse un pie en el antepecho de la ventana. Subí y me agarré de la cornisa semidesmoronada bien por encima de mi cabeza. Me trepé. No un proceso elegante. No soy un gimnasta agraciado de ninguna especie. Terminé jadeando y despatarrado boca abajo en el techo con la cara llena de yuyos. Me quedé ahí echado un segundo para recuperar el aliento y después me arrodillé y miré alrededor en busca de una puerta trampa. Encontré una más o menos diez metros al fondo, justo arriba de donde

consideré que debía estar el distribuidor. Era una simple caja invertida de madera cubierta de metal poco profunda con bisagras de un lado. Presumiblemente trabada desde abajo, probablemente con una falleba y un candado. El candado sería fuerte, y el marco sería débil por el tiempo y la podredumbre y los daños del agua.

No era competencia.

Doctrina táctica estándar para cualquier asalto: ataque desde terreno elevado.

## OCHENTA

El recubrimiento de metal alrededor de la tapa de la puerta trampa había sido trabajado de manera tal que quedaran curvas suaves. Nada de esquinas filosas. Llevé mis dedos enguantados por debajo del borde del otro lado de las bisagras y tiré fuerte. Ningún resultado. Así que me puse serio. Dos manos, ocho dedos, piernas flexionadas, inhalación profunda. Cerré los ojos. No quería pensar en Peter Molina. Así que en cambio traje a la mente la sonrisa enferma de Lila Hoth a la cámara apenas después de chequear el pulso fallecido del taxista de Kabul.

Tiré de la tapa.

Y la noche se empezó a desenlazar, ahí y entonces.

Había tenido la esperanza de que los tornillos de la falleba se salieran o de la puerta o del marco. Pero se salieron de los dos a la vez. El candado todavía unido a la falleba voló en caída libre tres metros y golpeó duro contra el piso de madera abajo. Un sonido fuerte, enfático, timpánico. Profundo, resonante y claro, inmediatamente seguido por el cascabeleo de la falleba misma y el rebote de seis tornillos distintos.

No era bueno.

No era para nada bueno.

Terminé de abrir la tapa de la puerta trampa y la apoyé y me acuclillé en el techo y observé y escuché.

No pasó nada por un segundo.

Después oí que se abría una puerta en el tercer piso.

Apunté con el MP5.

No pasó nada por otro segundo. Después una cabeza se hizo visible subiendo las escaleras. Pelo oscuro. Un hombre. Tenía un arma en la mano. Vio el candado en el piso. Vi cómo en la cabeza le giraban los engranajes. *Candado, piso, tornillos, caída vertical*. Miró hacia arriba. Le vi la cara. El número siete en la lista de Springfield. Me vio. La nube arriba mío estaba toda encendida por el brillo de la ciudad. Supuse que yo quedaba contorneado de manera bastante clara. Él dudó. Yo no. Le disparé más o menos de manera vertical en la parte alta de la cabeza. Una ráfaga de tres. Un tiro triple. Un breve ronroneo sordo. Cayó con un retumbo de zapatos y manos y miembros, con dos grandes golpes finales cuando primero los restos de su cabeza y después su arma dieron contra los tablones del piso. Observé las escaleras durante otro segundo largo y después salté por la puerta trampa abierta y caí por el aire y aterricé con los pies primero junto al tipo, que hizo otro ruido fuerte.

La parte de la discreción ya había terminado.

Once cartuchos usados, quedaban diecinueve más, cuatro hombres caídos, dos todavía en pie.  
Más las Hoth.

El teléfono vibró en mi bolsillo.

*Ahora no, Lila.*

Agarré el arma del tipo y abrí la puerta que llevaba a la habitación del frente a la izquierda y retrocedí a las sombras. Apoyé el hombro contra la pared y me quedé mirando las escaleras.

No subió nadie.

Punto muerto.

El arma que había agarrado del tipo era una Sig-Sauer P220, con un grueso silenciador puesto. Fabricación suiza. Parabellum nueve milímetros, nueve balas en un cargador desmontable. La misma munición que estaba usando yo. Saqué las balas y las dejé caer en mi bolsillo. Apoyé el arma vacía en el piso. Después volví al corredor y me metí en la habitación del frente de la derecha. Estaba sin nada y vacía. Recorrí el plano tal como lo recordaba de abajo. Placard, baño, cocina, living. Llegué hasta lo que supuse era el centro del living y golpeé fuerte con los pies en el piso. El techo de uno es el piso de otro. Supuse que Lila estaría directo abajo mío, escuchando. La quería intranquilizar, bien al fondo en la parte reptiliana de su cerebro. El sentimiento más escalofriante de todos. *Hay algo ahí afuera.*

Golpeé con los pies de vuelta.

Obtuve una respuesta.

La respuesta llegó en forma de bala pasando hacia arriba por los tablones un metro a mi derecha. Hizo un agujero astillado y se enterró en el techo por encima de mí y dejó tierra y rastros de humo en el aire.

Ningún ruido. Todos tenían silenciadores.

Disparé, un tiro triple verticalmente hacia abajo, derecho por el mismo agujero. Después me alejé hacia donde supuse que estaba la cocina de ellos.

Catorce cartuchos usados. Quedaban dieciséis más. Nueve sueltos en mi bolsillo.

Llegó otro disparo por el piso. A dos metros de mí. Disparé. Dispararon. Disparé una vez más y supuse que estaban empezando a entender el patrón, así que salí con cuidado al pasillo y me dirigí hacia las escaleras.

Donde me encontré con que ellos habían estado suponiendo exactamente lo mismo: que yo estaba agarrando el ritmo. Un tipo estaba subiendo sigilosamente hacia mí. El número dos en la lista de Springfield. Tenía otra Sig P220 en la mano. Con un silenciador. Me vio primero. Disparó una vez y erró. Yo no. Le puse un tiro triple en el puente de la nariz y le escaló al medio de la frente y sangre y seso salpicaron la pared detrás de él y desplomado volvió a bajar por donde había venido.

El arma cayó con él.

Mi latón usado se alejó tintineando a través del pino.

Veintitrés cartuchos usados. Quedaban siete, más nueve sueltos.

Un tipo en pie, más las Hoth.

El teléfono vibró en mi bolsillo.

*Demasiado tarde para hacer tratos, Lila.*

La ignoré. Me la imaginé agazapada un piso más abajo. Svetlana al lado de ella. Un último tipo entre ellas y yo. ¿Cómo lo iban a usar? No eran tontas. Eran las herederas de una larga y

sólida tradición. Se habían escabullido y deslizado y evadido por las montañas durante doscientos años. Sabían lo que estaban haciendo. No iban a mandar al tipo escaleras arriba. No de vuelta. Era infructuoso. Iban a tratar de flanquearme. Iban a mandar al tipo por la escalera de incendios. Me iban a distraer con el teléfono y dejar que el tipo se alineara por el vidrio y me disparara por la espalda.

¿Cuándo?

O inmediatamente o mucho después. No en el medio. Me querrían o sorprendido o aburrido.

Eligieron inmediatamente.

El teléfono vibró en mi bolsillo.

Retrocedí hasta la habitación de la izquierda y chequeé la vista. La escalera de hierro ascendía de derecha a izquierda desde mi perspectiva. Iba a ver la cabeza del tipo cuando apareciera desde abajo. Lo que era bueno. Pero mi ángulo no era bueno. La calle era angosta. Las Parabellum nueve milímetros son balas de armas cortas. Se las considera adecuadas para medios urbanos. Tienen muchas mayores probabilidades que las balas de un fusil de quedarse en el objetivo y no seguir más allá. Parabellum subsónicas, mayores probabilidades aún. Pero nada está garantizado. Y había no combatientes inocentes del otro lado de la calle. Ventanas de cuartos, niños dormidos. Traspasando el blanco se podía asestar en ellos. Con desvíos azarosos se podía asestar en ellos. Y con rebotes, o fragmentos. Sin dudas errando completamente al blanco se podía asestar en ellos.

Daño colateral, a la espera de hacerse realidad.

Crucé con cuidado la habitación y me aplasté contra la pared de la ventana. Miré hacia fuera. Nada ahí. Estiré el brazo y corrí el seguro de la ventana. Intenté con las manijas. La ventana estaba atascada. Volví a mirar hacia fuera. Nada ahí. Me paré frente al vidrio y agarré las manijas y tiré. La ventana se movió y se atascó y se volvió a mover y después se lanzó hacia arriba por el marco y se abrió del todo con un golpe tan fuerte que el panel se rompió de un lado al otro.

Retrocedí otra vez contra la pared.

Escuché con atención.

Oí el ruido metálico apagado y sordo de suelas de goma sobre hierro. Un pequeño ritmo constante. Estaba subiendo rápido, pero no estaba corriendo. Lo dejé venir. Lo dejé llegar todo hasta arriba. Lo dejé que pasara la cabeza y los hombros adentro de la habitación. Pelo oscuro, piel oscura. Era el número quince en la lista de Springfield. Me alineé en paralelo con la pared del frente del edificio. Miró a la izquierda. Miró a la derecha. Me vio. Apreté el gatillo. Un tiro triple. Movié la cabeza.

Erré. Quizás la primera o la última de las tres balas le arrancó la oreja pero siguió vivo y consciente y disparó salvajemente y después se movió rápido hacia fuera. Oí cómo se caía contra la pasarela angosta de hierro.

Ahora o nunca.

Salí detrás de él. Estaba bajando las escaleras como podía con la cabeza hacia delante. Llegó al tercer piso y rodó hasta quedar boca arriba y levantó el arma como si fuera una pesa de cincuenta kilos. Bajé por la escalera detrás de él y me incliné alejándome del edificio y le cosí un tiro triple en el medio de la cara. Su arma cayó dando vueltas y chocando de uno y otro lado por dos pisos y quedó tres metros por encima de la vereda.

Inhalé.

Exhalé.

Seis hombres caídos. Siete arrestados. Cuatro de regreso en su país. Dos encerrados en una guardia.

Diecinueve de diecinueve.

La ventana del tercer piso estaba abierta. Las cortinas estaban abiertas. Un estudio. Abandonado, pero no demolido. Lila y Svetlana Hoth estaban de pie juntas detrás de la mesada de la kitchenette.

Veintinueve cartuchos usados.

Quedaba uno.

Volví a oír en mi cabeza la voz de Lila Hoth: *la última bala hay que guardársela para uno mismo, porque uno no quiere caer con vida en manos enemigas, especialmente si es en manos de mujeres.*

Trepé por encima del antepecho y entré a la habitación.

## OCHENTA Y UNO

El departamento tenía la misma distribución que el lugar en ruinas del primer piso. Living al frente, después la kitchenette, después el baño, después el placard al fondo. Las paredes todavía estaban en pie. El revoque estaba todavía todo en su lugar. Había dos luces encendidas. Había una cama plegable levantada contra la pared en el living. Y dos sillas duras. Nada más. La kitchenette tenía dos mesadas paralelas y una alacena de pared. Un espacio minúsculo. Lila y Svetlana estaban apiñadas ahí cadera contra cadera. Svetlana a la izquierda, Lila a la derecha. Svetlana tenía puesto un vestido de entrecasa marrón. Lila tenía puesto un pantalón cargo negro y una remera blanca. La remera era de algodón. El pantalón era de nylon ripstop antidesgarro. Supuse que crujían cuando se movía. Estaba igual de hermosa que siempre. Pelo largo negro, ojos azules brillantes, piel perfecta. Una media sonrisa incrédula. Era una escena insólita. Como si un fotógrafo de moda radical hubiera posado a su mejor modelo en un descarnado escenario urbano.

Apunté el MP5. Negro y malvado. Estaba caliente. Apestaba a pólvora y aceite y humo. Lo podía oler de manera bastante nítida.

Dije:

—Pongan las manos sobre la mesada.

Consintieron. Aparecieron cuatro manos. Dos marrones y nudosas, dos más pálidas y delgadas. Las separaron como estrellas de mar, dos toscas y cuadradas, dos más largas y más delicadas.

Dije:

—Retrocedan e inclínense sobre las manos.

Consintieron. Las dejaba más inmóviles. Más seguro.

Dije:

—No son madre e hija.

—No, no somos madre e hija —dijo Lila.

—¿Entonces qué son?

—Maestra y alumna.

—Bien. No me gustaría matar a una hija enfrente de su madre. O a una madre enfrente de su hija.

—¿Pero matarías a una alumna enfrente de su maestra?

—Quizás a la maestra primero.

—Entonces hazlo.

Me quedé quieto.

Lila dijo:

—Si lo dices en serio, este es el momento en el que lo haces.

Les miré las manos. En busca de tensión, o esfuerzo, o tendones en movimiento, o presión creciente en la punta de los dedos. De señales de que estuvieran a punto de ir a algún lado.

No había ninguna de esas señales.

El teléfono vibró en mi bolsillo.

En la habitación silenciosa hizo un sonido mínimo. Un ronroneo, un rumor, un zumbido. Un pequeño pulso rítmico. Saltaba y se movía contra mi muslo.

Miré las manos de Lila. Planas. Quietas. Vacías. Ningún teléfono.

—Quizás deberías atender esa llamada —dijo.

Con un malabar me pasé la empuñadura del MP5 a la mano izquierda y saqué el teléfono. *Número privado*. Lo abrí y me lo llevé a la oreja.

Theresa Lee dijo:

—¿Reacher?

—¿Qué? —dije.

—¿Dónde carajo estuviste? Estoy intentando llamarte hace veinte minutos.

—Estuve ocupado.

—¿Dónde estás?

—¿Cómo conseguiste este número?

—Llamaste a mi celular, ¿te acuerdas? Tu número está en el registro de llamadas.

—¿Por qué está bloqueado tu número?

—Es la central de la estación de policía del distrito. Estoy en un teléfono fijo ahora. ¿Dónde carajo estás?

—¿Qué pasa?

—Escucha con atención. La información que tienes está mal. Seguridad Nacional se volvió a comunicar con nosotros. Uno del grupo de Tayikistán perdió una conexión en Estambul. Terminó viniendo por Londres y Washington. Hay veinte hombres, no diecinueve.

Lila Hoth se movió y el hombre número veinte salió del baño.

## OCHENTA Y DOS

Los científicos miden el tiempo hasta una unidad que se conoce como picosegundo. La billonésima parte de un segundo normal. Se figuran que todo tipo de cosas puede suceder en ese pequeño intervalo. Pueden nacer universos, se pueden acelerar partículas, se pueden dividir átomos. Lo que me pasó a mí en los primeros pocos picosegundos fueron un montón de cosas distintas. Primero, dejé caer el teléfono, todavía abierto, todavía vivo. Para cuando estaba a la altura de mi hombro líneas enteras de conversación con Lila estaban gritando en mi cabeza. En el mismo teléfono, minutos atrás, desde la avenida Madison. Yo había dicho: *Solo te quedan tus seis últimos hombres*. Ella había empezado a responder, y después se había frenado. Había estado a punto de decir: *No, tengo siete*. Como antes, cuando había empezado a decir: *Eso no es cerca mío*. La vocal semicerrada anterior. Pero se había frenado a sí misma. Había aprendido.

Por una vez, no había hablado demasiado.

Y yo no había escuchado lo suficiente.

Para cuando el teléfono estaba a la altura de mi cintura yo me estaba enfocando en el tipo número veinte. Tenía el mismo aspecto que los anteriores cuatro o cinco. Podría haber sido su hermano o su primo, y probablemente lo era. Definitivamente tenía un aspecto familiar. Bajo, fibroso, pelo oscuro, piel arrugada, lenguaje corporal entre la cautela y la agresión. Tenía puesto un pantalón deportivo oscuro. Un buzo oscuro. Era diestro. Tenía en la mano un arma corta silenciada. La estaba moviendo en un largo arco ascendente. Estaba apuntando a llevarla a la altura adecuada. Su dedo estaba haciendo más presión en el gatillo. Me iba a disparar en el pecho.

Yo estaba sosteniendo el MP5 con la mano izquierda. El cargador estaba vacío. La última bala ya estaba en la recámara. Tenía que contar. Quería cambiar de manos. No quería disparar desde mi lado más débil, bajo mi ojo más débil.

No había opción. Cambiar de manos demoraría medio segundo. Quinientos mil millones de picosegundos. Demasiado. El brazo del otro tipo ya casi estaba ahí. Para cuando el teléfono estaba más o menos por mis rodillas mi palma derecha estaba cacheteando hacia arriba para juntarse con el cañón. Yo estaba girando y enderezando y llevando la empuñadura de vuelta hacia mi pecho. Mi palma derecha se detuvo y sujetó el cañón y mi dedo índice izquierdo apretó el gatillo con una calma exagerada. Lila se estaba moviendo a mi izquierda. Estaba pasando a la habitación. Mi dedo terminó de apretar y el arma disparó y mi última bala le dio al tipo número veinte en la cara.

El teléfono dio contra el suelo. Sonó como el candado. Un golpe alto de madera.

Mi último casquillo usado salió eyectado y se alejó cascabeleando por la habitación.

El tipo número veinte cayó con un retumbo de miembros y cabeza y arma, muerto antes de dar

contra los tablones, con un disparo atravesándole la base del cráneo.

Un disparo en la cabeza. Un blanco. No estaba mal para mi mano izquierda. Salvo porque había estado apuntando a su centro de masa.

Lila se siguió moviendo. Deslizándose, zambulléndose, agachándose.

Volvió a ponerse de pie con el arma del tipo. Otra Sig P220, otro silenciador.

Fabricación suiza.

Un cargador desmontable de nueve balas.

Si Lila se estaba desviviendo por el arma, era la única que había en el departamento. En cuyo caso había sido disparada al menos tres veces, a través del techo.

Máximo quedaban seis cartuchos.

Seis contra cero.

Lila apuntó el arma hacia mí.

Yo apunté la mía hacia ella.

—Soy más rápida —dijo.

—¿Eso crees? —dije.

Mucho más a mi izquierda Svetlana dijo:

—Tu arma está vacía.

La miré:

—¿Hablas inglés?

—Bastante bien.

—Recargué arriba.

—Mentira. Lo puedo ver desde acá. Estás en ráfagas de tres disparos. Pero disparaste solo uno. Por lo que esa era tu última bala.

Nos quedamos así por lo que pareció un largo rato. La P220 estaba firme como una piedra en la mano de Lila. Estaba a cinco metros de mí. Detrás de ella el tipo estaba chorreando fluido por todo el piso. Svetlana estaba en la cocina. Había todo tipo de olores en el aire. Llegaba una corriente de la ventana abierta. El aire entraba y circulaba por la habitación y se iba para arriba por la escalera y afuera a través del agujero en el techo.

Svetlana dijo:

—Baja el arma.

—Quieren el USB —dije.

—No lo tienes.

—Pero sé dónde está.

—Nosotras también.

No dije nada.

Svetlana dijo:

—No lo tienes pero sabes dónde está. Por lo que empleaste un proceso deductivo. ¿Crees que eres excepcionalmente talentoso? ¿Crees que los procesos deductivos no están disponibles para otros? Todos compartimos los mismos hechos. Todos podemos llegar a las mismas conclusiones.

No dije nada.

Ella dijo:

—Tan pronto como nos dijiste que sabías dónde estaba, empezamos a pensar. Nos llevaste a hacerlo. Hablas mucho, Reacher. Te volviste a ti mismo desechable.

—Baja el arma —dijo Lila—. Ten un poco de dignidad. No te quedes ahí parado como un idiota, con un arma vacía.

Me quedé quieto.

Lila dejó caer el brazo quizás diez grados y disparó al piso entre mis pies. Le dio a un lugar que estaba a la misma altura y era exactamente equidistante entre la punta de mis zapatos. No un tiro fácil. Era una gran tiradora. El piso se astilló. Tuve un pequeño espasmo. El silenciador de la Sig era más ruidoso que el del H&K. Como alguien golpeando algo con una guía telefónica, no dejándola caer. Una voluta de humo de madera onduló hacia arriba, donde la fricción de la bala había quemado el pino. El casquillo usado salió eyectado trazando un arco color latón y se alejó tintineando.

Quedaban cinco cartuchos.

Lila dijo:

—Baja el arma.

Me saqué la correa por encima de la cabeza. Sostuve el arma por la empuñadura colgando al costado del cuerpo. Ya no me servía para nada, salvo como una maza de metal de tres kilos. Y dudaba poder llegar a estar lo suficientemente cerca de alguna de ellas como para que una maza fuera efectiva. Y si pasaba, yo iba a preferir combate mano a mano a puño limpio. Una maza de metal de tres kilos es buena. Pero una maza humana de 115 kilos es mejor.

Svetlana dijo:

—Arrójala hacia acá. Pero con cuidado. Si nos golpeas a una de nosotras mueres.

Balanceé el arma despacio y la solté. Giró morosamente en el aire y rebotó con la punta del caño y retumbó contra la pared más alejada.

Svetlana dijo:

—Ahora sácate la campera.

Lila apuntó el arma a mi cabeza.

Consentí. Me saqué la campera encogiéndome de hombros y la tiré al otro lado de la habitación. Aterrizó junto al MP5. Svetlana salió de atrás de la mesada de la cocina y revolvió en los bolsillos. Encontró las nueve balas de Parabellum sueltas y el rollo de duct tape usado en parte. Acomodó verticales sobre la mesada las nueve balas sueltas, en una prolija filita. Puso el rollo de cinta al lado.

—Guante —dijo.

Consentí. Me saqué el guante con los dientes y lo tiré adonde estaba la campera.

—Zapatos y medias.

Salté de un pie a otro y me apoyé contra la pared para afirmarme y me desaté los cordones y me saqué los zapatos y las medias. Tiré una cosa atrás de otra hacia la pila.

—Sácate la remera —dijo Lila.

—Lo hago si tú lo haces —dije.

Dejó caer el brazo diez grados y puso otra bala en el piso entre mis pies. El estallido del silenciador, la madera astillada, el humo, el tintineo duro del casquillo usado.

Quedaban cuatro.

—La próxima vez te disparo en la pierna —dijo Lila.

—La remera —dijo Svetlana.

Así que por segunda vez en cinco horas me saqué la remera a pedido de una mujer. Mantuve mi espalda contra la pared y tiré la remera por lo alto a la pila. Lila y Svetlana me miraron por un momento las cicatrices. Pareció que les gustaban. Especialmente la herida de esquirirla. La punta de la lengua de Lila salió para afuera, rosa y húmeda y puntiaguda entre sus labios.

—Ahora los pantalones —dijo Svetlana.

Miré a Lila y dije:

—Creo que tu arma no tiene balas.

—Sí tiene —dijo—. Me quedan cuatro. Dos piernas y dos brazos.

—Sácate los pantalones —dijo Svetlana.

Saqué el botón. Bajé el cierre. Llevé hacia abajo la dura tela de jean. Salí de los pantalones. Mantuve mi espalda contra la pared y los pateé hacia la pila. Svetlana los agarró. Buscó en los bolsillos. Hizo un montículo con mis pertenencias sobre la mesada de la cocina junto a las nueve balas sueltas y el rollo de cinta. Mi efectivo, más algunas monedas. Mi viejo pasaporte vencido. Mi tarjeta de débito. Mi tarjeta de metro. La tarjeta de presentación del Departamento de Policía de Nueva York de Theresa Lee. Y mi cepillo de dientes plegable.

—No mucho —dijo Svetlana.

—Todo lo que necesito —dije—. Nada que no necesito.

—Eres un hombre pobre.

—No, soy un hombre rico. Tener todo lo que necesitas es la definición de afluencia.

—El sueño americano, entonces. Morir rico.

—Oportunidad para todos.

—Tenemos más que tú, en el lugar del que venimos.

—No me gustan las cabras.

La habitación se quedó en silencio. Se sentía húmeda y fría. Yo estaba ahí parado con nada salvo mis bóxers blancos nuevos. La P220 estaba firme como una piedra en la mano de Lila. Del brazo le sobresalían músculos como cuerdas delgadas. Al lado del baño el tipo muerto seguía chorreando. Afuera de la ventana eran las cinco de la mañana y la ciudad se estaba empezando a mover.

Svetlana fue de acá para allá y juntó mi arma y mis zapatos y mi ropa y armó un pulcro fardo y lo tiró detrás de la mesada de la cocina. Lo siguió con las dos sillas duras. Agarró mi teléfono, y lo cerró, y lo lanzó lejos. Estaba despejando el espacio. Lo estaba vaciando. La parte de living del estudio tenía alrededor de seis metros por cuatro. Yo estaba apoyado contra el medio de una de las paredes largas. Lila se trasladó hasta quedar enfrente de mí, manteniendo la distancia, apuntando con el arma. Se detuvo en la esquina alejada, junto a la ventana. Ahora me estaba enfrentando desde un ángulo cerrado.

Svetlana fue a la cocina. Oí el entrechoque que hacía un cajón al abrirse. Escuché con atención. Vi que Svetlana volvía.

Con dos cuchillos.

Eran herramientas largas de carnicero. Para limpiar o filetear o deshuesar. Tenían mangos negros. Hojas de acero. Bordes cortantes malvados extremadamente finos. Svetlana le tiró uno a Lila. Lo agarró de manera experta por el mango con la mano libre. Svetlana se movió hacia la esquina opuesta a la de Lila. Me tenían triangulado. Lila estaba a cuarenta y cinco grados a mi

izquierda, Svetlana estaba a cuarenta y cinco grados a mi derecha.

Lila torció la parte alta de su cuerpo y trabó con fuerza el silenciador de la P220 en el ángulo en el que la pared del frente se unía con la del costado. Con el pulgar encontró el seguro en el talón de la culata y dejó libre el cargador. Cayó y dio contra el piso en la esquina de la habitación. Se podían ver tres balas. Por lo que había una todavía en la recámara. Tiró el arma misma a la otra esquina, detrás de Svetlana. El arma y el cargador estaban ahora a seis metros de distancia, una detrás de una mujer, el otro detrás de la otra.

—Como una búsqueda del tesoro —dijo Lila—. El arma no va a disparar sin el cargador. Para prevenir una descarga accidental si por error queda una bala en la recámara. Los suizos son gente muy precavida. Por lo que tienes que agarrar el arma, y luego agarrar el cargador. O al revés. Pero primero, por supuesto, tienes que pasar por nosotras.

No dije nada.

Ella dijo:

—Si lo logras, en un revuelto desesperado y lleno de heridas, entonces te recomiendo que uses la primera bala en ti mismo.

Y después sonrió, y se adelantó un paso. Svetlana hizo lo mismo. Mantenían sus cuchillos bajos, cuatro dedos por debajo del mango, el pulgar por arriba. Como peleadores callejeros. Como expertas.

Las largas hojas parpadearon a la luz.

Me quedé quieto.

Lila dijo:

—Vamos a disfrutar esto más de lo que te podrías llegar a imaginar.

No hice nada.

Lila dijo:

—Una demora es buena. Aumenta la expectación.

Me quedé quieto.

Lila dijo:

—Pero si nos aburrimos esperando, te vamos a ir a buscar.

No dije nada. Me quedé quieto.

Entonces llevé la mano hacia atrás y la saqué con mi Benchmade 3300, de donde había estado pegado con cinta adhesiva en la parte baja de la espalda.

## OCHENTA Y TRES

Lo accioné con el pulgar y la hoja salió con un sonido a mitad de camino entre un clic y un golpe. Un sonido alto, en la habitación silenciosa. Y un sonido poco feliz. No me gustan los cuchillos. Nunca me gustaron. No tengo un verdadero talento para usarlos.

Pero tengo tanto instinto de supervivencia como cualquiera.

Quizás más que la mayoría.

Y para esa altura ya me había estado peleando desde los cinco años, y todas mis derrotas habían sido menores. Y soy el tipo de persona que mira y aprende. Había visto peleas con cuchillos en todas partes del mundo. El Lejano Oriente, Europa, los montes pobres afuera de las bases del Ejército en el sur de los Estados Unidos, en calles, en callejones, afuera de bares y de salones de pool.

Primera regla: que no te corten pronto. Nada te debilita más rápido que la pérdida de sangre.

Svetlana era más de treinta centímetros más baja que yo y era robusta y ancha y sus brazos eran proporcionales. Lila era más alta, de miembros más flexibles, más grácil. Pero en conjunto me figuré que incluso contra hojas quince centímetros más largas que la mía igual yo tenía la ventaja.

Además de que yo acababa de cambiar el juego, y ellas todavía estaban lidiando con la sorpresa.

Además de que ellas estaban peleando para divertirse, y yo estaba peleando por mi vida.

Yo quería llegar a la cocina, así que bailé hacia Svetlana, que estaba entre la cocina y yo. Estaba en puntas de pie, el cuchillo bajo a la altura de las rodillas, moviéndose a la izquierda, moviéndose a la derecha. Mantuve mi hoja bien baja, para que estuviera a la altura de la de ella. Tiró el golpe. Me arqueé hacia atrás. La hoja de ella pasó siseando junto a mi muslo. Trabé mi trasero atrás y mis hombros adelante y la apaleé con un gancho izquierdo desde arriba. Le rozó la ceja y le dio de lleno en el costado de la nariz.

Pareció asombrada. Como la mayoría de los cuchilleros pensaba que todo se trataba del acero. Se olvidó de que la gente tiene dos manos.

Se fue hacia atrás sobre los talones y Lila se me acercó por la izquierda. Hoja baja. Aguijoneando, punzando. La boca abierta en una mueca fea. Muy concentrada. Entendía. Esto ya no era un juego. No más diversión. Se agachaba hacia dentro, se agachaba hacia afuera, amagaba, retrocedía, siempre en movimiento. Durante un rato todos bailamos así. Movimientos abreviados frenéticos, agitados, abruptos, polvo y transpiración y miedo en el aire, los ojos de ellas fijos en mi hoja, los míos cambiando constantemente entre las hojas de ellas.

Svetlana se metió. Salió. Lila vino hacia mí, balanceada, en puntas de pie. Yo mantuve la cadera hacia atrás y los hombros hacia delante. Tiré un golpe fuerte con mi hoja en busca de la cara de Lila. Enorme. Incontenible. Como si estuviese apuntando a lanzar una pelota a ciento veinte metros. Lila se echó hacia atrás. Sabía que el golpe iba a errar, porque ella iba a hacer que errara. Svetlana sabía que iba a errar, porque confiaba en Lila.

Yo sabía que iba a errar, porque mi plan era no permitir que pegara.

Frené la violenta maniobra a medio camino y cambié de dirección y apunté un sorpresivo revés despiadado derecho a Svetlana. Le rebané la frente. Un golpe firme. Sentí cómo la hoja tocaba el hueso. Un mechón de su pelo le golpeó en el pecho. El Benchmade funcionaba exactamente como tenía que funcionar. Acero D2. Podías dejar caer un billete de diez dólares sobre la hoja de ese cuchillo y que te devolviera cambio con dos de cinco. Puse un cuchillazo horizontal de quince centímetros a medio camino entre el nacimiento del pelo de Svetlana y sus cejas. Abierto hasta el hueso.

Se fue hacia atrás y se quedó quieta.

Ningún dolor. No todavía.

Los cortes en la frente nunca son fatales. Pero sangran mucho. En pocos segundos la sangre bajaba tapándole todo hasta los ojos. Cegándola. Si hubiese tenido zapatos puestos la podría haber matado ahí mismo. Voltéarla con una patada a las rodillas, y después patearle la cabeza hasta hacerla puré. Pero no iba a arriesgar los huesos de mis pies contra su cuerpo de yunque. La falta de movilidad me habría matado igual de rápido.

Bailé en la otra dirección.

Lila vino directo hacia mí.

Mantuve mi cadera hacia atrás y esquivé el siseante arco de la hoja de ella. Izquierda, derecha. Topé contra la pared detrás de mí. Lo medí y esperé hasta que su brazo cruzó su cuerpo y me puse de costado y cargué hacia ella con el hombro y la alejé de un topetazo. Giré en dirección a donde Svetlana daba vueltas tambaleándose e intentando limpiar de los ojos la sangre que manaba. Con una sacudida le alejé el brazo con el que sostenía el cuchillo y me metí y la tajeé por encima de la clavícula y me moví hacia atrás.

Entonces Lila me cortó.

Había resuelto el tema del alcance. Estaba sosteniendo el cuchillo con la punta de los dedos bien al final del mango. Arremetió. El pelo de ella estaba volando. Sus hombros estaban encorvados hacia delante. Estaba buscando cada centímetro de ventaja que pudiera conseguir. Se frenó en una pierna firme adelante y se agachó bien y se inclinó hacia delante y lanzó un cuchillazo salvaje a mi estómago.

Y le dio.

Un corte grave. Una sacudida salvaje, un brazo fuerte, una hoja extremadamente afilada. Muy grave. Era una rebanada larga diagonal por debajo de mi ombligo y por encima del elástico de mis bóxers.

Ningún dolor. No todavía. Solo una señal breve y extraña desde mi piel, diciéndome que ya no estaba toda junta conectada.

Hice una pequeña pausa. Incredulidad. Entonces hice lo que siempre hago cuando alguien me hiere. Me metí, no me alejé. Su impulso había llevado el cuchillo más allá de mi cadera. Mi hoja estaba baja. Le lancé un cuchillazo de revés al muslo y la corté profundo y después alejé el pie de

atrás y le pegué en la cara con el puño izquierdo. En el blanco. Un gran golpe, imponente. Se alejó girando y cayó hacia Svetlana. Cuya cara era una máscara de sangre. Sacudió la hoja hacia la derecha. Después hacia la izquierda. Se abrió. Me metí y le lancé un cuchillazo descendente a la parte interna de su antebrazo derecho. La corté hasta el hueso. Venas, tendones, ligamentos. Aulló. No de dolor. Eso vendría después. O no. Aulló de miedo, porque estaba perdida. Su brazo era inservible. La hice girar con un golpe en el hombro y la apuñalé en el riñón. Los diez centímetros enteros, con una brutal sacudida lateral. Seguro de hacer. No hay costillas en esa región. No hay chances de golpear hueso y atascar la hoja. Por los riñones corre mucha sangre. Todo tipo de arterias. Pregúntele a cualquiera que haya recibido diálisis. Toda la sangre de una persona pasa por los riñones muchas veces por día. Pintas de sangre. Litros de sangre. Ahora en el caso de Svetlana estaba entrando y no estaba saliendo.

Cayó de rodillas. Lila estaba intentando despejar su cabeza. Tenía la nariz rota. Su cara perfecta estaba arruinada. Cargó hacia mí. Hice una finta a la izquierda y me moví a la derecha. Bailamos alrededor de la forma arrodillada de Svetlana. Un círculo completo. Volví adonde había empezado y me fui hacia la kitchenette. Avancé entre las mesadas. Agarré una de las sillas duras que Svetlana había apilado ahí. Se la tiré con la mano izquierda a Lila. Se agachó y se encorvó y la silla le estalló en la espalda.

Salí de la cocina y me paré detrás de Svetlana y le puse una mano en el pelo y tiré su cabeza hacia atrás. Me incliné por el costado y le corté la garganta. De oreja a oreja. Una tarea difícil, incluso con la gran hoja del Benchmade. Tuve que estirar y tirar y serruchar. Músculo, grasa, carne dura, ligamentos. El acero raspaba contra el hueso. Extraños sonidos tuberculosos se elevaron hacia mí desde la tráquea cercenada. Resuellos y resoplidos. Brotaban fuentes de sangre a medida que se abrían las arterias. Pulsaban y rociaban bien lejos frente a ella. Llegó a la pared más alejada. Me empapó la mano y me la dejó resbaladiza. Le solté el pelo y cayó lanzada hacia delante. La cara dio contra los tablonos con un golpe seco.

Me alejé, jadeando.

Lila me enfrentó, jadeando.

La habitación parecía estar ardiendo de calor y olía a sangre coagulada.

Dije:

—Una caída.

—Una todavía en pie —dijo ella.

Asentí:

—Parece ser que la alumna era mejor que la maestra.

—¿Quién dijo que yo era la alumna? —dijo ella.

El muslo le sangraba mal. Había un corte claro en el nylon negro de sus pantalones y le corría sangre hacia abajo por la pierna. El zapato ya estaba empapado. Mis bóxers estaban empapados. Habían pasado de blancos a rojos. Bajé la mirada y vi que brotaba sangre de mí. Mucha. Era malo. Pero mi vieja cicatriz me había salvado. Mi herida de esquirla, de Beirut, mucho tiempo atrás. La rugosa piel blanca de los puntos torpes del MASH era dura y nudosa y había desacelerado la hoja de Lila y la había desviado. Sin la cicatriz la cola del corte habría sido mucho más larga y profunda. Durante años había estado resentido por el trabajo apresurado de los cirujanos de emergencias. Ahora estaba agradecido.

La nariz rota de Lila empezó a sangrar. La sangre le caía hasta la boca y ella tosía y escupía.

Bajó la mirada hacia el piso. Vio el cuchillo de Svetlana. Estaba inmerso en un charco de sangre que se agrandaba. La sangre ya se estaba espesando. Estaba siendo absorbida por los viejos tablonés. Se estaba metiendo en los espacios entre medio. El brazo izquierdo de Lila se movió. Luego se detuvo. Agacharse y levantar el cuchillo de Svetlana la dejaría vulnerable. Lo mismo para mí. Yo estaba a un metro y medio de la P220. Ella estaba a un metro y medio del cargador.

Empezó el dolor. La cabeza me empezó a zumbar y a dar vueltas. Me estaba bajando la presión.

—Si lo pides amablemente te dejaré irte —dijo Lila.

—No lo voy a pedir.

—No puedes ganar.

—Sigue soñando.

—Estoy dispuesta a pelear a muerte.

—Tu elección no cuenta en ese asunto. Ya se tomó la decisión.

—¿Podrías matar a una mujer?

—Lo acabo de hacer.

—¿A una como yo?

—Especialmente a una como tú.

Volvió a escupir y respiró por la boca con dificultad. Tosió. Se miró hacia abajo la pierna. Asintió y dijo: “OK”. Levantó la vista y me miró a mí con sus increíbles ojos.

Me quedé quieto.

Dijo:

—Si lo dices en serio, este es el momento en el que lo haces.

Asentí. Lo decía en serio. Así que lo hice. Yo estaba débil, pero fue fácil. La pierna la hacía lenta. Tenía dificultades para respirar. Tenía los senos nasales reventados. Se le estaba acumulando sangre al fondo de la garganta. Estaba aturdida y mareada, de cuando le había pegado. Agarré la segunda silla de la cocina y cargué hacia ella. Ahora mi alcance era imbatible. La arrinconé con la silla y le pegué con la silla dos veces hasta que soltó el cuchillo y se cayó. Me senté al lado de ella y la estrangulé. Despacio, porque me estaba desvaneciendo rápido. Pero no quería usar la hoja. No me gustan los cuchillos.

Después me arrastré hasta la cocina y enjuagué el Benchmade en la canilla. Luego usé la punta de daga para hacer unos cortes en cruz en la cinta adhesiva negra. Pellizqué con los dedos la herida para que se mantuviera junta y usé los cortes en cruz para que se quedara junta. Un dólar y medio. En cualquier ferretería. Equipo esencial. Me volví a meter en mi ropa con mucho esfuerzo. Recargué los bolsillos. Me puse los zapatos de vuelta.

Después me senté en el piso. Solo por un minuto. Pero terminó siendo más. Un médico diría que perdí el conocimiento. Yo prefiero pensar que solo me fui a dormir.

## OCHENTA Y CUATRO

Me desperté en una cama de hospital. Tenía puesta una bata de papel. El reloj en mi cabeza me dijo que eran las cuatro de la tarde. Diez horas. El sabor en la boca me dijo que la mayor parte de ellas habían sido químicamente asistidas. Tenía un saturómetro en el dedo. El saturómetro tenía un cable. El cable debía estar conectado al puesto de las enfermeras. El saturómetro debe haber detectado alguna clase de patrón de latido alterado, porque más o menos un minuto después de que me desperté entró una buena cantidad de gente. Un doctor, una enfermera, después Jacob Mark, después Theresa Lee, después Springfield, después Sansom. El doctor era una doctora y la enfermera un enfermero.

La doctora anduvo de acá para allá durante un minuto, chequeando historiales y mirando monitores. Después me levantó la muñeca y me chequeó el pulso, lo que pareció un poco superfluo con toda la alta tecnología a su disposición. Después en respuesta a preguntas que yo no había hecho me dijo que estaba en el Hospital Bellevue y que mi condición era muy satisfactoria. Su personal de la guardia había limpiado y suturado la herida y me habían llenado de antibióticos e inyecciones antitetánicas y me habían dado tres unidades de sangre. Me dijo que evitara levantar cosas pesadas durante un mes. Después se fue. El enfermero se fue con ella.

Miré a Theresa Lee y pregunté:

—¿Qué me pasó?

—¿No te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. ¿Pero cuál es la versión oficial?

—Te encontraron en la calle en el East Village. Una herida de cuchillo sin explicación. Pasa todo el tiempo. Hicieron un análisis toxicológico y encontraron rastros de barbitúricos. Te anotaron como una venta de droga fallida.

—¿Le dijeron a la policía?

—Yo soy la policía.

—¿Cómo llegué al East Village?

—No llegaste. Te trajimos directo para acá.

—¿Trajimos?

—El señor Springfield y yo.

—¿Cómo me encontraron?

—Triangulamos el teléfono celular. Lo que nos llevó al área general. La dirección exacta fue idea del señor Springfield.

Springfield dijo:

—Hace veinticinco años un cierto líder muyahidín nos contó todo con respecto a volver a los escondites abandonados.

—¿Va a haber alguna réplica? —pregunté.

—No —dijo Sansom.

Así de simple.

—¿Está seguro? —dije—. Hay nueve muertos en esa casa.

—La gente del Departamento de Defensa está ahí ahora mismo. Van a publicar un sonoro sin comentarios. Con una sonrisa cómplice. Diseñado para hacer que todos les den el crédito.

—¿Supongamos que el viento cambia de dirección? Eso pasa de vez en cuando. Como usted sabe.

—Como escena del crimen, es un desastre.

—Hay sangre mía ahí.

—Hay mucha sangre ahí. Es un edificio viejo. Si alguien hace análisis van a encontrar sobre todo ADN de rata.

—Hay sangre en mi ropa.

—El hospital quemó tu ropa —dijo Theresa Lee.

—¿Por qué?

—Riesgo biológico.

—Era ropa recién comprada.

—Estaba toda empapada de sangre. Ya nadie corre riesgos con sangre.

—Huellas digitales de la mano derecha —dije—. En las manijas de las ventanas y en la puerta trampa.

—Edificio viejo —dijo Sansom—. Lo van a demoler y van a construir algo nuevo antes de que cambie el viento.

—Casquillos —dije.

—Artículo estándar del Departamento de Defensa —dijo Springfield—. Estoy seguro de que están contentos. Probablemente van a dejar que uno se filtre a los medios.

—¿Me siguen buscando?

—No pueden. Volvería confusa la narrativa.

—Guerras territoriales —dije.

—Que acaban de ganar, aparentemente.

Asentí.

Sansom preguntó:

—¿Dónde está el USB?

Yo miré a Jacob Mark:

—¿Estás OK?

—No realmente —dijo.

—Vas a tener que oír algunas cosas —dije.

—OK —dijo.

Me acomodé hasta quedar en posición sentada. No dolió. Supuse que estaba lleno de analgésicos. Levanté las rodillas e hice carpa con la sábana y moví el dobladillo de la bata de

papel y le eché una mirada al corte. No lo pude ver. Estaba envuelto con vendas desde la cadera hasta la caja torácica.

Sansom dijo:

—Nos dijo que nos podía hacer llegar a un radio de cinco metros.

Negué con la cabeza:

—Ya no. El tiempo pasó. Vamos a tener que acercarnos por aproximación.

—Genial. Estuvo mintiendo todo el tiempo. No sabe dónde está.

—Conocemos la forma general —dije—. Lo planearon por casi tres meses y después ejecutaron durante la última semana. Coaccionaron a Susan usando a Peter para presionarla. Vino manejando desde Annandale, quedó atascada en un embotellamiento de cuatro horas, digamos de las nueve de la noche a la una de la mañana, y después llegó a Manhattan justo antes de las dos de la mañana. Asumo que sabemos exactamente cuándo salió del Túnel Holland. Así que lo que tenemos que hacer es pensarlo hacia atrás y descubrir exactamente dónde estaba atascado su auto a medianoche.

—¿Eso en qué nos ayuda?

—A medianoche tiró el USB por la ventanilla del auto.

—¿Cómo podría llegar a saber eso?

—Porque cuando llegó no tenía un celular.

Sansom miró a Lee. Lee asintió. Dijo:

—Llaves y una billetera. Eso era todo. No en el auto, tampoco. El FBI hizo un inventario de los contenidos.

—Alguna persona hay que no usa celular —dijo Sansom.

—Es cierto —dije—. Y yo soy esa persona. La única persona en el mundo sin celular. Definitivamente alguien como Susan habría tenido uno.

—Tenía uno —dijo Jacob Mark.

—¿Entonces? —dijo Sansom.

—Las Hoth establecieron un plazo de entrega. Casi con seguridad medianoche. Susan no apareció, las Hoth se pusieron manos a la obra. Hicieron una amenaza, la cumplieron. Y lo demostraron. Le mandaron por teléfono una foto de celular. Quizás un video en vivo. Peter sobre la mesada de granito, ese primer corte largo. La vida de Susan cambió, efectivamente, justo a medianoche. Estaba sin poder hacer nada en un embotellamiento. El teléfono que tenía en la mano de repente le resultó horrible y repugnante. Lo tiró por la ventanilla. Seguido del USB, que era el símbolo de todos sus problemas. Las dos cosas están todavía ahí, en la basura al costado de la I-95. No hay otra explicación.

Nadie habló.

Yo dije:

—La mediana, probablemente. Inconscientemente Susan se habría puesto en el carril de sobrepaso, porque estaba apurada. Podríamos haber triangulado el teléfono celular, pero creo que ahora es demasiado tarde. Ya no va a tener batería.

Silencio en la sala. Un minuto entero. Solo los zumbidos y pitidos del equipamiento médico.

—Eso es de locos —dijo Sansom—. Las Hoth tienen que haber sabido que estaban perdiendo el control del USB apenas mandaran la foto. Estaban renunciando a su medio para ejercer presión. Susan podría haber ido directo a la policía.

—Dos respuestas —dije—. Las Hoth *estaban* locas, de alguna manera. Eran fundamentalistas. Podían cumplir sus roles en público, pero por debajo para ellas era todo blanco y negro. Ningún matiz. Una amenaza era una amenaza. Medianoche era medianoche. Pero como sea, su riesgo era mínimo. Tuvieron a un tipo siguiendo a Susan todo el tiempo. Él podría haber evitado que ella se saliera del protocolo.

—¿Quién?

—El tipo número veinte. No creo que ir a Washington fuera un error. No fue una conexión perdida en Estambul. Fue un cambio de planes de último minuto. De repente se dieron cuenta de que para algo así necesitaban tener a alguien ahí en el DC. O del otro lado del río, lo más probable, en uno de los dormitorios del Pentágono. Así que el tipo número veinte fue directo ahí. Después siguió a Susan durante todo el viaje. Cinco o diez autos atrás, como hacen ustedes. Lo que estaba bien, hasta que empezó el embotellamiento. Cinco o diez autos atrás en un embotellamiento es igual de malo que estar a dos kilómetros. Todos encerrados, quizás un SUV grande enfrente tuyo, bloqueando la vista. No veía lo que pasaba. Pero se quedó con ella. Estaba en el tren, usando una remera de la NBA. Me pareció que tenía un aspecto familiar, cuando lo vi de vuelta. Pero no lo pude confirmar, porque le disparé en la cara una milésima de segundo después. Quedó todo hecho un desastre.

Más silencio. Después Sansom preguntó:

—¿Y dónde estaba Susan a medianoche?

—Lo van a resolver —dije—. Tiempo, distancia, velocidad promedio. Consigan un mapa y una regla y lápiz y papel.

Jacob Mark era de Jersey. Empezó a hablar de unos efectivos que conocía de la policía estatal. De cómo los efectivos de la policía estatal podían ayudar. Patrullaban la I-95 día y noche. La conocían como la palma de su mano. Tenían cámaras de tráfico. Las imágenes grabadas podían calibrar los cálculos en papel. El departamento de autopistas cooperaría. Todos empezaron una gran conversación. No me prestaron más atención. Me recosté en la almohada y todos se empezaron a ir. El último en salir fue Springfield. Se detuvo en la puerta y miró hacia atrás y preguntó:

—¿Cómo te sientes con respecto a Lila Hoth?

—Me siento bien —dije.

—¿En serio? Yo no me sentiría bien. Casi te bajan dos chicas. Fue un trabajo desprolijo. Las cosas así o las haces bien o no las haces.

—No tenía muchas municiones.

—Tenías treinta balas. Tendrías que haberlo usado en un solo disparo. Esos tiros triples fueron puro enojo. Dejaste que se interpusieran las emociones. Yo te advertí al respecto.

Me miró durante un segundo largo sin ningún tipo de expresión en la cara. Después salió al pasillo y nunca lo volví a ver.

Theresa Lee volvió dos horas más tarde. Vino con una bolsa de compras. Me dijo que el hospital quería la cama, por lo que el Departamento de Policía de Nueva York me iba a poner en un hotel. Me había comprado ropa. Me mostró. Zapatos, medias, jeans, bóxers y una remera, todo del mismo talle que los artículos que el personal de emergencias había quemado. Los zapatos y las medias y los jeans y los bóxers estaban bien. La remera era rara. Era de algodón blanco suave,

gastado. Era casi como de piel, a un nivel microscópico. Era ajustada y de manga larga. Tenía tres botones en el cuello. Era como una camiseta antigua. Iba a parecer mi abuelo. O como un buscador de oro en California, allá en 1849.

—Gracias —dije.

Me contó que los demás estaban trabajando en el problema matemático. Me contó que estaban discutiendo sobre la ruta que Susan habría usado desde el peaje hasta el Túnel Holland. La gente de la localidad usaba atajos por calles de la superficie que parecían equivocadas según los carteles de la ruta.

—Susan no era de la localidad —dije.

Ella coincidía. Sentía que Susan habría usado la ruta obvia señalizada.

Después dijo:

—No van a encontrar la foto, lo sabes.

—¿Tú crees? —dije.

—Oh, van a encontrar el USB, seguro. Pero van a decir que no había manera de acceder a la información que tenía, o que estaba aplastado o dañado o roto, o que después de todo no tenía nada oscuro.

No respondí.

—Cuenta con eso —dijo—. Conozco a los políticos, y conozco al gobierno.

Después preguntó:

—¿Cómo te sientes con respecto a Lila Hoth?

—En conjunto estoy lamentando la aproximación en el tren —dije—. Con Susan. Me gustaría haberle dado algunas estaciones más.

—Yo estaba equivocada. No podría haberlo superado.

—Al contrario —dije—. ¿Había una media en el auto?

Lee repasó el inventario del FBI. Asintió.

—¿Limpia? —pregunté.

—Sí —dijo.

—Piensa entonces en Susan preparándose. Está viviendo una pesadilla. Pero no está segura exactamente de cuán malo es todo. No se puede convencer de que es tan malo como sospecha que es. Quizás es todo una broma enferma o una amenaza hueca. O una mentira. Pero no está segura. Tiene puesta la ropa que usó para ir a trabajar. Pantalón negro, blusa blanca. Se dirige a una situación desconocida en la malvada gran ciudad. Es una mujer sola, vive en Virginia, se mueve en un ambiente de militares desde hace años. Así que agarra su arma. Probablemente todavía está envuelta en la media, como la tiene guardada en el cajón. La pone en la cartera. Se va. Queda atascada en el embotellamiento. Llama antes. Quizás las Hoth la llaman. No la quieren escuchar. Son fanáticas y son extranjeras. No entienden. Creen que un embotellamiento es una especie de “el perro me comió la tarea”.

—Entonces recibe el mensaje de medianoche.

—Y cambia. El punto es: tiene *tiempo* para cambiar. Está atascada en medio del tráfico. No puede salir. No puede ir a la policía. No puede ir a un poste de teléfono de auxilio a ciento cincuenta kilómetros por hora. Está atrapada. Se tiene que sentar ahí y pensar. No tiene alternativa. Y llega a una decisión. Va a vengar a su hijo. Hace un plan. Saca el arma de la media. La mira. Ve una campera negra vieja tirada en el asiento de atrás. Quizás está ahí desde el invierno. Quiere

ropa oscura. Se la pone. Finalmente el tráfico avanza. Maneja hasta Nueva York.

—¿Qué hay con la lista?

—Era una persona normal. Quizás tomar la decisión de matar a alguien produce las mismas sensaciones que tomar la decisión de matarte a ti mismo. Eso era lo que ella estaba haciendo. Estaba llegando a la meseta. Pero todavía no estaba ahí. La molesté demasiado pronto. Entonces renunció. Tomó la otra salida. Quizás para la calle 59 hubiera estado lista.

—Mejor que se le haya ahorrado esa lucha.

—Quizás podría haber ganado. Lila habría estado esperando que ella sacara algo del bolsillo o del bolso. Habría habido un elemento sorpresa.

—Tenía un revólver de seis disparos. Ellos eran veintidós.

Asentí:

—Habría muerto, seguro. Pero quizás habría muerto satisfecha.

Un día después en el hotel Theresa Lee volvió para hacerme una visita. Me contó que Sansom había llegado a una zona objetivo probable de alrededor de un kilómetro de largo y la gente de Jersey de la autopista la había cerrado con tambores naranjas. A tres horas de iniciada la búsqueda encontraron el teléfono celular de Susan. Un segundo después, a poco más de un metro, encontraron el USB.

Le habían pasado por encima. Estaba aplastado. No se podía acceder a la información.

Me fui de Nueva York al día siguiente. Me moví hacia el sur. Pasé una buena parte de las dos semanas siguientes obsesionado con qué podría haber habido en esa foto. Llegué a todo tipo de especulaciones, algunas que implicaban violaciones técnicas de la sharia, la ley islámica, algunas que implicaban animales domésticos. Alternándose con los lóbregos escenarios que me imaginaba de la carpa en el Korangal aparecían a repetición recuerdos retrospectivos de estar golpeando a Lila Hoth en la cara. El recto de izquierda, el crujido de hueso y cartílago en el puño. El aspecto arruinado. El episodio pasado a repetición y de manera constante en mi mente. No sabía por qué. La había cortado con un cuchillo y después la había estrangulado, y esos actos apenas si me los podía acordar. Quizás golpear mujeres iba en contra de mis valores subliminales. Lo que era totalmente ilógico.

Pero finalmente las imágenes fueron desapareciendo y me aburrí de imaginar a Osama bin Laden teniendo relaciones con cabras. Para cuando había pasado un mes ya me había olvidado de todo. El corte había cicatrizado muy bien. La cicatriz era delgada y blanca. Los puntos eran prolijos y diminutos. La parte de abajo de mi torso era como una ilustración de un libro de texto: esta es como se debería hacer, y esta otra es como no se debería hacer. Pero nunca me olvidé de cómo esos puntos anteriores, más torpes, me habían salvado. Todo lo que va vuelve. Un legado benigno, del coche bomba en Beirut, planeado y pagado y conducido por personas desconocidas.

**Lee Child** nació en Inglaterra en 1954. Es autor de veinticuatro novelas policiales, entre ellas *Tiempo pasado*, *Nunca vuelvas atrás*, *El enemigo* y *Personal*, y doce cuentos. Todos sus libros son de la serie de Jack Reacher y dos fueron llevados al cine. Ha sido traducido a cuarenta y ocho idiomas y lleva vendidos más de cien millones de ejemplares en todo el mundo. Decidió dedicarse a la literatura después de quedar desempleado, debido a una reestructuración en una cadena de televisión británica. Actualmente reside en Estados Unidos.